

Huellas de Santidad

1942-1992

FMA
Inspectoría Santa Teresa
MADRID - 1992

Queridas Hermanas:

A los cincuenta años de camino inspectorial, hacemos memoria de las Hermanas que en estos años ha pasado a la Casa del Padre.

Leyendo estas páginas sencillas y entrañables, sentimos que algo se nos comunica. Algo que en seguida reconocemos. Son pinceladas de carisma: sencillez, bondad, entrega incansable, amor a María, alegría, amabilidad, ardor apostólico.

Nuestras Hermanas encarnando el carisma lo han embellecido admirablemente con su santidad. Una santidad que tras las huellas de Madre Mazzarello es savia viva que fecunda nuestra misión, alienta nuestra vida y resplandece para gloria de Dios y vitalidad del Instituto.

Las palabras de Jesús en Lc. 10,21 expresan los sentimientos que sin duda tendremos tras la lectura de estas páginas: «Te alabo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien».

Gracias a todas las Hermanas que han colaborado en la recopilación y síntesis de estas semblanzas.

Que en la vida entregada de nuestras Hermanas en estos cincuenta años encontremos fuerza para recorrer con nuestros jóvenes el camino de la santidad para hacer realidad nuestro ser Monumento vivo de la gratitud de Don Bosco a María Auxiliadora.

*Sor María del Pilar Prieto
Inspectora*

*Madrid, 25 de diciembre de 1992
Natividad del Señor*



SOR ENCARNACIÓN NUÑEZ

Nació: en el año 1872

Profesó: en el año 1901

Murió: el 15 de mayo de 1942 en Madrid

Pocos datos biográficos tenemos de ella. En los primeros años de nuestra historia se registran auténticos vacíos que ahora lamentamos, pero de cada hermana tenemos lo suficiente para poder admirar las excelencias de sus almas y lo bien que supieron vivir el espíritu de Don Bosco, aun en medio de grandes dificultades.

Con el brío de un alma joven y deseosa de grandes conquistas espirituales se lanza a la Vida Religiosa y con este fin no ahorra sacrificios ni mide trabajos. Lo importante son las almas y se dará con generosidad hasta la última fibra de su larga y preciosa existencia.

Cuando en los últimos años, le decíamos: «Sor Encarna, descanse ya, que Vd. ha trabajado mucho». Ella, valientemente contestaba: «no, hija, las Hijas de María Auxiliadora descansaremos en el Paraíso» y seguía lo que estuviera haciendo.

Apenas profesé nos dice una Hermana, fui destinada a la Casa de Valencia donde conocí a Sor Encarna y aunque conviví con ella varios años, no puedo decir mucho porque teníamos diversidad de ocupaciones y no nos veíamos mucho, pero no recuerdo de ella ninguna mala impresión, antes bien siempre se mostraba obsequiosa conmigo y con todas las personas que trataban con ella. Tenía un carácter fuerte y violento, pero una humildad tan grande que superaba todas las faltas de esa forma de ser.

Era muy activa. Bastante anciana ya, continuaba dando clase a las niñas y cuando la obediencia la destinó a la portería, se la veía coser con desenvoltura la ropa de las Hermanas.

Vivía la piedad. Fruto de ello eran las conversaciones que mantenía. Iba siempre sembrando esas palabritas... que ayudan a ser mejores.

Otra Hermana nos testimonia:

«No se impacientaba aunque la hiciéramos abrir y cerrar la puerta muchas veces. Era muy agradecida a cualquier detalle.

Tuve la dicha de vivir con ella muchos años en los que pude observar actos heroicos de caridad. La asistí en su última hora. Gocé en hacerle

compañía. Su oración era continua. Observaba que miraba a un punto fijo y sonreía. Le pregunté si veía a la Virgen y me contestaba complacida que sí. Cuando le hablaba al final de Jesús y María, ella me decía con esfuerzo que eran los dos grandes amores de su alma. En un momento dado vi que levantaba su brazo y le pregunté emocionada que si venía la Virgen a buscarla, a lo que ella de nuevo me dio una respuesta afirmativa.

Pasamos la noche hablando del cielo. Al día siguiente, con la placidez de un ángel cerró los ojos a esta vida para abrirlos definitivamente en la Vida Eterna donde la esperaba el Padre para darle el abrazo que tanto ansió en la tierra.

SOR JOSEFINA ROIG

Nació: 25 de marzo de 1902 en Valencia

Profesó: 5 de agosto de 1920 en Sarria (Barcelona)

Murió: 3 de enero de 1944 en Salamanca

Pocas referencias tenemos de la infancia y de la familia de Sor Josefina, pero sabemos que fue consagrada a la Virgen por su hermana y la Virgen debió aceptar esta ofrenda, pues no dejó de sonreír a tan celestial Guía en todos los momentos de su vida.

Se formó en nuestra Casa de Valencia. Entusiasta y alegre como era; se daba toda a todos, pero sentía inclinación especial por el Oratorio Festivo. Puede decirse que fue su pasión dominante. Una Hermana de aquellos tiempos en Valencia decía: «Formaba parte del grupo más escogido del Oratorio y como las Hermanas éramos escasas y el número de niñas que frecuentaban el Oratorio muy numeroso, teníamos que hacernos ayudar de estas jóvenes. Ella era muy idónea para la enseñanza del Catecismo y muy apta también para divertir a las niñas.

Las vísperas de los domingos se preparaba para la lección de Catecismo, y por su carácter jovial y casi infantil se le encomendó el grupo de pequeñas. Las entretenía con perfección y ellas la querían mucho. Revoleaban por el patrio infatigablemente, siempre incansables.

Amaba el canto y la poesía. Recitaba delante de la imagen del Sagrado Corazón y de María Auxiliadora, sobre todo cuando había algunas procesión por los patios del Colegio.

El amor que siempre manifestó por el Oratorio aumentó con su profesión religiosa.

Su director espiritual vislumbró pronto las grandes cualidades que adornaban a Josefina y fue formando un apóstol muy entregado a la extensión del Reino.

Todas cuantas la conocieron afirman unánimes que el Oratorio fue el centro de su corazón de apóstol y también coinciden en afirmar que su piedad llamaba la atención. Su actitud en la iglesia era edificante. Era muy pronta a acudir cuando la campana llamaba a cualquier acto de Comunidad, dejando con prontitud lo que tuviera en las manos.

Prodigaba muchos cuidados y atenciones a las Antiguas Alumnas. Las ayudaba cuanto podía y les daba sabios consejos. En su última enfermedad, con frecuencia se le oía decir: «Esto lo ofrezco por... y por...» y citaba

los nombres de aquéllas que ella sabía que tenían algún problema o estaban pasando por algún momento malo, así también daba sentido a su enfermedad.

En todas las Casas donde la obediencia la destinó, sembró el bien a manos llenas y en todas dejó una estela de buen ejemplo. De su celo apostólico y de su inalterable sonrisa, dan testimonio todas las Hermanas que la conocieron, aún en los momentos de su enfermedad, en la que Dios la visitó con fuertes dolores.

La Directora de la Casa nos habla con mucha edificación de su muerte: «En seguida que cayó enferma, dándose cuenta de su estado, pidió decidida un sacerdote que la ayudara en sus últimos momentos. En todo lo que recibía de servicios por parte de la enfermera o de cualquier otra Hermana, se mostraba agradecidísima y al advertirle que su fin estaba próximo, se resignó a la Voluntad de Dios con toda generosidad... Quiso verse rodeada de todas las Hermanas de la Casa para las que tuvo una delicada sonrisa, reveladora del afecto que sentía hacia ellas y con una dulce y serena mirada, se despidió de todas, hasta el cielo.

Momentos antes de su muerte, fijó unos instantes la vista en un ángulo de la habitación y cuando le preguntamos qué veía, contestó: «Es Ella, es María Auxiliadora» y se quedó tranquila hasta que la muerte nos separó en la tierra para volver a reunirnos en el Cielo con ella.

SOR RAMONA SOTELO

Nació: el 25 de noviembre de 1868 en Vigo

Profesó: en Sarria en 1899

Murió: el 4 de marzo de 1944 en Salamanca

Por haber nacido esta Hermana todavía en el siglo anterior y morir en los primeros años de la fundación de la Inspectoría, apenas tenemos datos biográficos y desconocemos los lugares en los que desarrolló su obediencia, pero los pocos testimonios de las Hermanas que nos han hablado de ella pueden reflejarnos las virtudes de Sor Ramona que murió a los 75 años, después de haber dedicado 41 de ellos al servicio del Reino en el Instituto.

Sabemos que había perdido el oído en una temprana edad y ese defecto le acompañó muchos años de su vida, aceptando la falta de ese sentido como algo permitido por Dios y que formaba parte de sus planes divinos.

Nos dice una Hermana: «Conocí a Sor Ramona siendo niña en el colegio de Salamanca. Fue mi primera profesora de dibujo, me llamaba la atención por su finura y esmerada educación, su porte, sus modales reflejaban una delicadeza extraordinaria».

Era muy ordenada en sus cosas y en su persona. El orden era una de las virtudes que más la caracterizaban, dice otra Hermana.

Puntualísima en el cumplimiento de sus deberes y también exigente en el mismo cumplimiento a las niñas que de ella dependían.

También destacaba en ella la paciencia, pues a causa de su sordera, muchas veces no entendía las cosas a la primera, o tenía que preguntar hasta que la información le llegaba por completo. Siempre lo hacía sin impacientarse.

Otra Hermana nos dice: «Conocí a Sor Ramona en la Casa de Salamanca. Era yo entonces Antigua Alumna y me llamaba la atención su finura y delicadeza. Era sacristana y bien puede decirse que trataba a Jesús Eucaristía con toda clase de detalles».

Varias Antiguas Alumnas nos dicen: «Le gustaba hablar con nosotras, pero siempre de temas de piedad, de María Auxiliadora a la que amaba tiernamente. Nos inculcaba su devoción y nos animaba a visitar a Jesús con frecuencia. Nos decía: «Os espera todos los días». «No le privéis de vuestra compañía, aunque sólo sean unos minutos».

Otra Hermana dice: «Lo que más edificaba en ella era su espíritu de piedad, pues a pesar de no oír, seguía siempre a la Comunidad y se la veía en la capilla unirse con fervor a las demás.

Era fiel observante de la Regla, hasta el punto de ponerse nerviosa cuando veía que alguna cosa cambiaba y era porque no había entendido bien algún aviso. Cuando lo comprendía se esforzaba en cumplirlo, pues era muy amante de las Superiores y profesaba por ellas profunda veneración.

En su última enfermedad fue edificantísima. Agudos e intensos dolores laceraban su cuerpo hasta el punto de dejarla inmóvil, pero era entonces cuando se la veía más unida a Jesús Crucificado. Sus dolencias no le hicieron perder su habitual delicadeza y agradecida con la mirada acompañada de una sonrisa, correspondía a todas las delicadezas que con ella se tenían.

Cuando la Hermana Directora le hizo saber que había llegado la Madre Inspectora para visitarla, dio muestras de gran satisfacción, ya que era notorio el afecto que sentía hacia las Superiores.

El mismo sacerdote que la asistió en los últimos días de su enfermedad estaba edificado de tanta delicadeza y modestia.

Recibió los auxilios espirituales con toda reverencia. La jaculatoria que más repetía era ésta:

«Aparta, oh Madre de mí lo que me aparte de Ti». Esta dulce y celestial Madre que tantas veces invocó en la vida, vino a buscarla para presentarla a su Divino Hijo y recibir de El la recompensa preparada para sus escogidos: El ciento por uno, el premio de la vida eterna.

SOR MARÍA TERESA SÁNCHEZ

NOVICIA: Nació en Salmoral (Salamanca) el 12 de junio de 1924
Falleció en Salamanca el 26 de febrero de 1945

María Teresa Sánchez, segunda de cuatro hermanos, nació en Salmoral, un pueblecito de la ciudad de Salamanca. A los catorce años, sus padres la llevaron interna al Colegio de Salamanca con el fin de que cursara el Bachillerato. Pronto se distinguió por su aplicación y piedad. Enfeverizaba el verla siempre con la mirada fija en el Sagrario y con una expresión tan dulce que realmente reflejaba la felicidad que sentía su alma con Jesús.

Trabajó siempre con tesón por corresponder al sacrificio que se imponían sus padres, siendo ejemplar entre sus compañeras. Entusiasmada por la devoción a María Auxiliadora se inscribió en la Asociación y después de pasar seis meses en el grupo de Aspirantes, tomó la medalla de Hija de María.

Pero cuando se dio de lleno y con todo entusiasmo al apostolado fue cuando se fundó en el Colegio la Asociación de Acción Católica de las internas. La nombraron Presidenta y por tanto, el empuje y fervor de todas dependía en gran parte de ella.

Tenían las Juntas y Círculos correspondientes dados por ella misma y para tomar parte activa en el apostolado les cabía la dicha de hacerlo con las niñas del Oratorio. Todos los domingos iban a la Parroquia a Misa con las Oratorianas y una interna de Acción Católica, por turno, se ocupaba de leerles el Santo Evangelio durante la misa.

Para poder participar más de lleno en el Oratorio, el sábado estudiaba con especial empeño sus lecciones. Tenía un grupo de Catecismo y lo atendía con celo, jugando después con ellas el tiempo que le quedaba.

Por muchos detalles de esta época y de después se comprobará a lo largo de su corta vida, que su único anhelo era ser toda de Dios y hacer felices a las almas, acercándolas a su Divino Corazón, es decir, tenía vocación religiosa.

Estudiaba quinto de Bachillerato y en el mes consagrado a la Virgen, el 28 de mayo exactamente, obtuvo de Ella el regalo de que su madre, que fue ese día a verla al colegio, le diera con alegría el permiso para consagrarse por completo al Señor. Ya todas sus aspiraciones estaban cumplidas.

Durante el Postulantado continuó en el mismo Colegio de Salamanca, dándose con la intensidad de siempre a sus estudios o más bien haciendo todavía más esfuerzos por lo que sus fuerzas físicas se resintieron.

Llegó por fin al Noviciado y como no se encontraba bien, en seguida lo manifestó a la Maestra de Novicias que tenía un bulto considerable en la espalda, cosa que hasta entonces no se había podido advertir, dado su tamaño natural. Inmediatamente el médico que la vio ordenó una intervención quirúrgica, pero después de mucho rezar, el bulto se abrió sin necesidad de operarlo. No obstante tenía que someterse a curas muy molestas, pero las sufría siempre con paciencia y se mostraba muy agradecida a la Maestra de Novicias y a la Asistente por tantos cuidados.

A pesar de este estado de flojedad no se retraía del trabajo y siempre lo hacía sonriente, aunque constituyera para ella un gran sacrificio.

Formuló el propósito de pasar desapercibida, propósito que repetía a menudo en los días de retiro. En efecto, en la práctica era fiel en practicarlo. Madre Maestra, que fue quien mejor la conoció decía que lo más característico en ella era el pasar desapercibida.

En el tema sobre sus impresiones del Noviciado refleja muy bien todos sus sentimientos y deseos. En primer lugar se traslucía cierto terror, a la vez que un sincero deseo de ser Novicia, porque se imaginaba que no tendría suficientes cualidades y sobre todo que le faltara la salud. De estos primeros días dice:

«Llegaron los Ejercicios y a pesar de que las fuerzas físicas me faltaban y no estaba a gusto en ninguna parte, el Señor derramó sobre mi alma grandes gracias». Los propósitos que tiene con esta ocasión en la libreta son: «Me esforzaré por acrecentar el espíritu de fe a fin de vivir en la realidad y no llevada por mi instinto como por desgracia voy. Puntualidad en todo, especialmente en la oración y en el trabajo. La última en todo lo demás. Tendré mucho cuidado con mis palabras, a fin de que no sean sino llenas de caridad y si mi miseria me llevase a cometer alguna falta de caridad o bien algún pensamiento hacia alguna Hermana, quedo obligada a pedir por ella al día siguiente y ofrecer todo por ella. Me esforzaré en practicar todas las virtudes para que con la ayuda de Dios, pueda hacer pronto mi profesión».

En estos puntos resumía toda la vida de perfección. Y así la concebía y practicaba con grandes esfuerzos.

Terminados los Santos Ejercicios y empezada la vida de Novicia, se le pasaron todos sus temores y empezó a encontrarse feliz, disfrutando de los innumerables medios que encuentra para sus grandes anhelos de santificarse y ser toda de Dios.

Pero la enfermedad se presentó a los pocos días. Era meningitis y por tanto tenía fuertes dolores de cabeza. De vez en cuando se quejaba, pero suplían con creces las jaculatorias que repetía constantemente.

Su espíritu de piedad era intenso y en medio de su gravedad y dolores fortísimos no dejaba de rezar. Empezaba el acto de consagración y a pesar de su falta de conocimiento en muchas ocasiones, lograba repetirla casi entera y con voz tan clara y tan bien pronunciada que conmovía oírlo.

Seguía su obsesión sobre el apostolado y la primera noche que estuvo grave dijo con vehemencia: «Ya no me ocuparé más de mí, sino sólo trabajaré por Ti. El apostolado intenso será mi única ocupación: las almas, sacrificarme por ellas, gastar la vida trabajando, sin cansarme jamás, buscar el bien de las almas, cueste lo que cueste». Y aquella misma noche también dijo: «Dios mío, no permitas que de estos labios salga alguna palabra contraria al buen espíritu del Noviciado, que hable siempre bien de todas, que conozca lo miserable que soy para que nunca hable bien de mí ni con vanidad de los míos, que desaparezca por completo mi amor propio y sólo te ame a Ti».

Verdaderamente quien estaba a su lado tenía meditación continua y la firmeza con que repetía estas expresiones, conmovían el alma.

Seguía la enfermedad y los médicos diagnosticaron que no podían hacer más y que convenía avisar a los padres. Estos vinieron y después de haber oído el parecer de los médicos, decidieron llevársela al pueblo para tener el consuelo de conservar al menos sus sagrados restos cerca de ellos. Pidieron este favor a la Madre Inspectora y ésta no les negó tan lícito consuelo. Antes de llevársela, se le preguntó, aprovechando un momento de lucidez, si quería hacer los votos y ella aceptó en seguida. Cuando le preguntaron para qué quería hacer los votos, contestó: «Para no engañar más al Señor y ser toda suya, para ser religiosa».

Recitó la fórmula de los Votos. Ya estaba todo preparado para irse al cielo. Días antes había dicho: «Ya se acerca el último día 24 del año 45, pronto estableceré el reinado de Jesús en mi alma». Y así fue en efecto.

El día 23 de febrero por la tarde, sus padres acompañados por la Madre Inspectora y la Secretaria Inspectorial llevaron a Sor Teresa en una ambulancia a su pueblo.

Sus horas de agonía nos las relata su hermana en una carta: «Sus últimos momentos no fueron sino pruebas de lo contenta que estaba por irse a gozar de la Patria Eterna. El domingo, el 25 por la noche, parecía mentira que en el estado en que estaba pudiera hablar y dijo: «Madre, ¿me da permiso para ir al cielo? y ya no volvió a hablar más. Toda la mañana del

día 26 estuvo haciendo la señal de la cruz y a las cuatro de la tarde, con el Crucifijo en la mano y como si durmiera, con una sonrisa en los labios, se fue, dejándonos transidos de dolor. Esta es la escena de su muerte».

Reflejo de su vida: abrazada a Jesús crucificado y tranquila, sonriente por ir a poseer para siempre a nuestro Jesús, como decía ella.

SOR IRENE SAGASTAGOITIA

Nació: 20 de octubre de 1877 en Bilbao
Profesó: 28 de junio de 1903 en Sarria (Barcelona)
Murió: 13 de febrero de 1955 en Salamanca

Sor Irene Sagastagoitia e Iza nació en Bilbao el día 20 de octubre de 1877. Fue la mayor de sus cinco hermanos. Tenemos pocas noticias de su infancia, pero sabemos que sus padres, Domingo y Gabriela, supieron educar a sus hijos en el santo temor de Dios y les inculcaron la sólida piedad que les iba a ayudar a lo largo de su vida.

Como era la única mujer de los hermanos, ayudaba a su madre en las tareas de la casa y se sabe que era una excelente costurera.

Por aquellos años, 1898 y 1899 pertenecía a un grupo de catequistas que ayudaban en el Oratorio Festivo que tenían los Salesianos en Baracaldo. Pronto destacó en ella su clara inclinación a enseñar el Catecismo. Será la preocupación de toda su vida y se la verá sufrir los últimos meses de su vida cuando no puede preparar a los niños para hacer su Primera Comunión.

El día 19 de marzo de 1900 ingresó en el Noviciado de Sarria (Barcelona) y fue la primera Salesiana que salió de Baracaldo, pueblo que después daría muchas vocaciones al Instituto.

Recordando sus primeros tiempos en el Instituto se emocionaba, sobre todo pensando en la gran suerte que había tenido al recibir el santo hábito bendecido por Don Felipe Rinaldi, entonces Inspector de las Casas de España.

Transcurrió su Noviciado sanamente alegre, preparándose con el fervor que la caracterizó siempre para ser una buena Hija de María Auxiliadora y así el 28 de junio de 1903 hizo sus primeros votos.

Fue destinada a la Casa de Valencia y el 29 de agosto de 1906 fue a Sarria para hacer los Ejercicios Espirituales y después los Votos Trienales. Vuelve de nuevo a Valencia y allí, el 8 de septiembre de 1909 hace los Votos Perpetuos.

Cuando recordaba los tiempos de Valencia hablaba con sumo entusiasmo del Oratorio Festivo y de las Superiores que tanto lo favorecían. El Oratorio y el Catecismo siempre fueron su predilección.

El 15 de septiembre de 1913 marcha a Barcelona, a la casa de la calle

Sepúlveda, que todavía tenía bien abiertas las heridas que le habían producido la Semana Trágica de 1909.

Al año siguiente cantaba la Primera Misa su hermano Salesiano, Don Cirilo, y con este motivo las Superiores la autorizaron para que fuese a Baracaldo. Este motivo le sirvió a ella para conocer más la Congregación y el profundo agradecimiento de pertenecer al Instituto.

En 1919 es nombrada Directora de la Casa de Torrente, pueblo cercano a la ciudad del Turia, donde había Escuelas Dominicales: Aprovechará esta ocasión para entusiasmar a las Hermanas por la enseñanza del Catecismo y para inculcar más y más el respeto y la confianza hacia las Superiores.

En 1923 la encontramos destinada en la Casa de Alella-Masnou, cerca de Barcelona. Siempre conservó grato recuerdo de esta Casa y aun en sus últimos años recordaba siempre sus bondades. Esto no es de sorprender ya que ella siempre hablaba bien de todos.

La Santísima Virgen la tenía reservada una gran alegría para el año 1924. Fue nombrada Secretaria particular de la Rvda. Madre Inspectora y con este motivo la acompañó en un viaje a Italia. ¡Nunca lo olvidará! ¡Cuántos recuerdos de aquellos dos meses!

Siempre recordaré aquellas emociones al contemplar la Basílica, los restos de nuestros Santos, los lugares donde transcurrió la mayor parte de la vida de Don Bosco. La suerte de vivir unos días con las Madres, etc.

En 1930 fue nombrada Ecónoma del Colegio de la calle Sepúlveda; también en Barcelona, pero por motivos de salud tuvo que cambiar de Casa y marchar a Sarriá. Al año siguiente, con motivo del movimiento revolucionario que se produjo al instaurarse la Segunda República que ocasionó la quema de conventos, tuvo que irse a la casa de sus padres, hasta que restablecida de nuevo la calma, volvió a Barcelona. Esos meses sirvieron, como todas las veces que tuvo que hacer viajes, para sembrar por donde iba el buen humor y la santa alegría que siempre la caracterizó. No fue tiempo perdido, pues siempre encontraba motivo para hacer apostolado.

Pasa más tarde a Salamanca, primero al Colegio de la calle de Sancti Spiritus y después a la Academia Labor, hasta que en 1948, habiéndose cerrado esta Casa, volvió a Sancti Spiritus, ya ampliado con la nueva construcción del Paseo de Canalejas. Los años van disminuyendo su robusta fibra, pero no pierde sus energías.

Donde quiera ha estado Sor Irene ha dejado esa huella de serenidad

que brota de la virtud escondida, que era la suya. Espíritu jovial, joven a los 70 y más años, sabía sembrar a su alrededor ese santo optimismo que todo lo ve bien y todo lo disculpa.

Dios y las almas eran su única preocupación. Todas las que convivieron con ella coinciden en afirmar que tenía una sólida piedad, fuente de todo lo que exteriormente reflejaba.

La Comunidad siempre disfrutaba con ella en las fiestas por su carácter afable y alegre. No faltaba nunca su composición, canto o poesía.

Cuando pensaba haber ofendido a alguna Hermana no se quedaba tranquila hasta que ésta le aseguraba que no tenía ningún disgusto. Si se daba el caso de llegar tarde por no haber oído la campana, pedía mil disculpas por haber dado mal ejemplo. Así era Sor Irene. Sería imposible enumerar los muchos detalles que la hacían querida de todo el mundo. Los padres de los niños a los que había preparado para la Primera Comunión, las Antiguas Alumnas, las personas que la han conocido, tienen todas una palabra de elogio para nuestra querida Sor Irene.

Pero no podía estar siempre con nosotras. Su salud empezó resentirse fuertemente y se vio obligada a guardar cama. ¡Cuánto sintió cuando se le dijo que tenía que renunciar a preparar a los niños para la Primera Comunión! No podía resignarse a que otra hiciera lo que ella había hecho durante tantos años. Pero era así: Dios le pedía el sacrificio y se resignó diciendo que *rezarla para* que pudieran aprender bien y fueran buenos. Con esa intención aceptó el sacrificio que Dios le pedía. No pensaba que le quedaba un año escaso de vida. En los ratos que se encontraba mejor cogía sus cuadernos de apuntes y seleccionaba los ejemplos que le parecían mejores para los distintos puntos del Catecismo y así mantenía la esperanza de que volvería a preparar a los niños.

Todavía pudo levantarse y seguir la vida en común algunos meses. Iba a la ropería y ayudaba a coser y a doblar la ropa. Rezaba el Santo Rosario y la Coronilla del Sagrado Corazón todos los días. Subía una y mil veces a la capilla, a pesar de estar en el tercer piso, para hacer el Vía Crucis o una visita a Jesús Sacramentado. Amaba mucho a Jesús.

Por fin el Señor le pidió el gran sacrificio: guardar cama el tiempo que le quedaba de vida. En este tiempo llegó la fiesta de San Juan Bosco y pareció que mejoraba. Nuevas esperanzas y nuevas desilusiones. Todavía la víspera, sentada en la cama componía algunos versos para que otra los recitase en el comedor.

El sábado, día 12 de febrero del mismo años, durante el recreo de la noche las Hermanas fueron a verla. No estaba peor, pero se encontraba

muy débil. Al ver a las Hermanas reunidas, dijo: «Pero, ¿es que piensan que me voy a morir esta noche?» y después, como si quisiera dejarnos un recuerdo a todas, añadió: «Seamos fieles cumplidoras de la Santa Regla» y siguió tan sonriente como otras veces.

Relativamente tranquila, al amanecer se la veía perder energías rápidamente. La Directora dispuso que no se quedase sola ni un momento. Recibió la Sagrada Comunión y se la veía musitar jaculatorias. Pidió que la cambiaran de postura, parecía que se le escapaba la vida y así fue.

Al intentar moverla, la enfermera se dio cuenta de que ya era inútil. Se había dormido en el Señor.

La noticia de su fallecimiento corrió por toda la ciudad y ya antes de que se hubiese preparado su cadáver habían llegado personas a rezar ante él. Imposible enumerar la cantidad de personas que se encomendaron a ella. Era emocionante ver a las alumnas, Oratorianas, Antiguas Alumnas, Cooperadores, padres y todas las personas que la conocían que no se resignaban a dejar de verla por última vez. Era una oración sentida, prueba de un sincero afecto.

SOR JOSEFA AREVALO

Nació: el 26 de marzo de 1931 en Pelayos (Salamanca)

Entró en el Noviciado de Madrid el 5 de agosto de 1953

Murió: el 14 de marzo de 1955, en familia, después de 19 meses de Noviciado.

Nos han quedado pocos datos biográficos de esta joven novicia que murió de una enfermedad poco definida y casi inesperadamente, pero sí tenemos la suficiente claridad para diagnosticar la delicadeza de esta alma que buscaba la perfección y que deseaba ser una auténtica religiosa.

Había nacido en Pelayos (Salamanca) y fue alumna del Colegio de Salamanca.

En los meses en que estuvo en el Noviciado destacó por su seriedad, exacto cumplimiento del deber, conciencia recta y una susceptibilidad acentuada.

Procuró siempre corregirse de sus defectos y dio muestras de una gran profundidad de vida. Trabajó por asimilar las enseñanzas del Noviciado y así lo pudimos comprobar al examinar los cuadernos de apuntes.

En el segundo año de Noviciado se le hizo responsable de un grupo de piedad: «Vírgenes prudentes» bajo el título de Santa María Mazzarello. También era responsable de un grupo catequístico y ayudaba a alguna Novicia más atrasada a preparar sus lecciones. Para todas estas responsabilidades se preparaba con esmero y puntualidad, aunque le costara algún sacrificio.

Suplía algunas veces a las Hermanas en las clases y las niñas la querían pues era notable su disciplina sin imposición.

Hizo generosamente su petición misionera y en ella cifraba ya su total desprendimiento y completa entrega al Señor.

Llegó la fiesta de la Inmaculada y la Rvda. Madre Inspectora, Madre Victoria Bonetto les dio una hermosa conferencia de lo que debía ser el lema característico de su año. Estaban las Novicias simbolizadas en «rosas de oro» y debían, por lo tanto, ser flores de la más exacta observancia de las Santas Reglas. Ella leyó la composición de agradecimiento y promesas, copió íntegra en su cuaderno la conferencia y cual rosa escogida para ser transplantada al Jardín Celestial, pocos días después dejó su vida ordinaria del Noviciado para pasar a la enfermería, a pesar de que hasta entonces había gozado de buena salud.

Su enfermedad tuvo síntomas extraños, los cuales fueron sin duda motivo de sufrimiento para su índole tan sensible. Comenzó con unos accesos de tos violentos y prolongados que le hacían sentir opresión y falta de respiración con la angustia de quien parece ahogarse. Los médicos no encontraban nada en el pulmón y corazón y al no tener fiebre todo parecía desembocar a la posibilidad de una causa nerviosa. Este diagnóstico le hacía sufrir, pues no era eso lo que ella verdaderamente sentía. A pesar de todo, intentando colaborar, le pedía a la Maestra de Novicias: «Usted mándeme hacer lo que quiera y yo lo intentaré como si no me pasara nada». Se esforzaba, pero los síntomas aparecían de nuevo.

El día de Madre Mazzarello, 14 de mayo, en vista de que no mejoraba, las Superiores decidieron enviarla unos días a casa para observar si los aires nativos y los médicos de Salamanca lograban encontrar la causa de su mal.

Su padre, excelente cristiano y muy preocupado por su hija la llevó a los más reconocidos especialistas de Salamanca que tampoco encontraron la causa de esa tos que a veces parecía ahogarla.

Posiblemente algo de asma con una gran depresión nerviosa al no sentirse comprendida fueron atacando su débil corazón que no pudo resistir.

Falleció casi de repente, pero con el consuelo de los Auxilios Espirituales. Hasta dos días antes había ido a participar en la Eucaristía y al Santo Rosario que se rezaba en la Parroquia del pueblo. El último día, a pesar de que nadie esperaba que se muriese, ella pidió la Comunión. Cuando le daba la tos se ponía de rodillas y repetía: «María Auxilium Christianorum, ora pro nobis» y hacía rezar a todos pues decía que era lo único que podía aliviarla. Minutos antes de morir dijo a sus familiares: «Pierdo el conocimiento, me muero» y así expiró, transformándose su semblante en un aspecto dulce y sereno, propio de un alma santa.

Había sido siempre buena, generosa con el Señor, por eso el Dueño de la Vida nos la arrebató a tan temprana edad, asegurándonos así una protectora en el Cielo.

SOR ENCARNACIÓN ANDREU

Nació: en 1874 en Totana (Murcia) el día 3 de junio
Profesó: el 5 de agosto de 1905 en Sarria (Barcelona)
Murió: el 16 de junio de 1955 en Salamanca

No hemos podido recoger ningún dato de su niñez. Sólo sabemos que nació en 1874 en Totana (Murcia). Sus padres, Pedro y Catalina hicieron lo posible por educarla cristianamente al lado de las Hijas de la Candad.

Manifestó su deseo de entrar en el Aspirantado y fue admitida en Sarria el 28 de febrero de 1903. Tomó el hábito el día 8 de diciembre de 1903. Hizo el Noviciado con todo fervor y en 1905 se entregó de lleno al Señor en su Primera Profesión. Vivió en plenitud el tiempo de su Profesión temporal y en el mes de junio de 1912, el día 10 tuvo la alegría de hacer los Votos Perpetuos.

Fue destinada a la Casa de la Ronda de Sancti Spiritus (Salamanca). Durante esta larga etapa, su principal ocupación fue la clase de párvulos, a los que se dio tan de lleno que hizo de ellos cuanto quería. Se adaptaba a su inteligencia, según las normas de la Pedagogía cristiana y salesiana.

Las Antiguas Alumnas, admiradas siempre por su fervorosa oración, acudían a ella y a sus parvulitos cuando estaban en algún apuro, seguras de ser escuchadas por el Señor.

Dios la había adornado con una bellísima voz y tenía verdadera predilección por el canto. En sus últimos años, atormentada con fuertes dolores de cabeza, tuvo que verse privada de ello, pues ni siquiera podía asistir a la Santa Misa en común, precisamente por no soportar la música y el canto.

Atestigua una Hermana: «Viví veintinueve años a su lado. La conocí en plena juventud dando clase de parvulitos a los que trataba con todo cariño, como una madre a sus niños. De mayores muchos aseguran que su formación y la respuesta cristiana que han dado en la vida se la deben a Sor Encarna. Con su oración y sus consejos hacía un bien inmenso en las familias. Ante las situaciones difíciles encomendaba al niño parvulito cómo debía hacer en casa y ante las súplicas del hijo, volvía la paz a la familia. Un día un padre le confesaba: «Gracias a Vd. soy feliz en casa y con los míos».

Era la ropera de la Casa y eran admirables las delicadezas que tenía con todos. La prudencia la inculcaba también entre los parvulitos que can-

dorosamente le contaban cuanto veían en casa. Cuando iba a suplirla a la portería veía cuan alegres y consolados dejaba a cuantos venían a verla y también para mí tenía siempre palabras de aliento y consuelo.

Seguía a las internas en la asistencia al dormitorio y éstas recuerdan con cariño sus atenciones y su sumisión.

Cuando la Hermana Directora mandaba algo era constante y exigente en hacerlo e incluso en ayudar a hacerlo a las niñas. Las animaba con su habitual sonrisa y hacía felices a cuantos se le acercaban.

En la Casa antigua de Salamanca, tenía la portería a unos pasos de la capilla y ella nos manifestaba su contento por trabajar tan cerca de la casa del Señor y así tener ocasión de hacerle cortas pero frecuentes visitas. Era puntualísima en dar los toques y no abandonaba su puesto sin ser debidamente sustituida.

Otro testimonio de una Hermana nos habla de la grandeza de alma que tenía Sor Encarna:

«La conocí en el año en que vine interna a Salamanca, la traté relativamente poco, pero después de Hermana he tenido la suerte de vivir con ella y puedo decir que jamás la vi contrariada. La sonrisa no la perdía y siempre reflejaba paz. Era la bondad personificada con todos.

Trataba con delicadeza de madre a cuantos se acercaban a ella y cualquier problema familiar que se le confiaba lo hacía suyo. Por eso era muy querida de todas nuestras familias. Las enfermedades corporales no le pasaban desapercibidas y en algunas ocasiones se la veía subir trabajosamente las escaleras y volar al lado de alguna que por cualquier circunstancia estuviera guardando cama para hacerle así más llevaderas las horas de soledad, mientras muchas de nosotras estábamos en clase. Conversaba con ella y le ayudaba a llevar mejor sus sufrimientos. Siempre estaba dispuesta a ofrecer sus servicios en lo posible a quien tenía necesidad y ofrecía generosamente su ayuda cuando adivinaba que podía hacer falta».

Al trasladarse a la Casa nueva del paseo de Canalejas, su salud empezaba a quebrantarse. Mucho le costó retirarse del campo de trabajo, pero bastaba una insinuación de la Superiora para hacerlo, segura de cumplir así la voluntad de Dios. Ella misma comprendía que sus piernas, fuertemente atacadas por el reumatismo no resistirían mucho tiempo y que era preciso pasar a un segundo plano, pero si su trabajo de portería fue estimado por lo edificante de su porte, el fervor de sus consejos, su actuación apostólica y apacible sonrisa, lo fue aún más el verla contenta en la renuncia que exigía para un alma tan activa tener que dejar a otras su puesto.

No por eso se dio absolutamente al descanso. Una Hermana asegura:

«Me admiraba su laboriosidad, deseando que le dieran algún trabajo o que se le pidiera algún favor».

Ante la fuerza de la enfermedad que parecía se la iba a llevar pronto al cielo, se le administró la Extremaunción y con viva fe recibió la Bendición de María Auxiliadora.

El Señor quiso regalar a la Comunidad unos años más de la compañía de esta Hermana, que ya en sus últimos años, impedida de sus piernas y con la vista totalmente disminuida, no podía participar con todas en las prácticas de piedad y sólo rezaba los salmos que se sabía de memoria. Tenía constantemente el rosario entre los dedos, participando en algún pequeño servicio que ella podía hacer con esmero y feliz de poder ser útil en algo.

Por la enfermera que la atendió en los últimos años sabemos de su delicadeza y mortificación, aun cuando necesitaba de todo y que incluso su oído se había atrofiado y no podía gozar de las conversaciones ni de la alegría de las Hermanas.

Un día se sinceraba: «Estoy contenta y feliz de que Jesús me haya dado esta cruz oculta, estos dolores de cabeza, estos ruidos tan extraños que oigo y esos golpes que siento en ella, pues no dan trabajo a otros ni es una enfermedad que la sepa todo el mundo y me puedan compadecer. Es una cruz oculta en todo el sentido de la palabra.»

También supimos que el desprendimiento de su familia fue total, pues siendo huérfana, sus hermanos se opusieron radicalmente a su entrada en el Aspirantado, por lo que desde el principio no tuvo relación con ellos, cosa que le hizo sufrir muchísimo, aunque ella no lo manifestase.

Cuando tenía que pasar sola el recreo cantaba a la Virgen y hablaba con Ella, asegurando que no le importaba estar sola, pues gozaba con su compañía.

Era feliz donde Dios la quería. Su salud se iba quebrantando poco a poco y su vista no la dejaba ver las cosas de la tierra, pero hacía más posible la contemplación del cielo.

Un día, yendo al despacho de la Directora le dijo a una Hermana: «Creo que me voy a quedar paralítica». Y como el despacho estaba cerrado y la Directora ocupada, mientras esperaba se quedó inmóvil y como dormida no pudiendo pronunciar ya más que un sonido gutural.

Avisaron al párroco con urgencia y se le administró de nuevo el Sacramento de los Enfermos. El médico mandó que se le pusiera suero. Estaban en la novena de María Auxiliadora y las Hermanas pedían insistentemente

mente se fuera al cielo el día de su fiesta para no verla sufrir más, pero no fue así, sino que en el mes del Sagrado Corazón, de quien también fue devotísima, se abrieron para ella las puertas de la Eternidad.

Su vida era ya una continua agonía. No se le podía aliviar y sólo reaccionaba cuando se recitaban jaculatorias al lado de su lecho o se le acercaba el Crucifijo que apenas podía besar.

El día 16 de junio se agravó y ya ningún recurso médico pudo hacer efecto. A las dos de la tarde, sus ojos enfermos se abrieron a la Luz que siempre brilla, ante la pena de las Hermanas que les costaba desprenderse de Hermana tan querida.

Sus restos mortales recibieron el homenaje y gratitud de toda Salamanca que bien supo apreciar en su vida el bien que proporcionó a la Iglesia y al Instituto Sor Encarna.

SOR JUANA CLARA RANZ

Nació: el 8 de agosto de 1905 en Madrid

Profesó: el 5 de agosto de 1955 en Madrid

Murió: el 15 de diciembre de 1955 en Santander

Sor Juana Clara Ranz nació en el barrio de Vallecas, de Madrid, el 8 de agosto de 1905.

A finales de septiembre de 1953 nos visitó de parte del Excmo. Sr. Obispo Auxiliar Visitador General de Religiosas y orientada también por su confesor el Rvdo. Padre Salesiano Don Anastasio Crescendi.

Había ingresado en otra Congregación y al disolverse ésta solicitaba la entrada en nuestro Instituto. Después de exponer el caso a nuestra Madre General, fue admitida, haciendo con ello una gran excepción por su edad. Este fue el motivo por el que manifestó siempre a la Madre un gran agradecimiento.

En enero del año Mariano 1954, tuvo la satisfacción de tomar la medalla de Postulante, siendo durante este período y el Noviciado modelo de observancia y amante del trabajo a pesar de su edad y delicada salud.

Cumplido el año de Noviciado hizo su profesión el 5 de agosto de 1955 y fue destinada a la casa de Santander a donde fue con grandes deseos de santificarse y hacerse útil al Instituto con su trabajo. Pero los planes de Dios sobre Sor Clara fueron muy distintos. Murió el 15 de diciembre de ese mismo año a causa de una operación de estómago.

El poco tiempo que convivió con la Comunidad de la Casa de Santander fue suficiente para demostrar el gran amor que tenía al Instituto. Manifestó el consentimiento para esa operación alegando que no quería estar enferma y ser una carga, sino estar bien y trabajar mucho por la Congregación.

Era el alma de los recreos, decía que de un recreo bien hecho se puede sacar más provecho que de una meditación. Era muy observante de las Constituciones y solía leerlas a menudo para no dejar de cumplir nada.

Su operación fue dolorosísima. Fue el día 12 de noviembre, un mes antes de su muerte. Día tras día la curaban la parte dolorida, sufriendo ella todo con santa resignación. Como le quedó abierto el estómago y expulsaba todo el alimento tuvo que dejar de recibir la Sagrada Comunión, cosa que para ella constituía una prueba dolorosa, pues ya en ese estado Jesús era su único consuelo.

El primer día de diciembre empeoró bastante y advirtiéndolo ella pidió que le administraran los Santos Sacramentos, recibéndolos con gran edificación de todos los que estaban presentes.

En este estado pasó los doce primeros días del mes hasta el día 13 en el que le sobrevino la hemorragia, advirtiéndolo los médicos que si esa situación se repetía sería el final de su vida. Le repitió el día 15 de madrugada y ya no hubo solución, aunque le pusieron varias transfusiones de sangre.

Por la mañana pidió un sacerdote para confesarse, cosa que hizo inmediatamente. Cuando hubo terminado, llamó a las Hermanas que estaban allí y les pidió perdón por los malos ejemplos que les hubiera dado, a lo que ellas emocionadas repetían que de nada le tenían que perdonar, pues sólo de ella habían recibido buenos ejemplos.

Les dijo que el Señor la había hecho sufrir mucho, pero que estaba contenta porque ya le daba la recompensa y apretando el Crucifijo y besándolo decía: «¡Qué pronto voy a estar contigo!» De vez en cuando repetía: «Señor, ya estoy preparada, cuando Tú quieras». Y a la Santísima Virgen: «Hoy es tu octava, llévame ya».

A eso de las 8 de la noche miró para un lado, como si viera alguna visión celestial, se puso muy sonriente y dijo: «Me voy al cielo». «Me voy ya». Empezaron a repetir jaculatorias que ella repetía perfectamente y llegó un momento en que mandó callar y dijo ella una oración bellísima a la Virgen. Fueron esas sus últimas palabras. Se le leyó la recomendación del alma y con el rostro inundado de paz, terminó Sor Clara su paso por esta vida.

SOR AURORA MONTES

Nació: el 19 de julio de 1928 en Villapún (Palencia)

Profesó: el 5 de agosto de 1955 en Madrid

Murió: el 31 de mayo de 1956 en Madrid

No tenemos datos sobre la infancia y familia de Sor Aurora. Se desconoce su historia, pero sí podemos aportar la realidad de una enfermedad grave que apareció a los pocos días de hacer su profesión como Hija de María Auxiliadora y que se prolongó casi a lo largo de todo un año, tiempo suficiente para poder descubrir los planes de Dios en esta Hermana que nos dejó no el testimonio de una vida de trabajo, sino la aceptación gozosa del dolor dentro de su entrega total a Dios.

Profesó el 5 de agosto de 1955 en el Noviciado de Madrid y aunque se sabe que durante el período de formación había acusado alguna molestia, los médicos no habían encontrado nada que impidiera su aceptación en la vida religiosa. Fue destinada a la Casa de Villaamil para desempeñar el cargo de cocinera, ya que durante el tiempo de Noviciado había destacado en este oficio por su gran caridad con las Hermanas, particularmente con las enfermas y ancianas a las que atendía con una solicitud especial.

Al poco tiempo de estar en Villaamil empezó a acusar intensos dolores que preocuparon a las Superiores, las cuales inmediatamente hicieron que la viesan los médicos que durante el tiempo de Noviciado la habían examinado. Esta vez se diagnosticó un estado mucho más grave e inmediatamente fue sometida a una intervención quirúrgica, advirtiendo al mismo tiempo que no respondían de lo que podrían encontrar, pues al parecer se trataba de cáncer. Parece cierto que lo que el Señor quería era hacerla esposa suya; pues de tal manera cegó a los médicos antes de su Profesión.

En los primeros días de octubre se llevó a cabo la operación que no se puede llamar tal, pues nada más abrir el cirujano pudo darse cuenta de que se trataba de un sarcoma de la peor especie, extendido y adherido de tal forma a órganos de vital importancia, que sólo con tocarla se produciría la muerte. Al terminar diagnosticó que el desarrollo de la enfermedad sería terrible en cuestión de dolores. Y así fue.

A los seis días de operada se la trajo a Casa. Ella sabía que no había sido posible que le quitaran el mal y después de unos días empezó el martirio que no acabaría hasta el último instante de su vida.

Era profundamente piadosa, hizo cuanto pudo para no perder la

Comunión ni la Santa Misa mientras le fue posible levantarse. Después el resto del día, cuando los dolores no eran excesivamente agudos iba a la ropería a coser.

Siempre se la veía tranquila y sonriente, pero cuando los dolores ya no la dejaban ni de día ni de noche, el doctor aconsejó unas sesiones de radioterapia para ver si podía de algún modo disminuir los dolores, ya que no había ningún otro remedio. Como no era posible que esas sesiones se las aplicaran estando fuera del hospital se organizó su ingreso en la Cruz Roja, donde las Hermanas de la Caridad la atendieron con verdadero cariño y estando en compañía de una Religiosa Cisterciense, también enferma de cáncer, se portó con ella como una verdadera Hermana. Las Hermanas de la Casa de Villaamil se turnaban para hacerla compañía durante todo el día, pues en cuanto a cuidados, tanto las Hermanas de la Caridad como las enfermeras del hospital tenían una verdadera porfía en cuidarla y atenderla.

Estaba muy conforme con la voluntad de Dios, pero había profesado con una grandísima ilusión de trabajar sin descanso, en su humilde oficio de cocinera por el que sentía verdadero cariño. La Madre Inspectora, la Directora y las Hermanas que estuvieron en mayor contacto con ella, cuando abordaban este tema obtenían siempre el mismo comentario: «Ustedes han trabajado mucho, pero yo no he hecho nada». Siempre se le decía que el sufrimiento y la enfermedad tienen más valor, pero ella no podía convencerse tan fácilmente pues deseaba trabajar, puesto que para eso había venido a la Congregación.

Tenía un carácter fuerte y ocurrente, haciendo reír en muchas ocasiones a las Hermanas. Muchas veces se lamentaba de que no sabía sufrir callada, pero las Hermanas la tranquilizaban diciéndole que muchas veces hay que quejarse cuando el sufrimiento es grande, pero lo importante es aceptar la voluntad de Dios.

Así fueron pasando los días hasta que por fin el día 12 de abril se presentaron todos los síntomas de peritonitis, en vista de lo cual y no pudiendo recibir el Santo Viático a causa de los vómitos incesantes, le fue administrada la Santa Extremaunción a las 11,30 de la noche, pues se temía que no llegara a la mañana siguiente. Con gran sorpresa se mejoró aparentemente y el día 15 pudo volver a comulgar, dándose perfecta cuenta de que su fin se avecinaba.

Desde ese día pudo decirse que su estómago no recibió ni una gota de agua siendo un gran misterio cómo pudo vivir siete semanas más sólo con suero.

Se avisó a sus padres. Vinieron en seguida y estando su madre al lado

de ella constantemente, se pudo comprender de dónde le venía a ella esa profunda piedad. Se pudo ver el ejemplo de fe y resignación a la Voluntad Divina que poseía. Animaba a su hija y nos dejaba a todas edificadas.

A partir de media mañana del Jueves del Corpus Christi su fisonomía dio un cambio repentino, por lo que se vio que la muerte no tardaría en llegar. Durante todo el día se le repetían jaculatorias, se le daba a besar el crucifijo, a lo que ella respondía dándose cuenta perfecta de todo. El Salesiano que había venido a dar la bendición subió a su habitación, le dio la absolución y la indulgencia plenaria para la hora de la muerte y le leyó la recomendación del alma. Al anochecer se acentuó más el estado en que estaba. Se avisó a la Directora que estaba haciendo Ejercicios Espirituales en la Casa de Pueblo Nuevo. También se avisó a la Madre Inspectora y a los Salesianos, pero nadie pudo llegar a tiempo pues la última hora se precipitó más de lo que se esperaba y besando el Crucifijo abrió los ojos a la nueva vida, sin que nadie pudiese creer que estaba muerta, pues no hubo ningún movimiento brusco ni un gesto especial que así lo anunciase.

El funeral se celebró la misma mañana del uno de junio con la participación de todas las Hermanas de Madrid.

A pesar del poco contacto que tuvo con las niñas e incluso con las Hermanas que no eran de su única Comunidad, había despertado en todas una especial simpatía y toda su enfermedad fue seguida con interés y cariño. Toda la Casa parecía girar en torno a ella, a su enfermedad. Y es que la virtud se impone ella misma y donde existe se percibe su perfume.

SOR ENCARNACIÓN PALMEIRO

Nació en Valladolid el 21 de octubre de 1928

Profesó: en Madrid el 5 de agosto de 1954

Murió: el 3 de octubre de 1956 en Béjar (Salamanca)

Como de tantas Hermanas que vivieron en la Inspectoría en los primeros años desconocemos muchos datos de su historia y sólo nos queda el relato de sus últimos meses entre nosotras, reveladores sin embargo de lo que pudo ser su vida y su consagración al Señor en el Instituto.

Su infancia comienza en una vida de posición acomodada. Por esos desastres que ocurren en la vida, pronto cambia su posición y sufre, como pequeña mártir, escenas dolorosas en casa.

Muere su padre y su madre cae enferma. Ella se pone a trabajar y es casi la que sostiene la familia. Tiene rasgos de una extremada delicadeza con su madre enferma. Careciendo de recursos materiales, no duda en presentarse ante el señor Gobernador y pedir lo necesario para impedir la muerte de su madre. Decisión y petición que son atendidos y lograda la hospitalización de su madre, consigue que recupere la salud.

Es educada en nuestro Colegio de Salamanca. Supo captar el espíritu de Don Bosco y cuando es mayor se transforma en verdadero apóstol del Oratorio.

Cuando sus hermanos son ya un poco mayores y ve que pueden defenderse piensa en llevar a cabo su ideal: Ser Hija de María Auxiliadora. Sabe que es pedir un sacrificio a su heroica madre, pero se decide y ella, como mujer sacrificada, otorga el permiso a su hija y la entrega generosamente al Señor.

Durante el Postulantado y Noviciado fue siempre buena y piadosa. Como había sufrido mucho tenía un conocimiento psicológico y práctico de las personas y eso le ayudaba mucho en el trato con todos.

A veces se la juzgaba demasiado compasiva y blanda, aconsejándola adquiriese más firmeza y energía. Con todo se apreciaba su virtud.

Comenzó su vida práctica destinada en la Casa de San Bernardo de Madrid, Casa difícil por tratarse de niñas mayores y de ambiente distinto a cualquier otra por el problema social que arrastraba. No obstante ella se adaptó y su Directora decía de ella: «Es una excelente asistente. Tiene una táctica especial para hacer lo que quiere de las chicas y a la vez las hace buenas».

Con todos los fervores de la Profesión, el Señor la encuentra apta para el sufrimiento y la escoge para ser víctima de una terrible enfermedad que durará hasta su muerte, con lo cual no pudo trabajar como era su gran ilusión como Hija de María Auxiliadora.

En sus dolores fue paciente y sufrida como lo demostró en las primeras Navidades después de su Profesión que tuvo que pasarlas sola en un Hospital.

En una de sus libretas espirituales encontramos escrito: «Sufriré a imitación de los mártires todas las molestias que conlleve mi enfermedad y no me quejaré de la comida». Sabemos que desde el principio del diagnóstico tuvo que tomar todo sin sal y las comidas muy poco agradables.

En sus apuntes siempre se repite la idea de sufrir y sufrir por amor de Dios. Demuestra gran entusiasmo por su vocación, deseo de hacer el bien y gran amor a la pureza.

En 1955 fue destinada a Béjar, donde iba a ser su Directora la que había sido su Maestra de Novicias y por tanto la conocía bien.

Entre ellas existió gran comprensión por lo que quedó aliviada su parte moral y así ayudaba a soportar la enfermedad que iba en aumento y que sufría de modo heroico. Pasaba temporadas muy mal.

Se le asignó una clase y tenía gran ascendiente entre las niñas y no sólo de las que directamente tenían relación con ella, sino que su ejemplo de piedad arrastraba sobre todo a las que tenían vocación.

A final de curso fue a Madrid para hacer los Ejercicios Espirituales que serían los últimos de su vida. Con mucho esfuerzo pudo participar en las prácticas de piedad y el día 7 de agosto regresó en un estado alarmante. Empezó a cuidarse mucho creyendo que todo se debía a una recaída motivada por el viaje, pero el día 14 viendo que todo seguía igual volvió al médico, el cual ordenó que observara riguroso reposo y un radical tratamiento. Una nefritis no cuidada había vuelto a resurgir y ahora no había esperanzas de curación. El resultado de los análisis fue alarmante. Al preguntarle al analista, la respuesta fue clara y dura: «Prepárenla para la Eternidad». Estaba unida a la enfermedad grave del riñón una insuficiencia cardíaca que podría producir una muerte repentina. Aquella misma noche la Hermana Directora con todo cariño la preparó y le expuso su gravedad. Ella con resignación admirable se preparó para aceptar la voluntad de Dios. Desde aquella noche dos Hermanas permanecían a su lado toda la noche controlándola el pulso.

También tenía una excesiva anemia que hizo urgente una transfusión,

pero por su extrema debilidad tuvo una reacción de más de dos horas que posiblemente aceleró su muerte.

Pasó noches de insomnios y delirios. En medio de todo era consolador ver que todo lo que decía era fruto de su apostolado y de su intensa piedad. Hablaba de las niñas del Oratorio, del Catecismo, pero sobre todo hablaba de la Virgen. Rezaba salmos enteros, la Consagración, oraciones a la Virgen, etc.

Su madre desde que empezó la gravedad no se apartó de su lado. El día 3 habían decidido no llevarle la Comunión, dado su estado preagónico, pero ella la pidió y este fue el último acto que hizo en la tierra, pues inclinándose sobre su madre, apoyó sobre ella la cabeza y así expiró.

Así serena, sin turbaciones, pasó de esta vida al cielo. Dejó en las Hermanas una impresión de paz, de sencillez, de santidad, de persona que había alcanzado la única ilusión de su vida: buscar a Dios.

Inmediatamente al correr la noticia de su muerte empezó a recibirse el tributo de afecto de alumnas, exalumnas, Hermanas y familiares, así como de muchos amigos de Béjar que uniéndose a los Salesianos y sacerdotes de las tres Parroquias y Comunidades Religiosas acompañaron continuamente al cadáver, siendo una manifestación de sincero reconocimiento y afecto.

SOR CARMEN MÉNDEZ

Nació: el 1 de octubre de 1894 en San Cristóbal de la Cuesta (Salamanca)

Profesó: el 18 de agosto de 1919 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 30 de diciembre de 1962 en Salamanca

Sor Carmen nació en San Cristóbal de la Cuesta, pueblo de labradores de la provincia de Salamanca. Sus padres como los demás habitantes del pueblo se dedicaban al cuidado del campo, pero eran bastante acomodados económicamente.

Fue enviada a Salamanca, a nuestra Casa de Sancti Spiritus para que pudiera estudiar la carrera de Magisterio. Fue una de las primeras internas que ingresaron.

Una Hermana que fue compañera de ella durante estos años atestigua lo siguiente: «Recuerdo que conocí a Sor Carmen siendo yo mediopensionista y ella interna. Siempre la vi fervorosa y llena de entusiasmo. Y esta ilusión por la gloria de Dios y bien de las almas la comunicaba a sus compañeras que la apreciaban y trataban de seguir su ejemplo».

Sintiendo la llamada del Señor y viéndose atraída por el espíritu de Don Bosco que animaba a las Hermanas con las que convivía, ingresó en la Casa de Sarria donde hizo el Postulantado y el Noviciado, tomando la esclavina el día 12 de enero de 1917 y vistiendo el hábito el día 31 de julio del mismo año.

Parece ser que ya de Novicia comenzó a resentirse de la salud, quizá debido al cambio de alimentación, ya que las Hermanas en aquella época vivían en extrema pobreza. A pesar de no ser demasiado fuerte, hizo su profesión en Sarria el día 18 de agosto de 1919, siendo destinada a la Casa de Valencia. Una Hermana que en aquellos años era Postulante en esa Casa nos comunica lo siguiente: «Convivíamos mucho con las Hermanas de la Comunidad y así pude conocer bien a nuestra querida e inolvidable Sor Carmen Méndez que era entonces recién profesa. En todo momento vi en ella a la religiosa ejemplar, muy inteligente, llena de virtudes, bondadosa, afable con todos, por lo que todas la apreciábamos mucho. Cumplía bien el refrán castellano: «Haz bien y no mires a quien», pues lo mismo la veíamos atendiendo a la Directora que a una Hermana o a cualquier niña. Y decía siempre: «Hay que hacer siempre todo por amor a Jesús». Si tenía alguna predilección era para las Hermanas enfermas y ancianas y cuando sus ocupaciones se lo permitían iba siempre a verlas, respetuosa pero al mismo tiempo alegre. Les prestaba algún servicio y les

decía algunas palabritas para animarlas y para hacerlas reír y así distraerlas un poco de sus sufrimientos y penas. También aprovechaba para recordarles algún pensamiento de la meditación en la Pasión del Señor de la que ellas, más que nadie, eran partícipes y así ayudarlas a conformarse con la Voluntad divina.

Siempre estaba sonriente y con una igualdad de carácter que daba gusto acercarse a ella en cualquier momento a pesar de las dificultades que tenía con sus clases y ocupaciones y que además la enfermedad ya empezaba a dar señales que la mortificaban.

Si una niña se portaba mal no la reñía, al contrario, la llamaba y con dulzura y buenas palabras le hablaba del deber y de que Jesús y la Virgen la veían siempre y así debía portarse de forma que a ellos les agradase. Así poco a poco iba cambiando las reacciones de las niñas para hacerlas con una conciencia recta y buscadoras de la gloria de Dios, que en definitiva era su anhelo.

También cuando a las Postulantes nos tenía que corregir de algún defecto que nos veía, lo hacía con tanta gracia y caridad, que no nos mortificaba, al contrario, nos gustaba y le agradecíamos que nos avisara en todo, pues nosotras deseábamos formarnos para ser santas Hijas de María Auxiliadora.

Cuando veía alguna Postulante o Hermana correr o hacer con precipitación alguna cosa mandada decía: «Calma, calma y paciencia. Pide a Don Bosco que seas siempre dueña de ti misma, pues de lo contrario padecerás pronto del sistema nervioso» y la corregida no se enfadaba, se reía y aprendía la lección.

No podía ver a nadie triste a su lado sin decirle algo que la hiciera feliz y así repetía el «nada te turbe» de Santa Teresa de Jesús, pues Sor Carmen amaba a Santa Teresa y de la abundancia del corazón habla la boca.

Trabajó mucho en el Oratorio Festivo y se mortificó para que aquellas niñas lo pasaran lo mejor posible y estuvieran contentas. Varias de aquellas niñas de entonces son hoy estupendas Hijas de María Auxiliadora.

Si tengo que resaltar alguna virtud de Sor Carmen diré que fue especialmente su piedad salesiana: unos minutos que tuviera libres iba a postarse ante el Sagrario con tal compostura que siempre parecía un ángel.

En el año 1927 fue nombrada Directora de la Casa de la Ventilla de Madrid que en aquellos años era un barrio de verdadera y auténtica pobreza. Trabajó mucho con aquellas pobres niñas y también con sus madres para formarlas un poco en la piedad y llevarlas a Jesús. Prueba de ello es que fueron bautizadas varias de las niñas mayorcitas. Pero ya su

poca salud y sobre todo sus fuertes dolores de cabeza continuos la hacían guardar cama. Un hermano suyo médico pidió a las Superiores la descargaran de tal responsabilidad pues era superior a sus fuerzas físicas. Estuvo sólo dos años de Directora y después vivió varios años en Sarria (Barcelona) donde la enfermedad siguió avanzando.

En el año 1934 volvió a Valencia para hacerse cargo de una clase. Eran los tiempos de la República, llenos de sufrimientos y sobresaltos. Su salud seguía mal y su carácter había cambiado mucho, tal vez alguna fuerte incomprensión la había amargado. Alguna persona había atribuido sus fuertes dolores de cabeza a «neurosis» y eso le había abierto una fuerte herida.

Sor Carmen tenía una cultura muy aceptable, destacándose en la poesía y la redacción en prosa. Pintaba bien y con gusto, prestándose con facilidad a quien en este arte le pidiese ayuda.

Cuando comenzó la guerra en España, fue destinada a la Casa de Via Marghera en Roma y después a la Casa de Madre Mazzarello. Siempre muy delicada de salud y cuando al fin se dividieron las Inspectorías de España ella quedó en la Casa del Noviciado. La Directora de entonces escribe así de ella:

«A la querida Sor Carmen la traté durante varios años en la Casa del Noviciado. Siempre fue modelo de religiosa observante, delicada de salud, pero siempre hacía lo que podía. Por la mañana daba clase de elemental a las niñas y por la tarde de pintura a las Novicias, dedicándose además a hacer algún trabajo para la Comunidad. Era piadosa y caritativa con Hermanas y niñas, por lo que se hacía acreedora del respeto y cariño de todas».

En 1952 fue destinada a la Casa de Salamanca, pero ya como Hermana enferma pues su salud iba cada vez peor. Las dos Hermanas que la asistieron en esos años como enfermeras están de acuerdo en afirmar lo que sigue:

«Al tiempo que su enfermedad avanzaba, su alma se iba enriqueciendo de grandes virtudes. Su mortificación era continua pues los dolores no la dejaban. Su paciencia también se robustecía, aunque resultase algo cansada para quienes la atendían ya que su malestar era continuo. Era excesivamente obediente, pues no hacía nada sin consultarlo con la Superiora. Cuando se encontraba un poco aliviada pedía trabajo para escribir o para traducir, pues así se consideraba útil a la Comunidad. Rezaba por las intenciones de las Superiores, por las Hermanas, por los pecadores, por las misiones, etc. Cuando podía subía a la capilla para hacer su visita a Jesús Sacramentado y los domingos hacía un gran esfuerzo por oír la

Santa Misa. Cuando no podía le subían la Comunión a la habitación y ella la recibía con mucho fervor.

En el uso de las cosas era muy amante de la pobreza, procurando no apegarse a nada. Su trato era afable y caritativo a pesar de que a veces, debido a su enfermedad y a los largos ratos de soledad que pasaba, se quejase de algo o no supiera comprender bien los trabajos que pesaban sobre las demás que no les permitían estar más con ella. Todo es disculpable en una persona enferma durante tantos años».

Las Hermanas que estuvieron a su lado en los últimos momentos dicen: «La serenidad de su alma no se alteró con la proximidad de la muerte, estaba dispuesta a cumplir la voluntad de Dios. Cuando le decíamos que todavía se podía poner bien, repetía: «Lo que Dios quiera». Se daba cuenta de su gravedad y decía: «Ya me voy a morir pronto» sin sentir ninguna congoja. Notando su corazón cada vez más débil sentía la necesidad de que la cambiaran de postura con mucha frecuencia porque le parecía ahogarse y en el cambio encontraba alivio. Viendo el esfuerzo de las Hermanas para moverla pues pesaba mucho, les decía: «Tened paciencia, ya no lo tendréis que hacer por mucho tiempo».

Tres días antes de su muerte tuvo un colapso, preludio de su final, a las Hermanas que la acompañaban les pidió que le leyesen la Recomendación del Alma a lo que ella añadió: «Ahora sí que veo que la inmovilidad de mis pies anuncian cercano mi fin».

Su espíritu se mantuvo sereno, sin dolor, sin agonía, entregó su alma al Señor. Era el día 30 de diciembre de 1962. Tenía 68 años de edad y 43 de vida Religiosa.

SOR MARÍA TERESA ISCAR

Nació: el 27 de octubre de 1920 en Salamanca

Profesó: el 5 de agosto de 1945 en Madrid

Murió: el 1 de abril de 1963 en Salamanca

Sor María Teresa nació en Salamanca el día 27 de octubre de 1920, en el cristiano hogar de don Miguel Iscar y doña Áurea Alonso. Dios otorgó a este matrimonio ocho hijos, a los cuales pudieron educar con holgura dado que gozaban de una brillante posición.

Al calor de sus padres y hermanos fue creciendo. El dolor fue el sello de su existencia. Escribiría después entre sus apuntes, en el lenguaje científico que le llegó a ser familiar, dedicada como estuvo mucho tiempo a la enseñanza de las Matemáticas: «Binomio: Amor-dolor. Cuando falta amor, suplir con dolor».

Tenía pocos años cuando un ataque de poliomielitis le paralizó los miembros del lado derecho de su cuerpo, los cuales no recuperó nunca del todo. Eso fue la causa de que todos la rodearan de mimos y contemplaciones que, a decir de ella, la convirtieron en caprichosa e irritable.

Sus primeros estudios los hizo en el Colegio de las Madres Esclavas del Sagrado Corazón en Salamanca. Tal vez por su incapacidad física no obtuvo en sus primeros años grandes éxitos escolares.

Era muy niña cuando perdió a su madre. No sabemos cómo recibiría este duro golpe, pero conociendo después su fuerte amor a la Virgen, su ilimitada confianza en Ella, pensamos: «¿No haría como su Patrona Santa Teresa al quedarse huérfana un acto de entrega y de elección por su Madre del Cielo?»

Entre sus propósitos de Ejercicios de 1955 encontramos una muestra de esa filial confianza: «Cada día descansar en la Virgen Santísima todas mis dificultades. No sentirme nunca sola como me he sentido muchas veces. Hacer cada día con Ella mis pequeños rendicontos. Recordar que siempre ha sido para mí desde muy pequeña mi Madre. Repasar en mis libretas las promesas y la vida de unión que con Ella he tenido».

Poco tiempo después de perder a su madre, su hermanita Carmen, algo mayor que ella, a causa de una enfermedad del corazón, voló al cielo para reunirse con su mamá.

Sor Teresa iba acumulando en su alma, como tesoro precioso, los fru-

tos del sufrimiento que si bien son amargos, producen siempre dulces consuelos.

Un hecho providencial vino a iniciar el nuevo rumbo de su vida.

Su abuela materna doña Áurea, conocida en Salamanca por su vida ejemplar cristiana, alquiló una de sus casas, hoy desaparecida por una Urbanización, a las Superiores del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora que abrieron allí un Colegio.

A este Colegio fue Sor Teresa a iniciar sus estudios de Bachillerato. Desde el primer momento se encontró como en su centro, en el clima adecuado para el desarrollo de todas las virtudes que hacían su aparición en su alma de niña. El ambiente de pureza, de piedad, de cordial familiaridad, influyó notablemente en la formación de su carácter. Pronto destacó entre sus compañeras por su piedad, espíritu de sacrificio y sus dotes poco comunes de inteligencia y buen criterio.

Las Superiores comprendiendo el valor de su alma extraordinaria, le abrieron las puertas del Instituto. Tuvo que luchar mucho por la oposición de su familia, sobre todo de su padre que no la quería religiosa. Por todo pasó con inalterable paciencia hasta que cuando cursaba el penúltimo año de su carrera, comenzó a hacer el Aspirantado en su querido Colegio de Salamanca. En aquella capillita donde pasaba horas de cielo arrodillada ante el Sagrario, recibió la esclavina de Postulante dando un paso más hacia la meta deseada.

Desde los primeros años de su vida religiosa llamó la atención por su obediencia, alegría y sencillez, adaptándose a todo lo que la pobreza y disciplina religiosa trae consigo y a lo que no estaba acostumbrada por su condición social desahogada. Nunca mostró la menor muestra de desagrado por lo que podía creerse que nada le costaba.

Comenzó su Noviciado con el gozo de haber encontrado su centro en la Casa del Señor.

Su estado precario de salud -continuos dolores de cabeza- la obligaban muchas veces a retirarse de las prácticas comunes de oración, estudio o trabajo. Con toda sencillez aceptaba lo que hacían por ella, pareciéndole siempre demasiadas las atenciones que las Superiores y connovicias le dedicaban.

Ya en el segundo año de Noviciado su salud mejoró notablemente y se dio de lleno a completar su formación salesiana.

El día 5 de agosto de 1945 profesó. Ese día escribió:

«Jesús Crucificado es lo único que puede llenar mi vida. Necesito

transformarme en Jesús Crucificado». Y con estos ánimos de inmolación por amor abandonó el Noviciado para comenzar su vida de apostolado en la Casa Inspectorial.

Mucho habría que decir del buen ejemplo, de la caridad exquisita, de la inalterable paciencia con que fue edificando día a día a la Comunidad y a las alumnas. ¡Cuánto tuvo que sufrir con ellas! En las clases abusaban de su bondad, de su tolerancia y producían alborotos y desórdenes. Ella lejos de quejarse, se acusaba y a veces hasta llorando, de su ineptitud para enseñarlas y formarlas... El Señor le dio el consuelo de verlas cambiar y tornarse juiciosas. Tanta bondad las había vencido hasta el punto de sentir por ella verdadera veneración.

En el año 1950 muere su padre. Esta muerte por las circunstancias tan especiales que la acompañaron, forma uno de los capítulos más hermosos de su vida, donde resplandece con más fuerza su fe y confianza en María Auxiliadora. Don Miguel Iscar, caballero muy cristiano en otro tiempo, había llegado a enfriarse en la práctica de la Religión a causa de los repetidos golpes con que la desgracia llamó a su puerta durante su vida: la muerte de su esposa e hija Carmen, la trágica desaparición de otro hijo, Miguel que para Sor Teresa fue una constante espina en el alma, siempre con la incertidumbre de su salvación; la enfermedad mental de otro hijo, Agustín, mezclado en política en los calamitosos tiempos que precedieron a la Guerra de Liberación, viéndose por ello obligado a huir a Francia, donde enfermó a causa de esa situación tan azarosa...

A don Miguel se le ensombreció el alma y nada quiso saber ya de prácticas religiosas. ¡Cuántas lágrimas costó a Sor Teresa su obstinación!

Confiado en la promesa de San Juan Bosco que asegura la salvación a los familiares de los miembros de la Sociedad Salesiana y del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, quería tener la prueba de la salvación de su hermano Miguel en la reconciliación con Dios de su padre. Insistía en su oración: ¡Señor, mi gracia, mi gracia! Ya ni la nombraba, segura de que Dios la conocía muy bien.

Llegó su padre a los últimos días de su existencia. Ella marchó rápidamente a Salamanca. Fueron momentos de ansiedad que nos los ha dejado grabados en su cuaderno de apuntes y de él copiamos:

-Llegué muy puntual. Habían ido a buscarme mis primas y mi hermano el pequeño, Fernando. Antes le habían entregado una carta de su hermana Mercedes preparándola. Sigue ella diciendo: Salamanca está en plena Misión. Todos escuchan a los Misioneros. El ambiente es de fervor. Llegué a casa. Estaban todos mis tíos y primos. Subo en seguida a la habitación de mi padre. Esta vez no tenía miedo de que se asustara al verme. Estaba

persuadido de que se iba a morir. El saludo que me hace es éste: «Teresita, te han tenido que adelantar la venida.» Le digo que no, que han aprovechado las Superiores los Ejercicios de las niñas para que esté unos días más con él. De nuevo me dice: Qué bien se portan las Superiores. «¿Sabes algo de ahí arriba? No sé que contestarle, pero como veo que tiene deseos de que le hablen, le digo que esté tranquilo, que todas estamos rezando mucho por él y le recuerdo la promesa de San Juan Bosco. Escucha todo con atención y después me responde: -Está bien, hija.

Tenía el Crucifijo de mi profesión encima de la almohada. Lo cogía frecuentemente y lo besaba con tanto fervor que emocionaba al verlo. Rezaba constantemente jaculatorias. Aquella noche nos quedamos con él la Sierva de María que lo cuidaba por la noche y yo. No salía de mi asombro de su fervor y al verle hecho un santo empecé a escribir las frases que él decía:

San José ayúdame en este trance tan doloroso.

Adiós, adiós, adiós a todos.

Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío.

Hijitos míos, tomad muy en serio las cosas de la Religión.

Qué agonía más lenta. Dios lo quiere así.

Pasó la noche relativamente tranquilo y en un continuo fervor.

El día 24, a las dos y cuarto de la madrugada pasó a la Eternidad. No dudo que acompañado de la Santísima Virgen».

Con el alma llena de consuelo, a pesar de la tristeza de la separación de ese ser tan amado, regresó Sor Teresa a Madrid. Tenía la completa seguridad de que su padre estaba en el Cielo. Por eso se reintegró serenamente a sus clases de Ciencias, Matemáticas y Religión y comenzó ilusionada la preparación a sus Votos Perpetuos.

Ese año visitó las Casas de España la Madre General, Linda Luccoti. La entonces Inspectora de Madrid, Madre María Valle, anunció a las Hermanas la visita de la Madre como la gracia más grande después del Bautismo y de la Profesión. Con gran júbilo se preparó la Comunidad de Villaaamil a recibir aquel regalo del Cielo que en verdad lo fue, pues de la persona de la Madre se escapa un alud de candor y de paz que encantaban. A todas habló en particular y les hizo gozar con sus rasgos inolvidables de bondad y maternidad salesiana. No sabemos nada de su encuentro personal, pero sin duda algo especial advertiría la Madre cuando la propuso como futura Directora de la Casa Inspectorial.

El día 8 de diciembre de 1952 fue su presentación a las alumnas y a la Comunidad. El salón de actos del Colegio estallaba de entusiasmo pues era mucho lo que todos la estimaban.

De los apuntes suyos sacamos los propósitos que entonces hizo:

1. Hacer con esmero las prácticas de piedad y durante el día procurar tener espíritu de piedad, sobre todo en las dificultades, invocando al Señor y a la Santísima Virgen con fe.

2. Caridad con las Hermanas. Ser siempre para ellas ángel de consuelo y procurar entre ellas la caridad, haciéndolas soportar sus defectos y guardar siempre el secreto de cuanto me confíen.

3. No dejar ningún mes de pasar rendiconto y la conferencia semanal.

4. Unos minutos de lectura espiritual particular para poder dar siempre algo nuevo a las Hermanas y alimentarme del espíritu interior que tanto necesito.

5. Visita particular y rendiconto diario al final del día con el Señor y la Santísima Virgen. Hacerla a Ella la Directora de la Casa.

6. Atender mucho a las niñas, poniendo en el horario horas dedicadas exclusivamente a hablar con ellas.

7. Todo lo que haga con la recta intención de agradar a Dios. Buscar en tantas cruces siempre a Dios por Cirineo y recompensa de tantos sufrimientos como he pasado y veo que pasaré.

Todas las Hermanas que convivieron con ella en Villaamil durante seis años que duró su directorado y las que lo hicieron durante los cuatro que dirigió el Colegio de Salamanca, coinciden en afirmar lo mismo: «Bondad derrochada a manos llenas por atender a las Hermanas, a los parientes de éstas que guardaban de ella un gratísimo recuerdo, a las niñas que veían en ella un ángel sólo preocupado por su bien, el de sus padres...

Su vida se iba acercando al ocaso. Jesús le puso en el camino varios dolorosos trances que fueron como los golpes finales que da sobre la joya el orfebre. Su salud siempre delicada se debilitaba más y más. Había sufrido ya con admirable fortaleza una trepanación, una infección en la boca, perdiendo toda la dentadura... Acabó su sexenio de Madrid como Directora y marchó a Palencia a descansar en aquella Casa más tranquila y con clima mejor, donde pasó una breve temporada edificando con su ejemplo a la Comunidad que quedaba admirada de como seguía la vida en común a pesar de su sufrimiento. Asistía a los recreos y los amenizaba con sus ocurrencias. Empleaba muchas horas en contestar a las cartas que le llegaban de Madrid.

Cuando las Superiores la creyeron recuperada la enviaron a Salamanca a dirigir el Colegio Femenino de San Juan Bosco. Se entrega con alma y vida a su nueva misión. Está en su tierra, en el Colegio donde todo le recuerda los días felices de su infancia, especialmente la Virgen pequeñita que tantas veces en la Academia Labor fue su confidente y su alegría. Salamanca la acoge con los brazos abiertos. La vieja Ciudad Universitaria se siente otra vez orgullosa de tener a esta hija tan buena.

A los pocos meses de estar allí es necesario volver a practicarle la trepanación. Ella sonriente y entera la soporta con la misma serenidad y edificación que la vez anterior.

Se recupera en el Noviciado, pero de nuevo vuelve a estar entre sus Hermanas y niñas que tanto desean su presencia. Aparentemente su vida es la misma: derrocha felicidad, paz, alegría. Sigue siendo el ángel consolador que a todas partes llega para animar con su presencia y dar aliento a las Hermanas en las duras jornadas de cada día. Pero un día la encuentran sin sentido en su habitación. Llamaron al médico que denuncia la gravedad de su estado. Es emocionante ver los turnos de las niñas rezando sin cesar con lágrimas en los ojos, pidiendo a Jesús y a María Auxiliadora la salud de su amada Directora. La trasladan a Madrid en estado de inconsciencia y es ingresada en una Clínica.

Las religiosas de la Clínica comentan asombradas que es el primer caso que han conocido, aun en personas totalmente entregadas a Dios, que al perder la razón no diga otra cosa que palabras de aliento o expresiones llenas de unción espiritual, como si fuese dueña de sus pensamientos.

Poco a poco, con los cuidados de los doctores, después de meses, se va recuperando. Después ella no recordará nada de lo que había sucedido.

Todavía era muy delicado su estado de salud, pero puede participar en una tanda de Ejercicios Espirituales que preside la Madre General Angela Vespa.

Qué alegría la de Sor Teresa al encontrarse con la Madre. Cuántas veces después repetía con gozo infantil el saludo que le dirigiera al verla en el Plantío: «Cara Suor Teresa». Porque otra de sus características fue su acendrado amor a las Superiores. En sus últimos meses de vida, gozaba lo indecible cuando recibía la visita de la Madre Inspectora Sor Julia Guaseo. Ya en sus últimos días cuando sabía que llegaba la Madre, hacía que la arreglasen bien y cuando aparecía por la puerta, su rostro se iluminaba parecía que volvía a la vida que se iba apagando.

A veces cantaba al Señor y a la Virgen. La enfermera le entonaba una

alabanza y ella con una expresión angelical la cantaba. De su boca salió hacia el Cielo el Ofertorio de la Misa Comunitaria: «Te ofrecemos, Señor, este sacrificio». Y su canto predilecto era: «Tomad, Virgen Pura, nuestros corazones». Al terminar se expresaba así: «Todo lo que he cantado lo he dicho con alma, vida y corazón. Ahora estoy cansada. No puedo más. Ya lo hice todo...»

El día 1 de abril, fiesta de la victoria en España, lo fue también para ella. Habiendo vencido al mundo y a sí misma, entraba en la Eternidad a gozar de la corona inmarcesible merecida con su vida llena de buenas obras y rica de ejemplaridad salesiana.

Su muerte fue un acontecimiento en Salamanca donde además de por su virtud, era conocida por su distinguida familia. Vestida con su santo hábito de Hija de María Auxiliadora, aureoleada con la corona de rosas, cubierta de flores blancas, fue expuesta a la veneración de las niñas y centenares de personas que se agolpaban alrededor de sus restos mortales, tocando rosarios y medallas, como se hace con una santa.

Su funeral fue otra manifestación en Salamanca. Sus restos, en otra procesión gloriosa, fueron trasladados al cementerio e inhumados en el Panteón de las Hijas de María Auxiliadora, donde esperan el día de la eterna resurrección.

Sobre ella, como el mejor epitafio, se debería escribir una frase suya:

«Espera en el Señor. Dios estuvo contigo en tus sufrimientos y será tu recompensa».

SOR DEL CARMEN INÉS MACHÍN

Nació: el 20 de abril de 1931 en Used (Zaragoza)

Profesó: el 5 de agosto de 1954 en Madrid

Murió: el 15 de noviembre de 1964 en Madrid

Sor María del Carmen Inés Machín nació en Used, pueblo de la provincia de *Zaragoza*, siendo bautizada a los pocos días de nacer. Era la cuarta de sus cinco hermanos y creció en un ambiente cristiano y sencillo.

Su padre era Guardia Civil, por lo que hubo de cambiar de casa muchas veces. En 1934 fue trasladado a Madrid, donde pasaron toda la Guerra Civil sufriendo grandes calamidades, pues el Cuerpo de la Guardia Civil fue disuelto y sus miembros fueron objeto de grandes persecuciones por los del bando contrario.

Al terminar Sor Carmen la Enseñanza Primaria a los 15 años, manifestó su deseo de aprender a bordar en vez de seguir estudiando como querían sus padres y entonces ingresó en nuestro Colegio de Emilio Ferrarí, en la zona de Pueblo Nuevo. Allí se sintió desde el primer día muy feliz, aprendió a bordar a la perfección y llegó a ser una de las mejores bordadoras de nuestros talleres en los que se quedó trabajando.

Toda su vida transcurría en el Colegio, pues los domingos era de las más asiduas oratorianas. A veces en su casa era corregida por llegar tan tarde por la noche, pero ella se las arreglaba para despejar el enfado con alguna zalamería. Era de carácter alegre, aunque algo reservado. Sobresalía entre sus compañeras por su piedad. Participaba diariamente en la Eucaristía del Colegio y confiaba plenamente en la Virgen como verdadera hija.

Cuando fue mayor se le confió un grupo de Catecismo en el Oratorio. Las niñas la querían mucho y ella se las ingeniaba bien para mantenerlas muy entretenidas.

En el taller ayudaba a las Hermanas con gran responsabilidad. Preparaba los dibujos y labores con tanta perfección como podría hacerlo una Hermana, las cuales confiaban en ella plenamente.

Cuando cumplió los 19 años pidió permiso a sus padres para hacerse Religiosa, pero ellos no le concedieron el permiso, alegando que era muy joven y que todavía tenía que conocer más el mundo. Esperó pacientemente hasta que le fue dado el sí tan deseado. Había rogado y suplicado constantemente a su madre y en una ocasión le dijo: «Mamá, presiento

que me voy a morir joven, déjame que me haga religiosa para amar mucho a Jesús». Su madre confesó más tarde que después de oír esto y viendo el estandarte de Madre Mazzarello pensó que así sería su hija y ya no pensó en oponerse más a ello. Por entonces, Sor Carmen gozaba de buena salud.

Por fin, en 1952 entró como Aspirante recibiendo la esclavina a los pocos días según la costumbre, hizo el Postulantado en la misma Casa de Pueblo Nuevo siguiendo las mismas actividades que tenía, pero con mayor entusiasmo y responsabilidad cada día.

Cuando las Hermanas fueron a la canonización de Madre Mazzarello, ella se quedó al frente del taller, respondiendo con gran habilidad y consiguiendo que todos los trabajos siguieran su curso sin retrasar ni uno solo. Eso llenó de alegría y tranquilidad a la Directora, pues habría podido suponer un problema de haber sido de otro modo.

También ponía gran esmero en el trabajo de su perfección espiritual. Seguía los consejos que le daba la Hermana Directora para tratar de ir puliendo sus defectos. Su virtud característica era la humildad, a pesar de que le costaba mucho superar las pruebas a que era sometida. Tenía también un gran amor a las Misiones y la ilusión de poder ir un día a tierras lejanas para ayudar a conocer y amar a Jesús a aquellas gentes que nunca lo hicieron.

De su tiempo de Noviciado nos dice la Maestra de entonces:

«Era sencilla y de buen carácter, distinguiéndose por su docilidad en todas las cosas. Se prestaba con alegría y gustosa a toda clase de trabajos. Tenía gran habilidad para las labores y todo tipo de adornos, haciendo estos servicios con la mayor naturalidad».

Cuando llegó el tiempo de la Profesión, fue destinada a Italia, pues la misma Madre General, M. Linda Luccoti, había pedido una Hermana de labor para colaborar en los talleres de Madre Mazzarello y ella fue la afortunada. Habían transcurrido pocos días de su permanencia en Italia cuando se recibió una carta en la que Madre General decía a la Maestra de Novicias: «Este año me han enviado a una Hermana de cielo... Parece que con estas palabras hubiera profetizado que en el cielo la esperaban muy pronto, puesto que pocos deberían ser sus días de trabajo en su vida de Profesa, ya que la enfermedad y el dolor fueron pronto su purificación constante.

A los dos años de estar en Turín comenzaron las terribles molestias de los riñones. Estuvo dos veces hospitalizada y se le diagnosticó una nefritis. Los doctores daban poca esperanza de curación y después de sufrir

una crisis muy aguda fue enviada de nuevo a España, con la esperanza de que los aires nativos pudieran mejorarla. Era el mes de julio de 1958 y fue destinada a la Casa de Pueblo Nuevo, de lo cual ella se alegró mucho pues decía que sería más triste ir enferma a una Casa en la cual no se hubiera trabajado y que al menos así conocía a muchas Hermanas.

Tenía una gran pena de verse enferma, pero también añadía que estaba tranquila pues nunca había ocultado sus dolores y aunque le costaba mucho no poder aportar nada a la Comunidad, aceptaba con generosidad la Voluntad de Dios.

Siempre tenía que estar echada para poder soportar el fuerte y continuo dolor de riñón. A pesar de ello su carácter seguía siendo alegre y jovial. La soledad la abatía mucho, pero procuraba disimular este sentimiento. Muchas veces estaba triste y había llorado, pero cuando se acercaba alguna Hermana se secaba rápidamente las lágrimas y la atendía amablemente. Cualquiera hubiera pensado que era la mujer más feliz del mundo por la sonrisa con que acogía a todas y el interés con que preguntaba por lo que comprendía podía interesar a quien la visitaba.

En 1959 tuvo una crisis muy aguda y los médicos anunciaron que la enfermedad había llegado a su fin. La Madre Inspectora se encargó de anunciarle esta opinión para ir la preparando. Como estaba acostumbrada a reprimirse, se dominó, pero en cuanto marchó la Madre, lloró amargamente. Después serena dijo: «Señor, lo que tú quieras, aunque ya sabes que mi deseo es curar».

Era delicadísima y muy agradecida a cualquier pequeño servicio que se le prestase. A pesar de encontrarse tan mal nunca quería estar ociosa y ayudaba en el repaso de la ropa de Hermanas. Otras veces hacía alguna labor que entregaba a la Directora con ocasión de alguna fiesta. También la lectura le gustaba mucho. Últimamente perdió mucha vista y ya se vio privada de hacer incluso estos dos pequeños gustos.

Con sus familiares siempre se mostraba cariñosísima y procuraba ocultar todo lo que les supusiese dolor y sacrificio a causa de su enfermedad.

Siempre fue muy cuidadosa de cumplir sus prácticas de piedad y edificaba a cuantos íbamos a verla con sus conversaciones, en las que recordaba con afecto su Noviciado, su estancia en Turín y todo lo bueno que había aprendido en la cuna de la Congregación. Seguía con gran interés las circulares de las Superiores y ponía en práctica todo lo que sus fuerzas le permitían. Se alegraba extraordinariamente de las visitas de la Madre Inspectora, agradeciéndole vivamente las delicadezas que con ella tenía. Cuando los dolores la torturaban se limitaba a darnos un apretón de manos y mirando al Crucifijo se consolaba con el pensamiento del cielo. Si

surgía algún problema en la Casa, se lo encomendaban a ella. Ella se lo encomendaba a la Virgen y luego se ponía muy contenta cuando le comunicaban que las cosas se habían solucionado.

A mediados del mes de octubre pidió que le dieran la Extremaunción, conservando pleno uso de sus facultades y participando con mucho fervor. A partir de ese día sólo hablaba del cielo aunque le hacía sufrir el pensamiento de lo mucho que iba a padecer su madre cuando ella faltase.

El día 8 de noviembre tuvo como un ataque de locura a causa de una subida muy aguda de urea. A consecuencia de este ataque perdió la memoria y el oído. A penas podía hablar y las fuerzas la iban abandonando. Cuatro días antes de morir todo su afán era besar las manos para agradecer cuanto las Hermanas hacían por ella. A alguna Hermana le decía que fuese a la capilla a rezar por ella y que le dijese a Jesús que ya sabía que no era digna, pero que se acordase de ella. También pedía que rezasen a San José en el momento de su muerte, pues sabía que se moría aunque no hablaba claramente de ello para no hacer sufrir más a los que la rodeaban.

Los cuatro últimos días sólo podía repetir en voz tenue el nombre de Jesús. Se le volvió a administrar el Sacramento de los Enfermos y el día 4 entró en coma a las 10 de la noche y permaneció en ese estado hasta el día 15 a las 3 de la tarde en que voló al cielo para recibir el premio de Dios purificada por una larga enfermedad que ella ofreció al Señor con mucha generosidad.

Tenía sólo 33 años.

Su recuerdo será siempre para todas las que la hemos conocido un ejemplo luminoso de virtudes y de santidad de vida.

SOR ANA MARÍA SANTOS

Nació: el 15 de enero de 1939 en Valsalabroso (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1962

Murió: el 25 de junio de 1965

El plan de Dios en la historia de la Humanidad es un maravilloso complejo de misterios que se desenvuelven en el gran escenario del mundo, cuyo telón en su parte mate está ante nuestra vista y vela completamente la contemplación de esos espléndidos modos divinos que se verifican en el brillante anverso del mismo.

La oscuridad de nuestra vida nos permite vislumbrar tal vez algo de cuanto se realiza en el Plan de Dios. Cada alma en particular es una faceta misteriosa de la fecundidad divina y Dios al crearla le asigna un destino que debe realizar en la vida. Hay almas destinadas por Dios para pasar desapercibidas, esparciendo el buen olor de Cristo de una manera sencilla, sin que casi nadie se aperciba de su presencia. A esta clase de almas pertenece Sor Ana María.

Sabemos poco de su infancia. Nació en un pueblecito de Salamanca llamado Valsabroso, el día 15 de enero de 1939, de una familia campesina muy cristiana. En un hogar sencillo aprendió del ambiente familiar los primeros rudimentos de una educación cristiana. Era inteligente, aguda. En la Escuela la Maestra y las compañeras la consideraban una de las más hábiles en captar las materias escolares.

Existe un refrán castellano que en la mayoría de los casos resulta ser una verdad palpable: «De tal palo, tal astilla» que se puede traducir en: «De tales padres, tales hijos». En nuestro caso el refrán se cumple perfectamente. De los ocho hijos que formaron el hogar de Sor Ana María, dos pertenecen a los hijos de Don Bosco y ella es la tercera que se enroló en sus filas.

No tenemos referencias de cómo despuntó en ella la vocación a la vida religiosa, pero sabemos que ingresó a los 13 años en el Aspirantado de Madrid, situado en el Colegio del Paseo de las Delicias. Coincidió su entrada con los primeros años de la Inspectoría en 1952. Surgía ésta pujante y esperanzadora y precisamente por ello este vigor lo tuvo que sostener el sacrificio de las Hermanas. Había muchas obras, muchas Casas y gran escasez de Hermanas y las Superiores se veían obligadas a suplir esta necesidad con el personal en formación, por lo que durante varios años las Aspirantes tuvieron que dedicarse a los cuidados domésticos y atender a las niñas en las clases.

Sor Ana María fue destinada a la Casa de Zamora, en la que las Hermanas atendían la cocina de la Universidad Laboral, regida por los Salesianos. El trabajo en un principio era penoso, porque los alumnos internos eran numerosísimos y se carecía de muchos medios elementales para atenderles.

La Hermana Directora de la pequeña Comunidad atestigua que Ana María se daba al trabajo con toda su alma, sin rehusar ningún sacrificio y desempeñaba su oficio con una alegría y una gracia tan singular que animaba a cuantas trabajaban a su lado. Las Hermanas que convivieron entonces con ella atestiguan que a su lado nadie tenía penas, pues poseía un cierto gracejo natural que hacía desaparecer los pequeños sacrificios y sufrimientos.

El tiempo iba transcurriendo muy alegre y esperanzador para Ana María, la cual contaba los meses y los años pasados con la mirada fija en su ideal: vestir el hábito de las Hijas de María Auxiliadora. Sin embargo, Dios en sus designios no había reservado para ella un camino fácil ni amplio. Como en toda alma selecta quiso formar en ella un espíritu fuerte forjado a golpes de martillo.

Era muy alta y fuerte pero su cuerpo no estaba bien proporcionado. Tenía las manos y los pies un poco deformes y su contextura, en general, llamaba un poco la atención. Precisamente por eso, con gran pena, después de cuatro años de Aspirantado, la Hermana Directora la devolvió a la familia. Mucho tuvo que costarle a Ana María esta decisión, sin embargo la recibió con una serenidad impresionante, convencida de que si era la voluntad del Señor debía aceptarla.

Marchó a su pueblo y estuvo con sus padres una temporada, pero en su corazón se albergaba el primitivo ideal: «Yo no soy para el mundo y por eso no puedo vivir en él».

Cuando hubo pasado un cierto tiempo escribió a la Hermana Directora de Zamora diciéndole que no podía vivir en su casa, que la recibiera aunque sólo fuera como a una chica de servicio. La Directora en estas condiciones la aceptó con mucho gusto y Ana María volvió a trabajar en la cocina con la misma alegría y entusiasmo de antes.

La Hermana Directora durante esta nueva época se preocupó mucho de ella. Le compraba vestidos para que se presentase con cierta elegancia. Procuraba que se instruyese bien con el fin de que se defendiese en la vida y viéndola tan buena y trabajadora la llevó a un especialista de huesos con el fin de que la hiciese un reconocimiento profundo y ver si la deformidad de las piernas era progresiva o por el contrario no avanzaba más. El médico después de examinarla bien, manifestó que el cuerpo había llegado a un total desarrollo y que esa deformidad no progresaría.

La Hermana Directora comunicó a la Rvda. Madre Inspectora el resultado de la visita del médico y ésta ponderando las circunstancias del caso, creyó oportuno volver a admitir a Ana María como Aspirante, la cual experimentó una de las mayores alegrías de su vida. Habían pasado cerca de seis años después de su primer ingreso, durante esos años se había construido el Aspirantado de El Plantío, al cual fue enviada Ana María un año antes de que le fuera impuesta la esclavina.

El 31 de enero de 1960 le fue impuesta la esclavina y el 5 de agosto del mismo año pasó al Noviciado.

No sabemos si en el primer año de Noviciado tendría alguna pena, pero trabajaba con todas sus energías para asimilar las enseñanzas del Noviciado y todo con la mayor alegría. Aprovechaba al máximo las clases de Religión y Pedagogía. Era muy amante de la lectura y hacía todo lo que podía por aprender el italiano para poder leer los libros en este idioma. Con estas buenas disposiciones manifestadas a lo largo de todo el año, no tuvieron ningún inconveniente las Superiores en dejarla pasar al segundo año de Noviciado.

Pero el Señor a sus almas elegidas las prueba hasta el fin. Era por el mes de noviembre, estando jugando en el recreo, una Novicia dio a Sor Ana María un pequeño golpe con el pie en la parte anterior de la pierna, haciéndole una herida de poca importancia. El tiempo iba pasando y la herida se hacía cada vez mayor y no mejoraba nada a pesar de las curas dianas. La llevaron al médico el cual después de mandar unas curas un poco especiales, la ordenó un reposo de ocho días. Mucho debió de sufrir entonces la pobre Novicia porque de sus conversaciones se deducía que tenía miedo de que la volvieran a mandar a casa si la herida no cicatrizaba. Las Superiores le sugirieron hacer alguna novena a nuestros Santos y por fin la gracia de la curación se alcanzó.

En los primeros días del mes de junio fue comunicado a las Novicias de segundo que todas estaban admitidas a la Profesión. La alegría fue indescriptible.

Al terminar el Noviciado Ana María fue destinada a la Casa Inspectorial donde entonces estaba el Juniorado. Desde el primer día ganó las simpatías de todas las Hermanas por su jovialidad y apertura de carácter.

Comenzó el curso escolar y le fue encomendada la responsabilidad del lavadero ayudada de otra Hermana que también tenía muy buen carácter. En aquel lavadero no había penas ni trabajos. Todo se hacía sencillo y llevadero a pesar del mucho trabajo que pasaba por sus manos. Nunca se oía una palabra de cansancio.

Con el comienzo del curso vinieron las niñas y el aspecto físico de Sor Ana María les llamó la atención e incluso tuvo que oír alguna burla. Ella nunca se incomodó, por el contrario con sus bromas y forma de ser las fue conquistando a todas.

Pasó el año de Juniorado y al verano siguiente cada una de las Hermanas Júnioras fueron destinadas a una Casa de la Inspectoría. A Sor Ana María la obediencia la esperaba en la Casa de Huérfanos de Ferroviarios de León, donde se encargó de la despensa y de la Contabilidad de todos los víveres que entraban. Desempeñó su oficio con exactitud y buen criterio. Tenía contentos a los Salesianos y su buen humor hacía que las chicas que estaban empleadas con ella trabajasen felices. Hacía lo que tenía que hacer y nunca se preocupó de lo que dijeran los demás.

A juicio de los que la observaban, se puede decir que Sor Ana María siempre ha dicho «SI» a la Voluntad de Dios. Seguramente que el Señor la encontró pronto madura para llamarla definitivamente. La última prueba de fidelidad se la pidió en la «brecha». No había terminado su tercer año de Profesión.

Era el día 25 de junio de 1965, festividad litúrgica del Sagrado Corazón de Jesús, se hallaba trabajando en sus quehaceres ordinarios cuando recibió la visita de sus tres primos Salesianos, que se habían reunido para pasar unos días de descanso. Les obsequió, según indicaciones recibidas de la Hermana Directora. De repente sintió un cierto malestar, como una especie de mareo y para no preocupar a sus primos salió de la habitación con la disculpa de que tenía que ultimar unas cosas para la cena de los internos. En la primera silla que encontró se sentó y al verla en ese estado una de las chicas se alarmó y avisó inmediatamente a la Directora y ésta a su vez avisó al mayor de los primos que, dándose cuenta de que la cosa era importante mandó llamar al médico del Colegio. Mientras tanto las Hermanas la llevaron a la habitación. El médico diagnosticó una gravedad alarmante y el especialista dijo que había sido una angina de pecho sin solución. Eran las dos de la tarde cuando Sor Ana María espiraba. Habían pasado tres cuartos de hora desde que se sintió mal. Su alma generosa había rendido su último homenaje a la Voluntad de Dios.

Aunque lo imprevisto de su muerte causó gran impresión en todos, las Hermanas de la Inspectoría coincidían unánimes al hablar de sus virtudes y el recuerdo que dejó fue el de una Hermana intachable a la que acompañó siempre un buen carácter y gran sentido del humor.

SOR MARÍA JESÚS MALDONADO

Nació: el 21 de marzo de 1893 en Monterrubio (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1913 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 9 de julio de 1965 en Madrid

Sor María Jesús Maldonado nació en Monterrubio (Salamanca) el día 21 de marzo de 1893. Procedía de una familia de la más rancia nobleza y abolengo de Salamanca en la que adquirió una profunda formación religiosa, siendo al mismo tiempo y tal vez por eso muy sencilla y afable en su trato, humilde y sin ninguna pretensión. Siempre estaba dispuesta a complacer y a servir a sus Hermanas en todo lo posible y a desempeñar con santa alegría las ocupaciones más humildes y penosas.

Antes de ingresar en el Instituto había estudiado la carrera de Magisterio en la Escuela Normal de Salamanca. Frecuentaba por esos tiempos el Oratorio Festivo que las Hermanas animaban en la Ronda de Sancti Spiritus.

Sintiéndose llamada a la vida religiosa, solicitó y obtuvo de nuestras Superiores el deseado permiso para ingresar en el Instituto, lo que realizó en el año 1911, haciendo su Noviciado en Barcelona-Sarriá.

Al profesar en Sarria el año 1913 fue destinada a la Casa de Jerez de la Frontera (Cádiz) donde dio pruebas de las grandes virtudes que poseía, especialmente la humildad, sencillez, caridad delicada y sacrificada con toda clase de personas.

Después de algunos años fue trasladada a la Casa de Sevilla siendo la portera de la Comunidad, ya que a pesar de su título de Maestra, no ejerció mucho ya que su natural bondad le hacía ser demasiado dulce y falta de disciplina.

De esta Casa pasó a la de Salamanca en el año 1927, siendo maestra de párvulas, aunque le costó mucho sacrificio ya que su falta de disciplina que acabamos de señalar le hacía el trabajo un poco penoso.

De nuevo volvió a su trabajo de portera en la Casa de Sarria. Como en esos años había pocas Hermanas iba muy temprano a Misa con la Hermana que estaba en la cocina y luego permanecía el día entero en la portería.

En el año 1936, al estallar la Guerra Nacional en España, Sor Jesusa salió el mismo día 18 de julio en el último tren que circuló con destino a Salamanca con el fin de hacer Ejercicios Espirituales, permaneciendo todo el tiempo que duró la guerra en esta ciudad.

Una Hermana que vivió con ella en distintas ocasiones nos transmite su experiencia:

«Me hizo el Señor la gracia de convivir con Sor Jesusa cuatro veces, siendo todas ellas motivo de alegría y de estímulo para el bien. La conocí en el año 1927 en Salamanca y trabajamos juntas varios años en los que por sus muchas virtudes nos compenetramos muy bien. Luego la volví a encontrar en Sarria en una época en la que el Señor me hizo gustar el cáliz más amargo de mi vida por circunstancias de trabajo y de salud y por incomprendiones que el Señor permitió seguramente para mi bien. En Sor Jesusa encontré gran alivio pues informó en mi favor con gran caridad, sirviéndome de mucho consuelo.

Volvimos a coincidir en la antigua casa de Salamanca «Academia Labor» y también allí fue para mí un gran apoyo. Ejercía el oficio de portera y se cumplía en ella el axioma: «Un buen portero es un tesoro para una casa de Educación», pues por la delicadeza de su trato, prudencia y amabilidad cumplía muy bien la tarea que se le había confiado. Daba cuanto podía a los pobres que llegaban a la puerta y yo alargaba los permisos y cerraba los ojos, más que por lo que los pobres pudieran necesitar, por darle a ella el consuelo de ejercer la caridad.

Como no había en la Casa clases elementales, pues la primera era la de Ingreso de Bachillerato, no teníamos niñas para prepararlas a la Primera Comunión, por lo que Sor Jesusa buscaba entre las Oratorianas que eran muy numerosas y pobres y las hacía venir a diario a la portería para, sin abandonar su trabajo, prepararlas a recibir a Jesús.

Por fin, al cabo de los años, nos encontramos en 1962 en la Casa del Noviciado de Madrid, ya ancianas y enfermas las dos, siendo esto un gran consuelo para ambas, pues cuando teníamos ocasión de pasar algún recreo juntas recordábamos con alegría toda la trayectoria de nuestra vida y la cantidad de ocasiones que el Señor nos había brindado para convivir.

Su muerte ha dejado en mí un profundo vacío, pero al tiempo una paz enorme. Con frecuencia hablábamos de cuando nos encontráramos en el Paraíso y así espero que sea».

Era extraordinaria en la observancia de la pobreza, no desperdiciando jamás nada. También era mortificadísima. A pesar de las dificultades de todo género con que tropezaba nunca se le oyó ninguna queja.

Otra Hermana, hablándonos de Sor Jesusa, dice:

«Conocí de cerca a Sor Jesusa cuando al profesar en el año 1952, me quedé como personal en la Casa del Noviciado. Entonces estaba ella en plena actividad como Hermana responsable de la cocina de la Institución

«Virgen de La Paloma» que dirigían los Salesianos. Eran tiempos duros y las condiciones de trabajo deficientes. Siempre en silencio, sin quejarse, cumplía con su deber.

Pasaron unos años y volví de nuevo como Directora a esa Casa en el año 1961. Sor Jesusa ya anciana y enferma se manifestó siempre como había sido: sumisa y observantísima. Como no podía hacer esfuerzos por su gravísima enfermedad del corazón, se dedicaba a arreglar los hábitos de las Hermanas que no tenían tiempo, a coserles incluso las medias y a hacerles pequeños favores. Todo con gran esfuerzo pues cualquier cosa la fatigaba enormemente.

Siempre atenta a las necesidades de las Hermanas, las aconsejaba con frecuencia cariñosamente para que con menos esfuerzo lograsen mejorar. Sufría cuando creía que sufrían las demás. Nunca manifestó necesidad alguna. Siempre decía que estaba mejor y quitaba importancia a sus molestias. Preocupación suya era no dar trabajo.

Tenía una gran piedad. Ya muy agotada se la veía largos ratos en la Capilla. Daba la impresión de estar siempre en unión con Dios. Su idea dominante era la de la resurrección de los muertos. En más de una ocasión me manifestó su grandísima pena porque no podía predicar a todos los hombres la bondad de Dios y la gloria de la resurrección.

Murió en la paz de los santos. Tres horas antes de su muerte la visitó el doctor y ella le rogó que no se preocupara más por darle salud, pues era ya hora de morirse y de irse con Dios.

Estaba preparándose para recibir la Santa Unción. La Comunidad comenzaba el rezo del Rosario en la Capilla. La acompañaba la enfermera. Se sintió mal y dijo: «Me muero. No tengo vida». Casi instantáneamente perdió el conocimiento. Llegó rápidamente el Director de los Salesianos y le administró la Santa Unción. Sor Jesusa, callada, como había vivido, había pasado a la Vida que tanto había esperado y deseado».

La contemplación de su cadáver infundía un sentimiento de paz y alegría al mismo tiempo, pues su rostro reflejaba verdaderamente la serenidad y la fidelidad de las almas santas. Era el 9 de julio de 1965.

SOR GABRIELA CENZUAL

Nació: el 1 de junio de 1932 en Miranda del Castañar (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1954 en Madrid

Murió: el 26 de agosto de 1965 en Madrid

Sor Gabriela Cenzual Coca nació en Miranda del Castañar (Salamanca) el día 1 de junio de 1932.

Procedía de una familia sencilla de labradores de sanas y cristianas costumbres.

A los 17 años decidió ingresar como Aspirante en el Instituto, ya que había conocido a las Hermanas en el Colegio de Salamanca por mediación de amigos de la familia que tenían a sus hijas internas en dicho Colegio.

Una vez obtenido el permiso, ingresó en el Aspirantado que entonces estaba en la Casa de Delicias de Madrid. Sus padres tuvieron que hacer un gran esfuerzo y sacrificio pues la amaban entrañablemente. Era de un carácter amable y muy abierto y desde el primer momento se encontró como en su propia casa.

Como era muy piadosa, encontraba en la oración la fuerza necesaria para abrazar los sacrificios que sin duda se le presentaban en la vida religiosa, ya que echaba de menos las delicadezas paternas de las que siempre se había visto rodeada.

Tomó la esclavina el 31 de enero de 1952 y al pasar al Noviciado fue destinada junto con Sor Iluminada Iglesias a Lyon (Francia) donde hicieron el Noviciado con el fin de que aprendieran al mismo tiempo el idioma francés.

De esta época de Noviciado es Sor Iluminada su compañera la que nos testimonia: «Sor Gabriela era humilde, sencilla, alegre y no tenía respeto humano cuando necesitaba hacer el bien a las almas. Tampoco lo tenía cuando ella manifestaba exteriormente su vida de piedad y unión con Dios.

Cuando nos encontrábamos en el taller de labor ella observaba el silencio moderado muy bien, interrumpiéndolo sólo para entonar alguna jaculatoria que nos ayudaba a todas para mantener ese silencio interior.

Si teníamos que realizar algún trabajo pesado, ella escogía siempre la parte más dura, dejando para mí la menos pesada.

Aceptaba siempre con generosidad la Voluntad de Dios, lo mismo en las alegrías que en las penas, quedando siempre su carácter inmutable ante las pruebas.

Muchas veces me comunicaba su agradecimiento al Señor y a María Auxiliadora que bendecían de una forma especial a su familia desde que ella había entrado a formar parte del Instituto».

Al regresar a España, en el año 1954, fue destinada a la Casa de Delicias como profesora de Francés y encargada de un grupo de Oratorio, además de otras actividades que su generosidad iba asumiendo. Las niñas del Oratorio la querían mucho pues era muy ingeniosa en preparar iniciativas que les ayudaran a pasar entretenidas las tardes de los domingos, además de preparar con mucho interés las clases de Catecismo.

En esta Casa estuvo dos años y de allí fue trasladada a Valdepeñas donde permaneció hasta 1964.

Su Directora la calificó siempre de dócil al Espíritu para dejarse conducir por el camino de la santidad. Laboriosa, sacrificada, generosa. Era muy abierta con las Superiores, comunicándoles siempre las más pequeñas faltas y sus deseos de ser toda de Dios. Siempre muy alegre en Comunidad cantaba las alabanzas con entusiasmo, transmitiendo su fervor a las alumnas».

En la Casa de Valdepeñas trabajó mucho y aceptó generosamente los sufrimientos por los que el Señor permitió que pasara para consolidar cada vez más sus virtudes cristianas y religiosas.

En el curso 1963–64 estaba decidido que volvería a Madrid para completar sus estudios de Francés, cosa que ella deseaba mucho para poder ayudar mejor a las niñas, pero la escasez de Hermanas en esa Comunidad hizo que tuviera que esperar otro año. Ella lo sintió, pero no lo dejó notar a nadie. Al terminar ese curso empezó a sentir las molestias de la enfermedad que la iba a minar aunque no dejó de esforzarse en cumplir todo el deber que tenía encomendado.

A primeros de octubre regresó a Madrid con el fin de continuar sus estudios. Todas las Hermanas la encontraron muy desmejorada y a los pocos días empezó a tener vómitos frecuentes y un gran malestar para ella inexplicable.

Viendo que no mejoraba acudió al médico que al verla muy nerviosa, pensó que sería un reflejo de su estado de excitación en el estómago. Le mandó descanso y que se alejara de preocupaciones. Ella creyó que pronto se curaría y cumplió con empeño la prescripción facultativa, agradeciendo a las Superiores el que se preocuparan tanto de ella.

Fueron pasando los días, unos mejor y otros peor. Procuraba superarse aunque se notaba que sufría mucho. Por fin, en los primeros días de noviembre, encontrándose en cama, casi de repente entró en estado de coma. Inmediatamente se la trasladó al sanatorio y el doctor que la asistió mandó que se avisase a la familia pues se trataba de un estado muy grave. El diagnóstico dio un tumor cerebral que era preciso extirpar inmediatamente.

El Señor permitió que antes de la operación recobrar un momento el conocimiento para el consuelo de sus padres y hermanos y para recibir con todo fervor el Sacramento de los Enfermos.

La operación fue un éxito y su restablecimiento rápido.

La convalecencia la pasó en la Casa Inspectorial y según su deseo pronto empezó a asistir a las clases, si bien no podía estudiar porque había perdido vista y no convenía que se fatigase lo más mínimo. Participaba lo que podía en la vida común y edificaba a todas por su obediencia, sumisión, prudencia, caridad y mortificación.

Al llegar el mes de mayo volvió la enfermedad como al principio. Perdió el apetito y a penas podía alimentarse. Tenía fuertes dolores de cabeza lo que le ocasionaba un gran desasosiego y nerviosismo.

Era admirable ver cómo sufría sin quejarse y cómo disimulaba su casi total ceguera para no preocupar a nadie.

En algún rato que estaba mejor mostraba su deseo de ir al cielo que veía ya muy cercano, pero en seguida se entristecía pensando en lo que iban a sufrir sus padres cuando la perdieran.

Sus padres estaban constantemente a su lado y sufrían en silencio para no aumentar el sufrimiento de Sor Gabriela que sufría también por ellos.

El día 26 de agosto terminó la última tanda de Ejercicios Espirituales. Se le administró por última vez el Sacramento de los Enfermos en presencia de sus padres, de Madre Inspectora, de la Hermana Directora y de algunas Hermanas de la Comunidad. Su padre le dio una gota de agua, pues no podía tragar nada. Al sentirla intentó hacer una mueca de agradecimiento, abrió un momento los ojos y con una profunda inspiración entregó su alma a Dios. Contaba sólo 33 años.

De una agenda que usaba Sor Gabriela durante su enfermedad, entresacamos algunas frases escritas con mucha dificultad, pues a penas veía y había perdido la memoria, por lo que no recordaba bien las palabras:

«Que yo, Señor, lleve a las almas la alegría que necesitan. Dame generosidad».

«Estoy triste, Señor, concédeme el favor que para mañana necesito».

«Sigo en la tristeza, pero espero que al atardecer vuelva la alegría».

«Dame un espíritu grande de fe. Caridad en las pequeñas cosas. Sonreír siempre».

«Tengo pena, Señor. Devuélveme la alegría perdida. Qué miserable soy».

«La Virgen fue la Maestra de Don Bosco. Amemos de corazón como Don Bosco».

«Llévame pronto, Señor».

«Que saque mucho fruto del día. Jesús, ayúdame. Todo lo haré por ti».

«Qué triste es la vida mirada humanamente».

«Lo único verdadero es servir a los demás. Dame aliento para seguir».

«Yo te ofrezco, Señor, todo lo que me cuesta hacer por mi prójimo durante el día de hoy».

«Señor, concédeme que esta cabeza se me ponga bien. Dame amor y alegría. Dame mucho amor».

«Que yo sea fiel. Ayúdame, Señor. Ayúdame, Señor».

De todas estas aspiraciones se desprende su deseo de vencer la tristeza de la enfermedad y el anhelo de servir al Señor en los hermanos.

SOR EMILIA MINGUEZ

Nació: el 11 de julio de 1911 en Robledo de Chávola (Madrid)
Profesó: el 5 de agosto de 1932 en Sarria (Barcelona)
Murió: el 15 de agosto de 1966 en Madrid

Sor Emilia nació el 11 de julio de 1911 en Robledo de Chávola, en la provincia de Madrid. A los 5 años murió su padre y al contraer su madre segundas nupcias, ella fue a vivir con sus abuelos y a los 11 ingresó como huérfana interna en nuestro Colegio de Sarria.

Poco tiempo después falleció su madre, quedando bajo la tutela de unos tíos que siempre la consideraron como una hija más y a los que ella correspondió siempre con inmensa gratitud y amor, así como a sus primos a los que quería como hermanos.

Del tiempo de su vida en el internado nos dice una Hermana que fue compañera suya lo siguiente:

«Fui compañera suya en el internado de Santa Dorotea y puedo afirmar que, a pesar de su temperamento algo difícil, procuraba agradar a las demás por el empeño que ponía en ayudar siempre a todas, aunque esto suponía para ella un gran esfuerzo debido a su forma de ser poco flexible.

Era muy agradecida y sentía gran predilección y reconocimiento hacia sus tíos y primos y no olvidaba jamás los favores recibidos».

Todas las Hermanas que convivieron con ella durante esta época de colegiala dan la misma impresión de ella: era activa, generosa, de carácter fuerte, impetuoso y ya desde entonces se iba pronunciando en ella una marcada devoción a la Santísima Virgen que fue aumentando hasta la muerte.

Del tiempo del Postulantado y Noviciado no tenemos ningún testimonio y volvemos a encontrarnos con ella en el año 1932 en el que hace su profesión religiosa, siendo destinada a la Casa de Sarria como Asistente del grupo de pequeñas y Maestra de párvulas.

Era muy activa en el trabajo, no encontrando nunca el momento de entregarse al descanso. Repasaba los uniformes, los botones, zapatos, etc. y mil cosillas más de sus niñas que ella mejor que nadie sabía que necesitaban al no tener cerca a su madre.

Terminado ese trabajo y cuando se convencía que todas dormían plácidamente, se retiraba al lavabo y allí con una pequeña lámpara, se entre-

gaba a la tarea diaria de preparación de cuadernos, muestras de bella Caligrafía, corrección de cuentas, etc. Cuando todo estaba a punto se retiraba a descansar, no sin antes dar una vuelta por las camas para arrojar a las que ya dormían. Era una Salesiana perfecta.

Vivía siempre alegre, sencilla, franca, cariñosa y servicial. A su lado se percibía un delicado aroma de piedad salesiana.

Hasta el año 1936, en el que tuvo lugar el Alzamiento Nacional, permaneció en Barcelona realizando el trabajo de maestra y asistente con destacado celo. Después de pasar muchas vicisitudes en los primeros meses de la Revolución, consiguió salir para Italia con un grupo de Hermanas donde estuvo hasta el año 1938 en que volvió a España y esta vez, en Sevilla hizo los votos Perpetuos el día 5 de agosto, siendo destinada a la Casa Inspectorial en la que permaneció nueve años.

Del tiempo en que estuvo en Italia tampoco tenemos testimonios pero sí su libreta espiritual que nos refleja la delicadeza de esta alma y su gran deseo de contener su carácter un poco impetuoso. Siempre tiene como protectora a María Auxiliadora de la que es Hija muy amante.

De la época de su estancia en Sevilla nos habla la Rvda. Madre María Valle:

«Desde que conocí a Sor Emilia en agosto de 1938 en Sevilla, vi en ella una Hermana leal, de carácter fogoso, fácil en quejarse, pero también fácil en amoldarse. Sentía fuertemente la responsabilidad en el cumplimiento del deber.

En el año 1946 pidió ser trasladada a la Inspectoría de Madrid de Santa Teresa a fin de estar más cerca de su familia, a la que tanto quería. Las Superioras accedieron a sus deseos.

Fue destinada a la Casa de La Ventilla para dar clase de Primera Enseñanza. También fue sacristana, trabajando con generosidad y buena voluntad.

Conservamos de este tiempo algunos datos que nos proporciona una Hermana:

«Conocí a Sor Emilia en 1947. Yo era Novicia y estaba allí por motivos de salud. Me admiró ver cómo daba las clases, la paciencia que tenía con las niñas y el orden que rodeaba su persona y a sus cosas. En 1951 fuimos las dos a Santander con la Madre Inspectoría. Ella que hacía poco tiempo había sufrido una operación quirúrgica se quedó como convaleciente en la Casa de el Alta, donde hacía poco tiempo que habían ido las Hermanas para ocuparse de la cocina y ropería de los Salesianos.

Por esta época empezó a resentirse su salud, siendo necesario hacerle una operación de alta Cirugía. Nos dice una Hermana:

«Tuve la suerte de asistirle y desde que recuperó el conocimiento y durante la primera noche no dejó oír ni una sola queja, sólo repetía: «Por ti, Jesús mío. Por Ti». El mismo doctor estaba admirado.

De esa operación salió bien, pero a los pocos años tuvo necesidad de otra igual por haberse reproducido la enfermedad. En la segunda se vio el dominio que había adquirido de su propio carácter. La enfermedad la estaba haciendo aún más fuerte. Pasó de la cama a la camilla sin un suspiro, me dio una mirada y en seguida levantó los ojos al cielo, mostró ser una Religiosa de buen espíritu, dispuesta a cumplir la Voluntad de Dios en todo momento.

Este sufrimiento continuo que le proporcionaba su enfermedad iba alterando su carácter, por lo que a ella se le hacía más difícil la convivencia. En los Ejercicios de 1950 escribe: «No me dejaré llevar del mal humor cuando me sienta contrariada. Ayúdame, Jesús mío, a cumplirlo. Perdóname lo mal que me he portado este año. Mándame lo que quieras en el futuro, pero ayúdame, Jesús mío. Soy tuya y tuya quiero ser hasta la muerte. Madre mía, sé mi Madre, ayúdame en mi apurillo (sin duda se refiere a la nueva operación que le tienen que hacer en esta época) haz que no sea nada, pero si me quieres ya para ti, aquí me tienes, llévame contigo al cielo y no me abandones en esa hora tan tremenda».

Al leer por primera vez este propósito recibí una gran impresión, pues había visto palpable la protección de María Auxiliadora en los últimos meses de su vida, con notas tan salientes y claras que no dudo fue la respuesta de la Virgen a esta petición y a la filial devoción que le profesó toda su vida».

En 1948 fue destinada a la nueva Casa de Madrid en el Paseo de las Delicias, donde como en toda Fundación, los primeros tiempos fueron muy costosos y sacrificados, pudiendo así comprobar una vez más el gran espíritu que tenía Sor Emilia.

Hablando íntimamente con una Hermana le decía: «Mi carácter me ha llevado a muchas rabietas, pero eran sólo exteriores. Recen por mí pues tendré que pagarlas todas en el Purgatorio».

Permaneció en la Casa de Delicias sólo un año. Después estuvo otro curso en La Ventilla y de allí pasó a la Casa de Valdepeñas donde estuvo diez años.

Su Directora de los últimos cinco años nos dice:

«Era sacrificada y piadosa. Su salud estaba muy quebrantada, pero no quería dejar de trabajar y de ser útil mientras pudiera. Se había vuelto un poco caprichosa con la enfermedad, pero ella lo reconocía y agradecía siempre la paciencia que todas tenían con ella.

Tenía tanto amor a su vocación que se maravillaba grandemente de que alguna desease otra cosa e incluso de que se quejase por no haber estudiado o por no tener aquella clase».

La enfermedad avanzaba y se notaba de día en día, pero ella fue muy optimista con relación a su enfermedad. Eso también le hacía ser comprensiva y muy caritativa. Más de una persona lloró en Valdepeñas la muerte de Sor Emilia.

Viéndola cada vez peor las Superiores la trajeron a Madrid en octubre de 1965, con el fin de tenerla en plan de cura y de que estuviera más cerca del doctor que atendía su enfermedad.

Tuvo que sufrir una operación de garganta y su mal avanzaba rápidamente. Pasó el invierno bastante mal, procurando no obstante mantenerse en la vida común, pero ya en el mes de abril empeoró tanto que no podía comer, por lo que el médico creyó conveniente volver a intervenirla quirúrgicamente para mejorarla.

En el mes de Mayo dedicado a la Santísima Virgen volvieron a intervenirla, pero esta vez sólo pudieron abrirla un conducto en el estómago ya que lo tenía cerrado por su mal y al estar invadida por los tumores no pudieron hacer más.

Como es natural, a ella no se le dijo nada y aun en medio de su gravedad, como empezó a alimentarse algo, volvió a sentirse optimista y a recobrar la esperanza respecto a su enfermedad.

El médico venía a visitarla, pero no se podía hacer nada por ella. Ella era ya muy consciente de su situación y así decía: «Yo estoy muy mal. Tengo un cáncer y sin remedio. Lo veo claramente, pues cuando la Madre Inspectora no me lleva a otro sitio ni me hacen nada es porque ya no tengo solución. No creas que me importa. Tengo ganas de irme al cielo, deseo estar con la Virgen. Estoy conforme con la voluntad de Dios. Recen mucho por mí para que salga pronto del Purgatorio. Es triste morir pero muero contenta porque muero Hija de María Auxiliadora». Sufría todo con mucha paciencia aunque se encontraba muy mal. Sentía mucha necesidad de hablar y cuando estábamos con ella siempre nos comunicaba lo contenta que se sentía de haber sido Hija de María Auxiliadora y nos decía que fuésemos siempre ejemplares y observantes, pues a la hora de la muerte es cuando se ven las cosas con más claridad.

Sabía que llegaba su fin y cuando su familia vino a verla veinte días antes de su muerte, les dijo: «Estamos de paso. Os espero en el Cielo».

El Señor le pidió un gran sacrificio en sus últimos momentos y más para ella que era tan sensible y tan amante hija de sus Superiores. Estaba determinado que todas las Superiores de España hicieran los Ejercicios Espirituales en Turín, en donde tenían que estar el 13 de agosto, debiendo salir el día 11 de Madrid. Ya se veía claramente la gravedad de su estado, pero las Superiores dejando todo previsto tuvieron que partir. Sor Emilia aceptó la renuncia serenamente, despidiéndose de todas con mucho cariño, asegurándoles el último abrazo con un ¡hasta el cielo!

Comulgaba todos los días. El día 14 le decía su enfermera: «Sabemos que la Virgen va a venir pronto a buscarla, pero no sabemos cuándo». Ella respondió: «Que venga cuando quiera. Mañana es la Asunción. Sí vendrá mañana porque el 24 es ya tarde. No tengo miedo, pero recen mucho, no digan: está en el Cielo. No, estaré en el Purgatorio... me han llenado de muchas comodidades... tengo que ir al Purgatorio.

Al avanzar la noche sintió un gran ahogo. El doctor que la vigilaba nos dijo que nada había que hacer. Ella gritaba: «Me ahogo». Una serenidad envidiable la envolvió de cinco a seis de la mañana. Conservó su pleno conocimiento y sensibilidad hasta el último momento. Dijo: «Madre, llévame pronto al Cielo». Cuatro Hermanas rezábamos continuamente a su lado. Nunca sentimos a la Virgen tan cerca. Rezamos la Consagración y Plegaria y la renovación de los Votos. Ella lo seguía todo. Le pusimos el Crucifijo a su alcance y lo intentaba besar. Hizo un ademán de despedida con la mano y expiró. ¡Qué muerte más envidiable! María Auxiliadora respondió admirablemente a su amante hija, llevándosela la mañana de la fiesta de la Asunción como ella había deseado, haciendo palpable su conformidad con la Voluntad de Dios y la confianza en su misericordia que la inspiró en estos últimos meses de su vida.

El día 16 a las 10 de la mañana tuvo lugar el funeral cantado por todas las Hermanas de las Casas de Madrid, Salesianos, familiares, alumnas y Antiguas Alumnas.

SOR EUGENIA MATALLANA

Nació: el 13 de enero de 1932 en Peñaranda de Bracamonte (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1956 en Madrid

Murió: el 24 de junio de 1967 en Madrid

Sor Eugenia Matallana nació en Peñaranda de Bracamonte (Salamanca) el día 13 de enero de 1932. Era hija de una familia bastante numerosa por lo que ella vivió varios años de su infancia en casa de una tía.

Después de la Guerra Civil española sus padres se fueron a vivir a Burgos y concretamente a la Barriada Yagüe. Más tarde en el año 1952, las Hijas de María Auxiliadora fundaron en dicha Barriada una Casa para atender la Guardería Infantil de Auxilio Social. Fue esta la ocasión que el Señor le preparó a Sor Eugenia ya joven, para que empezara a frecuentar el Oratorio Festivo y conocer así a las Hermanas y el espíritu de Don Bosco.

La natural bondad de Eugenia y su inclinación a la piedad y al sacrificio le hicieron compenetrarse pronto con las Hermanas que, necesitadas de ayuda, contaron siempre con su colaboración. Era especialista en el trato con los niños de esas edades infantiles, lo que demostró más tarde de Hermana, siendo siempre una excelente maestra de párvulos.

Durante este tiempo se fue perfilando su vocación religiosa, teniendo que vencer algunas dificultades familiares para realizarla. También su salud poco robusta le ofrecía alguna resistencia. Pero pudo más su fuerza de voluntad y la llamada del Señor y fue admitida como Aspirante.

Hizo su Aspirantado en la Casa de Madrid-Delicias y de esta época tenemos el testimonio de su asistente que nos dice: «Conocí a Sor Eugenia cuando entró de Aspirante. En mi cargo de Asistente tuve ocasión de tratarla de cerca. Su carácter era sencillo y alegre, vi siempre en ella igualdad de humor y gran docilidad en el cumplimiento de su deber.

Durante el Postulantado estuvo de ayudante en la clase de párvulas y las niñas la querían mucho porque era bondadosa y paciente. También ayudaba en la costura pues tenía gran habilidad para ello y siempre se la veía activa respondiendo admirablemente de cuanto se le encomendaba.

Su piedad era sencilla y natural. Parecía que no le costase la obediencia pues su carácter dócil le hacía someterse a cuanto era prescrito o inculcado.

Se distinguió por el espíritu de trabajo y sacrificio hecho sin alarde y con alegría».

Comenzó su Noviciado pero la salud no le respondía por lo que las Superiores juzgaron oportuno retrasar su profesión hasta que se recuperase. Por esas circunstancias volvió a la Casa del Aspirantado conviviendo allí algún tiempo.

Esta estancia pasada con las Aspirantes dejó una estela especial, pudiendo comprobar ellas mismas que se trataba de una novicia poco común.

Faltaba poco tiempo para hacer la admisión de las Novicias a la Profesión y en vista de la poca mejora de su salud la Directora le dijo con pena que si en pocos días todo continuaba igual tendría que regresar a la familia. Le propuso hacer con mucho fervor una novena a María Auxiliadora y a nuestros Santos, pidiéndoles la salud como señal de que Dios la quería Hija de María Auxiliadora. Se empezó la novena a María Auxiliadora y a los pocos días Sor Eugenia intentó hacer los movimientos de que estaba impedida y con gran alegría vio que se encontraba muy bien y que le habían desaparecido los dolores. Continuó con aquella mejoría creciente y fue admitida a la Profesión tan deseada por ella y que realizó el día 5 de agosto de 1956.

Fue destinada a la Casa de San Sebastián. Se le encomendó la clase del Jardín de Infancia (60 alumnos de 3 a 6 años). Como ya tenía Sor Eugenia alguna práctica en este trabajo, pronto se hizo dueña de la clase haciendo cuanto deseaba con los niños, que la querían y respetaban extraordinariamente, siendo admirable en el orden, la disciplina y aprovechamiento de aquellos pequeños que salían bien preparados para pasar a las clases superiores.

Era también Asistente de Oratorio de un grupo de pequeñas a las que atendía con toda solicitud y cariño, preparando sus clases de Catecismo con verdadero celo apostólico. Estaba también a su cargo la Asociación de los Santos Angeles.

De esta época tenemos el testimonio de algunas Hermanas que convivieron con ella:

«He vivido con Sor Eugenia cuatro años y conservo de ella el mejor recuerdo. Jamás puedo decir haber visto un mal ejemplo en ella. A pesar de sufrir continuos dolores de cabeza y otros malestares siempre la he visto paciente incluso con la sonrisa en los labios, caritativa y con gran espíritu de sacrificio en cualquier trabajo».

En este penoso y constante trabajo por su falta de salud pasó Sor Eugenia los seis años de profesión temporal. En 1962 hizo sus Votos Perpetuos y fue destinada a la Casa de El Plantío. También en esta Casa se le

encomendaron las párvulas, pero al final del segundo año tuvo que dejar la clase por su falta de salud, a pesar de lo cual ella intentaba ser útil a la Comunidad ayudando en la confección de trabajos manuales, labores, etc. ofreciendo de esta manera su colaboración fraterna y procurando no ser carga para nadie.

Una Hermana que convivió con Sor Eugenia en estos años de El Planfío, nos dice:

«Conocí y viví algunos años con esta buena Hermana y a pesar de ser ella muy joven ya llevaba el sello del sufrimiento en su persona y aunque procuraba disimular cuanto podía, pues no le gustaba que la compadeciesen, siempre tenía la sonrisa a flor de labios y era muy afable con todos. Cuando la veíamos un poco apurada en algún trabajo y le preguntábamos si quería que la ayudásemos, nos contestaba con mucho agradecimiento: «Dios os lo pague». Lo poco que puedo hacer se lo ofrezco al Señor por la conversión de los pecadores, para que todos los sacerdotes sean muy santos, por nuestra amada Congregación, por nuestros familiares, etc. así el Señor que ve mi buena voluntad me lo recompensará.

«A pesar de su buen carácter alguna vez se la veía contrariada y triste y era por la pena que ella sentía de verse tan joven sin hacer nada de lo que ella hubiera deseado, pero al momento se reía y nos decía: «Bueno, ustedes limpien y yo rezo por todas, pues no quiero otra cosa que cumplir la Voluntad de Dios».

Cuando se puso más grave y su cabeza ya no soportaba ningún ruido se metía en su habitación y con un molde hacía de escayola un busto de la Virgen que las niñas compraban para sus casas, consiguiendo así que la imagen de la Virgen reinara en todos los hogares. Y como se dice: «Amor con amor se paga» la Santísima Virgen, nuestra Auxiliadora, recompensó a su hija querida por sus virtudes, por su observancia de las Constituciones y el día 24 de junio de 1967 se la llevó para siempre al cielo.

Ese día había sido el destinado para realizar unas graves pruebas proyectadas por el médico. Sor Eugenia salió por la mañana de Casa acompañada por la enfermera. Iba contenta, alegre y se despidió de las Hermanas y de la Directora con toda cordialidad.

Llegó a la Clínica y le aplicaron una inyección en la médula para realizar el estudio previsto por el doctor. Fue tan grande la reacción que ésta produjo en su organismo y tan dolorosos sus efectos que después de unas violentas convulsiones quedó sin conocimiento, teniendo que aplicarle inmediatamente fuertes antídotos que poco a poco lograron tranquilizarla, pero lógicamente actuaron de forma que redujeron sus energías vitales y en pocos instantes entró en estado de coma. En este estado duró diez

horas, luchando entre la vida y la muerte. Todas las Hermanas de la Inspectoría rezaban intensamente ante el Sagrario. Inenarrable el dolor de las Superioras que acudieron urgentemente a la clínica. Se le administró el Sacramento de los Enfermos estando privada del conocimiento que no volvió a recuperar a pesar de las inyecciones que se le pusieron y de cuanto se hizo por tratar de reanimarla.

A las 9,45 de la noche entregaba su alma al Señor. Era un día 24 y parece como si la Virgen de la que fue tan devota y fiel hija, quisiera llevarla consigo en esta conmemoración mensual.

Su cadáver fue llevado a la Casa Inspectorial. Allí se instaló la capilla ardiente en la cripta donde las Hermanas la acompañaron constantemente con sus oraciones.

SOR ANTONIA MEDINA

Nació: el 18 de febrero de 1891 en Talarrubias (Badajoz)

Profesó: el 5 de agosto de 1923 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 2 de septiembre de 1967 en Madrid

Vamos a tratar de dar en estas páginas una somera idea de la personalidad y de la labor realizada en el Instituto por nuestra querida Sor Antonia Medina Medina, que ha sido una de las Superiores más completas y formadoras de cuantas ha tenido hasta ahora la Inspectoría de Madrid, por los valores de todo orden con que Dios la dotó y por las recias y grandes virtudes que ella practicó, haciendo honor a su condición de extremeña que la hicieron valiente, arriesgada, tenaz y sobre todo mujer de gran corazón y de ideales muy definidos y concretos.

En Talarrubias (Badajoz) nació Sor María Antonia el 18 de febrero de 1891. Pertenecía a una familia bien acomodada de aquella localidad compuesta por sus padres, tres hermanos y dos hermanas, siendo ella la mayor. Su madre era una señora de gran rectitud y carácter, que supo educar con energía a sus hijos, formándolos muy cristianamente y acostumbrándolos desde jóvenes al trabajo, a la renuncia y al servicio a los demás, aunque su posición era muy desahogada. Su padre era de gran bondad de corazón y muy generoso.

Heredó las grandes virtudes y cualidades de sus padres, siendo muy inteligente, activa, generosa, simpática y alegre. En su obrar era rectísima y valiente, no habiendo barreras para ella cuando se trataba de hacer el bien.

Su madre en el afán que tenía de que se formara en el trabajo y se hiciera una buena ama de casa, la exigía una labor continuada y le hacía un horario de distribución del trabajo, procurando que aprendiera repostería, orden de la casa, labores, etc. así como a cuidar de sus hermanos, los cuales la obedecían como a su propia madre. El Señor se valió de estas circunstancias para conseguir que Sor Antonia se preparase a su futura misión de Superiora, en la que resultó completísima pues sabía de todo y poseía junto al gran corazón de madre un pulso de padre, empleando siempre ambas cosas en beneficio de las personas que de ella dependían.

Era muy aficionada a la lectura y en largas temporadas que pasaba en su juventud acompañando a un tío sacerdote, hermano de su madre, dedicaba tres o cuatro horas diarias a la lectura de buenos libros escogidos por su tío hombre de gran cultura. Esto la instruyó muchísimo y fue otro medio que la Providencia le deparó en vistas a su futura misión.

Cuando tenía 28 ó 30 años estuvo gravemente enferma de erisipela, llegando a estar a punto de morir. Ella recordaba después este trance, pues tuvo hasta la mortaja preparada y oyó decir a un médico: «De esta noche no pasa». Fue en esta enfermedad cuando le prometió a la Virgen que si se curaba se haría religiosa.

Un día por la tarde en Madrid su hermano médico, Antiguo Alumno salesiano de Utrera, la llevó al teatro salesiano de Atocha, donde se celebraba una velada para despedir al Director que cesaba y recibir al que llegaba. Resultó un acto cordialísimo, saturado de espíritu de familia, con abrazos de Superiores y hermanos, etc. Todo eso le agradó a ella mucho y preguntó si había una rama femenina salesiana, decidiendo que la conocería lo más pronto posible para entrar en el Instituto, cosa que efectuó al poco tiempo.

Hizo el Postulantado dando pruebas seguras de su vocación, ya que a pesar de las privaciones y las dificultades que se pasaban, no pensó nunca en dejarnos sino que seguía adelante con todo entusiasmo.

Era una excelente maestra de labores, cantaba bastante bien y sabía entretener a las niñas con su gracia extremeña y sus interesantes narraciones. De este tiempo nos dejó a todas un recuerdo muy agradable. Después pasó a Sarria (Barcelona) para hacer su Noviciado.

De este tiempo nos hablan algunas Hermanas que convivieron con ella en Sarria. Una de ellas nos dice:

«Conocí a Sor Antonia Medina cuando entró en el Noviciado de Sarria. Era muy alegre y cariñosa con todas, obediente, no se ofendía por las correcciones. Si había que hacer algún sacrificio ella era la primera que se ofrecía. En el primer año de Noviciado la puso la Madre Maestra como Encargada del Taller, pues entendía de bordado y confección, así como de arte culinario, por lo que como tuviera que ir a la cocina lo hacía bien y con amor. Tenía un carácter un poco fuerte, pero se vencía constantemente. Cuando nos enseñaba lo hacía con tanta paciencia y habilidad que todas quedábamos admiradas».

Otra Hermana comenta:

«En los recreos, cuando estábamos cansadas de jugar, pedíamos a Sor Antonia que nos contase alguna cosa interesante, pues nos gustaba mucho oírla hablar ya que lo hacía muy bien pues era muy culta y amena en sus conversaciones. Ella se prestaba con gusto a hacerlo y siempre terminaba con algún pensamiento espiritual que nos hacía mucho bien».

Profesó en 1923 siendo destinada primeramente a Alella donde trabajó con el entusiasmo de siempre durante un año y después la obediencia la trajo a Salamanca.

En esta ciudad pasó gran parte de su vida religiosa, desde el año 1923 hasta 1951, o sea 28 años, exceptuando uno que estuvo en Barcelona. Fue Hermana de la Casa de Sancti Spiritus, pasando después a la Plaza de Anaya y retornando más tarde a la Casa Nueva del Paseo de Canalejas que con tantos sufrimientos y sacrificios fue construida al terminarse la Guerra Civil, siendo inaugurada en el año 1946-47.

En estos largos años Sor Antonia tuvo ocasión de conocer y relacionarse con muchísimas personas de consideración de Salamanca, tales como catedráticos, eclesiásticos, profesionales, familiares de alumnas, etc. Todos apreciaban y valoraban sus grandes virtudes y cualidades, ayudándola eficazmente a resolver las dificultades que atravesó en esta época tan crítica.

Cursó los estudios de Magisterio, adquiriendo no sólo los conocimientos de la carrera, sino también los de Psicología de las Profesoras de su tiempo, cosa que le valió mucho después cuando siendo Directora preparaba ella misma a las alumnas libres de Magisterio.

Por su santa intrepidez consiguió que se edificara el Colegio del Paseo de Canalejas. En la Comunidad procuraba ser la primera y estar perennemente en la brecha. Compadecía los caracteres difíciles, ayudaba a las que comenzaban la vida religiosa con materna bondad, cuidaba delicadamente a las enfermas. Era una auténtica madre y procuraba evitar el sufrimiento en todas las Hermanas sabiendo comprender en toda ocasión.

Trabajó incansablemente por las vocaciones, bendiciéndola el Señor con un gran número de ellas, pues sabía advertir la llamada de Dios y ella era la que las animaba a su decisión, entusiasmándolas con su entrega total al Señor.

Durante más de un año tuvo que sostener una dura batalla con el Señor Obispo que nos apremiaba a dejar la antigua Casa de Sancti Spiritus pues él la quería para sus sacerdotes, ya que no quería que estuviesen dispersos ni en casas particulares. Se rezó mucho y a pesar de tanta oposición y presión no se desanimó y continuó luchando hasta conseguir que la Virgen, a la que invocaba con fe, lograra conseguir lo que deseábamos.

En las fiestas que más gozaba era en las fiestas salesianas. El día 5 de agosto aniversario de su Profesión dejaba siempre ver su intenso amor al Instituto.

Era la mujer fuerte del Evangelio. No conocía dificultades, todo lo sabía sobrellevar. Sabía de todo y procuraba que las Hermanas que estaban

cerca de ella lo aprendieran también, de esta manera se daba a todas pues quería que fuésemos muy útiles al Instituto.

Pero si hay algo que pueda destacar en esta gran mujer y gran Hija de María Auxiliadora fue su gracia especial para descubrir y cultivar las vocaciones. En todas las Casas en que estuvo formó el «Platanar» grupo vocacional que personalmente dirigía.

Debido a su conocimiento de «vida práctica» nos hacía vivir en su genuina forma el Sistema Preventivo. El móvil de su vida era la gloria de Dios y el bien del Instituto, por el que trabajaba siempre incansablemente.

Después de trabajar tanto en Salamanca, al terminar el tiempo de su directorado fue destinada por las Superiores a la Casa de Baracaldo (Vizcaya) en el año 1951, también como Directora. El cambio iba a ser para ella costosísimo pues dejaba un Colegio de segunda Enseñanza, con una vida apostólica extraordinaria para ir a una Escuela sin vida, sin horizontes, en la que sólo se podían tener niñas pequeñas y muy pocas por decisión de la Entidad que había cedido los locales. La Casa además era pobre, sin trabajo ni ambiente. El Señor permitió que su espíritu se viera momentáneamente turbado ante la perspectiva que se le ofrecía, pero su amor a Dios, al Instituto y a las almas pudo tanto que rehaciéndose rápidamente empezó a planear y a poner en marcha la Escuela Profesional Femenina, de forma que en menos de dos años levantó la Casa a un nivel de actividad y acción apostólica imposible de vislumbrar a su llegada a Baracaldo.

Dejó la pluma y los libros por las máquinas de bordar y la repostería, enseñando a cada Hermana lo necesario para poder atender las clases de Costura, Bordado, Plancha, Repostería, etc. Poco a poco se formaron los famosos talleres que en las distintas exposiciones habían de admirar al Pueblo Vasco. La vida cambió completamente. Se consiguió un buen ambiente, vino mucho trabajo, se aumentaron las clases y se formaba a las jóvenes para ser dignas esposas y buenas cristianas, siempre bajo la devoción de María Auxiliadora.

Con el trabajo Sor Antonia recobró la alegría y se ilusionó con la obra, llegando a decir que se encontraba más feliz bordando que incluso en Salamanca.

Como tenía el empuje de las almas grandes, al igual que Santa Teresa, se ilusionó con la idea de llevar a nuestro Instituto por las nobles tierras vascas, haciendo rezar a todas por esta intención. Con este fin hicimos una visita al Sr. Alcalde de Bilbao acompañadas por el Sr. Director del Colegio Salesiano de Deusto. Después de un corto saludo de presentación, tomó la palabra Sor Antonia y habló con tal entusiasmo de la Con-

gregación, que al final dijo el Sr. Alcalde a las Hermanas que la acompañaban: «Les felicito porque tienen una Superiora valiente y emprendedora».

En los dos años que estuvo en Baracaldo el Señor la bendijo con abundantes vocaciones para el Instituto, lo cual era para ella siempre motivo de total alegría.

Al terminarse esos dos años, la Rvda. Madre Inspectora había recibido la propuesta del Padre Salesiano D. Juan Manuel de Beovide para aceptar la Obra Social de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián para la formación de la Mujer, que tenía delante de sí un gran porvenir de apostolado en aquella hermosa ciudad del Norte. Aunque eran tiempos en los que las Superiores Generalicias no solían autorizar nuevas Fundaciones en el Instituto, como ésta ofrecía unas condiciones muy especiales, dieron el correspondiente permiso y fue elegida Sor Antonia como Directora. Era el verano de 1953 y la noticia la llenó de alegría, pues ya se había compenetrado con el Pueblo Vasco y veía la posibilidad de cultivar vocaciones para el Instituto.

En Baracaldo dejó un recuerdo imperecedero por su actividad incansable, apertura a nuevos y risueños horizontes, observancia, vida de familia, alegría y trabajo.

El Señor recompensó ampliamente sus sufrimientos y sacrificios pasados en Baracaldo, concediéndole una estancia feliz en San Sebastián, donde trabajó con el mismo entusiasmo y la gran eficacia de siempre.

Los primeros tiempos de la Fundación no fueron fáciles, pues el haber sido las Hijas de María Auxiliadora las destinadas a ocupar y dirigir la Escuela-Hogar «Virgen del Coro» que sustituía a la antigua «Maternidad», no fue bien visto por los maestros nacionales y otras Entidades que deseaban haber ocupado nuestro lugar, por lo que al principio movieron bastantes papeles para evitar nuestra ida y la puesta en marcha de la Obra.

Pasados los primeros conflictos, la Escuela Hogar marchó siempre viento en popa, bajo la dirección de Sor Antonia y el asesoramiento y rectorado del Padre Beovide que fue el primer promotor y lo ha seguido siendo durante los años de su funcionamiento, alma de la misma Obra y ayuda eficaz y fraterna para las Hermanas. En todo momento consejero y mediador ante la Caja de Ahorros para conseguir cuanto se juzgaba necesario y conveniente para el bien de las jóvenes y de la Escuela.

Sor Antonia pasó siete años en esta Casa de San Sebastián, que según ella fueron los más serenos y felices de su vida. Como siempre en este tiempo trabajó intensamente, tanto en la dirección de la Casa como

en la formación de las Hermanas, en las que imprimía el genuino espíritu religioso salesiano con la palabra y con el ejemplo y con la materna y firme exigencia de disciplina regular en el cumplimiento de sus deberes. Se hizo querer y respetar de todos con su energía característica y con su gran corazón.

Al terminar el curso 1959–60 la Inspectora la destinó como Directora a la Casa de Delicias de Madrid. Sintió mucho dejar San Sebastián, pero al ver que iba a continuar trabajando en una responsabilidad de consideración la animó bastante, pues le hacía pensar que todavía podía ser útil al Instituto a pesar de sus casi 70 años de edad.

En la Casa de Delicias fue bien recibida por las Hermanas entre las que se encontraban varias que habían estado con ella en Salamanca o que habían sido alumnas.

El Señor permitió que en el segundo año de estar en esa Casa tuviera mucho que sufrir a causa de unos caracteres difíciles y por incomprensiones, lo cual dada ya su edad le hizo caer enferma con un agotamiento extremo, hasta tal punto que la Inspectora tuvo que enviarla a descansar a la Casa del Noviciado. Después aprovechando los Ejercicios de las Directoras, regresó a San Sebastián para buscar su recuperación. No se lograba levantarle el ánimo porque en seguida volvía a sus preocupaciones y sufrimientos lo cual era debido a la arterioesclerosis que padecía. En noviembre, viendo que la situación no cambiaba, volvieron a traerla a la Dehesa de la Villa.

Poco a poco fue normalizando su vida y ella misma organizaba su tiempo de oración, trabajo, lectura, etc. Llegando a estar contenta y a disfrutar de paz y serenidad en la aceptación de la Voluntad de Dios.

Era discretísima. Su gran experiencia tenía que hacerle ver las cosas y sus soluciones prontamente, pero nunca se permitió juzgar nada, ni manifestar su opinión y mucho menos su desagrado; al contrario ensalzaba la actitud y el enfoque que la Directora daba a las cosas, demostrando públicamente su agradecimiento y contento, siempre para dar buen ejemplo a las Hermanas.

Sufría mucho al comprobar su rápido deterioro, viéndose poco a poco imposibilitada para hacer los trabajos que siempre había hecho con facilidad y gusto, pues era activísima. Siempre la vimos sometida a la Voluntad de Dios, fruto de su intensa oración.

Unida a la falta de salud física, tuvo que padecer una gran sequedad de espíritu que le hacía imposible todo consuelo espiritual. Fue una gran purificación que el Señor le hizo pasar. Sólo deseaba morir y cuando se le

acercaba alguna Hermana siempre decía: «Pedid al Señor y a la Virgen que me lleven pronto».

Este sufrimiento tan grande fue minando su salud de tal forma que al cabo de un año, el 2 de septiembre de 1967 rindió su espíritu al Señor en una agonía terrible que duró 24 horas.

No podía hablar pero sí oír y cuando rezábamos a su lado jaculatorias, hacía señales para que callásemos. Posteriormente la Hermana Directora encontró entre sus cosas una carta en la que pedía a la Comunidad que cuando ella estuviese expirando no la dijeran nada, sino que la dejaran centrarse totalmente en Dios a cuyo encuentro iba.

Nuestra Inspectoría perdió con ella una de nuestras mejores Superiores.

Sor Antonia Medina fue una de aquellas mujeres que la Sagrada Escritura alaba por su prudencia.

Plasmadora de almas juveniles, al estilo de Don Bosco, no ahorró energías para tratar los gérmenes de vocación religiosa salesiana y lo hizo de tal modo que los frutos no se dejaban esperar.

Cuántas Hermanas le deben, después de a Dios, la dicha de trabajar bajo las banderas salesianas y cuántas otras han hecho de sus hogares otros tantos templos donde se alaba a Dios y se practican todas las virtudes humanas y cristianas.

Quiera el Señor y nuestra Madre María Auxiliadora suscitar en nuestras filas muchas Superiores como ella y entre nuestras niñas muchas Hijas de María Auxiliadora que ardan en su mismo ideal.

SOR CONSTANTINA LARA

Nació: el 6 de marzo de 1938 en Santa Cecilia (Burgos)

Profesó: el 5 de agosto de 1958 en Madrid

Murió: el 18 de mayo de 1968 en Madrid

Nació de una familia muy sencilla, humilde y muy cristiana. Fue educada por sus padres que deseaban transmitir a sus hijos el caudal de fe que ellos poseían.

Constantina pronto supo asimilar el espíritu de piedad que reinaba en la familia, adquiriendo una gran devoción a la Virgen bajo la advocación del Rosario y recibía con frecuencia los Santos Sacramentos, aunque a veces tuviera que andar con sus padres tres o cuatro kilómetros para llegar a la Iglesia por falta de sacerdote en el pueblo.

En la familia reinaba una gran unión de corazones y mucho amor entre padres e hijos y entre los hermanos. En este ambiente sencillo y apacible se fraguó la vocación de Constantina que fue realmente fuerte y muy generosa.

Ingresó en el Aspirantado en el año 1954. En esta época era una jovencita muy alegre, piadosa y muy caritativa, pues según el testimonio de sus compañeras se distinguía por su caridad. Siempre estaba dispuesta a hacer algún favor, por lo que las demás Aspirantes acudían con frecuencia a ella.

En el Noviciado unido a su gran caridad se destacó su espíritu de sacrificio, su amor a las Novicias y su deseo de pasar desapercibida.

Se distinguió también en este tiempo por su constante y alegre buen humor, gastando bromas a las novicias, haciéndoles pasar amenos recreos, lo cual era fruto de su celo y caridad.

Su Maestra de Novicias nos dice que fue una Novicia buena, sencilla, de buen criterio, alegre y piadosa. La recuerda como persona jovial, de pocas palabras, pero siempre en armonía con todas; dispuesta a reconocer su espontaneidad en decir su propio parecer y también dispuesta a someterse a las opiniones dadas.

Pasó felizmente su Noviciado siempre ocupada en trabajos de casa, cocina y ropería, con deseo de pasar desapercibida y de vivir para Dios.

Al profesar el día 5 de agosto de 1958 fue enviada al Aspirantado de El Plantío como cocinera.

De esta época nos dice alguna Aspirante que convivió con ella y que tuvo ocasión de ayudarla en la cocina, que era muy delicada en el trato con ellas, las enseñaba mucho y con sus bromas les hacía más fácil la superación de la nostalgia familiar propia de esa época. Se advertía en ella un gran espíritu de sacrificio, siendo siempre la primera en lanzarse al trabajo más duro. También les llamaba la atención cómo siempre se esforzaba en disimular lo negativo de las Hermanas y por el contrario resaltaba mucho lo positivo.

Llegado el verano, las Superiores las destinaron a la Casa de Ferrovianos de Madrid, donde atendió la cocina de los salesianos y de los alumnos de este Colegio de Huérfanos que eran muy numerosos. El trabajo de este año fue muy duro pues además del muchísimo trabajo estaban sin Directora, pues dependían de la Dehesa de la Villa. También coincidió este tiempo con una larga temporada de obras en la cocina, durante la cual tuvo que estar preparando la comida en el patio lo que supuso que pasara mucho frío y fue la causa del origen de su penosa enfermedad. Ella todo lo superaba con generosidad y alegría, ofreciendo todos sus sacrificios al Señor y demostrando su amor a los Padre Salesianos.

Jamás hizo sentir el peso del trabajo, sino que estaba dispuesta al mismo sin negarse a nada. Nos dice la Directora que muchas veces tuvo que limitar su actividad por temor a que se enfermara, pues ella era muy despreocupada en ese sentido.

Su vida era silenciosa, entregada, alegre, porque siempre tenía como centro a Dios. Se la veía siempre unida a Superiores y Hermanas, practicando con mucha naturalidad la virtud de la paciencia. Con frecuencia solía decir: «Es tan hermoso trabajar por Dios...» Tenía una virtud especial para mandar a las empleadas, las cuales cumplían su deber con alegría por medio de este gran arte que ella poseía.

En el año 1962 se le empezó a manifestar con bastante violencia la enfermedad que iba a ser su cruz en los seis últimos años de su vida, el asma. Los fuertes ataques de esta enfermedad la hicieron sufrir mucho y poco a poco la obligaron a retirarse del trabajo. Fue una prueba muy dura para ella que era tan trabajadora y que no podía estar sin dar un contributo a la Comunidad. Pero supo aceptar esta limitación con espíritu de sacrificio y con mucha fe.

Como sus sufrimientos físicos iban en aumento y pasaba unas crisis enormes de ahogo, con la sensación de perder la vida con bastante frecuencia, comenzó a sentir la necesidad de estar siempre acompañada por temor a morir sola. También empezó a sentir la necesidad de defenderse con empeño del frío y de las corrientes que pudieran perjudicarla, lo cual

contribuyó a que su carácter siempre amable y alegre se volviera un poco fastidioso y un poco exigente sobre todo con la Hermana enfermera que la atendía.

La Directora de este tiempo nos habla de Sor Constantina:

«A mi modo de ver esta hermana se hizo más fervorosa a partir de una operación quirúrgica en la que se puso muy grave, tanto que los médicos no dieron ninguna esperanza. Le preguntamos si quería recibir los Santos Sacramentos y nos dijo gustosa que sí, pues era mejor estar preparada para lo que pudiera ocurrir y los recibió con mucho fervor. Una noche estando con ella en el Sanatorio me dijo: «Esta noche he estado muy mal. Me dio un colapso que me duró mucho tiempo, pero vi cosas tan bonitas que me dio pena despertar. He visto cuadros muy bonitos». A partir de ese momento la sonrisa se convirtió en ella en algo habitual. Después de recibir los Santos Sacramentos empezó a mejorar rápidamente y pudo ser llevada a la enfermería de la Casa Inspectorial.

Cuando llegaron los días de los cambios de las Hermanas, las Superiores pensaron que quizá le viniera bien los aires nativos y con ese fin la destinaron a la Casa de Burgos, en la que a penas pudo estar un mes, pues le dio un ataque muy fuerte y la tuvieron que traer rápidamente a Madrid.

Viendo que cada vez se encontraba peor y que a penas respondía ya a los medicamentos, se puso el caso en manos de un célebre cirujano quien viendo su estado tan crítico decidió realizar una intervención quirúrgica. Después de una preparación minuciosa se llevó a cabo la operación que, en el primer momento resultó ser satisfactoria aunque proporcionó muchas molestias a la pobre enferma. El doctor la seguía con mucho interés y con gran temor.

Fue mejorando lenta pero favorablemente y experimentó un cambio radical en su carácter. Volvió a ser la hermana afable, cariñosa y alegre, dispuesta a acoger y consolar a todo el que se le acercase como lo había hecho anteriormente. Su piedad se cimentó mucho más y su vida fue una continua y silenciosa inmolación a su Dios para quien totalmente vivía y a quien sabía iba a encontrar pronto.

Al salir del Sanatorio volvió a la Casa de Villaamil en Madrid para que pudiera ser mejor atendida, ya que la Casa contaba con mejores condiciones para ello.

De esos dos años que vivió todavía los testimonios son unánimes en afirmar que ella dio ejemplo de óptimo comportamiento en su vida religiosa: humilde, servicial, sacrificada, siempre con la sonrisa en los labios y

procurando que su sufrimiento fuera sólo para ella. En las largas noches de insomnio y de ahogo no permitía que ninguna Hermana la acompañara, pues decía que ya que lo tenía que pasar ella, que las demás descansaran porque tenían que trabajar al día siguiente.

Cuando se encontraba peor y no podía levantarse, al ir a visitarla siempre recibía a todas con una habitual sonrisa y tenía conversaciones espirituales.

Aunque la operación le había mejorado bastante, el mal con el transcurso del tiempo volvía a avanzar aunque más lentamente que antes. Ella sufría físicamente en medio de una soledad de espíritu, mostrándose serena y alegre exteriormente, lo cual supone una virtud poco común.

Una Hermana que vivió con ella los últimos años nos confía:

«Un día hablando íntimamente con Sor Lara me decía: «Siento tan poco a Dios. Hace muchos años que no sé lo que es un consuelo espiritual. Vivo en una aridez y sequedad continuas. Sólo me sostiene la fe, pero así, a secas...» La considero heroica. Esa enfermedad más la continua aridez y su exterior siempre alegre tiene que haber agradado mucho al Señor».

Las niñas decían de ella: «Sor Lara siempre está sonriente y muchas que por no tratarla desconocían su nombre, decían: «la Hermana que siempre sonríe.

Supo sufrir en silencio y supo sonreír a todas. Amaba el pasar desapercibida.

Llevaba algunos días que no se encontraba bien y una noche en la cena aumentó su malestar, por lo que apenas sin ser notada se levantó de la mesa y se fue a su habitación. Subió la enfermera a verla y le dijo que le dolían mucho las piernas y que se encontraba muy mal, peor que nunca. Se llamó inmediatamente al médico el cual indicó que era cuestión de un problema circulatorio, ya que los continuos ataques del asma habían dañado considerablemente el corazón. Pasó el día regular y la noche en vela.

Por la mañana bajó la enfermera a Misa con intención de avisar después al sacerdote para que le subiera la Comunión, pero cuando acabó la Misa, la Hermana que estaba supliendo a la enfermera bajó angustiada para comunicar que Sor Constantina acaba de entregar su alma a Dios.

Con la misma suavidad y deseo de pasar desapercibida con que había vivido se fue al Cielo.

Su muerte causó mucha impresión a las niñas del Colegio que la cono-

cían sobre todo de verla rezar en la capilla. Ese día fueron muchas las que se acercaron al sacramento de la Reconciliación. Después se encomendaban a ella y sintieron su protección.

A todas nos dejó admiradas por su virtud profunda y sencilla, impregnada de una santa indiferencia. Sentimos pronto la seguridad de que se encontraba gozando de Dios por ella tan deseado y tan amado en la aceptación de su divina Voluntad.

SOR FELISA TORREQUEBRADA

Nació: el 4 de noviembre de 1916 en Madrid

Profesó: el 5 de agosto de 1943 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 10 de diciembre de 1968 en Béjar (Salamanca)

Sor Felisa Torrequebrada perteneció a una familia sencilla y cristiana, compuesta por varios hermanos y dos hermanas que vivían en Madrid cerca de nuestro Colegio de La Ventilla, al que la llevó su madre desde pequeña. Conoció pues muy pronto a las Hermanas y se encariñó con ellas, siendo además una excelente colegiala y una entusiasta oratoriana. Su niñez y juventud las pasó bajo la mirada y protección de María Auxiliadora que pronto la distinguió llamándola a formar parte de las Hijas de María Auxiliadora.

De esta primera parte de su vida tenemos pocas referencias.

Le costó un poco de trabajo obtener el permiso de su madre, viuda ya en esta época, pero una vez que lo obtuvo preparó sus cosas e ingresó como Postulante el 31 de enero de 1941, a los dos años de haber acabado la Guerra Civil Española, por lo que la situación era muy difícil a nivel económico y Sor Felisa como las demás compañeras se sometieron a esta situación con gran sacrificio.

Marchó a Barcelona (Sarria) para hacer el Noviciado. De esta época tenemos el testimonio de la Hermana que estuvo haciendo provisionalmente de Maestra de Novicias. Nos dice:

«Siendo tan reducido el número de las Novicias, formábamos una comunidad muy familiar y era fácil conocernos. Ella era piadosa, desenvuelta y sacrificada en sus quehaceres, mostrándose siempre dispuesta a prestar ayuda a todas y siendo sencilla y amable. Fue siempre entusiasta de la paz y la unión, procurando animar cuando surgían las dificultades».

Los testimonios de otras compañeras de Noviciado son acordes en decir que su vida traslucía grandes deseos de santificarse, de trabajar por la gloria de Dios y de salvar almas, siendo muy consciente del fin por el cual había venido a la Vida Religiosa.

En su vida de profesa siguió trabajando con entusiasmo en las virtudes ya indicadas: prudencia, ser ángel de paz, estar siempre fielmente unida a las Superiores y un celo ardiente por hacer el bien a las jóvenes y a las niñas en la clase y en el Oratorio. Estos fueron sus constantes ideales.

Estuvo destinada en varias Casas, en unas de ropera, en otras como

maestra de labor o de párvulas. Siempre fue asistente de Oratorio por el que tenía gran celo y casi hasta su muerte dio clase de labor nocturna a las chicas que trabajaban.

Una Antigua Alumna de Béjar, hoy Hija de María Auxiliadora, nos dice cómo era para ellas Sor Felisa:

«Conocí a Sor Felisa en el Colegio de Béjar donde yo era alumna. Ella era la Profesora de labor de Bachillerato Elemental. Se dominaba muchísimo por usar siempre mucha paciencia con nosotras. Si a veces tenía una palabra más fuerte, con toda sencillez nos pedía perdón y después seguíamos tan amigas.

Era muy amante de las niñas obreras. Tenía con ellas clase de labor nocturna y yo me atrevo a afirmar que eran sus predilectas.

Me admiró mucho su constancia en el Oratorio. Era siempre la primera que salía al patio y la última que se marchaba. Su presencia era muy activa. Se daba generosamente aunque a veces no encontrara la acogida suficiente en nosotras. Se veía que su apostolado tenía fundamentos sólidos. Era muy devota de la Virgen. Nos hablaba de Ella con mucha espontaneidad. Nuestra despedida del Oratorio cuando estaba ella y eso ocurría casi siempre, era con un recuerdo para María Auxiliadora.»

Su salud fue siempre un poco delicada, pero se fue empeorando a medida que fue pasando el tiempo. Cuando las Superiores se dieron cuenta de que estaba desmejorándose, le enviaron a Madrid para que la viera un médico especialista, el cual dictaminó una operación pues tenía una grave úlcera de estómago. Esta fue un éxito pero la convalecencia se prolongó mucho ya que la había sorprendido la intervención cuando ella estaba muy débil. Era el año 1964. En esta ocasión fue edificante su aceptación del sufrimiento.

Una vez repuesta de la operación inmediatamente se puso a trabajar con el mismo entusiasmo de siempre.

Pasó un año o dos muy repuesta en su salud, pero después empezó con grandes dolores del lado derecho que se extendían por el vientre. El médico diagnosticó inmediatamente cáncer de hígado en un estado muy avanzado y por lo cual no se pudo hacer nada. Se le puso régimen de comida muy especial y un tratamiento fuerte que le ayudaba a calmar los dolores.

Se consultó también con el médico que le había operado la úlcera y coincidió con el diagnóstico. A ella no se le dijo nada y volvió a Béjar con la esperanza de mejorar.

En ese año, 1968, Sor Felisa y sus compañeras celebraban las Bodas

de Plata de su Profesión Religiosa. Estaba decidido que participaran en la tanda de Ejercicios para Directoras que se iba a celebrar en Palencia. A ella se la invitó y aunque no se encontraba bien, manifestó su deseo de unirse a sus compañeras y participar de las charlas y reflexiones con esta ocasión. Hizo el viaje en coche, mostrándose siempre contenta y tomó parte en todo con mucho fervor y gran esfuerzo de voluntad.

Regresó nuevamente a Béjar y pasó el verano haciendo un descanso total. La Directora tenía que luchar con ella pues quería participar en el Oratorio y salir de paseo con las niñas a pesar del mal tiempo.

Cuando la Comunidad se dispuso a organizar el curso vio que a ella no le asignaban ninguna responsabilidad y eso le hacía sufrir. La Directora se vio obligada, una vez consultado el médico, a decirle la verdad de su enfermedad. Se sometió gustosa a la Voluntad de Dios aunque le costó mucho trabajo.

Pasó los meses de octubre y noviembre en un continuo y generoso ofrecimiento al Señor, pero con la esperanza de que María Auxiliadora le hiciera la gracia de curarla para poder seguir trabajando en bien de las almas.

«Nos dice una Hermana: «En esos últimos meses de su vida un día hablando conmigo decía: «Yo le digo al Señor que haga como quiera, si quiere llevarme, que me lleve y si quiere que viva enferma sufriendo, conforme, y si quiere curarme...» y se le saltaron las lágrimas dejando sin terminar la frase».

En esta época de tanto sufrimiento, como buena Hija de María Auxiliadora lo ofrecía todo por el bien espiritual de las almas que la Virgen les confiaba en el Colegio y en el Oratorio.

Poco a poco Sor Felisa se fue consumiendo hasta un extremo no muy corriente, pues verdaderamente era un esqueleto recubierto de piel. Vivía intensamente su piedad ya que conservó el conocimiento hasta el final.

Las Hermanas de la Comunidad estaban admiradas de su capacidad de sufrimiento y de su serenidad ante la muerte. Viéndola ya tan mal, se le administró el Sacramento de los Enfermos que ella recibió con pleno conocimiento y con edificante fervor. Después como una velita que se extingue, entregó su alma al Señor.

Sor Felisa era muy querida en Béjar pues llevaba allí muchos años y eran numerosas las jóvenes que habían recibido sus enseñanzas y disfrutado de su trato afable y de su grande interés por todas. Al saberse su fallecimiento se puede decir que casi todo el pueblo pasó por la capilla ardiente. Se veía llorar desconsoladamente a las Antiguas Alumnas y a todas las personas amigas.

Por la mañana a las 11 se celebró el funeral en la Parroquia que estaba totalmente abarrotada de público, hasta el extremo de que muchas personas no pudieron entrar.

Como nota curiosa añadimos que a los 11 días del entierro se celebró el sorteo de la Lotería Nacional de Navidad, que en España tiene mucha popularidad y tocó el segundo premio del Gordo en Béjar por valor de muchos millones de pesetas que fueron repartidos entre familias humildes ya que el nivel económico de la población es mediano. La gente al verse favorecida por este medio tan extraordinario, atribuían llenas de entusiasmo a Sor Felisa el gran favor que desde el cielo les había obtenido.

Las Hermanas de la Comunidad después del intenso sufrimiento de los últimos días, experimentaban como una sensación de paz, de serenidad, de santa alegría, como algo que Sor Felisa les enviaba en recompensa de la caridad que habían tenido con ella durante su penosa enfermedad.

Que desde el cielo siga bendiciendo a nuestra querida Inspección y nos ayude a alcanzar la santidad.

SOR RUFINA MADRID

Nació: el 8 de enero de 1915 en Carabaña (Madrid)

Profesó: el 5 de agosto de 1943 en Madrid

Murió: el 9 de enero de 1970 en Madrid

Pocos datos tenemos de Sor Rufina Madrid. De sus primeros años conocemos que perdió muy pronto a sus padres y que únicamente tenía una hermana.

Conoció a las Hijas de María Auxiliadora por mediación de una Antigua Alumna que estuvo como Maestra en su pueblo y sintiendo la llamada de Dios para *abrazar* la Vida Religiosa, se puso en contacto con las Superiores y decidió su ingreso en el Instituto. Era el otoño de 1940. Contaba 25 años de edad.

Durante el tiempo de Aspirantado, Postulantado y Noviciado dio pruebas de poseer un carácter apacible y bonachón que hacía que se entendiese bien con todas sus Superiores y Hermanas. A pesar de que en el fondo tenía un carácter fuerte sabía dominarlo tan bien que era característica suya la bondad. Era muy equilibrada y parecía que pocas cosas pudieran alterarla.

Fue una excelente maestra de labores, trabajo que ejerció durante toda su vida y medio por el cual pudo hacer mucho bien.

Cuando profesó en Madrid el 5 de agosto de 1943 fue destinada por las Superiores a la casa de La Roda que se fundaba entonces y en la que pasó años heroicos, pues la situación de la Casa era muy precaria y tenían muy pocos elementos para trabajar. Tuvieron que practicar la pobreza en grado sumo y en ocasiones vivieron de la limosna. Las Hermanas aceptaron esta situación con mucha generosidad y alegría y poco a poco se fueron abriendo camino, siendo esta Casa una de las que más vocaciones ha dado a la Inspectoría.

En el año 1945 se abrió otra Casa en Madrid, en el Barrio de Pueblo Nuevo. Era una zona habitada prácticamente por casas de una planta e incluso chabolas y albergaban a personas de la clase más humilde.

Los trabajos y sacrificios que las Hermanas tuvieron que afrontar fueron heroicos y Sor Rufina en su contacto con aquellas jóvenes, las supo guiar y aconsejar como verdadera educadora, fiel seguidora de San Juan Bosco, librándolas de los peligros y poniéndolas en guardia contra las dificultades que podrían encontrar en la vida.

Fue también muchos años encargada del Oratorio y de las Antiguas Alumnas por las que trabajó con ardor indecible, organizándolas y haciéndoles vivir la piedad eucarística y mariana.

Durante los años que fue Vicaria de la Comunidad hizo florecer las Asociaciones Marianas, siendo una eficaz ayuda para las Superiores por su fidelidad y disponibilidad siempre, para las Hermanas jóvenes fue una cariñosa Hermana mayor y las ayudaba en sus dificultades.

Unos años antes de contraer la enfermedad que la llevaría a la muerte, tuvo también que sufrir la enfermedad de su única hermana y su rápido e inesperado fallecimiento, cosa que sintió muchísimo. Su hermana era viuda y dejaba varios hijos todavía jóvenes, los cuales no tenían más familia que Sor Rufina. Todo lo aceptó como venido de la mano de Dios y con gran espíritu de fe, preocupándose de sus sobrinos y sobrinas y aconsejándoles y dirigiéndoles como una madre.

Hacia el año 1967 empezó a resentirse de los riñones y por prescripción facultativa tuvo que seguir un tratamiento muy fuerte, tanto en lo que se refiere a la alimentación, como a otras medidas curativas que le resultaban muy molestas y humillantes a la vez. Lo aceptaba todo con gran paciencia y su semblante reflejaba siempre una gran paz, expresión de su adhesión a la Voluntad de Dios.

Seguía su vida normal de trabajo, aunque en lo posible se concedía mayor tiempo de descanso. Así pasó los años 1968 y 1969 aunque a finales de éste ya se sintió peor. Fue a descansar en verano a Santander pero no encontró mejoría. Volvió a la consulta médica y el diagnóstico fue grave, pues el mal iba avanzando a gran velocidad.

Comenzó entonces Sor Rufina su vida de enferma sin poder moverse a penas de la cama, desde donde continuó edificando a las Hermanas con su continua sonrisa a flor de labios, soportando con serenidad los agudos dolores que la atormentaban y cuando la preguntaban que cómo estaba, ella siempre contestaba que muy bien pues estaba cumpliendo la Voluntad de Dios.

Una Hermana de la Comunidad nos comenta: «A mediados de septiembre, al enterarse Sor Rufina de que me cambiaban, me dijo: «A mí no me cambian porque tengo el presentimiento de que voy a durar muy poco».

Ella se daba cuenta de que hacían cuanto era posible por mejorarla, pero que no resultaban eficaces los remedios aplicados, pues los análisis cada vez eran más alarmantes. Anhelaba vivamente que la sometieran a diálisis o que le aplicaran el riñón artificial, ya que de otro modo no podía vivir pues su esclerosis renal estaba en fase terminal, pero se

resignó serenamente cuando los médicos dijeron que no podían hacer nada.

El doctor que la asistía viéndola tan grave, decidió ingresarla en la Ciudad Sanitaria de Francisco Franco, donde se le aplicaron los adelantos más modernos de la Medicina para esta clase de enfermedades, con lo que pudo mejorar un poquito. Después volvió a Casa y esperaba con serenidad el encuentro con el Señor.

Pidió el Sacramento de la Unción de los Enfermos y lo recibió con gran paz rodeada por toda la Comunidad. Uno de los últimos días de su vida una Hermana le pidió que le diera un consejo y un recuerdo para ella y para las Hermanas. Sor Rufina le dijo: «Dígales que trabajen sólo por Dios».

De nuevo un ingreso urgente en la Ciudad Sanitaria donde permaneció hasta su muerte. De los largos días y de las noches de soledad que allí vivió, sólo Dios sabrá. Sufrir en silencio cuanto Dios quiere pedirle y el día 9 de enero de 1970 a las 8,30 de la mañana se realiza el definitivo encuentro estando únicamente a su lado la enfermera de la Comunidad.

Inmediatamente una ambulancia la traslada al Colegio donde se instala la capilla ardiente, comenzando entonces un ininterrumpido desfile de personas que quieren ver a Sor Rufina: Antiguas Alumnas que lloran amargamente su pérdida, señoras de la Asociación Católica de Madrid que tanto la aprecian, madres de familia, chicas del taller, oratorianas, alumnas, etc. así como todas las Hermanas de las Casas de Madrid que la querían de verdad, pues Sor Rufina fue buena con todos.

Al día siguiente tuvo lugar el funeral de «corpore insepulto» al que asistió una gran multitud, a pesar de que llovía torrencialmente. Se celebró con gran solemnidad y sentimiento y al terminar se organizó el entierro al que asistieron muchísimas personas bajo la columna enorme de agua que cayó torrencialmente sobre el cementerio. Parecía así como si la Naturaleza entera quisiera también llorar a esta querida Hermana que pasó haciendo el bien.

SOR ADMIRACIÓN CAVERO

Nació: el 22 de mayo de 1915 en Pozo Amargo (Cuenca)

Profesó: el 5 de agosto de 1954 en Madrid

Murió: el 28 de enero de 1970 en Salamanca

Poco sabemos de la niñez de Sor Admiración. Únicamente que se quedó huérfana muy pronto y que vivió con una tía a la que quería mucho y de la que hablaba con frecuencia. También sabemos que tenía varios hermanos.

Vivió en La Roda (Albacete) donde nuestras Hermanas habían fundado un Colegio en el año 1943. Tuvo ocasión de conocer el espíritu y estilo salesiano y como Dios la había llamado a la Vida Religiosa, pidió ser admitida en el Instituto, teniendo que pedir un permiso especial por contar con 35 años cumplidos.

Ingresó en la Casa de Delicias de Madrid y a pesar de la diferencia de edad con las demás Aspirantes, se adaptó rápidamente. Se mostró siempre sumisa, alegre, generosa, viviendo la piedad al estilo salesiano. Sentía mucha gratitud hacia las Superiores que le habían proporcionado la dicha de responder a la llamada del Señor y por eso todo le parecía poco para responder a esta gracia tan apreciada por ella.

Al terminar su Postulantado que lo hizo también en la Casa de Delicias, pasó al Noviciado donde continuó la línea de conducta que había seguido anteriormente, por lo que al cumplirse los dos años, hizo su Profesión Religiosa el 5 de agosto de 1954.

Fue destinada como Directora a la Casa de Huérfanos de Ferroviarios en Madrid, en unas circunstancias difíciles, pues hasta entonces dicho Colegio dirigido por seglares, era ahora regido por los Salesianos y por nuestras Hermanas que se ocuparían de la cocina y ropería de los sacerdotes y alumnos que eran entonces más de 600.

Como es natural, ni los alumnos ni el personal secolar empleado recibieron con agrado a los nuevos dirigentes. Sor Admiración particularmente tuvo que sufrir mucho con las señoras mayores del costurero que hasta entonces habían sido dueñas de la situación y que les costaba muchísimo someterse a las nuevas disposiciones. Tuvo que tener una paciencia inagotable y un tacto delicadísimo para ir suavizando asperezas y soportar burlas y desprecios.

Por fin en el año 1961 fue destinada a la Casa de Salamanca como

Encargada de la ropería de los salesianos. En esta Casa trabajó con esmero, atención y mucha generosidad, poniendo de su parte todo lo que podía para que estuvieran bien atendidos y contentos, no escatimando jamás ningún sacrificio para que todo estuviera bien hecho y puntualmente, aunque se tratara de algún extraordinario con el que ella no contaba.

Era muy sumisa con las Superiores. Ante las dificultades que se le podían presentar, ella siempre reaccionaba con gran espíritu religioso.

A pesar de ser un poco mayor, animaba un grupo de Oratorio con el que trabajaba con entusiasmo, aunque con mucho esfuerzo y sacrificio por su parte. Vivía feliz en la vida religiosa con un deseo constante de donación a Dios y a las Hermanas. Era realmente alma de oración, muy humilde, sencilla. Sabía hacer las cosas desapercibidamente. Se entregaba plenamente. Amaba mucho al Instituto y todo le parecía poco para agradecer su admisión en él.

Hacia el año 1966 su salud se empezó a resentir. Tenía fuertes dolores de vientre y una extraña palidez en su rostro. Los médicos la examinaron con atención pero no pudieron encontrar la causa de su mal y sólo un tratamiento lograba mejorarla un poco.

Ella mientras tanto continuaba con su trabajo activa y responsablemente siempre, aunque no puede dudarse del gran esfuerzo que ello suponía. Repetía: «Si Dios permite que no vean la causa, será porque así conviene que lo sufra. Por otra parte debo estar muy agradecida a las Superiores que hacen todo cuanto pueden para mejorarme. Ellas ya no pueden hacer más».

Lo que más le costaba era estar de pie en el patio con un grupo de Oratorio, pero todo lo ofrecía por Dios y sus queridas niñas.

Los Salesianos la querían: Sabían que podían contar con ella si necesitaban alguna cosa. Todos podían contar con sus servicios y con todo lo que había en la ropería.

Su fraternidad era muy notable. Se extendía a todas y se preocupaba de que las Hermanas jóvenes comieran bien y abundantemente.

Por fin en el año 1969 las continuas exploraciones de los médicos buscando la causa de su mal dieron como resultado que tenía muy dañado un riñón, lo cual hacía imprescindible la extirpación del mismo. Ella recibió con alegría la noticia pues esperaba que conocido el mal podría librarse de él.

La operación fue difícil, pero resultó bien. La operaron en el mes de marzo, cuando las Superiores estaban reunidas en el Capítulo General

Especial, por lo que ella ofreció todos sus dolores y sufrimientos por el éxito del mismo. Se recuperó después de una larga convalecencia por lo que pudo continuar su trabajo, aunque con más cuidados y excepciones que antes. No cesaba de dar gracias a Dios por haberle proporcionado esta mejoría y también era muy agradecida a todas las personas que se interesaban por ella.

En el verano de ese mismo año fue destinada a la Casa del Teologado de esa misma ciudad de Salamanca, para evitar que tuviera que subir y bajar escaleras y así llevar una vida más tranquila sin responsabilidad propia, sino simplemente ayudando a la Hermana ropera. Como era buena religiosa aceptó dócilmente la nueva obediencia, aunque le costó mucho dejar la Casa donde llevaba más de doce años. Se mostró muy contenta con la nueva Comunidad y se esforzaba cuanto podía por ayudar a las Hermanas. Pasó así los primeros meses del curso, pero al llegar la Navidad empezó a sentirse de nuevo mal pues se le había dañado también el otro riñón. El doctor que le había operado dio un diagnóstico poco consolador. Le puso un tratamiento, pero iba empeorando día a día. Ella comprendió el giro que dio la enfermedad y se puso a disposición de Dios.

La Hermana que la asistió en esos momentos difíciles nos testimonia: «El Señor me proporcionó la satisfacción de asistir a Sor Admiración en la última enfermedad, que yo llamaría su dolorosa crucifixión, pues estuvo clavada en el lecho. Nunca cambió de posición, no porque no lo necesitara, sino porque sabía que no le convenía. No dio la menor señal de contrariedad en el sufrimiento aunque se veían en su cuerpo unas señales que debían molestarle mucho.

En mí ha dejado un recuerdo imborrable viendo su paciencia y resignación. No pedía ni rehusaba nada de lo que le diéramos para tomar. Al manifestarle cada día por quien iban a ser ofrecidos sus sufrimientos, daba su consentimiento y manifestaba su satisfacción al saber que todo servía para la mayor gloria de Dios.

Cuando empeoró los últimos días fue llevada de nuevo al sanatorio y allí a los pocos días expiró, después de haber recibido con gran fervor el Sacramento de los Enfermos.

Nos dejó a todas un gran ejemplo de virtudes cristianas y religiosas, particularmente en una vida humilde y escondida a los ojos de los hombres, aunque muy ciertamente no a los de Dios».

SOR MARÍA PAZÓ

Nació: el 9 de febrero de 1879 en Vigo (Pontevedra)

Profesó: el 28 de junio de 1903 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 10 de febrero de 1971 en Madrid

Sor María Pazó nació en Vigo (Pontevedra). Su familia estaba compuesta de bastantes hermanos, de ellos dos fueron Salesianas: Sor Asunción que falleció poco tiempo antes que Sor María en la Inspectoría de Barcelona y ella que vivió en nuestra Inspectoría de Santa Teresa. También tuvo un hermano Salesiano.

Sabemos que su madre fue una señora muy piadosa que supo inculcar esa piedad a todos sus hijos y Sor María asimiló de tal forma ese espíritu que fue su característica durante toda su vida.

Como en Vigo tenían un Colegio los Salesianos, fueron ellos sin duda los que le hicieron gustar el espíritu de Don Bosco a las dos hermanas y entusiasmaron a su hermano para que formara parte de la Congregación.

Sor María hizo su noviciado en Barcelona-Sarriá y profesó el día 28 de junio de 1903. No tenemos noticias de cómo transcurrieron sus primeros años de profesión, pero en el año 1919 sabemos que estaba destinada en Salamanca como encargada de hacer los recados fuera de casa. No era el trabajo que más le gustaba pero lo hizo con generosidad. Se pasaba el día fuera de Casa visitando a los bienhechores y recogiendo limosnas para el sostenimiento de nuestras Casas, pues entonces era grande la pobreza en que vivían nuestras Hermanas. Iba también a los pueblos cercanos a Salamanca acompañada de alguna niña, lo cual suponía un esfuerzo y un cansancio muy grande, ya que lo mismo iba en los tiempos de mucho frío de aquella provincia, como con los ardores del verano.

Una Hermana que vivió con ella aquellos años nos contó que un día llegó tan rendida del trabajo, que se fue derecha al dormitorio, se tiró en la cama y se durmió. No se presentó a la hora de la comida, pero como era habitual que llegara más tarde, no la echaron de menos; tampoco a la hora de la merienda, pero al ser la hora de la cena ya se preocuparon. Preguntaron por ella y al asegurarse de que estaba en Casa, fueron directas al dormitorio y la encontraron todavía dormida, vestida y sin haber soltado las cosas. Prueba eso el cansancio tan enorme que tenía.

Era muy sencilla, amable y muy generosa. Tenía un buen corazón y era incapaz de ver una pena o una necesidad sin procurar remediarla en la

medida de sus posibilidades. Se interesaba por todas las personas y todo el que la trataba la apreciaba sinceramente.

Destacaba su gran piedad. Como a veces no podía estar en la Comunidad para las Prácticas de Piedad, no dejaba de hacerlas sola con gran fervor. Por la calle iba siempre rezando. Tenía múltiples devociones particulares, pero su piedad era sólidamente salesiana. Muy amante de Jesús Sacramentado y de María Auxiliadora. Devotísima del Sagrado Corazón de Jesús, de San José y del Santo Rosario.

Desde la fundación del Noviciado en el año 1942 fue destinada allí y seguía con su oficio, pero ya lo hacía vestida con el hábito, cosa que le hacía el trabajo más agradable, pues nunca le gustó quitárselo. Todos los días salía para pedir limosnas y así lo hizo hasta cumplir los 79 años. Antes de salir de casa hacía una visita al Santísimo Sacramento y al salir se despedía del Señor con una simpática sonrisa, como pidiéndole que la acompañara y moviera los corazones de los Cooperadores y bienhechores a los que iba a visitar. Iba acompañada de una niña a la que trataba con exquisita caridad. La tarde la solía pasar en casa prestando su ayuda a quien le hiciera falta y atenta a cuantas personas venían a pedirle ayuda para encontrar un trabajo, colegio para sus niños, ingreso en hospitales, etc. A todos intentaba ayudar valiéndose de todos los conocimientos que tenía.

Quería mucho a las Novicias y las trataba con mucho cariño y respeto. Siempre les daba buenos consejos y ellas la querían y la consideraban la «abuela» llena de experiencia.

La Casa resultaba pequeña y además las Superiores querían construir allí un pabellón para poner la Primera Enseñanza. Ella era incansable y no se desanimaba ante las negativas del Ministerio y de otros Organismos Oficiales. Confiaba plenamente en Dios y en María Auxiliadora. Pasados algunos años, hacia el 1957 se consiguió que el Ministerio de Educación y Ciencia concediera una subvención a fondo perdido para la construcción de un pabellón para la Escuela.

Ya en el año 1960 contando con más de ochenta años, tuvo que dejar su diaria peregrinación con mucho sacrificio por su parte, pues desde que profesó se había encargado de esa misión y le parecía imposible no tener que salir a diario a la calle.

La Hermana Directora que tenía entonces procuró ayudarla a superar esta circunstancia difícil para ella, dándole algunos encargos que la distrajeran. Un ejemplo de estas responsabilidades fue el que mirara que en ningún oficio hubiera desórdenes. Como era muy detallista, con toda sencillez se le ocurrió poner una medalla de orden en el hueco de las Hermanas

que mejor dejaban el dormitorio o que hacían el oficio con más esmero. A veces se le ocurría quitar alguna cosa que veía fuera de sitio, originando con ello algún conflicto, pero como era muy buena y todas la querían mucho, pasaban por alto esas cosas.

Otro oficio que le encomendó la Directora fue el asistir a las Novicias cuando estaban cosiendo por las mañanas. Ella aceptó ese encargo con gran alegría, procurando que observaran muy bien el silencio y entonando de vez en cuando alguna jaculatoria que les ayudasen a mantener el silencio interior. Las Novicias en broma le decían que era mucho rezar y ella cuando tenía ocasión les hacía ver que se lo diría a la Inspectora, pues el rezar nunca es demasiado.

Ella en esta época pudo fortalecer aun más su espíritu de piedad, pues como veía muy poco no podía coser, aunque sí se prestaba para hacer algún trabajo en la ropería.

Su mayor consuelo era acompañar a Jesús Sacramentado en la capilla. También asistía con mucho gusto a las confesiones de las niñas a las que ayudaba a prepararse con verdadero celo salesiano:

Aunque no podía salir de casa, se seguía sirviendo de sus conocimientos para ayudar a las personas que le pedían colocación u otra forma de beneficencia.

Ese fue el plan de vida de nuestra querida Sor María durante los últimos diez años de su vida, en los que se iban presentando los achaques propios de la edad. Sin duda gozaba de buena salud para poder seguir casi totalmente la vida en común, no resultando jamás de peso a la Comunidad, pues ella procuraba estar siempre puntual a los actos de la vida comunitaria, siendo muy exacta en la observancia de la obediencia y en el sincero afecto a las Superiores y a las Hermanas. Ofrecía su vida al Señor con gran sencillez y con un amor ardiente y generoso.

Hacia el año 1968 tuvo la gran alegría de poder ir a Vigo donde ella había nacido. Pudo ver a sus hermanos y recordar los tiempos de su niñez y juventud. Estuvo descansando en Villagarcía de Arosa en la Casa de las Hermanas y allí la visitaron sus familiares con frecuencia. Se comprende que gozó mucho con este viaje que hizo perfectamente a pesar de sus 89 años.

Todos los acontecimientos del curso 1970-71 que fue el último de su vida le costaron mucho, pues habiendo dispuesto las Superiores el traslado del Noviciado a El Plantío, sintió mucho la marcha de las Novicias. No profirió ninguna queja y aceptó como siempre la Voluntad de Dios. Esto contribuyó en parte a su rápido declinar. Una de las cosas que más le

afectaba era la salida o abandono de la vida sacerdotal de algunos Salesianos.

A final del año 1970 el señor permitió que tuviera que ser protagonista de un hecho que a juicio del doctor y de las personas que convivían con ella, fue la causa de su muerte.

Dormía en una habitación sola y una noche se despertó y se dio cuenta de que había alguien en la habitación porque le habían movido la cama. Creyendo que era una hermana, preguntó: «¿Quién eres?» «¿qué quieres?» Entonces se pudo dar cuenta de que era un hombre quien estaba allí, pues se acercó a la cama y le agarró un brazo. Ella intentó desasirse y con la mano libre le dio varios golpes, recibiendo otros de él. Tenía en la mano un objeto cortante pues le hizo varios arañazos en la cara, cuello y mano. En este forcejeo Sor María llamó a las Hermana Directora que dormía en la habitación de al lado y el hombre entonces le dijo: «Cállate, abuela, o te mato». Sor Pazó aseguró después que su voz le pareció muy conocida y entonces para verle la cara se volvió para encender la lámpara que tenía en la mesita y el hombre de un golpe se la tiró al suelo.

Mientras tanto la Hermana Directora se levantó al oír los gritos y fue a otra habitación donde estaba una Hermana enferma, pero al ver que no era ella la que llamaba, volvió al cuarto de Sor María y en el momento en que entraba vio que un hombre saltaba por la ventana a la azotea. Avisaron a la policía pero nada se pudo averiguar. Las Hermanas que vivían con ella aseguraron por lo ocurrido, que Sor María había conocido perfectamente a la persona que entró, pero que no quiso delatarlo.

En los primeros momentos parece que Sor María se quedó muy serena y contaba con gran naturalidad lo que le había ocurrido, pero pasados unos días empezó a pensar las cosas y a sentir verdadero horror de lo que había vivido. Lo pensaba continuamente y se impresionaba mucho, lo cual sin duda afectó a su anciano corazón.

Pasó el mes de enero bastante regular, pero siempre levantándose salvo algún día aislado en que se resfriaba y no se encontraba bien. Llegó el día de su cumpleaños, 92 años y recibió con su acostumbrado gracejo todas las muestras de cariño que en ese día le proporcionaban de una forma especial las Hermanas.

Pasó la noche bien y por la mañana como no se levantó, le llevaron la Comunión. Después vino la enfermera para traerle el desayuno y después una tercer Hermana con ánimo de darle un poco de conversación, a lo que Sor María repuso: «Por favor, déjame, que estoy meditando las misericordias de Dios». La Hermana la dejó sola. Después fue otra para ofrecerle un zumo y le dijo lo mismo que estaba meditando las misericordias

de Dios. A continuación entró otra y la encontró agonizando. Avisó inmediatamente a la enfermera y a la Hermana Directora, las cuales apenas llegaron a verla expirar serenamente. Inmediatamente se avisó a un Salesiano que le administró la Unción de los Enfermos.

En cuanto se supo la noticia de su fallecimiento empezaron a llegar personas de la vecindad favorecidas por ella, que lloraron amargamente su pérdida. Vinieron Hermanas de todas las Casas, unas y otras contaban los favores que habían recibido de ella y el cariño que siempre les había demostrado.

Todas sentimos inmensamente su muerte. Era como una reliquia y un testigo fiel de la observancia del genuino espíritu de Don Bosco.

Cuando hemos vuelto a la Casa de la Dehesa de la Villa nos hemos llenado de pena al no ver a nuestra querida Sor María sentada en la capilla, con el rosario en la mano, acompañando a Jesús Sacramentado y pidiendo por las necesidades de la Iglesia, del Instituto, de la Inspectoría, pues estábamos acostumbradas a verla así siempre que llegáramos a esa Casa.

Estamos seguras de tener en el cielo una poderosa intercesora ante el Señor, María Auxiliadora y nuestros Santos, pues es natural que ella que bien practicó en la tierra la virtud de la caridad, la siga practicando en el cielo.

SOR CARMEN PURAS

Nació: el 6 de julio de 1926 en Bilbao (Vizcaya)

Profesó: el 5 de agosto de 1952 en Madrid

Murió: el 3 de diciembre de 1971 en Madrid

Era hija de una familia muy cristiana, tenía varios hermanos, pero ella era la única chica. Siempre fue afable y cariñosa por lo que su padre sentía por ella una predilección especial.

De joven ya llevaba una vida espiritual intensa y trabajaba muy activamente en el apostolado de la Parroquia de su barrio en Bilbao donde había nacido. Cuando el Señor le hizo sentir su llamada a la Vida Religiosa, ella la siguió con gran generosidad, teniendo que vencer los obstáculos que se oponían a la separación de sus padres, por ser querida de una manera especial porque era la única. La gracia de Dios venció y tanto sus padres como ella lograron ofrecer ese gran sacrificio e ingresó en el Instituto, comenzando su Aspirantado en la Casa de Delicias en Madrid.

Ya en este tiempo se distinguió por su carácter agradable y no variable, por su observancia, discreción y buen criterio, como lo atestiguan las compañeras de aquel entonces. Ellas mismas dicen que la paz, la calma interior y exterior eran fruto del trabajo constante y esforzado que mantenía para dominar su carácter que a veces era impetuoso, pero que siempre aparecía a la vista de todos como persona pacífica y serena.

También edificaba por su gran espíritu de sacrificio, de austeridad y por su amor al cumplimiento del deber. Estuvo muchos años afectada de una grave dolencia de corazón, sin embargo trabajaba como si gozara de una gran salud y sin quejarse nunca de sus dolencias. Cuando alguien le preguntaba cómo se encontraba, ella invariablemente contestaba: «Como Dios quiere».

A pesar de su carácter y de la edad superior a la de la mayoría de las Aspirantes que eran sólo unas niñas, supo amoldarse a todas, lo cual hacía que la considerasen como una hermana mayor.

Era de una piedad sencilla, pero basada en una fe profunda. Dejó de su Postulantado un recuerdo grato y la convicción de que llegaría a ser una buena Hija de María Auxiliadora, como así fue.

Comenzó el Noviciado el día 5 de agosto de 1950 y durante este tiempo desempeñó el oficio de ropera y de enfermera, pues poseía ese título y lo ejerció con gran competencia, con mucha candad y dedicación, aunque

como su salud no era demasiado fuerte, le suponía en muchos casos un gran sacrificio.

Cuando profesó el 5 de agosto de 1952 en Madrid, fue destinada como enfermera y maestra de labor a la Casa de Palencia, donde había cerca de quinientas niñas internas, huérfanas de ferroviarios.

Es fácil imaginar el arduo trabajo que tuvo que realizar Sor Carmen en esta Casa que entonces se abría y en donde había tanto que hacer. Se entregó generosamente al cumplimiento de su deber, llegando hasta los últimos detalles y siendo siempre una ejemplar y sumisa religiosa con sus Superiores y Hermanas. Pasó así cuatro años, sin duda llenos de sacrificio dado el trabajo intenso que tenía y la falta de salud que siempre la acompañaba.

En 1956 fue destinada también a otra fundación nueva: Madrid-El Plantío donde se iniciaba el Aspirantado y un Colegio. También fue como enfermera y al mismo tiempo ayudaba a la Economa. Como siempre la adaptación a una obra nueva y la falta de recursos económicos supusieron momentos difíciles para la Comunidad. Gracias a Dios las vocaciones eran muy abundantes, aunque no lo eran tanto los medios para sostenerlas. La Divina Providencia acudía siempre en su ayuda y así, a pesar de los grandes apuros que pasaban, siempre tuvieron lo necesario.

También había un dispensario público que atendía Sor Carmen y al cual acudían numerosas personas del pueblo y sus alrededores, con lo cual ella tuvo una ocasión favorable para ejercer su apostolado. Su actitud de servicio y de entrega incondicional, con olvido de sí misma, eran bien apreciadas por todos.

Era un alma de vida interior muy piadosa. Con frecuencia se le oían frases como éstas: «Cuando Jesús pide no se conforma con poca cosa», «Estoy segura de que mi vida no va a ser larga, por eso Jesús quiere que la corra deprisa», «Pida un poco por mí, para que no defraude a Jesús».

En 1962 fue nombrada también Vicaria de la Casa, siguiendo al tiempo con su labor de enfermera. Prestó siempre generosamente colaboración a Hermanas y Superiores y fue edificante a pesar de que su enfermedad cada día le proporcionaba más molestias y sufrimientos. Tenía siempre las piernas hinchadas, pero a pesar de eso subía y bajaba las escaleras cuantas veces era necesario. Permanecía de pie mucha parte del día, lo cual era para ella muy costoso.

Ofrecía todo el Señor, así como las incomprendiones que no faltaron en su vida como en la de todas las personas. En muchas ocasiones decía que estaba persuadida de que la muerte le vendría de repente y que por lo

tanto estaba preparada y que no le asustaba. Esta persuasión le hacía vivir en una continua tensión hacia Dios.

Su enfermedad iba avanzando y en el año 1970, en vista de que se encontraba cada vez peor, fue destinada a la Casa de Enfermas de la Dehesa de la Villa en calidad de enferma, pero al mismo tiempo de enfermera de las Hermanas que allí estaban por ese motivo. En aquel año tan sólo eran dos.

Eran dignos de admirar su cariño, la constante disponibilidad y los cuidados que prodigaba a las enfermas, mientras parecía despreocuparse de ella misma, aun sin desconocer el peligro en que se encontraba, situación que superaba apoyándose en la fe y con gran esfuerzo de su voluntad.

Sus atenciones y delicadezas a las demás enfermas estaban impregnadas de calma y serenidad, como si no tuviera otra cosa que hacer en ese momento. Las enfermas la querían precisamente por esas atenciones y cuando ella murió la recordaban con verdadera nostalgia.

Cuando las Superiores comprendieron que no podía llevar la responsabilidad de la enfermería por haberse agravado su mal, decidieron llevarle una ayuda que ella valoró y agradeció profundamente, si bien esto le trajo consigo un gran esfuerzo y sacrificio pues no eran de carácter semejante.

En sus escritos de entonces leemos: «Quiero, Señor, que como el fuego va secando la leña verde y transformándola en el mismo fuego, del mismo modo cada día deje yo que tú vayas enderezando cuanto no vaya bien y transformándolo en amor».

Su muerte fue repentina pero no imprevista, porque según el juicio de las Hermanas con las que convivía, los últimos días había dicho que se encontraba tan mal que pensaba que sería el último de su vida. Llamó mucho la atención la serenidad con que hablaba siempre de su enfermedad tan grave y de su fin en la tierra. El doctor que la trataba decía con frecuencia: «No he visto nunca una enferma tan grave y consciente de su mal y que tenga tanta serenidad y buen humor como ella».

Sólo un alma que vive de fe, de esperanza y de caridad es capaz de esperar con serenidad y optimismo la llamada del Padre. Y ella fue una de esas almas.

Varias veces en este tiempo estuvo gravísima, con la consiguiente alarma de Hermanas y Superiores, pero pasaba la alarma y continuaba su vida cada vez más en plan de enferma, cosa que a ella le costaba por lo que suponía de retiro del trabajo y de arrinconamiento de actividad, pero también esto lo ofrecía al Señor generosamente.

Su muerte efectivamente fue repentina como ella siempre esperaba. Ocurrió así:

Dormía Sor Carmen con una Hermana enferma joven, con una salud psicológica también dañada y alrededor de la una de la madrugada esta Hermana se despertó a las voces que daba un hombre al parecer embriagado que intentaba abrir la verja de la casa, haciendo bastante ruido con el picaporte. Asustada llamó a Sor Carmen que se despertó sobresaltada y se asomó a la ventana, pero viendo que el hombre estaba fuera de la finca y que después se alejaba, se quedó más tranquila y se volvió a acostar, diciendo a su compañera que sabía que ese sobresalto le habría perjudicado. Al poco rato la llamó diciendo que se encontraba mal. Pudo decirle únicamente: «Me muero». La pobre Hermana asustada fue a buscar a la enfermera que dormía en la habitación de al lado y después a la Hermana Directora que tenía la habitación más lejos. Cuando ésta pudo llegar a la habitación, Sor Carmen ya expiraba en los brazos de la enfermera y de su compañera de dormitorio. Eran las dos de la madrugada del día 3 de diciembre de 1971.

Es de imaginar la impresión de toda la Comunidad, aunque todas estaban convencidas de que Sor Carmen vivía preparada constantemente para este encuentro con el Señor.

Su marcha fue sencilla, silenciosa, plena de aceptación de la Voluntad Divina como había sido toda su vida.

Su recuerdo perdura entre nosotras como un ejemplo a imitar y lleno de agradecimiento sincero en todas aquellas Hermanas y niñas que disfrutamos de sus caritativos servicios.

SOR CONCEPCIÓN GUINEA

Nació: el 9 de diciembre de 1896 en Amurrio (Álava)

Profesó: el 8 de diciembre de 1920 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 1 de noviembre de 1972 en Madrid

Sor Concepción Guinea tuvo noble cuna. Fueron sus padres los Excmos. Sres. Condes Guinea. Fervientes cristianos e insignes bienhechores de la Congregación, los cuales ya habían entregado con generosidad otra de sus hijas al Instituto, la cual falleció a los pocos años de profesión aureolada por la heroicidad de sus virtudes.

Sor Concepción durante su niñez y juventud frecuentó el Colegio de las Hijas de María Auxiliadora de Jerez de la Frontera (Cádiz) ya que la familia se había trasladado allí a vivir por motivos profesionales del Sr. Conde.

Transcurridos unos años de convivencia con las Hermanas, siente vivamente la llamada del Señor y decide su ingreso entre las Hijas de María Auxiliadora. Viaja a Sarria el 24 de mayo de 1918 acompañada de su madre y de un hermano.

Fue recibida por la Inspectora de España Madre Emilia Franchia muy apreciada en el seno de aquella noble familia.

Hay personas que pasan por el mundo dejando una estela de amistad y simpatía difícil de olvidar. Una de esas almas abiertas y francas, con un gracejo natural saturado de un gran espíritu religioso fue Sor Concha.

Excelente profesora de Música, Taquigrafía y Mecanografía. Le gustaban las cosas bien hechas y era de admirar el interés que ponía en dar sus clases. Cuántas buenas promociones de maestras de Música recibieron las clases magistrales de Sor Concha.

Pocos días después de su Profesión Religiosa fue destinada a la Inspección de Centro América, pues llevaba el celo misionero y pidió generosamente en su Profesión ser enviada a las Misiones.

Las casas de Granada, San Salvador y Costa Rica fueron testigos de su buen hacer en los trabajos y misiones que se le encomendaban. Pasó en tierras americanas quince años, siendo Vicaria y Ecónoma de varias casas, sin dejar de ser maestra de Música.

Regresa a España en el año 1935 por expreso mandato de sus Superiores, ya que Madre Ana Covi había prometido a la Familia que procuraría obtener el permiso para que volviera a la Patria para que su madre anciana y enferma tuviera el consuelo de *abrazar* a su hija antes de morir.

A bordo del barco «Orazio» escribe en su diario:

«Qué momentos tan impresionantes y tristes acabo de vivir. Dar un adiós a mi querida Madre Inspectora, a las Hermanas amadísimas de Centro América donde tan feliz he pasado quince años de mi vida es algo que siento hondamente... Y después del adiós, me vienen a mi mente todas estas dudas: ¿Hasta cuándo durará esta ausencia? ¿Volveré a ver a estas queridas Superiores y Hermanas que nunca jamás olvidaré? Presiento que no. ¿Quién adivina el futuro?»

Sólo Dios sabe lo que será de mí de ahora en adelante, pero llena de amor y confianza me arrojo tranquila en sus manos, en los brazos de Dios que sé cuánto me ama...»

Seguimos copiando de su diario, pues en él se refleja la grandeza de esta alma enamorada de Dios.

«Hoy el mar está tranquilo, parece una balsa de aceite, tan suave que brilla con los rayos del sol que lo hace bellissimo. No me canso de admirar tantas maravillas, ni de alabar al Creador que las hizo. Qué fácilmente se medita y se piensa en Dios mirando al mar.

Seguimos leyendo:

«Ya hemos llegado a Barcelona. Cómo palpita mi corazón al ver a las personas y lugares de mi infancia religiosa. Casi no podía creer lo que veían mis ojos. Qué gozo se prueba al ser recibida con tanta cordialidad y cariño».

Viene acompañada de otra Hermana italiana y con ella sigue viaje hasta Genova y de allí a Turín para saludar a las Madres.

En esta ocasión escribe:

«Fuimos recibidas con gran cariño por todas las Madres. Nos invitan a ir con ellas al estreno de la película sonora de San Juan Bosco. Por la tarde fuimos a I Becchi, haciendo un recorrido por los lugares salesianos: Chieri, Asti, Arignano, Castelnuevo y por último a Becchi. Qué impresión al ver esa humilde casita, cuna de nuestro Padre Don Bosco y de la que ha salido tanta gloria.

Visité el Noviciado en Nizza, alegrándome mucho al hablar con una Hermana ancianita que vivió con mi hermana Sor María y de la cual me hizo un gran elogio de su virtud y santidad.

Por fin llega para mí el día de dejar Turín, donde he pasado solamente una semana, pero vivida intensamente y llena de emociones salesianas.

Esta convivencia con las Madres ha acrecentado aun más mi amor al Instituto del que me glorío de formar parte.

En Genova embarqué nuevamente en el «Orazio» llegando a Barcelona después de dos días de navegación y de allí a Madrid llegando a esa capital a las 10 de la noche.

Mi corazón latía tan fuertemente que me sentía desfallecer.

Era tanta mi emoción al pensar que allí me esperaban mis hermanos... y a los pocos minutos *abrazar a* mi querida madrecita que hacía más de quince años que no la veía».

Dejamos su diario y seguimos describiendo:

Madre General había dispuesto que Sor Concha se hospedara con los suyos, pues las Hermanas de las Comunidades de Madrid vivían en unos pisos muy pequeños haciéndose pasar por señoritas seglares. (Estamos en tiempo de la República).

Permaneció con su familia unos tres meses y al comenzar de nuevo el curso, Madre Clelia que se encontraba haciendo la visita en Madrid, la destinó a Sevilla con el cargo de Vicaría en la Casa de San Vicente. Permaneció allí hasta el 12 de agosto de 1938, en que Madre Francisca Lang que tanto la conocía de América y que este mismo año había venido de Inspectora a España, viendo que el clima de Andalucía no favorecía en nada su delicada salud, la destinó a la Casa de Salamanca.

En 1941 la trasladan a la Casa de Villaamil (Madrid) como profesora de Música, Taquigrafía y Mecanografía.

Con cuánto cariño la recuerdan las numerosas Antiguas Alumnas a las que con tanta dedicación atendía en los años en los que fue encargada de esta asociación. Y era que Sor Concha con su gran simpatía dejaba por donde pasaba una estela de afecto y cariño difícil de olvidar.

Vuelve a Salamanca, pero la enfermedad que hace tiempo la mina, se manifiesta con la aparición de un tumor maligno. Es trasladada a Madrid donde se le practica una operación. La Comunidad y alumnas de Villaamil acuden con insistentes oraciones a la intercesión de Don Felipe Rinaldi y obtienen una curación que los médicos califican de milagrosa.

Permanece en la Casa de Villaamil hasta que en 1952 se funda la Casa de Palencia y ella forma parte de esta Comunidad destinada a dicha Fundación. El Obispo de la Diócesis se reservaba casi siempre el día de la Inmaculada para ir a celebrar esa fiesta al Colegio de Ferroviarios, pues él mismo decía que era un día de cielo en que se gozaba con aquellas músicas y cantos tan bien interpretados.

Tanto amaba Sor Concha a la Inmaculada que todo le parecía poco para honrarla.

Deja la Casa de Palencia con gran dolor para todos. Su cometido lo había realizado eficazmente por espacio de doce años.

Pasa otra temporada en Madrid, pero los fríos de la capital no los resiste su delicada salud y las Superiores, creyendo más beneficioso para ella el clima marítimo, la destinan a la Casa de San Sebastián.

Aquí se le declara una fuerte afección bronquial y por orden facultativa tiene que volver a Madrid.

Ya en los últimos meses de su existencia, sigue la vida común de la que es amantísima y trabaja como si nada pasara. Pero sabemos que sufría mucho física y moralmente. La falta de voz le dificultaba grandemente la enseñanza del canto a las niñas. Ocupación que la apasionaba y que ella realizaba con la maestría de una gran artista.

En la Casa de la Dehesa de la Villa (última morada) tuvo la suerte de encontrarse de Directora a Sor Anuncia Rodríguez, una de sus mejores alumnas de Música. De ella recibimos las últimas impresiones:

«La recuerdo siempre religiosa, gozosamente activa, comprometida, sabiendo adonde va, alegre en su vocación y en la práctica de los tres Votos.

Tenía un auténtico sentido de la pobreza, situándola en la condición de pobre que vive de su trabajo y que de él depende parte del sostenimiento de la Comunidad.

Competentísima maestra de Música, gozaba oyendo tocar a las que fueron sus alumnas, mientras que ella se sentía feliz ayudando en otros trabajos.

Lo que más me llamó la atención fue la ilusión que ponía siempre en todo. Al observarla pensaba: «Qué cierto es que dentro de la vida religiosa no hay trabajo que rebaje a las personas, todo depende del espíritu con que se realice».

La virtud de la castidad cristalizaba en ella en un amor delicado a Jesús y María. Cuánto gozaba preparando las fiestas de la Inmaculada y de María Auxiliadora.

Tenía un temperamento fuerte. Con frecuencia se notaba cuánto le costaba obedecer, pero también la obediencia religiosa cobraba en ella su auténtico sentido. No era ciega, ni mucho menos. Era responsable, comprometida, iluminada por el espíritu de fe.

Recordando sus últimos momentos, pienso que fue así su obediencia: le costaba mucho morir. Se encontraba feliz entre sus Hermanas. No podía ser de otra forma, pues trabajaba con mucha ilusión y vivía siempre gozosa. Le costaba decir adiós a la vida, pero siempre dijo «sí» a su Señor: «Me cuesta mucho, tú lo sabes... pero héme aquí para hacer tu Voluntad».

Sufrió muchísimo. Un cáncer en la garganta que le privó del habla y le producía ahogo. Descubierta, se le declaró mortal. Sólo dos días permaneció en cama, sin que viéramos que sus labios musitaran más que fervorosas jaculatorias.

Así se fue la que tantas veces nos había ayudado a cantar fervorosamente: «Llévame, oh Madre, llévame al Cielo...»

La paz que reflejaba su rostro nos decía que sí, que se había ido ya con Aquélla a quien amaba entrañablemente, con Aquél a quien consagró toda su vida y por quien únicamente trabajó, gozó y sufrió.

Era el 1 de noviembre de 1972, fiesta de Todos los Santos.

SOR AURORA MARTÍN MARTÍN

Nació: el 1 de junio de 1921 en Zarza de Pumareda (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1941 en Barcelona (Sarria)

Murió: el 11 de enero de 1973 en Madrid

Sor Aurora fue la primera de las tres hijas que el cristiano matrimonio formado por Don Germán y Doña Florinda entregaron al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Su hermano nos cuenta algo de cómo era Aurora en su infancia:

«A los cuatro años comenzó a ir a la Escuela de Párvulos y pronto aprendió las oraciones. Participaba en la medida que podía de todas las actividades en las que intervenía la familia. Era inclinada a la piedad y sufría cuando oía a algún hombre del pueblo proferir una blasfemia».

«Siendo ya un poco más mayor participaba también en las veladas recreativas de la Escuela. Tenía una memoria prodigiosa, valor que llamó la atención del Párroco del pueblo y aunque los recursos económicos de la familia no le hubieran permitido ir a estudiar a Salamanca, él logró una beca en el Colegio de las Hermanas y así fue como empezó a estudiar en la Casa de María Auxiliadora que ya nunca abandonaría.»

Uno de los mejores testimonios que tenemos de los años de formación de Sor Aurora nos los facilita Sor María Miralles que fue Asistente suya y la conoció bien durante muchos años:

«La conocí por primera vez en Sarria en el año 1934, cuando fui para hacer mis votos perpetuos. Tuve con ella encuentros sinceros y espontáneos que ya dejaron en mí profunda impresión.

Pasó el tiempo... y en el año 1936, año de nuestra Guerra de Liberación, fui destinada a la Casa de Salamanca encargándome de la asistencia a las Aspirantes que allí hacían sus estudios de Bachillerato y entre las que se encontraba Sor Aurora. En este tiempo fue cuando pude admirar muy de cerca su seriedad, su piedad y lo que después pude comprobar sería su virtud característica: el gran espíritu de sacrificio.

Como era muy inteligente hacía dos cursos en uno solo, examinándose en junio y en septiembre, por lo que no dejaba de estudiar en todo el año, a excepción de las vacaciones de Navidad y algunos días en verano.

Los domingos no faltaba al Oratorio donde realizaba un excelente trabajo de asistente.

Su defecto -pues todos tenemos alguno- era la poca atención al orden, pero fue el motivo que me reveló el grado de humildad y dominio que tenía, pues a pesar de su carácter más bien fuerte, aceptaba las correcciones siempre sin proferir una excusa e intentando corregir aquello que se le corregía.

Cuando acabó cuarto curso, fue considerada como la de mayor confianza y responsabilidad para asistir al estudio general, seguras de su ascendiente aun con alumnas mayores que ella. Jamás había una indisciplina cuando ella asistía.

Durante este tiempo estuve muy unida a las Aspirantes contando con su afecto y confianza, por lo que sabía qué grandes eran sus deseos de adelantar en los estudios para ir pronto al Aspirantado de Andalucía y proseguir allí su Postulantado. Su estancia en Salamanca le sirvió bien de prueba práctica pues fue una época difícil por la circunstancia de la guerra y la escasez de personal.

Tuvo dos excelentes formadores en Don Gabriel Martín como Profesor y Don José Luis Herrero encargado de darles las conferencias a las Hijas de María, además del celo particular que con ellas empleaba la Directora Sor Esperanza Díaz y el buen ambiente que había en el Colegio.

Terminó por fin el Bachillerato e inmediatamente las Aspirantes fueron enviadas a San José del Valle donde en poco tiempo empezaron el Postulantado. Ya terminada la guerra y rehabilitada la Casa de Sarria, pasaron las Postulantes a Barcelona para dar comienzo a su Noviciado.

La resistencia física de Sor Aurora se alteró en aquel tiempo quizá por los esfuerzos hechos hasta entonces, produciéndose en ella una grave y alarmante dolencia que sólo halló aparente solución en una intervención quirúrgica. Las Superioras que tenían grandes esperanzas en Sor Aurora no dudaron en poner todos los medios para conseguir su salud y la sometieron a dicha operación. Quedó bien de la misma, con suficiente salud para profesar, pero desde entonces ya nunca más gozó de vigorosa salud.

Ya Profesa comenzó sus estudios en la Facultad de Letras de Madrid y por estar cerca de la Ciudad Universitaria fue destinada a la Comunidad del Noviciado provisional de la Avenida del Valle.

Allí fui yo también como Maestra, por lo que tuvimos un nuevo encuentro. Sor Aurora, buena como siempre, acudía a contarme cosas igual que cuando era Postulante, acentuándose aun más nuestra mutua confianza y procurando ayudarnos con gran sinceridad a crecer en santidad.

En esta época Sor Aurora ya no tenía las mismas fuerzas físicas que antes y con frecuencia se quedaba dormida encima de los libros. Su fuer-

za de voluntad era tal que a veces cantaba lo que leía para vencer así el sueño, cosa que la cansaba aun más. Le faltaban bríos y vitalidad. Sólo la sostenía su fuerza de voluntad y el gran amor que profesaba al Instituto.

Terminados sus estudios superiores, ya Licenciada en Lenguas Clásicas fue destinada al Colegio de Salamanca como Encargada de estudios, siendo muy apreciada y querida por las alumnas, las cuales veían en ella los grandes valores y virtudes con los que estaba adornada.

En 1955 fue nombrada Directora de esa misma Casa. En 1958 pasa a ser también Directora de la Casa Inspectorial en Villaamil y después anima la Casa de Delicias, hasta que en 1968 su estado de salud no le permite estar en este cargo de tanta responsabilidad.

Volvió a Salamanca como Vicaria, pero cada vez iba perdiendo más fuerzas y sus piernas resistían muy poco el andar. Daba algunas clases, pero el segundo año viendo que el personal era escaso se ofreció para dar más horas de clase y ese esfuerzo terminó por agotarla, teniendo que ser suplida antes de terminar el curso.

Todos los años iba a tomar baños de mar y le hacían curas especiales que lograban mejorarla algo, pero volvía a recaer de nuevo. En vista de que no se veía solución para su mal fue trasladada a la Casa Inspectorial y allí pasó los últimos meses de su vida recibiendo los solícitos cuidados de Superiores y Hermanas».

Hasta aquí el resumen del testimonio de Sor María Miralles que en grandes pinceladas nos describe la calidad de nuestra querida Sor Aurora.

Otra Hermana que convivió con ella nos dice:

«Tuve la suerte de pasar los dos primeros años de mi vida práctica en la Casa de Villaamil donde estaba Sor Aurora de Directora. Pude observar muy de cerca la personalidad de esta auténtica Hija de María Auxiliadora. De carácter enérgico, muchas veces la vi reprimírselo. Era muy recta y prudente ante cualquier actuación como Directora de cara a las Hermanas.

También tuve la suerte de acompañarla por espacio de quince días en el Hospital donde estuvo en observación clínica. La hicieron pruebas dolorosísimas en la columna vertebral, pero nunca se quejó lo más mínimo. Siempre serena y sonriente. No olvidaré nunca la tarde en que el Dr. Vázquez le dijo sin rodeos antes de marcharse del hospital: «Tendrá usted que resignarse a llevar siempre el bastón, pues ya no se le puede hacer nada». Fue tremendo lo que debió de sufrir. Se veía la lucha de la naturaleza joven a la que de repente se le comunica que su mal no tiene solución... Con los ojos llenos de lágrimas, pero con una serenidad y dominio

admirables dijo sonriendo: «Bien, si el Señor así lo quiere... Bendito sea, El manda».

Esta aceptación generosa de la Voluntad de Dios no fue el fruto de un día, sino el de haber ido madurando en las continuas aceptaciones de cada día y que hizo cumbre en ese momento de dolor con el que da comienzo a otra etapa distinta.

Los últimos meses de su vida fueron una continua escuela de virtud. La enfermera nos la describe como un alma toda de Dios. Siempre repetía: «No quiero más que cumplir la Voluntad de Dios. Si El quiere que permanezca más tiempo como estoy ahora, ese es también mi querer».

Al despedirse de alguna de las personas que la visitaban les decía: «Pedid por mí para que sepa sufrir con alegría todo lo que el Señor me quiera dar».

La visitaban mucho las niñas y se sentía feliz al lado de ellas. Para todas tenía una buena palabra.

Aunque pasara una mala noche y le costara mucho levantarse no perdía nunca la Santa Misa que seguía con gran devoción y con el libro en las manos hasta que ya no pudo sostenerlo.

Esperaba la llamada a la Casa del Padre con gran serenidad y exhaló el último suspiro en el momento en que el sacerdote que la asistía en estos momentos terminaba de decir las últimas palabras de la recomendación del alma y la Bendición Papal.

Gozó siempre del aprecio de las personas que la trataron y este aprecio quedó palpable en el gran número de las mismas que la acompañaron en la conducción del cadáver manifestando hasta el final la gran estima que tenían a tan buena Hija de María Auxiliadora.

SOR SUSANA RUBIO

Nació: el 4 de julio de 1921 en Madrid

Profesó: el 5 de agosto de 1945 en Madrid

Murió: el 24 de julio de 1974 en Madrid

Sor Susana Rubio nació en Madrid el 4 de julio de 1921, siendo bautizada el 21 de julio del mismo año y confirmada el 6 de mayo de 1924.

Sus padres don Antonio y doña Alejandra, muy buenos cristianos cuidaban la educación y formación cristiana de sus hijos.

La vida de Susana estuvo marcada por la sencillez. «Era buena, buenísima -nos escribe su hermana Sor Alejandra- tanto en casa como en el Colegio. Y no es que hiciera nada extraordinario.

Era muy fervorosa, obediente al máximo a cualquier insinuación de la mamá o de los hermanos. Detallista, amiga de complacer siempre, muy interesada por las personas que sufrían. Nunca recibió un castigo ni en casa ni en el Colegio. No cabe duda que tenía su geniecillo, pero lo sacaba pocas veces y lo dominaba pronto.

Las Hermanas en aquella época tenían la Misa a las seis de la mañana. Mercedes y yo íbamos todos los días, Susanita quiso unirse a nosotras desde que hizo la Primera Comunión, sobre todo en las novenas de la Inmaculada y Navidad, en pleno invierno y nevando no faltaba ni un sólo día. Le entusiasmaba hacer ese obsequio a la Virgen y al Niño Jesús».

El año 1939, al terminar la guerra, las Hermanas recuperaron el Colegio y con gran esfuerzo habilitaron los locales para comenzar las clases en septiembre. Las Hermanas Rubio habían pasado ya la edad escolar, sin embargo seguían frecuentando el Colegio como Hijas de María y Oratorianas. Asistían también a las reuniones vocacionales.

Alejandra más comunicativa era abiertamente vocacional. Susanita lo guardaba en su corazón y ni a su hermana comunicaba sus grandes deseos de ser Religiosa.

«Cuando decidí marcharme a Sarria -comenta Sor Alejandra- la Directora me dijo sin más: «Susana también se va contigo. Díselo a tu mamá y a preparar todo. Mi madre impresionada sólo pudo decir: «¿Pero las dos hijas mías? En fin si el Señor lo quiere no hay más que hablar. Pocos días después marchamos. Casi recién llegadas Susanita empezó a sentirse inquieta, no tenía sosiego. Al interrogarla me comunicó: «Yo no merezco tanta gracia del Señor, no me siento digna, esto es demasiado para mí». A

la Directora, Madre Juana, nuestra antigua profesora en Madrid, le expuse la ansiedad de mi hermana. A los dos días la enviaron a casa».

Por entonces se dividió la única Inspectoría española en las tres actuales. La Inspectoría Central Santa Teresa tenía la sede en Madrid. Susana se había recuperado y estaba animada y decidida a volver. La Madre Inspectora decidió unirla al grupo de Postulantes que comenzarían su Noviciado en la capital de España.

Su tiempo de formación transcurrió normalmente y profesó como Hija de María Auxiliadora el 5 de agosto de 1945 a los veinticuatro años de edad.

Su primer destino fue el Colegio-Internado de Salamanca. Llegó allí llena de alegría y salud. La llamaban cariñosamente «manzanita» por el color rojo de sus mejillas, a lo que respondía con una sonrisa. Era amena de conversación, pero muy comedida, prefería escuchar, dado su temperamento introvertido. La suya era una familia unida y entrañable, se sentía feliz cuando le preguntaban por ella y comunicaba las últimas noticias que le habían llegado.

Era un alma transparente, toda bondad, siempre disponible. Prestaba servicios con una naturalidad grande, aunque le supusiese un sacrificio no lo hacía pesar. Cuando la Directora le daba una nueva encomienda la aceptaba sin rechistar, aunque le resultara pesada carga. Sonrisa serena, sencillez, generosa y cercana inspiraba confianza. Respondía muy bien de su trabajo.

Jamás se le escapó un lamento o queja y mucho menos una murmuración. Era un ángel.

Era maestra de labor y se ingeniaba de una manera admirable para enseñar a las niñas a coser. Aun las más pequeñas, con seis años, encantaba verlas hacer vainicas, respuntes o punto de cruz. Gozaba del cariño de las niñas y el aprecio de las familias.

Otra importante misión de nuestra Hermana en Salamanca era la asistencia de las internas. Tenía un grupo de huérfanas de nueve a diez años y bastante difíciles. Se entregaba a su cuidado sin medirse nunca. Deseaba que fueran felices, las trataba con suma bondad, interiormente pasaba sus malos ratos, se culpaba a sí misma de que las niñas no fueran todo lo buenas que ella deseaba.

Las hermanas que convivieron con ella la recuerdan muy cordialmente. «Al profesar –comunica una Hermana- fui destinada a Salamanca y mi primer trabajo fue el de Asistente de internas. El grupo de Sor Susana y el mío compartían el mismo dormitorio y de ella aprendí qué quiere decir y

qué significa la total entrega a las niñas de día y de noche. Me enseñaron mucho sus largas horas de paciencia y comprensión. Gocé de su incondicional ayuda en aquellos primeros tiempos de mi vida salesiana. Pasados los años, en mis encuentros con ella, yo veía cómo le brillaban los ojos de gozo cuando le decía que ella había sido mi primera maestra de asistencia.

En la última etapa de su estancia en Salamanca hizo el trabajo de ayudante de Ecónoma y aunque le resultaba penoso, lo aceptó gozosamente.

En 1954 la encontramos en Santander en una Comunidad pequeña que atendía la cocina y ropería del Colegio de el Alta de los Salesianos. Sus niñas quedaron allá en Salamanca. El panorama era muy distinto. Ella era la responsable de la despensa. Muchas veces repetía: «Hacer la Voluntad de Dios es mi cielo». Estaba feliz y se daba sin medida. Humilde, silenciosa, entregada a su trabajo pasaba los días. Que las Hermanas y los niños estén bien atendidos, que nada les falte.

En 1958 fue trasladada a Madrid-Ventilla. Se inaugura entonces el nuevo Colegio de siete aulas y un gran patio con lo que se podía acoger a buen número de alumnas y oratorianas. Hasta entonces aquello era un barrio muy pobre, la gente vivía de la recogida de basuras y la busca. Las Hermanas estaban allí desde 1927 por una circunstancia providencial. La Marquesa de Molins hizo Ejercicios Espirituales con un santo jesuita que hacía apostolado en aquel barrio y la comprometió a fundar una Escuela para niñas como ellos tenían otra para niños. Poseía por allí la marquesa una casa de campo y la destinó para tal fin. La encomendaron la dirección a nuestro Instituto. Por el año 1950 el Ayuntamiento emprendió la urbanización de ese distrito. Proyectaron un gran hospital, viviendas, una gran avenida que iba a pasar por nuestro Colegio. Con la expropiación se comprometieron a darnos otro edificio y es el que estrenó Sor Susana. Le encomiendan una clase elemental, clase de labor y la Economía. Si Dios lo quiere, bendito sea. Pero ¿por dónde empezar? Es apocada y sin querer se agobia. ¡Eso de la Economía! Se pone nerviosa, el geniecillo que apuntaba de niña sale alguna vez. Qué esfuerzo tan grande para dominarse. Su conciencia tan delicada... Pero no se trata de faltas. Su capacidad es limitada y lo que tiene entre manos la desborda. Pide al Señor le ayude a manifestarse dulce, amable, servicial y a contribuir con su alegría a la alegría de la Comunidad. Son situaciones de prueba en las que el oro se purifica en el crisol.

En el mes de septiembre de 1962 le llega la obediencia: Colegio de Valdepeñas con el cargo de Ecónoma. Allá fue nuestra hermana con el corazón transparente y el alma llena de grandes deseos. Su «Fiat» era cada vez más firme y más consciente. Servicial, sencilla, acogedora y pru-

dente como la hemos visto en épocas anteriores. Qué observante para serle fiel a su Señor. Qué filial entrega a la Santísima Virgen.

Realizaba sus funciones de Ecónoma con un espíritu de servicio admirable. Atendía a las necesidades que descubría y a las que manifestaban las Hermanas con premura y humildad. No le resultaba fácil su oficio. La casa era muy pobre, había muchas alumnas gratuitas y los ingresos eran escasos, tenía que ingeniárselas para no gastar más de lo que podía. La segunda obra de la Casa era un taller de punto. La relación con los proveedores, la búsqueda de clientes, el llevar la Contabilidad, los déficit eran para ella problemas que la tensionaban mucho y repercutían en su sistema nervioso.

Al comenzar el curso 1973-74 empezó a manifestarse inquieta, un moverse continuo, cierta angustia en la expresión de su rostro... síntomas de una incipiente enfermedad mental que a mediados de curso se pronunciaba más.

Decidieron las Superiores apartarla de sus trabajos y preocupaciones habituales y ponerla en tratamiento médico. Así pues la llevaron a la casa de Salamanca.

Cuando llegó pasaba los días sentada en un sillón, sedada por los medicamentos y cada poco tiempo había que enderezarla pues perdía el equilibrio. Daba mucha pena. Las Hermanas estaban pendientes de ella.

Pasado algún tiempo pudo valerse sola y tener alguna actividad, pero no volvió a ser la misma, sus facultades seguían muy mermadas. Entró en el número de los «pequeños» los últimos que serán los primeros en el Reino de los Cielos. Hermanas y niñas se enternecían con su humildad, sumisión y anonadamiento.

A pesar de los medios puestos en juego, la enfermedad avanzaba; nuevas molestias en el pecho y espalda hacían suponer una metástasis en la columna vertebral. Dada su situación se la trasladó a Madrid, a la casa de Enfermas de la Dehesa de la Villa. El confesor que la atendía podía comprobar que tenía la virtud de la gratitud en grado eminente. Su gran fe la llevaba a valorar el perdón que le otorgaba el confesor en nombre de Jesús y cada vez le daba las más expresivas gracias.

Tenía la dicha de recibir todas las tardes la visita de su mamá y de su tía que pasaban un rato con ella, muy apenadas por su estado y a la vez felices por estar a su lado.

Por su empeoramiento el médico aconsejó otra operación y su familia fue partidaria de que se le hiciera. La intervinieron el 22 de noviembre de 1973 con poco éxito. No tuvo mejoría aparente, al contrario, una caída for-

tuita la postró en el sillón hasta el fin de sus días. Por la metástasis de la columna necesitaba transfusiones de sangre para contrarrestar la falta de glóbulos rojos. Ella las deseaba para reanimarse. Llegó un momento en que el médico dijo que no se le podían hacer más. La Directora vio una señal de gravedad y la invitó a recibir la Unción de los Enfermos. La impresionó la propuesta. «¿Es que me voy a morir?» Susana, hija, todos vamos al encuentro del Señor, dijo la Directora, mañana haremos fiesta, vendrá Sor Alejandra, tu hermana y estará contigo toda la Comunidad. Lo aceptó y volvió a su silencio.

Aun estuvo con vida unos quince días. Celebraron el Sacramento con toda solemnidad, estuvo serena y contenta.

Los últimos días los pasó en un estado comatoso, semi-inconsciente. Murió la noche del 24 de julio de 1974.

SOR AGUSTINA ALONSO

Nació: el 22 de julio de 1939 en Mudá (Palencia)

Profesó: el 5 de agosto de 1958 en Madrid

Murió: el 5 de agosto de 1975

Con frecuencia nos admira el gesto heroico de esos misioneros que entregan su vida en la brecha, rendidos por las fatigas, apuñalados por los enemigos de la fe, defendiendo la fe de sus neófitos, arrollados por las ondas embravecidas de un río tumultuoso o despedazados entre las garras de las fieras... Pero más frecuentemente aún ignoramos la callada generosidad de otros misioneros que después de haberlo dado todo en el campo de sus sudores, faltos de salud, han de retirarse en retaguardia, no por miedo, sino abriendo los brazos a la cruz de la enfermedad con que Cristo los distingue para continuar desde otras latitudes su labor misionera bajo el signo del dolor.

No es el trabajo apostólico, ni la oración, ni el sufrimiento lo que de suyo redime, sino el trabajo y la oración y el dolor emprendidos y aceptados como expresión de la Voluntad de Dios.

Es el caso de Sor Agustina. Con la misma generosidad con que supo leer en la entrega apostólica la Voluntad divina que la quería Misionera, supo también aceptar el holocausto de su enfermedad, que contrariaba su celo y sus ansias de entrega, en la certidumbre de que Dios la quería Misionera en el más alto grado: Misionera a través del sufrimiento a imagen y semejanza del Divino Mártir del Calvario.

Nació en Mudá, pueblecito del Norte de Palencia, el día 22 de julio de 1939. Familia cristiana en cuyo seno era lógico el despertar de los más generosos ideales. De compleción débil, pero juguetona e inquieta, supo hacerse querer mucho de sus compañeras.

No había mediocridad en sus decisiones, por lo que a penas adolescente comunicó a su tío sacerdote el propósito de hacerse Salesiana.

Hizo el Aspirantado y Postulantado en el Colegio de Delicias y en 1956 empezó el Noviciado. De este tiempo de formación recuerdan sus compañeras:

«Era una de las Novicias más jóvenes, con un sentido del humor muy marcado y característico en ella. Todo lo hacía chiste. Esto le daba un aire poco reflexivo e infantil. Pero guardaba tras esas formas un alma grande y responsable, cosa que he ido advirtiendo con profunda admiración a medida que he convivido con ella».

Profesó en Madrid el 5 de agosto de 1958 y fue destinada con 19 años a la Casa de Delicias. Un Colegio con casi mil alumnas. Era un alma sencilla y grande y no tardó en llamar la atención de las alumnas, padres y Antiguas Alumnas. Poseía una gran inteligencia y era muy sacrificada. Lo que más destacaba en ella era el arte de romper tensiones con su admirable gracejo y diciendo la más auténtica broma con la sencillez y seriedad de quien no se da importancia. Era una persona dotada para vivir en Comunidad. Poseía una habilidad especial para imitar a las personas, pero lo hacía de tal forma que nunca faltaba a la caridad.

Recogemos el testimonio de alguna Hermana que ha vivido con ella:

«Siempre la recordaré como la Hermana buena que sin llamar la atención, sabía hacer felices a cuantos vivíamos a su lado».

«Después de profesar tuve la oportunidad de vivir con ella un período corto de tiempo, pero lo suficiente para descubrir su personalidad y su estilo desenfadado y alegre siempre, aunque el sufrimiento la estuviese minando».

Estando en la Casa de Delicias cayó enferma. Se le diagnosticó pleuresía. Como esa Casa no reunía condiciones, las Superiores la mandaron a la Casa de la Dehesa de la Villa para curarse y reponerse. Es entonces cuando tuve ocasión de tratarla pues yo era la enfermera de la Comunidad. Tuvimos muchos momentos de comunicación personal, charlamos de nuestras vidas, de las ilusiones y desilusiones que trae. Vi la madurez de su vida. En los meses de enfermedad demostró un espíritu fuerte, obediente y con deseos de curarse para volver a la brecha a trabajar con sus párvulos que tanto la querían.

Con toda ilusión hizo sus Votos Perpetuos en aquellas circunstancias. Se levantó de la cama sólo al momento de la ceremonia y decía con gracia: «El Señor me quería jugar una de las tuyas. Como soy tan fea quería dejarme, pero he podido yo más que El y ya no le dejaré nunca».

Concebía la vida como una aventura en la que merece la pena emplearse al servicio de los más necesitados. Por eso encontró en su vocación misionera el complemento de su vida religiosa.

Su gran deseo de siempre se hizo realidad cuando las Superiores la destinaron como Misionera a las tierras del Alto Orinoco en Venezuela.

Antes tuvo que estar un año entero en Roma preparándose para la nueva misión. Para su impaciencia fue un año largo y de difícil espera. Era como si presintiera que en su vida no había tiempo que perder. Por eso se quejaba filialmente a Madre General: «Madre, ya no soy una Novicia, llevo doce años de profesa. No me entretenga más tiempo barriendo y fregan-

do, cuando hay tantos pobrecitos que pueden beneficiarse de mis cuidados».

Fue Fundadora de la «Misión Salesiana Nuestra Señora del Carmen» en la Isla del Ratón en el río Orinoco. Clima tropical con temperaturas de más de 50 grados y una gran humedad que hacían aun más temibles aquellos calores.

Dos años estuvo en la isla y otros dos en San Juan de Manapiere.

Las residencias misioneras eran el punto de convergencia de muchachitas procedentes de los puntos más dispares: indias, guaicas, piaroas, maquiritares, vanivas... se aficionaron a ella como a una verdadera amiga, como a una más. Se reían al recordar la impresión que dejaba en ellas cuando la veían por primera vez, ya que dado lo sutil y fino de su figura no sabían reconocerla si como hombre o como mujer.

Fueron cuatro años vividos con intensidad en la entrega a aquéllas que en su mayoría tenían los primeros contactos con el mundo civilizado. Les enseñó lo más elemental de las normas de higiene, a vestirse, a comer, a leer y escribir y al mismo tiempo les iba hablando de Dios, Padre de todos, en quien se puede confiar toda la vida.

Su vida misionera iba transcurriendo con toda normalidad hasta que aparecieron los síntomas de su terrible enfermedad: una tos persistente que ya no la abandonaría nunca y un tumor canceroso que fue causa de una urgente intervención quirúrgica.

Siguió trabajando con entusiasmo hasta que las Superiores, en vista del enorme quebranto de su salud, la hicieron regresar a España. Dios parecía estar tan celoso de ella que la quería completamente abandonada en sus brazos paternos y empezó a desprenderla de todo lo que no fuera El.

Primero fue la muerte de su santa madre acaecida el 6 de agosto de 1973 sin que ella tuviera el consuelo de venir a darle el último abrazo. Sólo Dios sabe el dolor de esta alma tan sensible. Fue un duro golpe que le hizo exclamar: «Sólo por Dios se puede hacer un sacrificio tan grande. A una Misionera El puede exigirle cada día más».

Después vino la prueba de su enfermedad y con ella la de su regreso. Lejos de una alegre bienvenida, la primera noticia que tuvo al llegar al aeropuerto de Barajas fue la del fallecimiento de su padre ocurrido cinco días antes.

Y por último... ¡El Calvario!

Cuando ella esperaba con ilusión que su enfermedad sería pasajera y

pronto podría volver a su querida Misión, los médicos le aconsejaron guardar cama inmediatamente. El cáncer había progresado mucho. Su garganta no podía soportar ni el más pequeño sorbo de agua. Hubo que implantarle una sonda para su alimentación. Su cuerpo ardía por dentro y por fuera. Cualquier postura que tomase era un suplicio para ella. Continuos golpes de tos la dejaban sin respiración y exhausta de fuerzas. Largas y continuas noches en las que no lograba reposar un momento a pesar del sueño que tenía. Repetía a la enfermera: «Aunque veas que no duermo no te levantes, estoy tranquila. No me preocupa la muerte. Si yo no puedo dormir al menos descansa tú».

El tormento mayor lo constituía la sed. Como Cristo en la Cruz sentía una sed que la abrasaba. Al suplicio físico se unía el suplicio moral que ponía al descubierto la magnitud de su corazón.

Cómo echaba de menos su Misión querida. De haber salido que venía a España para esto, hubiera preferido quedarme allí para morir entre mis indiecitas, repetía con frecuencia.

No dejaba de pensar en ellas. Recibió en cierta ocasión un lote de cartas de ellas. Alguna se expresaba en estos términos: «Querida Sor Agustina: Cuando la Hermana nos ha dicho que tenías enfermedad, nosotras en seguida nos hemos puesto a pedir al Señor por ti. Y cuando yo me acuerdo de ti por la noche lloro y no puedo dormir». Ella se enternecía y con lágrimas nos comentaba: «Esa es mi capitana. Pedid por ellas, en estos días dejarán la misión y volverán a la selva. Tal vez alguna ya no regrese más.»

De sus compañeras de misión se acordaba con frecuencia y cada vez que se le ofrecía la ocasión preparaba un paquete para ellas con algunas cosillas: insecticidas, pipas, caramelos... sencillos detalles que hablan de cariño y fraternidad.

Todas esas cosas aliviaban en parte su sufrimiento moral, el sentimiento de inutilidad y la nostalgia de su misión. Seguía siendo Misionera.

Amaba a la Virgen con un tierno corazón. Cada vez que un Salesiano venía a visitarla, no le dejaba irse sin que antes le hubiera impartido la bendición de María Auxiliadora. Parecía intuir que la Virgen se la iba a llevar en un día dedicado a Ella. Cuando se acercaba un 24 nos decía: «Yo creo que mañana la Virgen me lleva». Y una vez pasada la fecha al comprobar que todavía no la había llevado nos reprochaba amistosamente: «No se lo pedís bien. Decidle que me lleve. Esto se hace muy duro».

Su muerte fue como la de un justo. Sintió una gran soledad en los últimos momentos. Se vio despojada de todo consuelo humano y sobrenatu-

ral. La noche anterior a su muerte fue una noche de desprendimiento. El Señor lo quiso así. Me dijo así (cuenta la enfermera): «Siento una soledad espantosa. ¿Dónde estáis?» ¿Dónde está Dios? Sé que está aquí por la fe, pero no le veo ni le siento. A ti tampoco te siento, estoy sola... Fue una verdadera angustia para ella aquella noche, pero lo aceptó y vivió con el Crucifijo. Al día siguiente convencida de que era su día no quiso que la dejaran sola, pero el Señor la privó de los consuelos más importantes para ella: el confesor que no estaba, la familia tampoco, al médico no lo pudimos localizar. Así desprendida de todo lo humano, ofreciendo su vida por las misiones, la Iglesia, la Congregación, agradeciéndome constantemente todo, entregó su vida a Dios en un momento de serenidad y paz, en un día consagrado a la Virgen y tan significativo para una Hija de María Auxiliadora.

Era el 5 de agosto de 1975. Después de celebrar la Eucaristía y de renovar sus Votos al Señor, sentada y con los brazos abiertos como abarcando a todo el mundo, recostada en sí, entregó su vida fogosa y ardiente para ir a gozar para siempre del Padre.

Podemos decir que en su enfermedad fue más misionera que en la brecha. Por eso su vida fue un acto de servicio, porque clavada con Cristo en la Cruz ha rendido a la Iglesia el mejor servicio que se le puede hacer: el holocausto de su vida joven y generosa.

Un día 5 de agosto de 1957 dijo «sí» al Señor y se abandonó en sus manos y otro 5 de agosto, dieciocho años después le decía el «sí» definitivo de su vida. «Ven, Esposa de Cristo...»

SOR PAZ RIESCO

Nació: el 18 de abril de 1917 en Salamanca
Profesó: el 5 de agosto de 1942 en Barcelona (Sarria)
Murió: el 30 de octubre de 1975 en Madrid

Sor Paz Riesco Pedraz nació en Salamanca el 18 de abril de 1917, siendo bautizada el 22 de abril del mismo año y confirmada el 2 de junio de 1919.

Su padre don Cristóbal era catedrático de Latín en el Instituto de Enseñanza Media. Su madre doña Piedad se dedicaba a la educación de sus doce hijos, cinco varones y siete niñas. Fue una suerte para Paz pertenecer a una familia tan numerosa, donde no podía haber mimos ni distingos para nadie y así se educó sin ningún complejo.

Los padres profundamente cristianos inculcaron en sus hijos esa vida de fe que alimentaba su alma. Los niños eran alumnos del Colegio Salesiano. Paz y sus hermanas eran alumnas de las Hijas de Jesús. Ella era una niña de gran sensibilidad. Crecía en un ambiente de gran alegría y piedad. Era muy activa y juguetona. Tenía afición y facilidad para la música y la pintura. Desde pequeña se mostró muy responsable en todas las ocupaciones. Siempre se distinguió por las buenas notas en los exámenes.

Siguió Paz en el Colegio hasta terminar brillantemente el Bachillerato. A continuación hizo los estudios de Magisterio. Fue un día muy importante en su vida cuando recibió el flamante título de Maestra estatal. Fue destinada a una escuelita en un pequeño y alegre pueblo de Salamanca.

Era la primera vez que salía de casa y echaba de menos a su numerosa y animada familia. Pronto lo superó al entregarse de lleno a su misión. Su fuerte vocación de educadora, su talante dinámico, su alma de artista la encaminaron a una actividad que cambió la faz de la tierra de aquella pequeña e ignorada aldea.

La pobre y destartada escuela se convirtió en un ambiente acogedor. Sus paredes decoradas con hermosos dibujos, las ventanas cubiertas de flores. En poco tiempo cambió sensiblemente el aspecto y porte de las alumnas. Limpieza, alegría y buenas maneras empezaron a ser su distintivo.

En Cojos de Robliza -así se llamaba la aldea- no había párroco. Acostumbrada a su Misa diaria y a otras prácticas de piedad aquello le pareció inconcebible. No era nuestra joven maestra persona de quedarse con los

brazos cruzados acomodándose a las realidades que encontraba, al contrario, tendía a mejorarlas. Pidió las llaves de la pobre iglesia, la limpió y la embelleció con la ayuda de las niñas y de algunas madres. Las campanas no estaban mudas en el campanario y las campiñas se inundaban del piadoso sonido. Acudían con gozo las mujeres y los niños, las mozas y los mozos, y no faltaban algunos padres. Se ensayaba algún canto piadoso de los muchos que la maestría había aprendido en su Colegio, se rezaba el Rosario y se volvía a casa con el alma llena de sosiego y paz.

Las actividades apostólicas fueron en aumento. Visitas a los enfermos, recomendación del alma a los moribundos, catequesis y preparación a la Primera Comunión. Siempre estaba la señorita a punto. La vida cristiana mejoró notablemente en el pueblo.

Sabíamos que ya desde niña sentía en su corazón la llamada del Señor. «Fue al terminar Magisterio -nos dice su hermano José- cuando queriendo hacerse religiosa se lo comunicó a su Director espiritual, el cual le prestó buena ayuda. Parece que se inclinaba por las Hijas de Jesús, ya que con estas religiosas se había educado y eran para ella las más conocidas. Después de estar un año ejerciendo como Maestra, se decidió a arreglarlo todo para entrar en el Noviciado. Al terminar aquel curso me daba a mí por carta la noticia: «He decidido lo que hace tanto tiempo venía pensando, hacerme jesuitina. Lo he hablado con mi Director Espiritual que ha dado su visto bueno e incluso he hablado con la Madre General y he obtenido su permiso, de modo que el nuevo curso iré al Noviciado». Yo por aquel entonces era ya sacerdote Salesiano. Le escribí a vuelta de correo una carta bastante larga, le decía que ya hacía tiempo que esperaba esa noticia, pero añadía que siempre pensé que se haría no Jesuitina, sino Salesiana y empecé a darle razones. En esencia le decía que su carácter tan alegre y vivaracho y tan entregada a los pobres, era más propio de una hija de Don Bosco que de San Ignacio. Que lo pensara mejor, que yo rezaría a María Auxiliadora (a la que tanto queríamos desde nuestra infancia) para que la iluminara en un asunto tan importante. Poco tiempo después recibí contestación: «La carta que me escribiste se la presenté a mi Director espiritual, el cual después de leerla, me dijo: «Eso mismo que te indica tu hermano es lo que yo pensaba de ti, pero como tú nunca me hablaste de Salesianas, me pareció algo imprudente el señalar-telo». Y continuaba mi hermana: «En seguida cambié de idea y decididamente me haré Salesiana. Dime a quien tengo que dirigirme. Lo que más me cuesta es tener que desdecirme ante la buena Superiora de las Jesuitinas».

Los primeros pasos de Sor Paz en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora nos lo cuentan dos Hermanas, también salmantinas que entra-

ron a la vez. «Fuimos compañeras -nos dice una Hermana- en el Postulantado y en los años de Noviciado en Barcelona. Sor Paz era alegre y optimista, muy decidida, no se arredraba por nada. Muy espontánea, una de esas personas llenas de simpatía con quien se respira bienestar y alegría.

Hizo su profesión el 5 de agosto de 1942 en Barcelona (Sarria) y fue destinada a la Casa de Madrid-Villaamil.

Su estancia en Villaamil duró sólo un año, ya que fue destinada a la Fundación del Colegio de María Auxiliadora en La Roda (Albacete). Una señora, buena cristiana, ofreció a la Madre Inspectora una casa que poseía en esa tierra manchega y allí envió como fermento a una Hermana perpetua, dos Júnioras y una Postulante. Como pioneras les tocó vivir días heroicos. Con escasos medios ponen en marcha las dos primeras aulas, la capillita y un pobre dormitorio para pasar la noche. La caridad de algunas familias que les llevaron las niñas al Colegio y se percataron de su situación, les proporcionaba algún alimento. La Postulante iba a comprar el pan y las mamas que la veían con la bolsa vacía se la iban llenando. Sin embargo la casa resplandecía de alegría. La gran confianza en la Providencia que fue el tesoro que Madre Inspectora les entregó al enviarlas allí y la fuerza del «Da mihi animas» les ayudaba a superar todas las dificultades. De todo hacían motivo de fiesta y de risa. Las Antiguas Alumnas que vivieron esos tiempos de la fundación guardan de aquellas Hermanas un recuerdo inolvidable. No cabe duda que aquella siembra ha dado frutos abundantes: vocaciones religiosas, familias cristianas y un Colegio que realiza una labor catequística y pastoral impresionante en el día de hoy.

«Sor Paz llegó a La Roda cuando apenas tenía un año de profesión. Fue mi primera profesora, dice una Hermana, simpática, alegre, sencilla. Estaba siempre con las niñas, la sentíamos muy cercana y se dejaba querer por todas, favoreciendo así el espíritu de familia que reinaba en aquella casita, tan pobre como atrayente, por la vida de aquellas Hermanas de un espíritu de sacrificio a toda prueba».

En Villaamil estuvo de nuevo en 1950 a 1955. Era la Vicaria y daba clases de Bachillerato. Esos años tuvo un objetivo muy claro: la formación integral de las alumnas, de modo especial de las mayores. Impulsó la Asociación de Hijas de María, movida por su filial amor a la Virgen y creó el Centro de Acción Católica, al que pertenecían las alumnas más comprometidas, que allí cultivaron y afianzaron la dimensión apostólica de sus vidas.

Tenía especial esmero en la preparación de las niñas para la recepción de los Sacramentos. Procuraba confesores todas las semanas y ella que

tenía una gran delicadeza de conciencia, era la primera en confesarse. Solía decir bromeando: «Se me van los pies al confesonario».

Las Hermanas que vivieron con ella aquellos años valoran sus grandes cualidades humanas y cristianas. Era sincera en grado extremo, sin respeto humano. Su carácter alegre y abierto ganaba la simpatía de las niñas y de sus familias. Dotada de forma no común de habilidades y buenas cualidades, no estaba exenta como todo mortal de algún defectillo. Era algo voluntariosa con el bagaje negativo que tiene esta cualidad. Su notable despiste ocasionaba anécdotas regocijantes y algunos malos ratos.

Aportamos el testimonio de una alumna suya, hoy Hija de María Auxiliadora: «Sor Paz era una mujer íntegra. La conocí cuando yo era una adolescente y tenía los ojos muy abiertos para observar aquello que de alguna manera estaba dentro de mi ser: la vida religiosa. Por eso observaba a las Hermanas. Con ella por razones de las actividades, asociaciones y fiestas salesianas, convivía durante muchas horas en aquel internado donde a veces pasaban tan lentas.

De ella aprendí muchas cosas: a ser sincera aun jugando con desventaja, a no juzgar la intencionalidad de nadie, aun cuando los hechos fueran evidentes, a soportar incomprendimientos y regañinas inmerecidas... Ella siempre disculpaba con su palabra oportuna y graciosa y echaba a buena parte las desconsideraciones de los otros, aunque estos otros fueran sus mismas Hermanas en religión. De ella aprendí a trabajar sin descanso, a cambiar planes porque surgían imprevistos, a vivir con espíritu de fiesta, porque ella siempre estaba alegre. Con sus chanzas y dichos alegres nos hacía reír y fomentaba en nosotras la creatividad para entusiasmar con nuestros carteles murales las fiestas del Colegio.

El curso 1954–55 la encontramos en el Colegio de Palencia de Huérfanas de Ferroviarios. Fue feliz de estar cerca de aquellas niñas huérfanas que tanto necesitaban un ambiente familiar y una preparación para enfrentarse con la vida como buenas cristianas y honradas ciudadanas.

De lo dicho hasta ahora se puede deducir que era la de Sor Paz una vida plena. En la Inspectoría era una persona de muchas esperanzas y se le auguraban largos años de rica actividad educativa y pastoral. Sin embargo otros eran los designios de Dios. Una insidiosa enfermedad comenzó a insinuarse, sus coronarias empezaban a fallar. Es el inicio de su «Vía dolorosa» que fue «in crescendo» con el paso del tiempo. La fatiga le impedía jugar como antes con las niñas. Aquellas tardes del Oratorio Festivo poco a poco se fueron reduciendo a la Catequesis y a charlas con las niñas por el patio. Los médicos no veían ninguna solución. Los medicamentos apenas la aliviaban.

En esta época empezaron los frecuentes cambios de casa. Se pensaba que el cambio de clima podía ser beneficioso. Así hasta su muerte pasó un par de cursos en Casas de la costa y otros dos en Casas del interior de la Península, siempre con la esperanza de una mejoría, con el deseo de trabajar por la salvación de las almas. Sin embargo la enfermedad seguía su curso y la Hermana se sentía cada vez peor.

En Ceé, el pueblo más occidental de la Península ibérica, a orillas del Océano Atlántico, al final de los años 60, llevaban las Hermanas un colegio creado por un industrial de la zona para la educación de los hijos de los obreros. Con el fin de que el Colegio recibiera fondos del Estado, el año 70 pasó a ser un Patronato y se requerían maestras estatales. Allí fueron destinadas las tres Hermanas Riesco, que tenían esa cualificación. La vida de Sor Paz ya era entonces un calvario que ocultaba con sus bromas y sonrisas. Al final del curso escolar se sentía muy mal. Siempre buscando remedio, pidió la llevaran a Madrid. Allí estuvo en el Colegio de San José. Acariciaba la idea de que una operación la pondría en condiciones de trabajar diez años más. Entonces la visitó el cardiólogo del Dispensario anejo al Colegio y desaconsejó la operación. En Madrid aumentó su fatiga y se sentía muy mal. Pidió volver a Ceé donde su clase la esperaba.

Se sentía mal interpretada por algunas personas y sufría. «Esta enfermedad mía es tan difícil de entender», se le oyó decir.

En 1972 al cerrar la Casa de Ceé pidió ser enviada a una Casa donde hubiera pocas escaleras para que resistiera mejor su pobre corazón. De nuevo fue cambiada a Valdepeñas. Allí fue feliz. La Directora nos informa: «Viví solamente un año con ella, lo suficiente para comprender los valores que guardaba. Hasta que el doctor nos alertó de su gravedad, no nos dimos cuenta del esfuerzo grande que estaba haciendo para vivir como si nada pasara. Sólo al llegar de estar con sus niñas a los actos comunes dejaba ver su esfuerzo y su cansancio, que ella disimulaba diciendo: «Claro, ya no son los veinte años».

¿Pero cómo decidió someterse a una operación? El médico de Valdepeñas al verla tan mal, le preguntó por qué no se operaba. Le expresó ella que lo deseaba mucho pero que siempre se lo habían desaconsejado los médicos. El la animó y le recomendó un amigo suyo, cardiólogo en el Hospital provincial de Madrid. Sor Paz aceptó gustosa. Las Superioras al verla totalmente decidida accedieron. Se trasladó a Madrid a primeros de septiembre de 1975 para ponerse en manos del cardiólogo. Después de varias consultas y de un estudio completo de su enfermedad, vieron la posibilidad de hacer la operación del corazón. Su estado de salud era tan deficiente que, sabiendo el riesgo que corría, asumiendo la responsabilidad de no salir del quirófano, decidió operarse. Espera poder trabajar con

normalidad después. Sufría física y moralmente por su impotencia en el trabajo y en la vida común, a pesar de que por su carácter alegre y despreocupado lo disimulara.

Los dos meses que pasó en Madrid preparándose para la operación, su pensamiento estaba en las niñas y jóvenes que había dejado en Valdepeñas. Contaba sus experiencias en el barrio del «Cachiporro» donde los niños eran difíciles y ella ponía en juego sus destrezas para que estuvieran alegres santamente y recibieran con gozo el mensaje evangélico.

«Estaba yo en Santander -nos escribe su hermano Salesiano don José- recibí una postal de mi hermana Paz notificándome su operación de corazón para dos días después. Preocupado por el resultado de tan difícil operación me puse en camino a Madrid. Inmediatamente me presenté en el Hospital. La acompañaba la Hermana enfermera y mi hermana Elena. Les celebré la Santa Misa, todos estaban emocionados.

Pude hablar con mi hermana un rato y me manifestó que estaba disgustada porque un médico del equipo le había desaconsejado la operación. Ella sin embargo había tomado la decisión y no se volvía atrás.

Al día siguiente la operaron. La Madre Inspectora y varias Hermanas habían acudido para saludarla antes de entrar al quirófano, llegó el momento. Eran las dos de la tarde. Avisaron que la operación duraría unas cinco horas. Salió en la camilla de ruedas que la conducía a la sala de operaciones. Iba ufana y alegre. Su optimismo lo llevó hasta el final. Saludaba con las dos manos. A la Madre Inspectora le dijo: «Madre, no se olvide de que el próximo hábito sea más claro como las Hermanas jóvenes lo desean». A la enfermera: «Gracias, seguramente hasta el cielo». A las Hermanas: «Rezad por mí».

Esperaban rezando el Rosario don José, Sor Elena y la enfermera. A las dos horas comunica la Secretaria que había concluido la operación. La mucha hemorragia les había obligado a acelerar. La enferma en la U.V.I. Les pareció mal presagio, quedaron consternados los tres. Siguieron rezando el Rosario, pidiendo la intercesión de la Virgen. No tardó mucho en volver la Secretaria a confirmarles su muerte, añadiendo para animarlos: Si no se hubiera operado tenía vida para un par de meses y esto con sufrimientos de consideración. Ha muerto sin sufrir nada.

Su capilla ardiente se colocó en el panteón de Villaamil. Era el 30 de octubre de 1975.

SOR CONSUELO MÁRQUEZ

Nació: el 5 de agosto de 1878 en Utrera (Sevilla)

Profesó: el 29 de agosto de 1902 en Sevilla

Murió: el 28 de enero de 1976 en Madrid

Sor Consuelo Márquez Garcés nació en Utrera (Sevilla) el 5 de agosto de 1878, siendo bautizada el 16 de agosto del mismo año y confirmada en 31 de enero de 1881.

Sus padres, don Joaquín y doña Mercedes formaron una familia honrada y cristiana al cien por cien. Tuvieron diez hijos, viviendo con bastante estrechez ya que el padre era telegrafista de la estación y el sueldo no era suficiente para tantos hijos.

Como Utrera fue la primera Fundación de los Salesianos en España, Sor Consuelo tuvo ocasión de conocer en persona a don Rúa, ya que esta fundación tuvo lugar en 1881. Trató a los Salesianos y conoció su espíritu desde su más tierna infancia. Más tarde, sintiendo la llamada de Dios a la vida salesiana, ingresó en el Instituto en Barcelona-Sarriá, comenzando su Postulantado el 24 de junio de 1899, siendo acompañada por su padre desde Utrera a Barcelona.

Tomó el hábito también en Sarria el 18 de noviembre de 1899.

Como el clima de Barcelona no le sentaba bien y su salud se resentía, fue enviada a Sevilla, donde profesó el 29 de agosto de 1902.

Parece ser, según los datos que obran en nuestro poder, que al profesar fue destinada a la Casa de Ecija, donde estuvo de Hermana muchos años y después de Directora animando a la Comunidad.

De Ecija fue trasladada a Jerez de la Frontera (Cádiz). En este tiempo fue Ecónoma y Directora de varias Casas en Andalucía.

Siendo Directora de Torrente (Valencia) en el 1936, estalló la guerra civil de España. De estos años sabemos poco, pero la volvemos a encontrar en el 1939 en Sevilla, en la Casa de San Vicente, otra vez como Ecónoma. En octubre de ese mismo año y finalizada ya la guerra, fue destinada a Barcelona-Sarriá como Ecónoma Inspectorial.

Al dividirse la Inspectoría española existente en tres nuevas Inspectorías: Madrid, Barcelona y Sevilla, Sor Consuelo es enviada a Madrid como Directora de la Casa del Noviciado, situada en la Dehesa de la Villa, siendo al mismo tiempo Ecónoma Inspectorial. Definitivamente en 1948 pasa a residir

a la Casa Inspectorial de Villaamil, como Ecónoma Inspectorial, donde permaneció hasta su muerte el 28 de enero de 1976. Siguió siendo Ecónoma Inspectorial hasta 1967 contando entonces 89 años de edad.

Todos los testimonios que hemos recibido sobre la figura espiritual de Sor consuelo son unánimes en afirmar que fue siempre una religiosa ejemplar, observante, silenciosa, delicada, caritativa, amable, muy trabajadora, muy piadosa y sencilla, atenta con todas las personas, muy deferente con las Superiores, en cuyas disposiciones veía siempre la Voluntad de Dios.

Tenía un gran amor a la Congregación y a María Auxiliadora, y a la Pasión del Señor, haciendo el Vía Crucis todos los días con gran fervor. Cuando ya era muy ancianita recorría las estaciones de pie, porque no se podía arrodillar.

Como buena andaluza tenía una habilidad extraordinaria en el manejo de las castañuelas y aun siendo de edad muy avanzada, en ocasiones de fiestas amenizaba los recreos con el baile de sevillanas que ejecutaba con mucha gracia.

Era además muy cumplidora de sus deberes. En sus largos años de Ecónoma Inspectorial siempre la vimos trabajando sin parar todo el día, bien haciendo paquetes para enviarlos a las Casas, pasando cuentas a los cuadernos que llevaba con esmerado orden o bien escribiendo la correspondencia con excelente Ortografía.

Fue siempre muy piadosa y sin descuidar sus obligaciones procuraba participar en todas las Eucaristías que se celebraban en Casa. Los domingos tenía la costumbre de oír dos Misas. Si la segunda no se celebraba en Casa, a pesar de sus 95 años, iba a la Parroquia que estaba muy cerca.

Siendo ya anciana solía levantarse algo antes que la Comunidad para llegar puntual a las primeras prácticas de piedad. Era tal la obsesión de puntualidad que tenía que muchas noches las pasaba encendiendo la linterna para ver con claridad el reloj.

Durante el día se la veía con frecuencia en la capilla donde permanecía mucho tiempo de rodillas a pesar del agudo reuma que sufría. Nunca se quejaba de sus dolores que debían ser muy agudos.

Una Hermana que compartió el dormitorio con ella durante diez años (tenía Sor Consuelo de 84 a 94 años) asegura que era la persona más ordenada, limpia y delicada que había conocido, no teniendo que sufrir por compartir el dormitorio con ella la más mínima molestia.

Era muy exacta y observadora de la pobreza, ya que ella había vivido los primeros años del Instituto en España en los que se hacía sentir con

duresa la carencia de muchas cosas y de los medios indispensables para llevar a cabo las obras.

Con el correr de los tiempos, con el mejorar de las condiciones económicas de nuestras Casas, a veces parecía excesiva la pobreza que ella exigía, pero era necesario tener en cuenta su edad, mentalidad y circunstancias por las que había pasado para comprenderla perfectamente y admirarla.

A pesar de lo dicho respecto a la pobreza, era admirable la capacidad de adaptación que tenía. Sobre todo a partir del Concilio Vaticano II que tantos cambios trajo consigo, jamás se le escapó una queja, sino todo lo contrario: aceptaba y aplaudía cuanto proponía el Instituto a raíz de las directrices que marcaba la Iglesia.

Todos los problemas y dificultades que se le presentaban los llevaba ante el Sagrario y ante María Auxiliadora. En su presencia permanecía serena confiando en el poder y en la bondad de ambos.

En su libro de oraciones tenía escrito por ella: «Oh, Jesús, soy toda vuestra. Bendecidme, salvadme y concededme un gran amor al sacrificio».

Era de conciencia muy delicada y se preparaba con mucho esmero para recibir el Sacramento de la Penitencia.

Resplandeció en ella la virtud de la caridad. Jamás se la oyó criticar ni juzgar a nadie. Era muy agradecida a cualquier favor que se le hiciera.

Cuando en 1967 cesó en el cargo de Ecónoma Inspectorial, a sus 89 años, se la veía siempre ocupada: ayudaba en los trabajos de la ropería, preparaba los pañuelos y servilletas de la Comunidad para la plancha; separaba sellos para las misiones o empaquetaba el dinero recaudado para éstas.

Siempre tuvo muy buena salud, pero se resintió en los tres o cuatro últimos años de su vida en que ya retirada de toda actividad, ofrecía y rezaba, dando siempre un ejemplo admirable de paciencia y piedad hasta que fue perdiendo la conciencia de sus actos.

Siendo ella la segunda de sus diez hermanos, pasó por el dolor de verlos morir a todos, lo que fue para ella un gran motivo de pena pues los quería entrañablemente. También quería mucho a las Hermanas y Superiores del Instituto, tratando a todas con gran caridad y respeto.

Uniendo a su trabajo una gran piedad, fue consumiendo su vida poco a poco hasta llegar a una muerte serena y tranquila como es la muerte de los justos.

Amaneció para la vida del cielo el día 28 de enero de 1976 a los 98 años de edad. Las Hermanas todas de la Inspectoría sintieron su pérdida al tiempo que se aseguraron una intercesora en el Cielo.

SOR FRANCISCA GONZÁLEZ

Nació: el 8 de marzo de 1921 en Pereña (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1947

Murió: el 21 de abril de 1976 en la Dehesa de la Villa (Madrid)

Sor Francisca González García nació en Pereña (Salamanca) el 8 de marzo de 1921, siendo bautizada el 20 de marzo del mismo año y confirmada en Torregamones el 5 de mayo de 1931.

Sus padres Juan y Soledad eran buenos cristianos y formaron en su hogar un clima de piedad sencilla y sincera, inculcando en sus hijos el amor al Señor y la devoción a la Virgen Santísima. Francisca inmersa en ese ambiente, cuidaba su vida de piedad y amaba las virtudes, especialmente la caridad y la pureza.

En sus años de escolarización frecuentó varios Colegios porque su padre era Guardia Civil y tenía frecuentes traslados. Siempre se distinguió por su deseo de aprender y por su gusto por la lectura y la pintura. El amor a la lectura la acompañó siempre.

Siempre estaba dispuesta a hacer un favor a quien lo necesitara. Durante la guerra civil de 1936 cosía con otras jovencitas en roperos para los soldados que luchaban en el frente.

De jovencita le gustaban mucho los libros piadosos. Leyó la vida de San Juan Bosco -dice su sobrina Sor Pilar Pascual FMA- cuando comenzó a sentir inclinación por la Vida Religiosa. Tenía tres tías religiosas y las tres tenían deseos de que fuera a sus Congregaciones (Agustinas, Clarisas e Hijas de la Candad) pero ella optó por las Hijas de María Auxiliadora. La oímos decir varias veces que fue Don Bosco quien la decidió a hacerse Salesiana.

Entró en el Instituto a los 21 años e hizo el Noviciado en Madrid. De esta etapa de su vida nos dice una compañera de Noviciado: «Viví a su lado un año y de ella recuerdo sobre todo su gran humildad, sencillez, amabilidad, virtudes muy notorias en ella. Todo esto era fruto de su gran piedad basada en su profunda oración».

Profesó en Madrid en 1947. Su primera Casa fue la de Salamanca. Iba a ejercer su misión salesiana en su propia tierra.

Su primera Directora la recuerda como una Hermana muy observante, servicial, obediente y callada. Su mayor deseo era pasar desapercibida y lo conseguía.

Al cabo de dos años Sor Francisca recibe obediencia para el Colegio de Pueblo Nuevo en Madrid. Un barrio obrero de gente muy sencilla donde había muchos niños. Un hermoso campo para una hija de Don Bosco. Le confiaron la clase de tercer grado. Se adaptó muy pronto a la Casa y a las niñas.

Era muy callada, sacrificada y responsable de su deber -nos dice una Hermana- se preparaba bien las clases. Apreciaba el orden y la limpieza y se lo inculcaba a las niñas que por la pobreza y al deficiencia de la vivienda iban poco aseadas. Era muy habilidosa en labores, dibujo y trabajos manuales.

Lo que más sobresalía en ella era su gran espíritu de piedad, su devoción al Santísimo Sacramento y a María Auxiliadora, y supo inculcarla a las niñas, que ya adultas, lo recuerdan y viven como algo muy importante de su vida».

También los domingos tenía su actividad pastoral: le encomendaron el grupo de oratorianas mayores. Cómo se preocupaba por la promoción humana y cristiana de aquellas jóvenes. Su vida familiar con sus pequeños o grandes problemas, la conocía y la orientaba. Les ayudaba a buscar trabajo, algunas en los mismos talleres de bordados anexos al Colegio. Las preparaba a la recepción de los Sacramentos, a vivir en gracia habitualmente. Les presentaba atractivamente la vida ordenada y honrada, en la que Dios ocupa el puesto de honor. La recuerdo -dice una de aquellas jóvenes- como una Hermana muy educada, caritativa y muy fervorosa.

El Colegio de Pueblo Nuevo, donde pasó bastantes años, lo habían fundado y era propiedad de la «Asociación de Señoras Católicas» cuya propulsora era la Marquesa de Casa-Oriol. Decidieron ampliar la obra con una Casa de Ejercicios para chicas obreras.

La Hermana Directora encargó el cuidado de la Casa y la atención a predicadores y ejercitantes a Sor Francisca. En esta misión estuvo con dedicación plena durante seis años. No escatimó sacrificios para que todo estuviera a punto. Su porte humilde y risueño, su honda espiritualidad atraía a las jóvenes, se le acercaban para desahogarse con ella, consultarle un problema, escuchar de ella una palabra de fe. De aquellos Ejercicios salieron algunas vocaciones de Hijas de María Auxiliadora.

En 1960 la encontramos en una Casa de Salesianos, el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios, donde las Hermanas se ocupaban de la cocina y despensa, limpieza y arreglo de la ropa y atención a las chicas de servicio. Un panorama muy distinto del que había tenido hasta entonces. Nunca dejó traslucir, sin embargo, lo que le costaba asumirlo. Serena, amable, servicial como siempre y muy piadosa.

En cuanto a su vida de Comunidad y relación con las Hermanas, le gustaba disfrutar de los momentos de convivencia y fraternidad. Se mostraba expansiva y hacía las sugerencias que le inspiraba su fina sensibilidad religiosa. Era evidente su profunda piedad y aunque eran muchas sus ocupaciones, siempre sacaba tiempo para sus frecuentes visitas al Santísimo.

Le gustaba mucho pintar. En los retazos de tiempo libre pintaba estampas, con las que nos obsequiaba en las fiestas. El tema más común eran símbolos eucarísticos y marianos, proyección de sus dos grandes amores: Jesús Sacramentado y María Auxiliadora.

A las chicas de servicio de un modo informal, les daba catequesis. La escuchaban con agrado y atención. Los Salesianos guardan de ella un buen recuerdo por su finura de trato y deseo de responder a cuantos servicios le pedían a tiempo y a destiempo.

Posteriormente fue ayudante de Ecónoma en Madrid-Delicias.

En 1964 nueva obediencia, La Roda (Albacete). Su reino la portería. Ya su salud se resentía, sin conocer con claridad cuál era el origen de su malestar.

En este oficio siguió la tónica de lo expuesto anteriormente. Su relación con cuantos frecuentaban el Colegio estuvo presidida por su gran caridad y finura de trato. «Viví con ella unos meses en La Roda -nos dice una Hermana-. Era portera. Tenía un trato fino y delicado, fruto de una vida espiritual vivida cada día en profundidad».

En esta época tuvo una gran alegría al conocer la vocación de su sobrina Pilar, Antigua Alumna del Colegio de Salamanca. «Cuando yo le dije que quería ser Hija de María Auxiliadora se alegró mucho, pero insistió que lo madurara bien, no se tratase de una ilusión pasajera. La Vida Religiosa no sólo era jugar y reír con las niñas, había también momentos duros. Después que entré siempre me ayudó a superar las dificultades. Me aconsejaba confianza con la Directora, humildad y candad con todas las Hermanas. Los días de mi vestición y profesión que estuvo conmigo, gozó mucho. Siempre seguí viéndola austera, piadosa y entregada. Muchas Hermanas que vivieron con ella, me lo han dicho así también.

Así era Sor Francisca. En el hospital dejó una hermosa huella de paz y bondad en las enfermas, una gran esperanza en el Reino. En nuestra Casa de la Dehesa de la Villa estuvo de febrero a abril. La expectativa de su curación iba esfumándose. Comprendió que la «quimio» no había sido eficaz para ella; su mal aumentaba velozmente. Fue asumiéndolo con dolor, sí, mas sin perder la calma. Llegó a una aceptación total y generosa. Tam-

bién las Hermanas de la Comunidad recibieron su mensaje de paciencia y de conformidad con el querer divino.

Le damos la palabra a su sobrina Sor Pilar: «Cuando más la traté fueron esos meses últimos de su vida que pasó en la Casa de Enfermas. Entonces estaba yo en la Dehesa. Sabiendo desde el principio que su mal era irreversible, lo asumí con una paz grande. Estaba preparada para el gran paso, decía. Nunca la oí ni lamentarse ni quejarse de su mal o de sus dolencias. Lo único que le preocupaba eran las molestias que ocasionaba a las enfermeras que la atendían. Agradecía el mínimo servicio y pedía lo menos posible para no molestar.

La noche que murió presentía su fin. Me dio algunos encargos para los míos: unas medallas y un Crucifijo. A las tres de la mañana me recomendó que comunicara su muerte a unos primos que vivían en Madrid. Todo esto nos evidenció que había llegado y ella lo sabía, el momento final. Estuvo muy lúcida hasta dos o tres horas antes de morir.

Recibió el Sacramento de los Enfermos con serenidad y alegría. Estuvimos presentes varias Hermanas de la Comunidad. Cuando acabó la celebración dijo que ya tenía todo dispuesto.

Esa noche la pasamos con ella la enfermera, Sor Luisa Martín y yo. A la mañana llegó Madre Carmina Martín-Moreno, que estaba en Madrid aquellos días. La dejamos un rato sola con ella. Le decía jaculatorias muy fervorosas y en su compañía expiró. A mí me quedó la impresión y doy gracias a Dios por ello, que mi tía, siempre tan amante de las Superiores, tuvo como premio el sentirse acompañada en el último momento por una Madre del Consejo Superior ayudándole a dar el paso definitivo.»

Aconteció su muerte el 21 de abril de 1976.

SOR ELENA CONCEJERO

Nació: el 15 de enero de 1934 en Madrid
Profesó: el 5 de agosto de 1955 en Madrid
Murió: el 24 de mayo de 1977 en Bilbao (accidente)

Sor Elena nace en el seno de una familia cristiana, siendo la tercera de sus seis hermanos.

Desde niña el Señor la prepara por medio del sufrimiento a la misión que la llama y su alma generosa y delicada sabe aceptar y ofrecer estos sufrimientos que, sin duda dejan en ella una huella y la hacen profunda y silenciosa.

De temperamento tímido, necesita tener confianza para manifestarse tal como es, motivo por el cual ella sufre al no sentirse comprendida.

Aunque estudió en un Colegio de la zona, cerca de su casa, frecuentó desde pequeña el oratorio de las Escuelas de San José, donde las Hermanas trabajaban con entusiasmo y eran el alma de las tardes de los días festivos. A ella le llamó mucho la atención su forma de vivir y pasaba allí todo el tiempo libre, siendo ejemplar en el trato con las demás niñas y destacando por su servicialidad.

Cuando tuvo la edad apropiada ingresó en el Taller de bordado de las Hermanas, pues siempre fue muy hábil para los trabajos manuales y tenía alma de artista.

El continuo contacto con las Hermanas fue el medio de que el Señor se sirvió para llamarla a la vida salesiana, ya que supieron infundir en ella una gran devoción a María Auxiliadora y un amor a Dios y a los jóvenes, a los que deseaba ayudar a seguir el camino del bien.

A los 18 años pidió permiso a sus padres y comenzó el Aspirantado en el mismo Colegio. Se sintió muy feliz y en julio de 1953 pasó a la Casa de Delicias para prepararse mejor, junto con las demás Postulantes, a su ingreso en el Noviciado.

Este tiempo fue para ella de prueba, pues debido a su temperamento no fue bien entendida. Sin duda el Señor aceptó estas dificultades para ir labrando en ella virtudes más sólidas y le ayudó por este camino a abandonarse en El y obtener su meta ansiada: la Profesión religiosa el 5 de agosto de 1955.

Fue destinada a la Casa de San Sebastián. La adaptación de nuevo fue

penosa, pero pronto su sentido del deber, su natural bondadoso hizo que fuera ganándose el corazón de las Hermanas y de las niñas. Fue Maestra de la clase segunda Elemental y continuó sus estudios de piano que había comenzado en el Noviciado.

Al segundo año de vivir en esta Casa su salud empieza a resentirse pues una inapetencia constante le hace que pierda fuerzas físicas, no encontrando los médicos la causa de este mal.

Permanece en San Sebastián nueve años, soportando siempre con buen ánimo la falta de fuerzas, cruz que sabe soportar y ofrece, al Señor constantemente.

Por indicación del doctor que la asiste, la trasladan a Madrid, ya que él juzga que el clima húmedo de esta zona la perjudica.

En la Casa de Aravaca volvió a ser Maestra de la clase segunda Elemental. De nuevo le cuesta adaptarse al ambiente, aunque trata de superar las dificultades que encuentra. Todas las personas que la quieren, incluso su madre, observan su sufrimiento, aunque en silencio.

Al comenzar el curso 1964–65 fue destinada a la casa de Palencia para que pudiera continuar sus estudios de piano, ayudando en la Secretaría y en los trabajos del internado.

Una vez terminado el curso 1966–67 fue trasladada a la Casa Inspectorial como ayudante de Secretaría, ya que era una excelente mecanógrafa. También tendrá ocasión de terminar sus estudios de piano tantas veces interrumpidos. En 1969 termina su carrera y se matricula oficialmente en el Conservatorio de Música como alumna de primer curso de órgano.

Viviendo con ella se advertían grandes virtudes dignas de elogio: era bondadosa y tenía gran rectitud en todo lo que hacía. Era libre de espíritu y tenía gran sentido de la justicia. Supo ser Hermana de verdad y evitar todo el sufrimiento que estuviera a su alcance.

Por fin, el 24 de septiembre de 1971 fue destinada a la Casa de Plaza de Castilla como Maestra de Música y de Taquimecanografía.

De nuevo lo desconocido y su carácter tímido la hicieron sufrir, pero pronto su virtud y gran espíritu de fe la ayudaron a integrarse y a darse plenamente como había sido siempre natural en ella.

Se ganó el cariño y el respeto de todas las alumnas, pues a todas les daba clase de canto. Preparaba fervorosas Eucaristías y aprovechaba estas ocasiones para formarlas en la verdadera piedad salesiana.

Con gran esfuerzo preparó y organizó la Rondalla del Colegio, al tiem-

po que aprendió ella a tocar instrumentos de cuerda. Todo lo hacía con gran ilusión y para atraer a las niñas, alejándolas de otros ambientes.

Últimamente le encomendaron la animación de las Antiguas Alumnas jóvenes. aceptó esta misión con alegría y generosidad, aunque su salud estaba muy resentida por el exceso de trabajo.

Sor Elena vive ya olvidada de sí misma y sólo trata de darse generosamente a los demás. Sin duda el Señor iba guiando su camino y pronto la encontró preparada para otorgarle el premio que le tenía reservado en el Cielo.

Buscando siempre la forma de hacer el mayor bien a las Antiguas Alumnas, las encargadas de la Asociación y en especial ella, pensaron en organizar una excursión a Lourdes, para aumentar también la verdadera devoción a la Virgen. Esta iniciativa aumentó considerablemente su trabajo, ya que por estos días también estaba preparando las Fiestas de la celebración de las Bodas de oro de la Casa y tenía que hacer ensayos extraordinarios a todos los niveles. El esfuerzo que tuvo que realizar resultó agotador para ella que, después de la fiesta de la Gratitud del Colegio estaba exhausta de fuerzas. Hasta tal punto se apreciaba su agotamiento que la Hermana Directora intentaba disuadirla para que aplazara la excursión, incluso intentó que la suspendiera. Ella alegando la ilusión sembrada en las jóvenes, no quiso renunciar a ella. Obtuvo el permiso de la Directora y con gran sacrificio llevó adelante el proyecto.

Como quedaban asientos libres en el autocar fueron invitadas algunas de las madres de las mismas Antiguas Alumnas y también de las Hermanas. La madre de Sor Elena y una de sus sobrinas también aceptaron esta invitación.

Todo estaba perfectamente organizado y el viaje de ida y la estancia en este lugar mariano resultó toda una experiencia positiva, inolvidable para todas. El día 22 de mayo ya de regreso, salieron para Bilbao para acompañar a la madre de una Hermana y visitar el Santuario de la Virgen de Begoña. Allí comieron y al regresar por la carretera Vitoria-Bilbao, en el puerto de Barazar a 20 kilómetros de Bilbao, ocurrió el terrible accidente, despeñándose el autocar en un profundo precipicio y yendo a parar al río Obrigo que corría al fondo del mismo y que estaba muy crecido a causa de las abundantes lluvias que habían caído en días anteriores.

Precieron en el acto cuatro señoras. Heridas de gravedad: Sor Elena y la madre de sor Josefina Ruiz.

Se vivieron horas de angustia y de incertidumbre. El lugar era difícil para el rescate y la noche que cubrió con su manto el lugar de los hechos

hizo penosa la búsqueda de todas las accidentadas que habían quedado dispersas y atrapadas, en algunos casos, por las ramas del río.

Después de dos días de gravedad, el 24 de mayo a las 9,30 de la mañana, la Virgen Auxiliadora abre los brazos a Sor Elena para celebrar en el Cielo la hermosa fiesta que con tanto esmero ha preparado en la tierra.

La noticia se recibe en todos los Colegios coincidiendo en la mayoría con la celebración de la Eucaristía de este día tan especial para toda la familia salesiana. Con el corazón roto se suspenden todas las fiestas, al tiempo que la alegría cristiana llena de esperanza a todas al sentir la presencia de nuestra querida Sor Elena en el Cielo.

También el día 25 muere la madre de Sor Josefina. Las demás heridas van regresando a Madrid acompañadas de sus padres que han ido a buscarlas. Muchas lucen sus vendas y escayolas mientras lloran la pérdida de su gran amiga Sor Elena.

El féretro que contiene sus restos moratales viaja desde Bilbao y se recibe en Madrid en su querido Colegio de Pueblo Nuevo a primeras horas del día. Su madre, herida levemente, viaja al mismo tiempo en avión desconociendo el final de su hija. La sobrina permanece en Bilbao unos días ya que se ha dañado una vértebra y tiene que hacer reposo absoluto.

Se instala la capilla ardiente en el salón de su Colegio y es emocionante el desfile de Hermanas, Antiguas Alumnas, Padres de Familia... tanto de su última Casa como del Barrio de Pueblo Nuevo donde está su familia que es conocida y muy apreciada. En todos se advierte consternación por la desaparición repentina de Sor Elena. Al contemplar a sus ancianos padres y a sus hermanos, rotos por el dolor, nos sentimos invadidos por el mismo sentimiento y se produce el silencio más elocuente.

Después de estos días de perplejidad y de toma de conciencia de lo sucedido, se han recibido numerosos escritos de Hermanas y Antiguas Alumnas que deseamos transcribir para que todos podamos apreciar la coincidencia en señalar las grandes virtudes que adornaron a esta Hermana.

Así nos comunican:

«Tenía gran ascendiente entre las Hermanas de la Comunidad y sobre todo una fuerza moral ante ellas, porque lo que exigía lo vivía en su presencia. Para ella el deber era algo sagrado y jamás dejó de realizar nada, aunque hubiera estado justificado por su poca resistencia física y su gran cansancio. Ha sido la mujer madura que buscaba a las Hermanas y a las jóvenes para ayudarlas, amarlas y no quedarse en ellas. Hay un buen grupo de jóvenes en el Colegio que hoy, guiadas por esa rectitud de ella, aspiran a ser Hijas de María Auxiliadora».

«Después de su muerte, cuando algún día fui a visitar a su madre para animarla en su dolor, me decía: Siempre estaba contenta con ustedes. Era muy feliz. Jamás la hemos oído un lamento, una queja. Todas ustedes eran buenas. Quería al Instituto intensamente».

«Era querida de las niñas de las que conseguía todo cuanto quería, pero exigiéndoles con dulce firmeza el cumplimiento del deber que ella observaba con tanta exactitud. Era responsable hasta en los mínimos detalles y muy ordenada en sus cosas y en su persona.

«Su bondad no significaba en ella un carácter débil, pues en ocasiones demostraba que lo tenía fuerte, quizá un poco brusco en algunos momentos, pero nunca quedaba en ella el más mínimo resentimiento, pues después trataba con naturalidad a la que hubiera podido herir. Este carácter la llevaba a decir la verdad con valentía, sin respeto humano, aun acosta de recibir reproches de quien no pensaba como ella. Se veía el trabajo espiritual que realizaba en el dominio de sí misma y en la serenidad ante sucesos dolorosos por los que tuvo que atravesar».

Ahora todo ha pasado como un sueño. En unas ha quedado como un recuerdo, en otras como una vida y una presencia que aun continúan.

En lugar de las fiestas que se preparaban para celebrar las Bodas de Oro de la Casa de La Ventilla, en Plaza de Castilla se ofrece un funeral solemne el día 30 de mayo, en la Parroquia de San Francisco Javier por las seis víctimas del accidente. Preside el Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid-Alcalá, Excmo. Sr. D. Vicente Enrique y Tarancón.

El acto revistió una solemnidad y un fervor extraordinario en aquella inmensa iglesia abarrotada materialmente de personas de vanadas condiciones: Hermanas, Salesianos, niñas, Antiguas Alumnas, padres de familia, amigos.

Las alumnas de la Plaza de Castilla cantaron todos los cantos que tenían preparados por Sor Elena para la Fiesta de María Auxiliadora, acompañadas de la Rondalla que ella dirigía y que tanto quería. Pusieron alma y vida en la interpretación, aunque en muchos momentos las lágrimas ahogaban sus voces. No se puede describir la emoción de esos momentos. Las rosas rodeaban el altar por el símbolo de las Hermanas de su año de Profesión. La sentimos a nuestro lado y su misteriosa presencia nos infundía serenidad y paz.

Todos los participantes en esta celebración lo recordamos como algo excepcional y como una prueba de cómo el Señor quiso ensalzar la humildad de nuestra querida Sor Elena.

SOR AMPARO DOMENECH

Nació: el 28 de septiembre de 1903

Profesó: el 5 de agosto de 1932 en Barcelona (Sarria)

Murió: el 30 de noviembre de 1978 en Madrid

Sor Amparo Domenech nació en el seno de una familia cristiana, muy trabajadora y honrada. Su madre se distinguió por su exquisita candad y su amabilidad con todos.

Toda la familia sentía gran aprecio por la Obra Salesiana. Se dedicaban a la industria del pan y suministraban el mismo a las Hermanas de la Comunidad de Valencia. Su domicilio, próximo a la Casa de los Salesianos que también animaban la Parroquia del barrio, hizo que siempre estuvieran vinculados con ellos.

Su niñez transcurrió en el Colegio de las Hijas de María Auxiliadora. Su adolescencia fue de intenso trabajo en la industria paterna. Los domingos los pasaba en el Oratorio Festivo. Cuando a los 16 años dejó las clases, siguió trabajando como catequista en la Asociación de Antiguas Alumnas.

Tenemos pocos datos ordenados de su vida, de sus años de formación y de fechas exactas, pero sí numerosos testimonios de Hermanas que convivieron con ella y que de forma poco cronológica transcribimos para reflejar las características de esta Hermana que tanto bien hizo a nuestra Inspectoría.

«La conocí en Valencia siendo ella Antigua Alumna. Era el año 1922 ó 1923 cuando un grupo de Hermanas que vivíamos en Sarria fuimos invitadas a ver las Fallas de Valencia. Pronto trabamos amistad con las Antiguas Alumnas de allí. Era un grupo entusiasta y adicto que a diario iba al Colegio a ayudar a las Hermanas. Destacaba entre ellas Amparo y otras tres o cuatro que fueron después también Hijas de María Auxiliadora. Calculo que por entonces tendría unos 19 años.

Luego no volví a verla hasta que profesó algún año después y fue destinada a La Ventilla. Yo estaba en la Casa de Villaamil, pero nos veíamos con frecuencia porque éramos dos Comunidades muy unidas.

Estuvo en esa Casa durante los años difíciles de la República, haciendo mucho bien a las niñas y siendo querida por ellas y por las Hermanas. Después de la quema del Colegio de Villaamil el 11 de mayo de 1931, pasamos también el verano con nuestras Hermanas de la Casa de la Ventilla hasta que comenzamos el curso en el Salón de la calle de Francos

Rodríguez. Creo que Sor Amparo durante la guerra fue a Valencia, pero después volvió a su antigua Comunidad».

Otra Hermana nos habla de ella:

«Era yo niña alumna del Colegio de La Ventilla y Sor Amparo era mi profesora de labor. Era muy alegre, piadosa y activa. Era la encargada del teatro y Ecónoma. Gran entusiasta del Oratorio.»

Siguen los testimonios:

«Conocí a Sor Amparo en la Casa de La Ventilla. Hoy que tanto ha cambiado todo, nos resulta difícil narrar la vida de las Comunidades en los años 36 y siguientes. Vida verdaderamente familiar en la que todo se hacía entre todas: lavar, tender, clases, etc. Vivíamos como Hermanas en medio de la mayor alegría y sin oír la más pequeña lamentación sobre el trabajo. Se disfrutaba de los relatos de Sor Amparo que siempre tenían como característica el destacar lo positivo de todo».

Otra Hermana nos dice:

«Siempre trabajó con mucho entusiasmo en la Asociación de Antiguas Alumnas. sentía por ellas un especial cariño. No escatimaba sacrificio alguno con tal de hacerles el bien. A cuántas aconsejó y enseñó el camino del bien.

En las fiestas cumbres del Colegio se cuidaba de buscar buenos dramas y los ensayaba con esmero y entusiasmo. Dicho entusiasmo sabía sobre todo infundirlo en las jóvenes. Procuraba conocerlas personalmente y ayudarlas en las dificultades de la vida. Era muy devota de la Santísima Virgen y procuraba extender su devoción entre las que asistían a su clase de costura. Los días 24 de cada mes eran para ella una fiesta. Repetía: «Hoy hay que hacer algo especial por la Virgen». Cuando fue Ecónoma gozaba siempre que podía dar alguna sorpresa a la Comunidad».

Muy interesante resulta recoger el testimonio de una Antigua Alumna, porción predilecta de la misión de Sor Amparo:

«Hablar de ella es hablar de La Ventilla. Casa aislada de la capital de España en aquellos años de la fundación. Ella supo llenar con su bondad de corazón unos buenos años de nuestra juventud. La recuerdo joven y llena de vida. Incansable, olvidada de ella para atendernos a nosotros. Preocupada para que nos formáramos en todos los sentidos y así poder competir en la vida. Con su mejor voluntad nos acompañaba a fábricas y oficinas con más desenvoltura que lo hubieran podido hacer nuestros padres.

Su mayor ilusión era vernos contentas, sin preocupaciones ni dudas.

Cuando le confiábamos alguna, procuraba en el momento darnos la solución adecuada.

Yo la visité en Zamora, Santander y otros lugares y siempre se mostraba contenta y satisfecha de la labor que realizaba, pero añoraba su querido Colegio de La Ventilla y sus primeras alumnas a las que dio su juventud y sus primeros impulsos apostólicos».

Sor María Miralles toma contacto con ella en el año 1942 en el que las dos son destinadas a la Casa del Noviciado de Madrid. Sor Amparo era la Economa y Sor María Miralles la Maestra de Novicias. Nos dice:

«Eran años de postguerra y por tanto muy difícil proveerse de alimentos, por lo que Sor Amparo tuvo que ser muy solícita para conseguirnos lo necesario. Así pude constatar su caridad, su piedad y sobre todo su gran confianza en Dios. Siempre conservaba el buen humor intentando con ello disimular la preocupación constante que tenía.

A las Superiores les manifestaba siempre su gran confianza y afecto. En estos años difíciles les ayudaba así a superar la incertidumbre que la escasez de todo les proporcionaba. Con las Novicias se manifestaba alegre. Era franca y daba confianza, pero jamás se ocupó de lo que no era su responsabilidad, dando así buen ejemplo siempre a las Novicias.

Nos dice una Hermana:

«En el año 1974 formé parte de la Comunidad de la Dehesa. Ella no formaba parte de mi Comunidad, pero dormíamos en cuartos muy cercanos. Estaba ya enferma y hablaba con dificultad, pero siempre quería ayudar y ser útil.

Se destacaba por su docilidad y por su entrega a todos cuantos hemos tenido la dicha de convivir con ella. Ha sido muy querida. Es la expresión que resume su vida. Dios la tenía reservada una lenta agonía de cinco meses. Tiempo precioso en el que hemos podido ver en ella la capacidad de sufrimiento y de gratitud hacia todas las que la cuidaban.

Esta penosa enfermedad es un canto a la caridad de las Hermanas que con alegría y heroica entrega supieron atenderla día y noche. El médico captó esta situación y declaraba que sólo el cariño de sus enfermeras explicaba clínicamente esta vida».

Por último una de las enfermas que estuvo siempre muy cercana a ella nos dice:

«Antes no conocía a Sor Amparo, pero en estos cinco años que conviví con ella en la Residencia Santa Teresa me pude dar cuenta de que la suya era una vida gastada en pro de los demás. El trabajo era su caracte-

rística principal. Sólo dejaba de trabajar los domingos y festivos porque decía: «Son del Señor» y no tocaba el ganchillo ni para cambiarlo de sitio. Punto a punto tejía sus mañanitas que siempre llegaban oportunas para hacer algún regalo que tuviera como compromiso la Hermana Directora.

En la vida de Comunidad era puntual al máximo. Cuando alguna de las Hermanas más jóvenes llegábamos tarde, lo notaba inquieta hasta saber dónde estábamos y si alguna vez, en broma, se la engañaba, se callaba sin preguntar más, pero indagaba hasta enterarse de la verdad y con su habitual sencillez venía a decirlo a la interesada para que supiéramos que no la habíamos engañado. Quería muchísimo a las Hermanas.

Sencillez... así era: Sencilla como la paloma, pero astuta y pilladora como la serpiente. Nada se escapaba a su intuición. Su delicada sensibilidad le hacía sufrir. Cuando hacíamos las cosas mal, nos decía a veces, que la hacíamos llorar.

Todas las Hermanas la queríamos. La echamos mucho de menos, pero entre nosotras ha quedado el recuerdo vivo de una vida sembrada de ráfagas de luz que iluminan el camino por el cual otras pasamos enriquecidas por sus buenos ejemplos.

La serenidad de su muerte, después de cinco meses en estado de coma y en silencio fueron el índice de serenidad y aguante de toda su vida».

SOR JUANA VICENTE

Nació: el 16 de abril de 1895 en Salamanca
Profesó: en el año 1920 en Sarria (Barcelona)
Murió: el 27 de julio de 1979 en Madrid

Sor Juana Vicente nació en Salamanca el día 16 de abril de 1895. Falleció en Madrid el 27 de julio de 1979 después de 59 años de vida Religiosa. Hizo su primera profesión en Barcelona Sarria en 1920.

En los primeros años de su vida religiosa trabajó con celo incansable en el Oratorio Festivo. Fue Directora, Inspectora en las tres Inspectorías desde 1942 hasta 1961, después todavía una vez Directora, Vicaria, Ayudante de la Secretaria y Bibliotecaria.

Profesaba un verdadero y tierno amor a Jesús Sacramentado. Era cordial, sabía acoger a cualquiera con mucho cariño. Estaba pronta a sugerir pensamientos de fe así como de consuelo a todos cuantos le confiaban sus penas. Nadie se alejaba de ella sin un buen pensamiento.

Humilde, sencilla, generosa siempre con todos. Su fe y abandono en Dios se revelaba y se reveló a través de su larga existencia, particularmente en sus últimos días que pusieron fin a una larga vida.

Vivió en plenitud su Consagración hasta el último momento. Cincuenta y nueve años vividos en la oración, en el trabajo, en el sacrificio, en la caridad generosa, así como en la fidelidad amorosa a la Regla, al Instituto y a las disposiciones de las Superiores.

Las pruebas la acompañaron a lo largo de su preciosa vida. La persecución contra toda manifestación religiosa en España durante los años 1931 a 1936 tuvo para Madre Juana un momento bastante fuerte. Víctima de la calumnia fue cruelmente golpeada y arrastrada por personas que solamente habían recibido de ella pruebas de amor puro, cordial, cristiano y no solamente ella fue golpeada sino también la Comunidad de la que era responsable.

Enfermedades, desgracias, hechos misteriosos de continuo, accidentes de tráfico... en fin, nada verdaderamente ha faltado a su existencia para poder calificarla de donación serena y sin escatimar nada al ideal del «Seguimiento de Cristo». Atacada súbitamente por una enfermedad que no pudo superar, el Señor la encontró preparada para su último viaje y sin ninguna clase de dolor fue al encuentro del padre para el definitivo abrazo con Dios y con la Santísima Virgen.

Deja un imperecedero recuerdo de bondad universalmente reconocida, de finura de trato, de sensibilidad hacia las necesidades de los demás.

Una Hermana nuestra nos dice así:

«Mi recuerdo de Madre Juana». Era alta, respetable en su conjunto, que al hablarle te hacía pensar... pero precisamente en el momento en que comencé, desaparecía la primera impresión, ya que era toda bondad y comprensión hacia los demás. Era decidida en todo lo que debía hacer u obtener y no paraba hasta que todo hubiese sido realizado. Era también todo bondad cuando corregía.

Recuerdo su gran bondad hacia todos, su valiente reacción en los sufrimientos, su forma de ser así como de interpretar la vida, también con su verdadero y grande amor a María Auxiliadora, a su familia y a nosotras, a todas las Antiguas Alumnas de las que siempre se acordaba pidiéndome noticias siempre que yo tenía ocasión de ver a alguna de ellas. Me siento muy orgullosa de haber sido alumna suya y aun más: «la primera alumna» como acostumbraba a llamarme. Estoy contenta de los momentos vividos bajo su dependencia, algunos de alegría, otros de sufrimiento... pero en todo momento no puedo más que recordarla como un alma fuerte, convencida y llena de amor a Dios y al prójimo.

Todavía otra Hermana nos dice:

«Corría el año 1926 cuando por primera vez pasaba por Madrid para dirigirme al Noviciado que se encontraba en Barcelona -Sarria. Nos paramos en nuestra casita de Madrid-Villaamil, era muy pequeña pero en ella se respiraba amor, afecto, cordialidad, así como alegría en el Señor. En la Comunidad solamente eran tres Hermanas: Sor Rosario Muñoz, Sor Conchita Lafuerza y Sor Juana Vicente.

Al hablar de Sor Juana me parece volverla a ver alegre, sencilla, buena, una religiosa llena de Dios y devotísima de María Auxiliadora. Después en mi vida religiosa la encontré en Sarria como Directora, a mi regreso de Italia. Sor Juana era de una delicadeza extrema, de mucha caridad, nadie podía sufrir a su lado porque hacía lo posible por aliviar cualquier sufrimiento. Era como una lámpara ardiente que daba luz y consuelo al espíritu y al cuerpo.

Recuerdo su amor por la vida religiosa y su observancia. Muchas veces nos decía: «Hermanas, como resulta imposible vivir materialmente sin el alimento necesario, así también tenemos necesidad de la nutrición para el espíritu y a éste debe alimentarlo la oración, la meditación, especialmente de las palabras del Evangelio, para poder vivir en el espíritu de Jesucristo.

Amaba verdaderamente la pobreza, no poseía nada propio, todo lo

daba. Era generosa y delicada con las enfermas. Su muerte deja un gran sentimiento entre las Hijas de María Auxiliadora de España y en todas nosotras las de Portugal, ya que la teníamos por santa.

Resulta difícil resumir en breves líneas tantos actos de bondad de los cuales fuimos testigos las que vivimos con ella. Se preocupaba desde el principio hasta el fin de cualquier problema de las Hermanas o de las personas que a ella recurrían, haciendo todo lo posible por mejorar la situación, no ahorrando sacrificios personales de ninguna clase.

Cuando sufrió un accidente en 1958 fue de admirar por todos por su paciencia, su paz, su bondad y su cordialidad.

Muchas veces he oído decir y estoy de acuerdo también yo, que el defecto de Madre Juana era ser «demasiado buena».

Tenía una verdadera devoción a la Virgen y era un apóstol del Rosario que rezaba siempre que podía con la persona que trataba.»

Un escrito anónimo nos dice:

«Grande *humildad* en sus últimos años como sencilla Hermana, aceptó con alegría, paz y serenidad las propias limitaciones debidas a la edad, enfermedades, etc.

Trabajadora incansable: cuanto más y mejor podía: oficio del refectorio, trabajos manuales, etc.

Gran *animadora* respecto al oratorio Festivo en el cual fue espléndida en su colaboración, primero con la oración, su palabra de estímulo para aquellas que participaban en él, con trabajos manuales de todo género, etc.

Creadora de paz con su buena palabra, su silencio, su ejemplo...

Interés por los familiares de las Hermanas, manifestando con sus preguntas al respecto su recuerdo y cercanía, así como prometiendo sus oraciones.

Capacidad de sufrimiento, especialmente en los últimos años de su vida, en la operación repentina de la lengua y también se deduce de lo que cuentan que sufrió en la guerra española de 1936.

El Señor nos la conservó para que fuese de verdadero ejemplo para nosotras y para tantas jóvenes que por su mediación han sabido agradecer al Señor la llamada a la vida religiosa, para darle gloria y hacer tanto bien en el mundo.

También recibimos sus últimas lecciones de humildad en las reuniones que las Superiores nos proporcionaron para las Hermanas ancianas de

todas las Inspectorías Españolas, las de la tercera edad que con ella pasamos aquellos días memorables.

«Cuando llegué a Madrid la primera vez para conocer a las Salesianas y hacerme religiosa, la primera Hermana que encontré fue a Madre Juana. Fue ella quien me abrió la puerta.

Y cuando mi tío, sacerdote, quien en cierto modo había asumido mi cuidado después de la muerte de mamá, no quería que me quedase por la gran pobreza que se veía en la Casa, yo le dije: ¿No ves qué amables son, su simpatía y qué agradables? Si no me agrada me iré de aquí. Te lo haré saber poniendo en la carta tres cruces.

Madre Juana era incansable en todo, tenía varias horas de clase todos los días, mañana y tarde y también nocturna. Las otras le ayudaban a enseñar a leer y en la clase de Catecismo. Además tenía que hacer la crónica de la Casa y la cuenta de los gastos...

Respecto al Oratorio Festivo tenía muchas iniciativas, inventando juegos divertidos para distraer a las niñas. Era el alma del Colegio debido a su bondad, espíritu incansable de sacrificio, abnegación...

También la tuve como Directora en el inolvidable Colegio de Santa Inés de Sevilla (Castellar). Era una verdadera madre llena de bondad también con las que no se portaban bien con ella. Una vez me permití preguntarle cómo podía ser tan afectuosa con quien la trataba tan mal y ella pronta me respondió: «Se debe hacer así, devolver bien por mal a las que nos desprecian o nos hacen mal de cualquier modo...»

Añadimos el testimonio de otra Hermana:

«Cuando fue Directora en San José del Valle (Cádiz) casa que entonces era Noviciado, yo trabajaba y pertenecía a la Comunidad de enfrente, la Casa de los Salesianos de San Rafael. Toda la Comunidad estábamos admiradas al constatar cómo en las fiestas y siempre que volvía de algún viaje, nos añadía a su Comunidad para hacernos algún regalo. Esto era una muestra de su grande corazón de Madre que no hacía distinción entre Comunidad y Comunidad.

En la Casa de Nervión (Sevilla) donde estuvo cinco años en la misma Comunidad por fortuna, me maravillaba al verla vivir su vida Consagrada de modo tan admirable ya que habiendo sido una persona tan importante, había llegado sin dificultad a ser una Hermana cualquiera. Su humildad era sin límites, así como su unión con Dios. También admiré en ella su capacidad de ponerse al día, siendo en todo momento una perfecta religiosa».

Una Antigua Alumna nos dice:

«La muerte de Madre Juana me hace recordar a una religiosa toda de Dios; nunca vi ojos tan expresivos, ni que me prodigarán tanta confianza. Era una de las pocas personas sencillas en el mejor sentido de la palabra que he encontrado en mi vida.

Encontrándome en Villaamil me enfermé del hígado y una de aquellas noches la pasó a mi lado. Verdaderamente sólo una madre podía tener semejante delicadeza y siempre con la sonrisa en los labios».

Otra Hermana nos comenta:

«Entre los muchos detalles escojo la capacidad de apertura para hacer presente hoy el carisma Salesiano, según las propias posibilidades.

Madre Juana que ha vivido en esta paz profunda (testimonio sereno de la ternura del Dios fiel) se abre a los valores de las generaciones que avanzan y por eso decía: «Si tuviese algunos años menos...» (estas palabras me las dijo en una conversación con ella, mientras le contaba las experiencias con los jóvenes algunos meses antes de su muerte).

Su recuerdo estará siempre vivo en mí ya que sus «huellas» son indelebiles.

Seguimos con el testimonio de otra Hermana:

«Mi mamá me escribió que deseaba venir a vivir conmigo en el año 1953. La Directora me dio la noticia y yo me negué a que viniese porque yo quería irme con ella y trabajar, porque no quería que mi mamá fuese un peso para la Comunidad. Entonces tenía 72 años.

La Directora me sugirió que hablase de ello a Madre Juana que llena de bondad, me hizo reflexionar sobre el mérito de la vocación, don precioso de Dios y me convenció para que no abandonase la Congregación, más bien atender también a la mamá a la que no faltaría nada. Y así sucedió, estuvo tan bien atendida como no se podía desear más o esperar en este mundo, lo que le hacía decir de corazón: «Masá, Señor, Masá, que parece que quiera decir «Demasiado». A Madre Juana debo mi felicidad presente, la tranquilidad, la alegría, etc. Mi madre estuvo con nosotras 13 años».

Otro escrito anónimo nos dice:

«En enero de 1933 las Superioras me destinaron a la Casa de Villaamil para dar clase a las parvulitas. Fue entonces cuando conocí a Madre Juana: joven, alta, delgada, morena, no era una belleza física, pero... muy atrayente por su bondad, dulzura, humildad.

En el año 1935-36 las dos Comunidades de Madrid pudieron unificarse

en una sola, de ésta fue nombrada Directora Madre Juana en la Casa de Villaamil. Eramos felicísimas. Allí reinaba el espíritu de familia, paz, felicidad, fraternidad, estas virtudes las practicaba Madre Juana en grado sumo.

Un día nos dijo: Cómo me siento feliz entre vosotras. Esta expresión nos dio tanta alegría que en seguida una Hermana escribió la frase en la pizarra con caracteres gruesos...

A pesar de la amenaza de los vecinos del suburbio en el año 1936, éramos verdaderamente felices, se puede decir que todas éramos un solo corazón y una sola alma. Sin embargo la situación de España empeoraba cada día más y se hacía la guerra a la Religión Católica. Por este motivo en los meses de marzo y abril nos hizo compañía una pareja de carabineros día y noche, para informarnos en caso de peligro. Cuántas veces nos avisaron por la tarde y también por la noche. Cuando los rebeldes se acercaban a Cuatro Caminos, lugar cercano a nuestra Casa, nos reuníamos todas en el salón. Madre Juana permanecía serena, animándonos de tal modo que transcurría pronto el tiempo de espera.

El día 4 de mayo tuvimos que separarnos por la trágica persecución que padecimos siendo golpeadas, pisoteadas y arrastradas, como exactamente cuentan nuestras crónicas.

Después de la guerra la única Inspectoría Española se subdividió en tres. Para nuestra suerte Madre Juana fue nombrada nuestra Inspectora. Creo que era todavía más humilde, más sencilla, no obstante su cargo.

El día 18 de junio de 1943 me enfermé gravemente y Madre Juana pasaba muchas horas a mi lado, no solamente de día, sino también de noche y venía muchas veces a ver cómo estaba. Muchos días aparecía muy temprano en mi estancia para limpiarla y ordenarla, porque me llevaban la Comunión después de la Misa.

Cuando salía para visitar alguna de nuestras Casas nunca se marchaba sin venir a verme.

El día 23 de junio me agravé hasta estar a punto de morir. En el patio preparaban la fiesta para celebrar el onomástico de Madre Juana el día 24. En seguida suspendió todo diciendo que no consentía la fiesta encontrándose enferma una Hermana de la Comunidad.

Este hecho me conmovió mucho pues hace ver su gran caridad y delicadeza, que no sólo usó conmigo, sino con todas.

La sobrina dice: «Todavía me parece estar a su lado habiendo tenido la fortuna de estar con ella en todo momento hasta el día en que tuvimos

que separamos para ir a nuestras respectivas casas. Verdaderamente ha sido la separación definitiva.

La Inspectora mandó a la tía a pasar el mes de julio en Madrid para que estuviera algunos días con los sobrinos a los cuales quería muchísimo y también para volver a ver a las Hermanas de aquella Inspectoría tan queridas por ella.

Llegó a Madrid el día 12 y el 13 nos reunimos todos los hermanos, esposas e hijos. Estaba también Mercedes y su familia en la Dehesa de la Villa, antiguo Noviciado, ya que con motivo de la llegada de la tía, hacía la Primera Comuni3n la ni3a m3s peque3a de mi hermano Marcelino. Todo lo organiz3 ella, fue una fiesta muy íntima, alegre, así como agradable por la total participaci3n de todos.

El día 14 lo pasó en Villaamil donde residía para poder ver a las Antiguas Alumnas. El día 15 estuvo en casa de mi hermana Nena ya que ésta debía trabajar los días de trabajo. El lunes 16, por la tarde pronto estuvo en casa de Jesús porque su esposa se llama Carmen. Al día siguiente fuimos a Salamanca donde nos detuvimos hasta el 19, día en que partía para Burgos. Cerca de Salamanca nos detuvimos en Cantalpino, pueblo natal de Sor Eusebia Palomino de santa memoria. En Burgos estuvimos en los dos Colegios. El sábado 21 nos llevó uno de mis sobrinos a Valladolid, donde encontramos a todos los hermanos para celebrar el onomástico de Sagrario el día 22. Gozó muchísimo con todos los sobrinos.

Al oscurecer de aquel día se retiró según su costumbre después de rezar el Rosario y mientras se quitaba la mesa permaneció hablando mucho tiempo con mi hermana Nena. Al día siguiente debíamos regresar a Madrid por causa del trabajo de Nena.

Parecía que se había levantado bien como todos los días. Le pregunté cómo había pasado la noche y me respondió que bien, aunque un poco molesta, pero que no era nada, que se encontraba bien.

Fuimos a la Catedral que se encontraba frente a la casa de Sagrario y después del Evangelio me cogió de la mano y me dijo que se desmayaba. la llevé fuera y sintió fuertes angustias. Quería reaccionar, pero imposible. La ayudé a subir la escalera de casa y la pusimos en el lecho. Estaba muy mal, tanto que le rogué se quedara acostada, pero no quería enteramente, cosa de la que ahora me alegro.

Regresamos a Madrid. El viaje lo hizo muy bien, ni siquiera se dio cuenta de que nos paramos a coger gasolina. Nos paramos también para comer, pero con dificultad tomó un poco de sopa y fruta. Llegadas a casa se acostó para recuperarse un poco, pero al anochecer se levantó para no

perder la Misa. Todo el tiempo estuvo sentada y al volver le dije: Métete en la cama y mañana veremos. La noche parece que la pasó tranquila, ya que tanto mi hermana como yo no dejamos de vigilar.

El día 24 fui a hacer la compra y al volver cual fue mi desagradable sorpresa al saber que la tía estaba muy mal. Como esperábamos a Jesús (que es médico) que debía llegar por la tarde, no habíamos llamado a ningún doctor, pero viendo que se agravaba, llamamos a Nena al ambulatorio donde trabaja y se presentó en casa el doctor.

Tenía 26 de presión y 38,5 de temperatura. Tanto el día 25 como el 26 sufrió terriblemente de dolores fortísimos. Jesús dijo que era una trombosis mesentérica. No pudimos hacerle nada por la edad tan avanzada y los grandes dolores que padecía la impedían hasta levantar la cabeza de la almohada. Bebía agua sin nunca saciarse, pero no podía incorporarse, Jesús le aplicó suero.

La noche del 26 hacia las ocho, comenzó a darse cuenta, al menos externamente, de que su vida había llegado al fin. Le pregunté si quería recibir los últimos Sacramentos y me respondió con alegría que sí, cosa que hizo con plena lucidez de mente. Después como a quien se le escapan las cosas de la mano, alargaba los brazos y nos abrazaba a todos, dándonos consejos e insistiendo en el amor de los unos a los otros..., en la aceptación de la voluntad de Dios, en los acontecimientos de la vida... rezaba por todos los presentes y ausentes y como broche de oro entró en una especie de éxtasis, insistiendo en el rezo del santo Rosario que seguíamos recitando, hasta haberlo repetido por lo menos diez veces.

Amaneció el día 27 habiendo pasado la noche anterior todos alrededor de su lecho. No olvidaremos nunca aquella noche feliz. Hacia las siete de la mañana poco a poco se aletargaba, perdiendo vitalidad y paralizándosele pies y manos, perdió la vista, pero nos seguía a través del oído... y así se adormeció felizmente en el Señor. Qué muerte tan inolvidable.

En una ambulancia la llevamos a la Casa de Villaamil donde en la cripta se abrió la capilla ardiente. La noticia corrió de boca en boca y comenzaron a llegar Hermanas y Antiguas Alumnas.

El día 26, al ver la cosa tan mal, llamé a Sevilla y en seguida llegaron Sor Consuelo Palacios (la Inspectora) y la Vicaria de la casa donde residía mi tía y también la Hermana que por tanto tiempo había sido su enfermera.

El mismo día 26 pasaron por casa de mi hermana muchas Hermanas, especialmente las que estaban en Madrid y habían vivido con ella: Sor

Ambrosina, Sor Ambrosia, Sor Paquita... y también Salesianos, Don Modesto Bellido... pero ya la tía no conocía a nadie.

Tuvimos la suerte de estar todos los sobrinos presentes en el último momento, cosa que si hubiese ocurrido en Sevilla, no habría podido ser.

Cuando le pregunté si estaba contenta de marchar con el Padre y con María Auxiliadora, me dijo alegremente: Sí. Y como la veía preocupada por no encontrarse en una de nuestras Casas Salesianas, le dije que el Señor tenía sus designios y que no sabíamos cual era su voluntad por lo que debíamos aceptar las causas, los acontecimientos en todo y entonces decía: «Sí, se haga su voluntad». También la Directora de Villaamil que todos los días, desde el 24 hasta la muerte le puso una inyección, la tranquilizó al respecto. La tía pidió perdón a todas las hermanas con las cuales había vivido y vivía y repitió la necesidad de rezar, de trabajar y de hacer el bien mientras gozamos de salud».

Hasta aquí la sobrina Hija de María Auxiliadora.

Nos queda todavía hablar de su Epistolario, o mejor de transcribir algunos fragmentos de sus cartas.

Se dice que las cartas hablan y nos hacen conocer a la persona y a través de las cartas de Madre Juana podemos conocerla.

«La más grande dificultad mía (actualmente) es la de no poder hablar claro, pero como ahora no tengo responsabilidad directa ni con Hermanas ni con alumnas, no es tan necesario. Ya he hablado bastante en la vida, ahora lo que se tiene obligación es de hablar con Dios y prepararme bien para cuando El me llame. Rece un poquito por mí, para que emplee bien esta última etapa de mi vida».

«Mi renovación debe ser prepararme bien para ir al Cielo».

«Debemos rezar mucho por las Superiores, siempre es muy difícil ser Superiora, pero hoy todavía más, los problemas son más difíciles y las dificultades de los tiempos también son diversas. Verdaderamente debemos pedir mucho al Señor y ofrecer alguna cosa. Es ésta nuestra obligación actual. Esto lo pienso de mí ahora que soy vieja».

«Ciertamente, nuestras enfermedades, nuestros dolores se hacen más soportables cuando pensamos seriamente en los padecimientos agudísimos de Jesús, todos sufridos por nosotros».

«Le ruego continúe pidiendo por mí al Señor, para que yo sepa aprovechar bien los días que todavía quiera el Señor concederme de vida».

A semejanza de un estribillo, repetidamente vivido y otras tantas repetido, todas sus cartas indican que le urge la verdadera preparación al gran

paso, no olvida que es definitivo y siente la necesidad de prepararse al mismo en cada momento de su existencia...

Como podemos apreciar el epistolario de Madre Juana rebosa piedad... Vivía de Dios y para Dios y Dios era el motivo de sus pensamientos y de la materia de sus cartas.

¡Feliz ella que cumplió su misión!

SOR ZULIMA SÁNCHEZ

Nació: el 22 de diciembre de 1935 en Barrillos de Curueño (León)

Profesó: el 5 de agosto de 1960 en Madrid

Murió: el 29 de enero de 1980 en Madrid

El día 22 de diciembre de 1935 nació en Barrillos de Curueño (León) Zulima Sánchez. Sus padres fueron don Juan Antonio y doña Prudencia. Una familia pobre, sufrida, piadosa y trabajadora. Cuatro hijos en la familia y ella, la quinta, la única mujer, por lo que fue muy querida y todos pensaban que sería el consuelo de sus padres en su ancianidad. Sin embargo siente la llamada fuerte del Señor y decide su ingreso en la vida religiosa.

Comienza el Noviciado y lo tiene que dejar por enfermedad. El Señor la prueba, pero ella no se deja vencer por las dificultades: «Si el grano de trigo no muere...» Mejora su salud y vuelve de nuevo para entregarse al Señor con un sí incondicional, para siempre y para todo.

Profesa en Madrid el día 5 de agosto de 1960. Después de hacer los votos trienales fue enviada como Misionera a Uruguay en 1966 hace los Votos Perpetuos. Completó sus estudios de enfermería y fue el oficio que desempeñó durante los siete años que trabajó en Montevideo.

Sintió siempre muy fuerte el deseo de trabajar en las misiones. Fue temporalmente enviada a España y desde allí destinada al Ecuador, su tierra querida. Total, fueron diecisiete años trabajando en América. Cuántas cosas buenas y cuánto bien repartido a todos.

Trabajó durante tres años en la Misión de Sucúa y después en el Colegio de Guayaquil y de Manta. Aquí se dio tan de lleno a las niñas del Asilo que fue querida por todas y la consideraban como a una madre.

Ella estaba como enfermera, pero también pudo dar clase de segundo grado elemental. Tenía 70 alumnas en la misma clase.

Para ella trabajar dando clase a las niñas por primera vez fue una alegría muy grande y trató de superarse para ser en este campo una eficiente Salesiana. Esta nueva responsabilidad para ella fue una ganancia muy positiva, pues cambió su carácter a pesar de su temperamento.

El amor a la Santísima Virgen fue su característica. Jamás pasó desapercibida una fiesta de Ella. Era la primera en preparar la Liturgia y le gustaba enfervorizar a la Comunidad en este sentido.

Era muy observante de la pobreza. Nunca le gustó tener más de un par de zapatos, por ejemplo.

Con el fin de servir mejor a la Congregación se puso a estudiar Bachillerato, pero la enfermedad no le permitió terminarlo.

En el año 1978 debió someterse a una operación quirúrgica, en la cual se descubrió el mal que la llevaría a la tumba, pero jamás se quejó. Cuando le comunicaron el mal que padecía lo recibió con una serenidad admirable. Nunca se quejó al Señor por esa dura prueba. Las Hermanas que la visitaban siempre quedaban edificadas.

Tenía un gran corazón y sabía olvidar con generosidad las ofensas recibidas.

Era de carácter fuerte y por tanto no le faltaron nunca las incompreensiones. Nunca guardó por ello el menor resentimiento.

Una Hermana escribe: «Su temperamento pronto a veces, causaba alguna herida en la Comunidad, pero nos decía: «Hermanas, por favor, aceptadme como soy y no como debería ser». Esto sin duda reflejaba un gran trabajo interior y una humildad de corazón».

La sencillez y la sólida piedad hacían de ella una Hermana atrayente para la juventud. Trabajó en obras de promoción para la mujer con gran sentido práctico.

Después de diagnosticarle el cáncer en Guayaquil llegó a España el día 6 de diciembre, enviada por las Superiores pues según la opinión de los médicos de allí, en España encontraría mejores medios para su curación. Pero el mal estaba tan extendido que fue imposible. Se acostó rendida de un viaje tan largo y ya no se levantó más.

El dolor era muy profundo, pero le alentaba la esperanza de curarse pronto.

Con ocasión del paso de una de las Superiores para Roma, quiso que le administraran el Sacramento de los Enfermos. Acto que se realizó con toda solemnidad y en el que participaron muchas Hermanas y algunos familiares. Fue un acto muy emotivo pues ella participó con gran devoción e incluso fue diciendo los cantos que quería que todas entonásemos.

Aumentan los dolores. El mal ya no se le podía atacar y ni los calmantes más fuertes la aliviaban. Por fin, el domingo anterior a su muerte pidió de nuevo que acudieran sus compañeras de Noviciado que vivían en Madrid y su Maestra de Novicias, a las cuales después de hacerles cantar el Magnificat y alguna canción predilecta de ellas, las obsequió con unas medallitas de la Virgen.

Apenas se despidieron otro golpe fuerte de dolor ya no pudo expresarse, aunque las que la atendían veían que quería seguir hablando. Así en este estado pasó 24 horas, diciendo algo que no se pudo entender y soportando en silencio ese grave dolor.

A pesar de sus 44 años recién cumplidos, el Señor ya la encontró preparada y quiso llevársela consigo para que celebrase la fiesta de nuestro Padre Don Bosco en el cielo.

La celebración de las exequias presididas por un primo suyo Salesiano, fue también un acto precioso de sencillez y emotividad. La homilía terminó con palabras que hacían eco a características de su vida y que se condensaban en unos versos de Pemán: «Porque lo mandas y lo quieres, porque es tuyo el dolor, bendita sea, Señor, la mano con que me hieres».

SOR ÁUREA MONTENEGRO

Nació: el 4 de abril de 1896 en Vigo (Pontevedra)

Profesó: el 5 de agosto de 1922 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 10 de enero de 1981 en Madrid

Sor Áurea Montenegro nació en Vigo (Pontevedra) el 4 de abril de 1896, en una familia muy relacionada con la Congregación Salesiana, de la cual entraron en el Instituto dos de sus hijas: Sor Purificación que ingresó en 1917 y Sor Áurea que lo hizo dos años después.

Comenzó su Noviciado en Sarria y profesó en la misma Casa en el año 1922, siendo destinada a la Comunidad de Valencia, donde trabajó varios años.

La Directora de la Casa era Sor Justina Osarte, religiosa ejemplar y modelo de Hija de María Auxiliadora. Influyó mucho en su formación y ella la consideró siempre en su vida como una santa.

En 1927 fue destinada a Madrid en la Casa de Villaamil. Se dio de lleno al trabajo con las niñas de la barriada, entonces muy pobres y necesitadas, pues siempre destacó en ella esa predilección a lo Don Bosco, por los más pobres.

A partir de 1931 comenzaron ya las agitaciones políticas en España y las Hermanas tuvieron que empezar a sortear todo tipo de dificultades que con frecuencia se les ponían, para impartir con libertad la enseñanza religiosa. Por fin nuestras Hermanas tuvieron que dejar el hábito y ocultar así su condición de religiosas, trabajando en locales ajenos al Colegio para pasar inadvertidas. Sólo quedó en la Casa una sección de niñas gratuitas de las que se ocupaba Sor Áurea, muy contenta de atenderlas ya que siempre las prefirió.

En mayo de 1936 la situación se agravó hasta tal punto que algunos grupos extremistas e incontrolados incendiaron el Colegio. El pretexto era vengar a los niños que habían sido envenenados por unos caramelos que, según ellos, habían recibido de las monjas. Esta calumnia corrió el 4 de mayo y nuestras Hermanas tuvieron que sufrir todo tipo de humillaciones, insultos, golpes, heridas e injurias de todo tipo. Sor Áurea defendió a la Directora Sor Juana Vicente y a Sor Josefa Rufas, ya anciana, recibiendo como respuesta mayores golpes y heridas.

Encontró refugio en el piso de un buen Cooperador, junto con algunas Hermanas y en cuanto se repusieron de las heridas, alquilaron un piso en

la calle Ayala, donde vivieron con gran austeridad y sacrificio. Todo esto contribuyó para un mayor afianzamiento en su vocación religiosa y salesiana.

La guerra civil vino a empeorar la situación. Debieron buscar refugio en una Embajada. Sólo el Señor que puede contabilizar todo lo que se hace por El, nos podría decir cuánto sufrió Sor Áurea en esta época, ya que era una persona muy sensible y delicada. Le fue posible salir de España en un barco que la Cruz Roja puso a disposición de las personas que quisieran salir para Italia. Fue con varias Hermanas y las Superiores las acogieron con todo el cariño que se merecían, procurando que se restableciesen de todo cuanto habían sufrido.

Cuando las cosas de España se normalizaron regresó y fue destinada a Salamanca, a la Academia Labor. Allí fue Profesora de Lengua y Literatura, siendo muy apreciada por sus alumnas que la trataban siempre con mucho afecto. Ella aprovechaba todas las ocasiones que tenía a su alcance para hacer el bien a esa juventud salmantina y eso se notó en un florecer de vocaciones que vinieron a engrosar las filas de nuestra Inspectoría y del mundo entero.

Era muy religiosa y muy amante de España que comenzaba su recuperación, y junto con el espíritu de fortaleza en las dificultades y el sacrificio en todo momento, supo inculcar en sus alumnas estos dos amores: a Dios y a la Patria.

Al dividirse la Inspectoría en tres, ella pasó a la de Andalucía, pero después volvió a la de Santa Teresa, trabajando en las Casas de Béjar, El Plantío, María de Molina, Palencia, Villaamil, Daoíz, dando las clases con gran competencia dada su gran cultura, haciendo valiosos trabajos de traducción, dirigiendo durante algunos años la revista de la Asociación de Antiguas Alumnas, poniendo siempre al servicio de la Comunidad sus conocimientos de Música, Pintura, sus bellas composiciones en verso y en prosa para teatros y fiestas...

Tenía una salud muy delicada y con el pasar de los tiempos tuvo que dejar sus actividades y pasar a la Residencia de Santa Teresa donde se dedicó mucho a la oración, soledad y retiro. Era la necesidad de un alma tan profunda como la que tenía Sor Áurea.

Lectora infatigable, estaba al día de los acontecimientos de la Iglesia, de los documentos y enseñanzas de los últimos Papas, por los que sintió verdadera veneración, sobre todo por Pío XII. También seguía con interés la evolución política de nuestro país. Sufría por todo lo que rozara la paz y la unidad de la Iglesia, de la Congregación y de nuestra Patria. Estos tres grandes amores y el del Señor eran los grandes temas de sus conversa-

ciones, tan documentadas y certeras que se seguían con gusto, ya que ella ponía calor y entusiasmo en ellas.

Clarísima en sus opiniones, con gran intuición, mirando siempre adelante sin miedo al riesgo, pero con una madura prudencia. Unas veces aconsejaba, otras ayudaba a reafirmarse en lo que se le consultaba.

Su carácter tenía a veces reacciones fuertes, pero conociéndola, se podía deducir de sus posturas de disconformidad en algunas situaciones, su gran amor a la justicia, a la verdad y la gran rectitud que tenía en todo.

Hablar con ella de la Congregación era entonar un canto de gozo por la vocación salesiana. Vivía todas y cada una de las situaciones que de algún modo afectaban al Instituto. Era muy realista. Hablaba con objetividad de la vida en nuestras Comunidades, del hacer y actuar evangelizador de nuestras Casas. Cuántas veces sus palabras urgían a ofrecer, a orar por la coherencia y la fidelidad al Espíritu de Don Bosco y de Madre Mazzarello.

Por estar al día de cuanto sucedía a su alrededor, su espíritu se mantenía joven, traduciéndose en sus palabras sobre el seguimiento de Cristo. Era muy suya la frase que se encuentra en tantas biografías de nuestras primeras Hermanas: «Vivir el momento presente y vivirlo con amor». Ponía gran fuerza al hacer referencia a estos principios o a algunas frases paulinas que expresaran la experiencia del ser en Cristo. Este tema y la vida de oración parecían ser su preocupación más honda y la fuente de su equilibrio y profundidad.

Últimamente cuando se la visitaba, lo relacionaba todo con la muerte que ella esperaba próxima. Por eso debió el Señor encontrarla muy bien preparada para el retorno a El, ya que la llamó inesperadamente y tras unos breves días de enfermedad.

SOR JUANA RODRÍGUEZ

Nació: el 27 de junio de 1906 en Tordesillas (Valladolid)

Profesó: el 5 de agosto de 1926 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 5 de agosto de 1981 en Santander

Sor Juana Rodríguez ingresó en el Instituto atraída por el espíritu de Don Bosco y la devoción a María Auxiliadora que con tanto celo y entusiasmo habían difundido los Salesianos en Baracaldo, donde ella siempre vivió aunque había nacido en Castilla. Ellos comenzaron a animar a algunas jóvenes piadosas a ingresar en el Instituto que tardaría todavía unos años en abrir allí una Casa. Sor Juana fue por tanto una de las primeras vocaciones de este pueblo, que ha ido dando a la familia Salesiana muchos de sus buenos hijos e hijas.

Había nacido en Tordesillas (Valladolid) en 1906 y a los 20 años profesó en Sarria (Barcelona) que era la Casa Inspectorial y el único Noviciado entonces en España.

Fue destinada a Madrid, a la Casa de La Ventilla, un Colegio humilde de niñas pobres que sufrió todos los rigores de los tiempos difíciles de la República y después de la Guerra Civil. Estas circunstancias hicieron sufrir mucho a Sor Juana.

En su larga vida religiosa desempeñó en todas las Casas el oficio de cocinera, siendo también despensera y ropera en alguna de las Comunidades pequeñas. Muy activa y eficiente en su trabajo, llegaba a todo y hasta podía ayudar a algunas Hermanas en sus oficios. Intuía las necesidades de los demás y tenía un probado espíritu de sacrificio. Sabía complacer y encontraba muchas formas de hacerlo. En época de escasez y pobreza de algunas Casas en las que estuvo se esmeraba para preparar con detalles y sorpresas platos exquisitos con la misma comida de cada día. Muchas veces tenía que esperar a que le llegara la limosna que habían ido a pedir las Hermanas, como ocurrió en la Casa de Cambados.

Su aspecto exterior era más bien serio, pero en cuanto se entablaba conversación con ella se descubría su gran alegría, amable trato y una sencillez poco común. Tenía además un desarrollado sentido del humor y su larga vida le había facilitado la acumulación de muchas experiencias y anécdotas que ella narraba siempre con oportunidad y era el gran entretenimiento de muchos recreos comunitarios.

Le encantaba preparar a la Comunidad sorpresas, pudiendo decir que toda ella era una pura sorpresa por los muchos resortes de que disponía

para hacer grata y amable la vida comunitaria: chistes, muecas, aparecer disfrazada era muy común en ella.

Creaba un clima de cordialidad y armonía siempre. Cuando alguien alababa su buen humor, solía decir siempre: «No creáis, la procesión va por dentro...» Quién sabe cuántos habrán sido los sacrificios ocultos, las dificultades notables, las molestias disimuladas, todas esas cosas que van tejiendo la vida ordinaria y que sólo Dios conoce cuando el alma vive para El.

Una de sus mayores preocupaciones últimamente fue un hermano suyo soltero, que vivía solo y del que ella se sentía responsable en cuanto a su atención. Se sintió muy aliviada cuando pudo ingresar en una Residencia y ya descansó de sus cuidados, aunque no se olvidaba de su atención espiritual.

Toda su alegría y fortaleza tenían su origen en la vida de piedad intensa, pero sencilla: la Virgen, la devoción al Rosario que nunca dejaba de rezar, el Corazón de Jesús, a quien invocaba con frecuentes jaculatorias y cuya imagen tenía siempre adornada con flores frescas. También era devotísima de San José. Ella contaba con gran devoción que cuando se dirigió a Barcelona para entrar como Aspirante en el Instituto, viajaba sola y un personaje misterioso la acompañó durante el viaje y por la ciudad. Aseguraba siempre que aquel caballero fue San José al que se había encomendado. Por eso su imagen estaba siempre en la cocina, en la despensa, en las cortinas de la cama.

A pesar de no tener un contacto directo con las niñas, nunca estuvo ajena a su trato y compañía. Se acercaban a ella y siempre encontraban alguna buena palabra y esa nota de buen humor que tanto necesitamos. A todas las conocía por su nombre, se interesaba por sus familias y cuando le confiaban algún problema, sabía seguirlos y se interesaba hasta el final. Cuando salía de Casa para dirigirse a la Parroquia en los muchos años que vivió en la Casa de Santander Nueva Montaña, todas las niñas la querían acompañar porque las hacía reír y les agradaba su compañía.

A su muerte, muchas Antiguas Alumnas de aquella barriada demostraron a las Hermanas cuánto la querían, por la enorme afluencia y gestos delicados que tuvieron acompañando su cadáver y formando una gran comitiva hacia el cementerio.

En dos rasgos coinciden todos los testimonios de las Hermanas que convivieron con ella en la Inspectoría: su habilidad por ser elemento de paz en la Comunidad, tratando de superar siempre las inevitables tensiones que se forman en todo grupo humano y su inquebrantable fidelidad y su saber «estar» siempre dispuesta a lo que Dios quisiera de ella. Era un

estímulo, un ejemplo constante para superar los baches que en la Vida Religiosa pueden amenazar hasta el desaliento y hasta el abandono. Su ilusión y su gozo en la Vida Religiosa han ayudado a más de una Hermana.

Enfermó y aunque se sometió a diversas operaciones y un fuerte tratamiento, el mal no perdonó. Ella parecía ignorar su mal pues no perdía el humor. Los últimos días de su vida fueron dolorosísimos. Las Hermanas de la Comunidad estaban impresionadísimas. Sin embargo la muerte le llegó en medio de una gran paz, en una fecha tan señalada como el 5 de agosto de 1981, día de consagración y promesas. Cuando ella expiraba, nuevas voces en el Instituto pronunciaban sus Votos. Ella recibiría en el cielo de las mismas manos de Dios, la corona de su fidelidad.

SOR JUANA LOMA

Nació: el 26 de abril de 1915 en Madrid

Profesó: el 5 de agosto de 1944 en Madrid

Murió: el 26 de abril de 1983 en Madrid

Sor Juana nació en una primavera y toda su vida fue un canto de optimismo y de entusiasmo al amor de Dios y a la Auxiliadora.

Fue el 26 de abril cuando abrió los ojos en Madrid y fue el 26 de abril cuando los cerraba en esa misma ciudad, donde tanto había trabajado, sufrido y gozado. Habían pasado exactamente 68 años esparciendo el gozo de hacer felices a los demás. Alegró a todos con su buen humor, su poesía y sobre todo con su virtud.

Sor Juana era de una familia de hondas raíces cristianas y de un amor fuerte a España, precisamente en una época en la que esos dos grandes amores se pagaban en muchos casos con la vida.

Creció a la sombra de la Parroquia de Santa María la Mayor, donde trabajaba su padre. De la mano de su hermana María, también Hija de María Auxiliadora, frecuentó el primer oratorio en Madrid y fue allí donde conoció y aprendió a amar a María Auxiliadora. Amor que fue tan grande en ella como el amor a la propia vida.

La Virgen lo era todo en su vida después de Jesús Eucaristía. Contagiaba de ese amor a todos cuantos se le acercaban. La fuerte experiencia de filiación mariana se vio acrecentada al morir su madre. Jamás se marchó a dormir sin poner bajo su protección toda su persona.

Los tiempos de su adolescencia y juventud fueron violentos para España. El temperamento de Sor Juana no se detuvo ante dificultades y peligros, ya antes de estallar la guerra, en la incipiente República. Estuvo siempre al lado de las Hermanas que no podían vestir el hábito religioso. Ella se apresuró a aprender Corte y Confección y ese diploma fue una de las armas que más le valdría en esos tiempos difíciles para hacer el bien.

Difícil es traer a estas breves páginas todas las peripecias que la joven Juana tuvo que hacer para salvar a las Salesianas: bautizar, repartir la Comunión, estar y servir de intermediaria entre las que tenían que ocultarse, etc. Mejor es que ella misma nos cuente alguna de esas aventuras:

«La Divina Providencia quiso ponernos al paso en tiempos de la guerra a nuestro inolvidable Rvdo. Padre Lucas Pelas. Con este apóstol de

Madrid me han ocurrido algunas coas que sencillamente escribiré por si algún día pueden hacer bien:

Nuestra casa en la calle de García de Paredes núm. 51 fue santificada por la presencia casi diaria de Jesús Eucaristía. Raro era el día que no comulgábamos toda la familia o asistíamos al Santo Sacrificio de la Misa.

Para despistar un poco a la portera de la casa, pusimos en nuestro piso un rótulo que decía: «Corte y Confección» y así si subían a casa varias jóvenes, pensaban que iban a coser. Dichas clases tomaron incremento y sin poderlo evitar se nos mezclaron algunas chicas de otras ideas que, con toda amabilidad, despedíamos al terminar la hora destinada al Corte y nos quedábamos las jóvenes seleccionadas para que el Padre Lucas pudiese confesarnos, darnos alguna clase o predicarnos las novenas de la Inmaculada, San Juan Bosco, etc.

Durante el día ayudaba a dos Salesianos, don Emilio Alonso y don José Arce que estaban escondidos en la Embajada y a otros como don Lucas Pelaz y don Alejandro Vicente que andaban por Madrid derrochando valor. Cuántas veces pasé documentación falsa a la Embajada para los Salesianos que salían de la cárcel sin ella. Cuántas veces llevé el parte de guerra para alentar los ánimos de estos mismos Salesianos. También llevaba todos los días dos botellas de leche a un santuario que había en la calle de Ayala donde un Salesiano estaba enfermo y otros estaban por allí enchufados disimulando su identidad. Otro tanto hacía con los zapatos de ellos cuando se los tenía que arreglar.

En cierta ocasión tuve que ir a pedir a don José Arce formas sin consagrar para don Lucas. Como tuve que sacarlas de la Embajada y temía que me registrasen, las metí en un sobre y después en unos zapatos que llevaba para arreglar. ¡Pobre Jesús!

La madre de una amiga de casa que se encontraba en trance de muerte me avisó con una de sus hijas para que yo hiciese lo posible por hacerle llegar un sacerdote. Vivía en compañía de personas contrarias a nuestra Religión y cuál no sería mi sorpresa cuando llamo a la puerta y me abre una persona que podría habernos denunciado. Iba con don Lucas. Dios ayuda mucho en esos momentos.

Con la mayor naturalidad se me ocurrió decirle que era el médico de mi casa y que mi madre lo mandaba para visitar a la enferma, como persona de toda confianza para conseguir la mejoría de nuestra querida amiga. De este modo pudo recibir los Santos Sacramentos sin sospecha alguna. Cuando nos vimos en la calle nos parecía mentira que estuviésemos sanos y salvos.

Quisieron fusilar a toda mi familia. Ya estaban en la puerta los tres

coches de la C.N.T. para llevarnos a dar el paseo... Yo les dije bien fuerte que era Católica, Apostólica y Romana. Me contestaron que más tarde querían ver esa valentía. Después de rompernos contra el suelo el Niño Jesús y a mordiscos como fieras, todo lo que era religioso, nos dejaron encerrados en el piso y se fueron en busca de uno de mis hermanos que faltaba. En este intervalo se pudo arreglar la situación por teléfono, saliendo a nuestro favor un rojo perfecto que resultó tener buenos sentimientos. Se puede suponer lo que rezaríamos en ese día, viéndonos ya con las balas dentro del cuerpo. Ni estos trances, ni los ruidos de los cañones nos intimidaban y en cuanto pudimos formamos nuestro Oratorio Festivo. Nos reuníamos en el Hipódromo, en los jardines del Museo de Ciencias Naturales. Allí jugábamos, comentábamos y nos animábamos para hacer el bien.

Don Lucas sabedor de nuestras aventuras juveniles, me dijo un día que iba a ir por allí para darnos la Bendición en pleno paseo y así lo hizo. Nos había advertido: cuando yo meta la mano en el bolsillo de la gabardina, tomaré la cajita de las Formas Consagradas para daros la bendición. Así sucedió. La verdad era que nos reíamos del mundo entero.

La beatificación de Madre Mazzarello la celebramos en la calle Mayor núm. 17, muy cerca de la Puerta del Sol. Tuvimos Misa, casi solemne y un sermón de campanillas. Nos reunimos un gran número de Antiguas Alumnas y nuestra Comunión fue fervorosísima suplicando al Todopoderoso nos concediera vida para celebrarlo con más paz y tranquilidad que entonces.

En la calle del Pinar núm. 8 fue una de las casas que más frecuentábamos para recibir los Sacramentos y reunimos clandestinamente para hacer el bien. ¡Cuántas personas han pasado por esta casa para recibir los Sacramentos!

Podíamos seguir transcribiendo lo que ella dejó escrito de esta experiencia vivida con valentía en los tiempos difíciles para los españoles, pero basta con estas muestras que nos hablan del temple de Sor Juana.

Al finalizar la guerra una cosa tenía segura y era la de ser Hija de María Auxiliadora y para ello tuvo que vencer serias dificultades en la familia a la que la guerra había dejado sin hogar, sin trabajo y había que empezar de nuevo.

A pesar de todo, el año 1942 encontramos a Sor Juana en el Noviciado de Sarria, Novicia responsable, decidida, de carácter fuerte y valiente, pero sencilla y empeñada en ser una auténtica Hija de María Auxiliadora. A ello le ayudan su gran amor a Jesús Eucaristía y a la Santísima Virgen y de modo especial todo el sufrimiento, la valentía y el riesgo derrochados en los tiempos difíciles que ha vivido.

Profesó en Madrid el 5 de agosto de 1944 y su vida fue lo que ya se preveía: una fuerza arrolladora puesta al servicio del Reino.

Todos los testimonios coinciden en destacar las características de su vida: Amor a la Eucaristía, amor a María y pasión por los Salesianos, y como brote fecundo de todos estos amores su preocupación y celo constantes por las vocaciones sacerdotales y religiosas.

Los sacerdotes santos fueron uno de sus afanes apostólicos más fuertes en su vida. A cuántos ayudó a ver claro la meta de su santidad vocacional.

Era feliz cuando podía ayudar a mantener su celo apostólico y su vocación al servicio de Dios y de las almas. El Señor premió su inquietud y hoy algunos de sus primeros alumnos de párvulos son excelentes y santos sacerdotes.

Una de las alegrías más grandes de su vida fue el asistir a la Ordenación Sacerdotal de su sobrino predilecto, el que ella había querido que se llamara precisamente Juan Bosco y fue él quien le administró poco tiempo después el Sacramento de la Unción de los Enfermos.

Sor Juana trabajó en todos los campos Salesianos y todos tenían para ella grandes vivencias y recuerdos, pero sobresalían entre todos sus años de trabajo en las Casas de los Salesianos, donde no perdonó ningún sacrificio para que la santidad de sus Hermanos Salesianos se acrecentara.

Mucho saben de sus consejos y de sus sacrificios los Salesianos que la conocieron. No fueron años fáciles, pero sí llenos de alegría.

Superiora por dos sexenios en diferentes Casas. Todas las Hermanas son unánimes en testimoniar la alegría del tenerla como Directora. Su palabra y su ejemplo hacían camino y clima para no desmayar y estar siempre alegremente dispuestas al sacrificio.

La última Casa donde vivió fue la Residencia de María Auxiliadora de Madrid, al servicio de la juventud más necesitada. Allí fue la portera durante catorce años. Por las características de esa Casa, Sor Juana sufrió mucho al principio hasta que descubrió la manera de hacer su apostolado con alegría, también entre esa juventud un tanto marginada.

Inventaba aleluyas y versos, los colgaba con un alfiler y así cuando iban a hablar por teléfono los leían. Más tarde, cuando faltó Sor Juana la echaban mucho de menos.

Fueron años de madurar en silencio, ignorada y sufriendo su enfermedad de vértigo, pero jamás dejó sentir su peso a las Hermanas ni a las

jóvenes que con ella convivían. Frecuentemente se caía y siempre era motivo de broma para ella en vez de hacerlo pesar. Jesús seguía siendo el gran amor de su vida. La proximidad de la capilla a la portería le permitía pasar largos ratos delante del Sagrario y su oración era principalmente por la santidad de las almas consagradas, las necesidades de la Inspectoría y de España.

La última enfermedad llegó silenciosamente, sin anunciarse. Cuando se declaró ya no había remedio. Sor Juana salió desde el altar acabada la Eucaristía, por su propio pie para hacerse un análisis y ya no volvió nunca a Casa. Meses dolorosos en la clínica y por último en la Casa de Enfermas de Madrid, donde había vivido los primeros años de su Vida Religiosa.

Desde allí emprendió el vuelo para unirse a su Dios, precisamente el día de su cumpleaños. Así serenamente en la paz de Dios, Sor Juana nos dejaba para siempre aquí en la tierra y nos espera en el Cielo.

Una vez más el amor de Dios había triunfado y seducido a su criatura y ella se había dejado seducir. ¿Qué podría importar todo lo que ella había pasado?

SOR ANGELINA CALLES

Nació: el 30 de noviembre de 1946 en Guadramiro (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1967 en Madrid

Murió: el 24 de septiembre de 1983 en Aguilar de Campoó (Palencia) en accidente automovilístico

Sor Angelina Calles nació en un pueblecito de la provincia de Salamanca -Guadramiro- el 30 de noviembre de 1946. Pueblo sencillo dedicado a la ganadería y a la Agricultura. Nació en el hogar de Juan y Vicenta, era la última de nueve hijos, de los cuales otras dos Hermanas también se hicieron Hijas de María Auxiliadora antes que Angelina. Su nacimiento constituyó una auténtica fiesta. Y la niña creció rodeada del cariño familiar y sanos criterios, en un hogar donde Dios era el centro. Era inquieta, alegre y bondadosa. Tenía un temperamento fuerte y dominante dulcificado por su innata bondad. Sus hermanas recuerdan a Angelina niña con dos amores: su madre Vicenta y la Virgen, su estrella.

Frecuentó la Escuela del pueblo. Era de inteligencia despierta y admirable tesón, organizada y precisa. Trabajaba con ilusión, con una enorme capacidad de admiración por todo lo que iba descubriendo. Capacidad que conservó y potenció a lo largo de toda su vida.

A los doce años vino a Madrid con Sor Domitila Marcos y vivió algún tiempo en la Casa de Pueblo Nuevo, ayudando a las Hermanas en diversos trabajos y estudiando al mismo tiempo algún curso de Bachillerato. Ya entonces se distinguía por su piedad y sencillez.

Una Hermana que vivía por aquel tiempo en la Casa nos dice: «Se la veía siempre con la sonrisa en los labios y una responsabilidad propia de una persona mayor. Era juiciosa, despierta y piadosa. hacía frecuentes visitas al Santísimo y siempre nos acompañaba en la Eucaristía, aunque para ello tuviera que levantarse a las seis de la mañana y soportar mucho frío e incomodidades.

A los quince años pasó al Aspirantado de El Plantío (Madrid). Allí se fue consolidando su piedad, el ser toda de Dios, «su Roca» como a ella le gustaba decir. Y su entrega a Dios creció hasta el punto de hacer Voto de Virginidad el día de la Inmaculada de 1961. Sencillamente porque sentía que se lo pedía el Señor.

Durante todo el tiempo de formación, tanto en el Aspirantado como en el Noviciado fue silenciosa, escondida, siempre en busca del trabajo menos brillante, sin ruido y con un estilo tan suyo... lleno de sencillez, de

ingenua sonrisa, así como si no pasara ni hiciera nada. Una de sus compañeras del tiempo de formación afirma: «Me encantaba compartir con ella el tiempo, sus conversaciones eran profundas, agradables, tenía sentido del humor y sencillez y un respirar a Dios en su vida que atraía... Pero lo que más me llamó la atención entonces y después, y lo que provocó que se ganara toda mi confianza fue descubrir cómo sufría en silencio, con paz, con búsqueda constante de Dios».

Y tras el Aspirantado, el Postulantado, los dos años de Noviciado y por fin la Profesión Religiosa el 5 de agosto de 1967. Era y siguió siendo la mujer fuerte, virgen prudente, alma transparente que crecía a pasos agigantados porque decía ella: «Me ha redimido el amor». Toda su vida fue un abandono total y absoluto en las manos de Dios: «Una flauta simple y hueca en la que sólo suenan Tú».

Tras el año de Juniorado en Huesca, su primer destino fue la Casa de Villaamil (1968–75). Terminó sus estudios de Magisterio y volcó toda su energía siendo Asistente de Internas, Maestra Elemental, en el Oratorio, con los Cooperadores... Siempre acogedora con las jóvenes, siempre a punto, sonriente, en el dormitorio, en el comedor, en el patio, jugando con ellas, escuchándolas... El 5 de agosto de 1973 emitió sus votos perpetuos y ese mismo día le fue confiado el cargo de Vicaria de la Casa. Qué delicadeza y amplitud de ánimo el suyo. Llegaba a todas las Hermanas y a todos los que frecuentaban la Casa con mil detalles fraternos. Para ella el tiempo no era suyo... sino de las demás. Sabía estar al lado de cada Hermana a pesar de ser una Comunidad muy numerosa. Como persona de gran capacidad humana y de una profunda fe comunicaba a todas su «Locura por El».

Pero al mismo tiempo que Sor Angelina crecía en hondura espiritual, aumentaba también su hondura humana. Sabía reír y sonreír. Sabía gastar bromas y alegrar a los demás. Llegaba a mil detalles. Se fiaba plenamente del otro porque decía: «Fiarse de una persona es la manera más inteligente e inteligible de amarla». No podía ver que nadie sufriese solo. Ella lo intuía y allí estaba con su palabra, con su presencia, con su estímulo de fe, conduciendo el sufrimiento hacia Dios, sencillamente. Muchas veces se la oía decir: «Dejad que las Hermanas crezcan en libertad». Durante su permanencia en Villaamil su preocupación por las Hermanas llegó hasta el punto de que, a pesar de sus muchas ocupaciones, preparaba culturalmente a todas las que no habían tenido la oportunidad de estudiar. Sacaba tiempo como fuera con tal de que las Hermanas pudieran promocionarse.

Fue madurando a pasos agigantados, buscando a Dios solo, intentan-

do vivir con todas sus consecuencias la vocación de Hija de María Auxiliadora. leemos en algunos de sus escritos:

«Me encuentro como pez en el agua, plenamente identificada con el ideal de F.M.A. Mi vida se confunde e identifica con la vida del Instituto en la Iglesia, donde encuentro el camino claro y del que me siento miembro activo y responsable...» (5 de agosto de 1982).

Y realmente era así. Vivía feliz porque caminaba en el abandono total en su Dios y Señor, su Roca, su Esposo fiel, solícito, a quien correspondía con una vida absolutamente rendida al amor. Había firmado su hoja en blanco con un sí total, absoluto, en disponibilidad plena al querer de Dios sobre ella.

El 18 de julio de 1981 escribía así: «Mi vida de F.M.A. es feliz, ferviente y fiel. Lo primero ya lo soy, lo segundo lo procuro con su gracia y lo tercero lo espero de su amor».

Tras su paso por Villaamil, en 1975 fue nombrada Directora de la Casa de La Roda (Albacete). Cuánto amor derrochó en esas tierras manchegas. Allí superó dificultades, obstáculos, luchó y amó. Se encarnó plenamente en ese pueblo sencillo y abierto y se hizo cercana hasta en el lenguaje. Su sonrisa siempre acogedora, abierta, serena, fruto de esa paz interna que es la certeza de la presencia trinitaria en ella. Presencia transformante y totalizante que la impulsó a renovar constantemente el voto de bondad que hiciera en la Navidad de 1978, en el coro de la Parroquia del Salvador de La Roda y que selló toda su vida con ese «algo indefinible» que era la transparencia de la bondad del Padre. Se suceden los testimonios de las personas que en Villaamil, La Roda y Salamanca convivieron con ella. Hermanas, alumnas, Antiguas Alumnas, cooperadores, padres de familia... su vida fue una siembra constante de amor.

Una Hermana atestigua: «Para ella siempre era buena hora, siempre era un momento que podía atenderte. Nunca buscó sus derechos, ni quedar bien, ni hablaba de justicia. Su justicia era la Palabra de Dios, sus derechos servir a todos, su «quedar bien» lo cambió por «hacer bien» y siempre con absoluta libertad, con la verdad por delante, pero desde la caridad».

Tenía un gran dominio de sí misma. Cuántas veces enrojecía para no ser imprudente ni poner en evidencia a nadie. No hacía pesar las contrariedades de las personas que la hacían sufrir, antes bien vivía el gozo del perdón y del olvido de la ofensa como el Buen Pastor. Era bondadosa, pero clara y recta en sus apreciaciones. Si tenía que decir no, decía no, pero siempre con bondad, intentando que su palabra no hiriera. Nos lo

dice ella misma cuando escribe en su libreta el 5 de agosto de 1982: «Nunca juzgar ni condenar». Y reflexionando sobre sus actitudes añadía el 17 de agosto de 1983:

«Hablar siempre bien de todas y cada una, porque para una madre aun el hijo más perverso es bueno... y Dios así nos ama y con su amor nos salva... que todas las Hermanas puedan experimentar este amor del Padre y de María en esta pobre hija suya».

En La Roda organizó los Cooperadores, el Club Juvenil «La Rocosa», animó la presencia de las hermanas en el barrio de La Goleta, vitalizó el Oratorio; en resumen hizo vida la palabra de Don Bosco: «No basta amar, es necesario que ellos sepan que los amamos».

Para ella el Sistema Preventivo lo envolvía todo: el clima de familia, la presencia de Dios en las personas, todo.

Tenía el don de la comunicación. Llegó a escribir:

«Como tengo dificultad en expresarme hablando... pido que el lenguaje de todo mi ser sea transparencia de su Presencia (2 Cor 3,18). Es decir, que no sólo las palabras, sino el porte, los gestos, la mirada, todo mi ser sea transparencia de Dios».

Y lo consiguió: Comunicaba a Dios con solo verla, sin palabras, desde el silencio...

Los coloquios con ella eran verdaderamente edificantes. Los consideraba la llave maestra de la santidad salesiana. Iba al grano, a la vida interior, a hacer participar a las Hermanas de su Comunión con el Señor para que así el gozo fuese completo. Transmitía con gozo y sencillez el misterio pascual, su absoluta confianza y abandono en las manos del Padre, su amor total.

Y viviendo así le llegó el cambio a Salamanca. Fue nombrada Directora de esa Casa en agosto de 1980... y el trasplante supuso para ella un nuevo impulso.

Angelina era un alma totalmente enamorada de su Dios. Repetidamente encontramos en sus escritos los versos de San Juan de la Cruz que hacía suyos.

Su lema: «Sé de quien me he fiado» y «No sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha» son la síntesis del abandono absoluto en que colocó toda su existencia. Trabajó incansablemente sobre sí misma para abandonarse totalmente en el Señor y por ello intentó denodadamente hasta el fin, caminar en humildad, en el silenciamiento de todo su ser.

El 5 de agosto de 1982 escribía:

«En el encuentro a solas de cada día, donde la Palabra irrumpe soberana en la Tienda del silencio, ahí comprendo más y más que Dios es amor... y que su yugo es suave...»

El día 11 de septiembre del mismo año escribe:

«A primera hora de la tarde de cada día entraré en la Tienda del Encuentro para decirle mi amor y sobre todo para dejarme amar por el, en un tiempo suficientemente largo y a solas».

Y así lo hacía. Sus Hermanas de Comunidad lo afirman con cariño: «Disfrutaba en la oración». Tenía un tiempo fijo: la primera hora de la tarde, cuando cada una íbamos a nuestras ocupaciones, el lugar de su cita era la capilla.

Vivía en continua oración. Pudo afirmar ella misma el 5 de febrero de 1983:

«Cuando voy a la oración, mejor dicho -en oración vivo siempre- cuando me ocupo sólo de atenderlo a El, advierto que inmediatamente entro en su paz y en su amor al contemplarle en su Sacratísima Humanidad... Así me paso horas y horas sin cansarme, con deliciosa paz y esta unión me fortalece para compartir con El en plenitud de vida y misión la Pasión y Redención, enviándome luego en su nombre para pregonar la Gloria del Padre y anunciar la paz a los hombres».

Algunos podrán pensar que Angelina vivió fuera de la realidad, que no pisó la tierra. Nada más lejos de la verdadera mujer sencilla, profunda, humilde, entregada. Vivió su relación con Dios a través de las pequeñas cosas de cada día, intentando descubrir en cada instante la Voluntad del Padre para decir gozosamente su Fiat.

Estas eran sus palabras:

«Vive de tal manera que cualquier escena de tu vida pueda ser contemplada sin rubor por los espectadores del cielo y de la tierra entera, para gloria de Dios y paz de los hombres».

Y así sencillamente fue creando a su alrededor calor de hogar, clima de familia, inquietud pastoral, entusiasmo vocacional. Prueba de este fervor sincero fueron las numerosas vocaciones que florecieron a su paso para el sacerdocio, el Instituto o los Cooperadores Salesianos. Fue auténtica formadora de valores humanos y sembradora de valores eternos entre las jóvenes y Hermanas. En ellas volcó todas sus ansias misioneras.

Y fiada de Dios, reconociendo su absoluta pobreza, aceptó el nuevo servicio que el Instituto le pedía: fue nombrada Inspectora de la Inspección de Santa Teresa de Madrid. El 31 de mayo de 1983, escribiendo a las Hermanas nos decía:

«Aquí me tenéis, creyendo en los insondables misterios de Dios, con la certeza de su presencia inefable y dispuesta a servir con alegría en las situaciones concretas, como Ella lo hizo».

El 5 de agosto de 1983 empezó su mandato. En el Ofertorio de la Eucaristía presentó sus manos vacías de sí misma para recibir el manojito de espigas de la Inspectoría de manos de la Inspectoría cesante Sor María Pilar Andrés. Gesto cargado de simbolismo que se grabó a fondo en todas las Hermanas. Comenzaba una nueva etapa que sería definitiva: «Las puertas de la nueva ciudad se abren para ti»... La Inspectoría la acogió con gozo y cariño, depositando en ella su confianza y ella con el ardor y entusiasmo que la caracterizaban el mismo día 6 de agosto reunió al Equipo Inspectorial y empezó la organización material y espiritual del siguiente curso. Con profunda humanidad y cercanía aprovechó el mínimo instante para rezar, organizar, recibir a las Hermanas y escribir personalmente a las que la iba escribiendo... y todo dentro de una maravillosa paz... porque escribía el 15 de agosto:

«Siento que ya veo por sus ojos divinos y que El mira por los míos. Sé que su fuerza impulsa mi voluntad y todo lo puedo con su gracia que triunfa en mi debilidad. Siento que su corazón manso y humilde se ha adueñado del mío y lo ha transformado en corazón de carne».

Angelina caminaba ya a velas desplegadas. El mismo día 15 de agosto, un mes antes de su muerte, escribe:

«No prolonguéis más esta espera, no quiero retardar la espera».

Mientras tanto sigue con generosa donación su recién estrenado servicio, alentando en sus circulares y en sus conversaciones el entusiasmo vocacional, la entrega generosa y sin condiciones al amor, pidiéndonos con San Pablo: «No apaguéis el Espíritu» (1 Tes 5,19) y lanzando a toda la Inspectoría un grito esperanzador y entusiasta: «Boguemos mar adentro».

Así llegó el 19 de septiembre. Con Sor Araceli Andrés, Ecónoma Inspectorial, parte para realizar su primer y rápido contacto con las Hermanas de las Casas del Norte y tener así también una panorámica de las obras que allí tenemos. Cuánto gozaron las Hermanas con esta visita. Humana, sencilla, como si nada dijera ni hiciera, Angelina llegó a cada Comunidad dejando un rayo de luz, aroma de servicio generoso y exquisita sencillez. Previamente nos había comunicado el objetivo inspectorial para este año: «La animación», queriendo significar con ello «todo el misterio de gracia que se encierra en la Redención: He venido para que tenga vida y vida abundante... Se trata de dar vida desde dentro.

Por donde pasó fue hablando sin palabras, desde su vida, desde las implicaciones del objetivo inspectorial, actuando su significado silenciosamente, consciente de la entrega total y absoluta que suponía el dar vida.

Amaneció el día 24 de septiembre, día de su estrella, fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes... Era sábado. Se despidió de las Hermanas de Santander para llegar a comer, según sus proyectos, a Villamuriel de Cerrato (Palencia). En el camino la conversación con Sor Araceli fue prolongada meditación... los anhelos del espíritu son incontrolables... rezan por todas las necesidades de la Inspectoría, del Instituto. En cierto momento Sor Angelina coge el volante del coche y así Sor Araceli podrá descansar y ella intenta hacer un poco de práctica con su carnet recién estrenado. Estaban llegando a Aguilar de Campoó (Palencia). De pronto allí en la carretera la esperaba su Señor y se fundieron en un abrazo único. Era pasado el mediodía. En la carretera quedaba un símbolo: las páginas que leyera durante el viaje, en especial la oración por las vocaciones y la que reflejaba el objetivo inspectorial: animar es dar vida, quedaron subrayadas con su sangre generosa...

Si el grano de trigo no muere no da fruto...

Animar es dar vida...

Feliz el Salesiano que muere en la brecha...

La noticia llegó rápida a Madrid a la Casa Inspectorial. No es fácil dar crédito a los oídos. ¡Cuánto dolor! En seguida partieron para el lugar del suceso Sor María Pilar Andrés y Sor Laura Iglesias, las dos Inspectoras anteriores, su hermana Sor María y alguna otra hermana. Mientras tanto las Hermanas de la Comunidad de Villamuriel corrían presurosas. Sor Araceli quedó herida y fue trasladada a la clínica de Palencia.

Pasadas las 12 de la noche el furgón acompañado por las Hermanas y por los Salesianos que acudieron a Palencia regresó a Madrid. ¡Qué profundos sentimientos de dolor embargaban todos los corazones!... En la Casa Inspectorial esperaban Sor Pilar Letón y Sor Teresa Esteban, enviadas por Madre General para compartir con todas este gran sufrimiento.

Su padre, hermanos, Hermanas, Antiguas Alumnas de las Casas por donde pasó Sor Angelina, Cooperadores, Padres de familia, amigos... desfilaron ininterrumpidamente ante su cadáver para tributar su postuma demostración de cariño y lealtad a tan fiel Hija de María Auxiliadora. Oraciones, lágrimas, dolor, esperanza, confianza de tener una gran intercesora en el cielo, todo ello mezclado formaba el escenario indescriptible. «¡Qué inescrutables son tus designios, Señor! ¿Qué nos querrás decir con esta muerte tan inesperada? Habla, Señor...

A mediodía del día 25 domingo, se celebró el funeral de «corpore insepulto». Concelebraron el padre Inspector don Cosme Robredo y más de cien Salesianos. Un dolor hondo y sereno aleteaba en toda la asamblea. Angelina estaba presente con su paz. Parece como si actuara aquello que últimamente escribió:

«El Espíritu de Amor me impulsa a pacificar en Cristo todas las cosas...»

Después del funeral todas acompañamos sus restos hasta el panteón de las Hermanas en el Cementerio de la Almudena de Madrid. Fue algo conmovedor... Ella que se consideraba tan poquita cosa, tan insignificante, totalmente pobre, carente de cualidades y de experiencia, convocó una auténtica multitud, convocó a su querida familia Salesiana.

Finalizamos estos rasgos biográficos sabiendo que no hemos podido abarcar en su totalidad la insondable profundidad espiritual y humana de Angelina. Son breves pinceladas de una vida sencilla, serena, abrasada de amor, intensamente vivida en el gozo de la entrega fiel y solícita a su Señor.

SOR PIEDAD RAMOS

Nació: el 28 de agosto de 1932 en Revilla de Santullán (Palencia)

Profesó: el 5 de agosto de 1952 en Madrid

Murió: el 23 de octubre de 1983 en Madrid

Sor Piedad nació en Revilla de Santullán, un pueblo de la provincia de Palencia el día 28 de agosto de 1932. Su familia es profundamente cristiana y florecen las vocaciones en el interior de ella: varios tíos y primos son sacerdotes.

Su padre era minero y ella la mayor de tres hermanos. Gozaban de una posición económica media, pero pronto el dolor azota a la familia y cuando Piedad sólo contaba nueve años el padre muere en accidente en la mina.

Este suceso produce un gran cambio en la familia que desde entonces sufre dificultades económicas al recibir la madre una paga ínfima para mantener a sus tres hijos.

El sufrimiento modela y madura a Piedad quien en pocos años se hace tremendamente responsable. Su corta edad no le permite llegar hasta el fondo de la tragedia que está azotando a su casa. Un día al volver de casa de los tíos pregunta: «¿Mamá por qué en casa de los tíos siempre están alegres y nosotros vivimos tan tristes?»

Su madre tiene que hacerle partícipe de su dolor y de las dificultades que encuentra para sacarlos adelante y Sor Piedad desde entonces toma parte en el problema cuidando a sus hermanos y ayudando en las labores de la casa.

A los catorce años tiene que salir de casa para irse a Aguilar a trabajar con una familia, de esta forma sería una boca menos para su madre y una ayuda económica para todos.

Es todavía joven, pero desempeña el trabajo con mucha responsabilidad por lo que llega a ser muy querida en la familia donde trabaja.

Esa separación de su madre y de sus hermanos llega a ser muy dolorosa para ella que era tan amante de la familia. Nos cuenta una hermana que cuando eran pequeñas solían ir todos los años al pueblo de la abuela con ocasión de las fiestas. Allí se reunían los tíos y primos. Sor Piedad vivía este acontecimiento con gran ilusión a lo largo de todo el año. No era la fiesta lo que le interesaba sino el encontrarse con toda la familia.

Su tío, don Tomás, muy amante de las vocaciones, Salesiano enamorado del espíritu de Don Bosco, descubre en su sobrina las dotes para ser excelente Hija de María Auxiliadora y la conduce al Postulantado. Tenía entonces Piedad 18 años.

Los años de formación fueron para ella un tiempo de gozo y paz. Era un alma sencilla, abierta a la gracia y todo lo que recibía y aprendía de sus formadoras era para ella motivo de alegría y gratitud.

Hace su profesión el día 5 de agosto de 1952 y es destinada a la Casa de Zamora donde las Hermanas atienden la cocina y la ropería de los salesianos. Aquí empieza su misión y una vida de servicio y entrega sin límites.

Los primeros años fueron de adaptación y nada fáciles, pues los trabajos de la cocina eran nuevos para ella, pero puso todo el empeño en aprender y responder del trabajo que le había sido encomendado.

Era todavía joven profesa cuando su madre enfermó de cáncer. Fueron momentos duros que sólo la fe ayuda a superarlos. Sufre tremendamente al ver a su madre enferma y no poder atenderla. Por otro lado ve a sus hermanos todavía jóvenes que se quedan solos. Cuando le permiten visitar a su madre el corazón se le desgarró, pero su fe y confianza en Dios son firmes y en Él se abandona. La muerte de su madre, el no poder acompañarla en su enfermedad fueron una gran prueba para su vocación; pero había dicho un sí incondicional y jamás vacila en el camino elegido. Pone a sus hermanos bajo el mando de la Virgen y está segura de que Ella los protegerá.

En Zamora realiza una labor callada y sacrificada que vive con entusiasmo y gran generosidad a lo largo de 23 años. Está en la Casa de Zamora dos veces, en Santander, en Madrid (Ferroviarios) y Urnieta. Allí cae enferma y es trasladada a Madrid.

Sus primeros años en Zamora no fueron nada fáciles. La Directora de carácter fuerte la hace sufrir mucho, pero Sor Piedad no se rebela ni pronuncia una palabra de protesta, al contrario, viendo en la Superiora una representante de Dios es atenta y detallista con ella, llegando incluso a ser mal interpretada por las Hermanas quienes no sabían nada de sus grandes superaciones ni de su gran caridad.

De Zamora es trasladada a Santander con la misma Directora y jamás pensó Sor Piedad en quejarse, sino que veía en ello la mano de Dios que la purificaba y hacía madurar en el sufrimiento.

Era de naturaleza tímida y callada y no se defendía si era mal interpretada o acusada injustamente, por eso alguna Hermana más de una vez salió en defensa suya.

Su trabajo lo hacía por Dios, por los jóvenes, por los Salesianos y a todos amó profundamente desde su puesto de trabajo. Esas virtudes se captaban por eso fue siempre muy amada por los Salesianos que convivieron con ella. La rectitud con que hacía su trabajo se manifestaba en innumerables detalles: cargada de trabajo no contestaba mal jamás a ninguna Hermana ni a chicas que se acercaban a pedir algo. No importaba si eran oportunas o inoportunas, a todas las atendía con amabilidad. Aparecía siempre serena, aun en los días en que el trabajo era agobiador. Su semblante irradiaba la paz que vivía y nunca se hizo la víctima ni se quejó de cansancio. Su vida, sus fuerzas eran para gastarlas por Dios y por las almas.

Nunca buscó sobresalir, al contrario se preocupaba por pasar desapercibida. Era una persona inteligente, le encantaba leer y formarse pero vivió feliz en su cocina y nunca ambicionó otra cosa que no fuera cumplir la Voluntad de Dios, allí donde El la quería.

Cuando en alguna fiesta los Salesianos o los chicos preparaban algo para agradecerle sus servicios, ella rehuía toda alabanza y había que obligarla a que apareciera para que pudieran manifestarle su agradecimiento.

Fue Hermana fiel a las Superiores y en momentos difíciles ella fue la única que supo defender a una Directora que era mal interpretada por la Comunidad.

Su gran humildad se manifestaba en la vida diaria. Tanto cuando era Hermana como cuando fue Directora, si alguien la ofendía era ella la primera en acercarse a esa persona para restablecer la paz y el diálogo.

Desde la cocina Sor Piedad fue una persona profundamente apostólica, con gran amor a los jóvenes y más especial aún por las vocaciones. Para muchos salesianos jóvenes fue una madre fiel y prudente en la Casa de Formación.

Era de naturaleza buena, creaba armonía, unidad, paz. Sabía perdonar y olvidar no dando importancia a las pequeñas cosas.

El Señor la probó a lo largo de toda su vida, pero ella ama y se fía. Escribe a una Hermana: «Mi vida está sembrada de dificultades, el Señor sabrá por qué. Yo me fío de su ayuda para superarlas con amor y para ello deposito en El toda mi confianza y acepto lo que El quiera».

No se encerró nunca en sí misma y vivía los problemas de la sociedad que la rodeaba. Ofrecía trabajo, oración y sacrificios por los jóvenes y por las vocaciones.

En 1974 siendo Directora de Urnieta contrae la enfermedad de hepati-

tis que después degenera en cáncer, por lo que debe ser trasladada a Madrid donde reside hasta su muerte en 1983.

Amaba la vida para darla y cuando el Señor la visita con la enfermedad vive su Getsemaní día a día. Su lecho es una patena donde se inmola durante casi nueve años. En distintas ocasiones estuvo a punto de morir y luego nos decía que sentía una gran paz cuando estaba tan grave.

Muere aceptando plenamente la Voluntad de Dios, irradiando la paz y la serenidad que habían caracterizado su vida. Fue un alma de paz y éste es el mensaje que nos deja.

SOR ESMERALDA RIVAS

Nació: el 17 de octubre de 1939 en Valdunciel (Salamanca)
Profesó: el 5 de agosto de 1959 en Madrid
Murió: el 6 de julio de 1984 en Bolivia (en accidente de carretera)

Sor Esmeralda nació en un pequeño pueblo de la provincia de Salamanca, llamado Valdunciel, a 13 km. de la capital. Era la quinta de las seis hijas que tuvieron el matrimonio Rivas Escribano.

Su niñez transcurrió en un ambiente familiar cristiano. Sus padres, agricultores de profesión, acostumbraron a sus hijas desde pequeñas a ayudar en las tareas del campo. Iban alternando la actividad escolar con la colaboración en el trabajo de la familia y así Esmeralda como sus hermanas aprendieron en el hogar el sentido de responsabilidad, cumplimiento del deber y del trabajo que fueron las características de toda su vida.

El ambiente cristiano que en el hogar se respiraba favoreció en ella el crecimiento de sus principios religiosos y desde muy pequeña manifestó su deseo de ser Misionera. Todas las noches, antes de acostarse, se ponía de rodillas a los pies de la cama y rezaba ante un cuadro de la «Santa Infancia» pidiendo para que todos los niños llegasen a conocer a Jesús. Con su hermana se ponía de acuerdo para hacer alguna mortificación y ofrecerla para que todos los niños llegaran a conocer y a amar a Jesús.

Poco a poco fue creciendo en ella la idea de ser religiosa y cuando decidió llevar a la realidad su deseo no sabía por qué Congregación decidirse, ya que no conocía ninguna. Había en la familia una prima que era de las Siervas de San José y otra en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. La familia piensa que lo mejor es visitar a ambas para que ella decida. Apenas pisó nuestro Colegio de Salamanca vio claro dónde tenía que quedarse. La Directora la aceptó, pero viendo que todavía era muy joven la invitó a quedarse como interna unos meses, así tendría ocasión de conocer mejor a las Hermanas y continuar sus estudios de cultura general.

Pasó unos meses muy contenta, pero insistía a la Directora pidiéndola ir al Aspirantado, hasta que por fin consigue que la manden al Colegio de Delicias (Madrid) donde se encuentran las Aspirantes. Así es como comienza a estudiar Bachillerato y pronto empieza a distinguirse por sus virtudes no comunes, por lo que las demás Aspirantes la conocen como otra «Laura Vicuña».

A los 17 años tomó la esclavina y junto con su hermana Martina, que

había empezado el Aspirantado hacía sólo unos meses, comenzaron el Postulantado.

El 5 de agosto de 1957 comenzaba con mucho fervor el Noviciado.

Dos meses antes de profesar se encontró mal y tuvieron que llevarla a los médicos que no encontraron nada importante, simplemente los nervios que se habían apoderado del estómago y no retenía alimento alguno. Por algún tiempo ella temió que no la dejaran profesar, pero fue la misma Madre Inspectora la que pidió a todas comenzasen con mucha fe una novena a Laura Vicuña. Antes de terminarla ya estaba completamente curada. Ella consideró siempre este hecho como una gracia singular.

Hizo sus primeros votos el 5 de agosto de 1959 al lado de su hermana Martina. Unos años más tarde vendría la tercera Hija de María Auxiliadora de la familia. Nada más profesar fue destinada nuevamente a la casa de Delicias para completar sus estudios. Después estuvo en Villaamil y de allí fue a la Casa de Cée donde trabajó con todo el entusiasmo que la caracterizaba con aquellas pobres gentes. Su contagiosa alegría, su gran disponibilidad hizo siempre de ella una Hermana apreciada por la Comunidad y de gran ayuda para la Directora.

En el colegio de Burgos -Virgen de la Rosa- trabajó como Maestra de Primera Enseñanza y las niñas pudieron disfrutar siempre de su entrega serena y llena de vitalidad. Siempre la quisieron mucho pues supieron advertir en ella la raíz del amor que siempre les demostraba y que no podía venir más que de un profundo amor de Dios.

Pero donde realmente se encontraba trabajando como pez en el agua era en ambientes pobres y necesitados y así la vemos feliz en Santander, en el «Hogar» una obra social confiada a las Hermanas. Trabaja mucho con esas niñas carentes del amor familiar que ella tuvo la suerte de disfrutar en su hogar y sufre mucho cuando cierran esa Casa. Pasa al Colegio de Nueva Montaña, también en Santander y es nombrada Consejera Escolar. Trabajadora incansable, siempre disponible, es de gran ayuda para la Comunidad que sabe que puede recurrir a ella buscando cualquier tipo de ayuda, pues nunca dirá que no y siempre con la mejor de sus sonrisas.

De estos tiempos recogemos el testimonio de una Hermana:

«Para mí ha sido la Hermana más admirable que he tratado. Destacaban en ella todas las virtudes que siempre habría deseado tener como Hija de María Auxiliadora: era alegre, bondadosa, sacrificada, entregada, disponible cien por cien. Jamás se la veía resentida o dolorida por alguna cosa. Dejaba caer las cosas y buscaba sobre todo el bien de todos los que la rodeaban, Hermanas, niñas, familias...

Una vez que estuve bastante enferma, durante la convalecencia me encontraba muy baja de moral y sin ánimos para emprender de nuevo mis tareas. Ella lo captó más que nadie y con su fina inteligencia me daba algún pequeño trabajo para que yo me sintiera útil. Al mismo tiempo siempre tenía para mí una palabra cariñosa y de ánimo y así poco a poco conseguí que yo volviera a sentirme bien. Su amistad siempre me ayudaba a pensar en los demás.»

Colaboró muy eficazmente con la Directora en la marcha del Colegio de Santander por entonces perteneciente únicamente a los hijos de los trabajadores de la fábrica de Nueva Montaña. Hizo todo lo posible porque llegasen a las clases niñas de pueblos cercanos, mediante un autocar que la fábrica puso a disposición del Colegio.

Era muy entusiasta de la labor docente, por lo que no medía el tiempo cuando se trataba de recuperar a las niñas más atrasadas.

Pero su vocación misionera la tiene bien definida y la ha expresado reiteradas veces a las Superiores. Es en el año 1975 -año centenario de las Misiones Salesianas- cuando es aceptada su petición y parte para Roma a fin de prepararse mientras recibe el destino. En enero de 1976 parte para Bolivia y es destinada a Okinawa como Economa. Llegó a esta nación el 22 de enero de 1976. El 22 de diciembre de ese mismo año es nombrada Directora de esa Comunidad y permanece en su cargo hasta el 2 de diciembre de 1982.

En enero de 1983 es nombrada Economa de la Casa de Montero «Muyurina». Aunque esta nueva obediencia es aceptada con amor, siente mucho dejar la casa de Okinawa, pero las Hermanas encontrarán en ella siempre una Hermana abierta a las necesidades de las demás, alegre y sencilla, buena y profundamente optimista, un verdadero elemento de paz, capaz de superar y relativizar cualquier situación sin dramatismos. Amante de las jóvenes busca la forma de mantener contacto directo con ellas a través de las Catequesis. No faltó al curso de «aggiornamento» para su labor de Evangelización porque decía que era la forma de amar más su vocación misionera salesiana.

Mientras estaba en Okinawa en 1981 tuvo la noticia de la gravedad de su padre y regresó a su pueblo natal para vivir, unida a la familia, esos momentos de dolor. Pudo llegar a tiempo para asistirle los últimos días. Mucho agradeció a las Superiores que le permitieran estar a su lado en el momento de su muerte.

Aunque fue un momento doloroso, su venida fue esperada por todas las Hermanas de la Inspectoría y ella aprovechó la ocasión para comunicar a todas las situaciones de aquellas gentes y cómo se iba desarrollan-

do su labor de evangelización. Nos dejó entrever el cariño profundo que tenía a la gente de Okinawa, a la que sin duda dejó lo mejor de ella misma. «Vivo feliz y contenta», repetía constantemente.

Ya no volvimos a disfrutar de su presencia en la Inspectoría, pues un fatal accidente de carretera se la llevó para siempre desde su querida Bolivia, cuando tan sólo le faltaban dos meses para celebrar sus Bodas de Plata de profesión Religiosa y precisamente cuando volvía de pasar una jornada de retiro y oración para prepararse con más fervor a vivir la acción de gracias por esos 25 años de entrega al Señor. En su breve, pero dolorosísima agonía se pudo percibir claramente esta frase entrecortada: «Hágase la Voluntad de Dios».

La Delegación «Nuestra Señora de la Paz» de Bolivia pidió a las Hermanas que escribiesen voluntariamente aquellos rasgos sobresalientes de su personalidad humana, religiosa y apostólica. Imposible transcribirlos todos, pero bastan estas muestras para estimularnos a vivir con autenticidad los valores auténticos de las almas dedicadas a la extensión del Reino:

«Fue mi Ecónoma durante varios años y por motivos concretos tuve que tratar mucho con ella. Siempre se mostró Hermana comprensiva y atenta. Se caracterizaba en ella la alegría poniendo siempre una nota de armonía y unión en la Comunidad. Saltaba a la vista su piedad y su fe sencilla a lo salesiano. La oí decir poco antes de morir: «Dicen que el Señor para las Bodas de Plata pide siempre algo... ¿qué querrá de mí?... no sé qué será. Se la veía tan contenta que ya daba el sí como respuesta. Ella no sabía lo que le iba a pedir, pero el Señor había decidido pedirle lo máximo: la vida.

«Su paso fue como el de un ángel: suave, bondadosa, su risa cantarina, su mirada brillante de alegría, su amor a las Hermanas, su piedad sencilla y profunda, su actitud servicial... en fin, encarnaba vivamente la personalidad de Don Bosco y de Madre Mazzarello. Si la santidad consiste en amar, en estar alegre y ser bondadosa, podemos afirmar que tuvimos entre nosotras a una santa, gloria para el Instituto».

«Fue mi Directora el año 1980 en Okinawa. He vivido intensamente este período precisamente porque ella era el corazón de todo. Hacía poco que había profesado y tenía que aprender muchas cosas. Me sentí siempre comprendida por ella y se ganó toda mi confianza. Mi carácter tímido y cerrado me dificultaba muchas cosas, pero ella me ayudó a salir adelante. Me admiraba y creo que he aprendido de ella como mejor lección la capacidad de comprender a las personas y de aceptarlas tal cual son, primer paso para crecer en la fraternidad».

«Alimentaba mucho su espiritualidad dedicándose fielmente a los ratos de meditación, a la lectura de los libros salesianos y del *Observatore Romano*. Muy fiel a las Constituciones, especialmente a todo lo que se refiere a la vida de oración.

También las Antiguas Alumnas sufrieron un duro golpe al enterarse del repentino fallecimiento de su querida amiga Sor Esmeralda. Quisieron aportar su testimonio para completar los rasgos biográficos de esta Hija de María Auxiliadora tan ejemplar. Algunas dicen así:

«Fue mi profesora, hizo de sus clases un lugar de aprendizaje diferente a otros. En sus clases se aprendía, se reía, se rezaba, se cantaba... fácil de hacerse entender con los niños, los jóvenes, los adultos... Durante los exámenes era muy estricta, notando siempre un gran interés por la continua superación de todos. Cuando nos veía cansadas nos decía: «Cuando uno siente cansancio debe sentirse feliz y satisfecho porque ha realizado algo bueno». Quienes fuimos sus alumnas hemos sacado mucho provecho de sus enseñanzas».

Otra nos dice:

«Exigía siempre sinceridad, puntualidad y orden. Con ella tuvimos la felicidad de convivir en paseos y retiros espirituales, inculcando el fiel cumplimiento del deber. Nos decía que debíamos estudiar para ser algo en la vida».

Nos privamos de su presencia en nuestra Inspectoría, pero nos sentimos doblemente orgullosas al haber entregado esta Misionera que supo ser en España y en Bolivia una Salesiana de cuerpo entero.

Que el ejemplo de su vida nos estimule a ser auténticas transmisoras de los valores del Reino y que su trágica e inesperada desaparición sea semilla fecunda de nuevas y santas vocaciones.

SOR AMELIA ALONSO SANTOS

Nació: el 16 de mayo de 1923 en San Miguel de Valero (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1942 en Barcelona (Sarria)

Murió: el 25 de diciembre de 1984 en Roma

Sor Amelia nació el 16 de mayo de 1923 a la sombra del Santuario de la Virgen de la Peña en Francia, pues San Miguel de Valero pertenece a la comarca de esa sierra. Por algo diría siempre ella que toda la vida la había pasado junto a la Virgen, incluso materialmente pues desde su cuarto señalaba la Basílica de Turín cuando repetía esta frase en unos años de su vida.

Tenemos poquísimas referencias de los años de su infancia. Creció en un hogar cristiano que dio al Instituto dos de sus hijas.

Cursó Bachillerato en la Academia Labor de Salamanca y entusiasmada con el Instituto marchó a Sarria para hacer su Noviciado.

Ya entonces acusaba rectitud de intención, espíritu de sacrificio y todas esas virtudes de las que más tarde haría honor y de las que podemos decir reflejaban las recomendaciones de San Pablo a los de Tesalónica: «Vosotros, pues, como elegidos y amados de Dios, revestios de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad... soportándoos y perdonándoos unos a otros...

Terminado su Noviciado, profesó en Sarria el 5 de agosto de 1942 y fue destinada a la Casa de Villaamil donde permaneció hasta el año 1948 que la obediencia la quiso en la Casa de La Ventilla también en Madrid.

Durante los años que vivió en Villaamil se celebraron las Bodas de Plata de la Fundación de esa Casa y destacó en la participación y organización de todas las actividades y celebraciones que se llevaron a cabo con tal motivo.

Era incansable en el trabajo, además de las clases durante el día, daba clases nocturna a gente necesitada y además tenía asistencia con las artesanas. Alguna de aquellas chicas, agradecidas por el buen trato y las orientaciones que les daba, han seguido una relación con ella, incluso en los años últimos que vivió en Italia. Todas las chicas conocían sus deseos de ser Misionera y como tal la consideraban cuando estaba en Italia.

En el año 1952 vuelve a Villaamil para ayudar en la Inspectoría y desde el año 1954 hasta 1961 fue Secretaria Inspectorial. Estos años no fueron fáciles para nuestras Casas de España que estaban recuperándose de las

carestías de la postguerra. Ella ayudó muchísimo a incrementar las obras, especialmente la Escuela con la pasión por las almas y la fuerza de voluntad que la caracterizaban.

Traslada a Italia en 1961, pasó en Casa Generalicia 23 años, primero en Turín y luego en Roma, atendiendo los trabajos que la Madre General le mandaba. No obstante no se desvinculó nunca de la Inspectoría de Madrid e incluso destacaba su acogida y ayuda cuando alguna de nuestras Hermanas, por diversos motivos tenía que ir a Roma. Ella siempre estaba ávida de noticias de la Inspectoría y preguntaba y se interesaba por todas con mucho cariño.

En los tres últimos años de su estancia en Italia, antes de su muerte, prestó su servicio en la Secretaría de Estado del Vaticano con competencia y dedicación admirable, haciéndose estimar y amar por cuantos trabajaban con ella y siempre dejando en un lugar destacado al Instituto.

Sobresalió siempre en ella su vida callada, sacrificada, teniendo como norma de vida el no molestar nunca a nadie. Pero lo que realmente fue en ella virtud característica fue su amor a la pobreza. Se puede decir que como María fue la «pobre de Yavhé».

En un escrito que Sor Amelia posiblemente elabora en el hospital, quizá presintiendo su próximo final, encontramos estas palabras: «Puedo honestamente decir delante de Dios que he hecho todo cuanto he podido y sabido con amor y por amor, para la gloria de Dios y por el bien del Instituto que he amado y servido siempre fielmente con todas mis fuerzas. A Dios, a mis padres y a mi familia debo la fe, la rectitud moral, el amor a la justicia y a la coherencia. No pocas veces, por permanecer fiel a estas enseñanzas he debido luchar contra corriente. He considerado una gracia inmensa, acrecentada con el paso del tiempo el don que el Señor me hizo con mis padres, su comportamiento me ha confirmado siempre en los valores espirituales y morales y el recuerdo de su testimonio me ha servido siempre de mucho en la vida».

Cuando conocimos su muerte surgió un gran interrogante: ¿habrá ofrecido su vida y sus dolores por el Papa y la Iglesia? Porque Sor Amelia era consciente de que todo bautizado no sólo debe ser apóstol, sino hasta mártir cuando la causa de Dios así lo pida.

Desde muy pronto sintió deseos de trabajar en terrenos de Misión y si no lo consiguió, sí que entregó su vida al servicio de la Iglesia en sus últimos años, siendo una de las primeras mujeres que ocuparan un puesto en la Secretaría de Estado del mismo Vaticano.

Su ejemplo de coherencia y de autenticidad nos anime en nuestra

vocación religiosa y pidamos a Sor Amelia interceda ante el Señor para que haya muchas y santas vocaciones en la Iglesia, en el Instituto y en nuestra Inspectoría.

Jesús vino a buscarla al hospital «Regina Elena» de Roma el mismo día que celebramos los cristianos la Navidad. Que su partida sea todo un signo para nosotras.

SOR ANTONIA MARTÍN

Nació: el 22 de octubre de 1907 en Parada de Rubiales (Salamanca)

Profesó: el 8 de septiembre de 1936 en Casanova (Italia)

Murió: el 29 de mayo de 1985 en Madrid

Sor Antonia Martín nació en Parada de Rubiales (Salamanca). Sus padres Eduardo y María, sencillos labradores se preocuparon de la formación cristiana de su hija. Es bautizada a los cinco días de su nacimiento y aunque ahora pueda extrañar, tan sólo con cuatro años es confirmada, ya que en los pueblos de Castilla se aprovechaba la visita del Sr. Obispo para recibir este Sacramento y a él se acercaban todos los niños y jóvenes que hubiera en el pueblo desde la última visita del prelado que estuviesen sin confirmar.

Su infancia transcurre serena. Ayuda en la medida de sus fuerzas a las tareas de su casa y cuando va creciendo también colabora en los trabajos del campo. Asiste con regularidad a la Escuela y se esfuerza por aprender todo lo que en la misma le enseñan.

Muy pronto el dolor visita su familia y era muy pequeña cuando se quedó huérfana de padre y madre.

Comienza ahora una nueva etapa en su vida. El Párroco del pueblo y la maestra se interesan por ella y se ocuparon de hacer todas las diligencias para que pudiera ir a Salamanca a trabajar. Y fue precisamente en el Colegio de las Hermanas, en el paseo de Canalejas donde ella empezó a trabajar como chica de casa para ayudar en las tareas de limpieza.

Tuvo la suerte de coincidir con la Sierva de Dios, Sor Eusebia Palomino, que en las mismas condiciones que ella entró en el Colegio a trabajar.

La Directora del Colegio en aquellos tiempos, Sor Lucía Martínez, que conoció personalmente a Don Bosco, muy pronto se dio cuenta de las cualidades intelectuales de Sor Antonia y le facilitó el poder estudiar al mismo tiempo que trabajaba. Solía acompañar a las chicas de Magisterio a la Normal, haciendo de Asistente.

Ayudada por becas de Beneficencia pudo sacar la carrera de Magisterio.

En este ambiente de estudio y trabajo conoció el espíritu salesiano que le caló muy dentro. Comenzó a surgir en ella la vocación a la vida religiosa.

Sor Antonia era muy baja de estatura, tanto que al insinuar querer entrar en el Instituto, le ponían alguna dificultad.

En una visita que hizo al Colegio Don Marcelino Olaechea, Obispo Salesiano, estuvo conversando con las chicas sobre la vocación. Ella, venciendo su timidez, le dijo: «A mí no me quieren porque soy pequeña». A lo que el Superior le respondió: ¡Cómo! ¿También para ser Salesiana se necesita como para la mili dar la talla?... Después de este encuentro se interesó del caso, habló con la Directora y Sor Antonia pudo entrar en el Instituto.

Comenzó su Noviciado en Sarria (Barcelona). Allí le sorprendió la guerra civil española y fue trasladada con otras Hermanas a Italia. Profesó en Casanova el 8 de septiembre de 1936.

Regresó a España ese mismo año, siendo destinada a Salamanca. Aquí comienza una larga etapa -23 años- en la que se distinguió como excelente profesora y educadora salesiana.

Había destacado en ella su habilidad y aptitud para las Matemáticas. Se preparó en esta materia y fue por muchos años profesora en los cursos de Bachillerato.

Son muchos los testimonios de Antiguas Alumnas. Recogemos algunos:

«He sido alumna de Sor Antofñita durante siete años en Salamanca. Era nuestra Profesora de Matemáticas y Consejera Escolar. Siempre estaba entre las niñas y jóvenes. Amante del deber. Hablaba poco y hacía mucho. Exigía el deber y lo hacía amar. Excelente Profesora de Matemáticas, tenía el arte de hacerse entender por todas y de hacer de la asignatura un poco «temible», algo amable. Era un arte ganado y ofrecido. Seguía a cada persona y tenía asimilado el Sistema Preventivo para llegar a cada una. Nos enseñaba a ser responsables y a aprovechar el tiempo como un tesoro».

«Una Hermana que vivió con ella, comenta que las niñas la querían porque era exigente y les enseñaba muy bien. Dice: «Era muy frecuente en ella cuando iba a asistir al estudio de niñas, sacar una libretita y hacer además de apuntar a aquéllas que hablaban para bajarle la nota. Otras veces con su minúsculo lapicero hacía o simulaba que ponía ceros. Al comentarle alguna Hermana por qué ponía tantos ceros, ella sonriente le decía: «los pongo en el aire». Buscaba todos los medios para que las chicas aprovecharan el tiempo».

«Su autoridad era moral. Bastaba que apareciese entre las niñas bullisiosas y pidiera silencio, para que éste fuera total. Las Hermanas se lo comentábamos y ella nos explicaba que no tenía necesidad de imponerse con castigos, a una señal la obedecían».

Como en la Comunidad había otra Hermana que también se llamaba

Sor Antonia, para distinguirla un profesor siempre decía: «Búscame a Sor Antonia «la chiqui». Así fue cundiendo el apodo y con cariño en el ambiente de Salamanca se la conocía por Sor Antonia «la chiqui». Otras en cambio, sobre todo en la última etapa de su vida la llamaban Sor Antoñita.

Pequeña de cuerpo, pero grande de espíritu.

Cuenta una Hermana: «A pesar de nuestra diferencia de estaturas -ella era tan bajita y yo demasiado alta- nos tocaba salir muchas veces a las dos de paseo con las niñas internas y a otras incumbencias, lo que motivaba hechos graciosos que al llegar a Casa ella misma los relataba aumentándolos y coloreándolos para hacer reír».

«Me llamaba mucho la atención cómo sabía ser elemento de paz en la Comunidad. En esos momentos de tensión que suelen darse, ella solía salir con alguno de sus dichos graciosos, que sin herir a las interesadas, aunque fuera la Directora, suscitaban la risa y aquello se cortaba por completo. Y no es que fuera de una naturaleza graciosa, más bien sabía industriarse para proporcionar bienestar y alegría».

Era una trabajadora infatigable, consciente de que su vida, su inteligencia y su tiempo eran dones de Dios.

«Admiré siempre en ella, dice una Hermana, el amor al trabajo y un trabajo escondido, donde encontraba su mayor satisfacción. Su lema: todo por amor de Dios».

Sor Antoñita fue una florecilla de sencillez y laboriosidad incansable, cuyo único alimento fue el amor a su Jesús. Entrañable y desprendida. Poseía gran autoridad entre las alumnas que se dejaban aconsejar, seguras de su interés y cariño por ellas.

Nunca pretendió ni pidió nada, siempre dispuesta a dar».

Una característica peculiar de ella fue su gran amor al Instituto, arrastró tras de sí numerosas vocaciones salesianas. Se preocupaba por las Hermanas jóvenes, por sus estudios, porque se promocionase cada una según sus posibilidades. Son muchas las Hermanas que recibieron una ayuda particular que ella ofrecía generosamente a aquéllas que encontraban dificultad con las Matemáticas.

Era muy devota de Santa Teresa. Muchos dichos de la Santa los hacía suyos.

En el año 1959 recibió su primer cambio de Casa y fue destinada a El Plantío (Madrid). Sigue entregada a la enseñanza preparando a las Aspirantes y Postulantes que debían examinarse como libres en el Instituto.

Muchas Hermanas recuerdan el interés que demostraba por las chicas y Aspirantes que presentaba a los exámenes porque aprendieran y fueran bien preparadas. En los días de exámenes pedía una oración especial por ellas. Varias Hermanas la vieron en estos días rezar con los brazos en cruz ante la imagen del Corazón de Jesús.

Cuando se separaron las obras de El Plantío y comenzó a funcionar el Colegio siendo independiente del Aspirantado, Sor Antonia pasó a formar parte de esta Comunidad. Era el año 1970.

De estos años contamos con el testimonio de la Directora de la Comunidad:

«Conviví con Sor Antonia durante dos años en El Plantío (1970–72). Ya estaba llegando al límite de la edad y de las fuerzas en su labor docente como Profesora de Matemáticas en la segunda etapa de EGB. Era muy apreciada por las alumnas. Valoraban en ella su competencia profesional, su capacidad de adaptación al nivel de la clase y de cada alumna, y su cercanía a todas, sobre todo a aquéllas que tenían más dificultades en seguir las explicaciones y el ritmo normal de la clase. Cada una se sentía ayudada y guiada.

A las Hermanas que entonces vivíamos en la Casa nos llamaba la atención el gran cariño que le tenían también las Antiguas Alumnas. Era a ella a la primera que buscaban para recordar y agradecer todo el interés que por ellas había demostrado. Se notaba que Sor Antoñita se encontraba a gusto y gozaba estando entre las niñas: en clase, en los recreos, en los paseos, a la entrada y salida de las clases, en todo momento. Y siempre atenta, delicada, educadora, con la palabra y el ejemplo.

Frecuentemente llevaba bajo el brazo algún volumen de las Memorias Biográficas o la Santa Biblia. Eran las fuentes de donde ella sacaba cada día la fuerza para vivir la caridad pastoral, en una entrega gozosa y continua a lo largo de la jornada.

En la Comunidad su presencia era muy valorada por su serenidad, su disponibilidad a todos los trabajos y su espíritu de sacrificio, que se manifestaba en los pequeños detalles, como recogida de papeles por los patios, cuidar los rincones más olvidados, etc. Todas admirábamos en ella su sencillez, una gran humildad y cercanía. A su lado se estaba bien».

En enero de 1982 tuvo la primera trombosis que disminuyó en parte sus facultades, repitiéndose nuevamente en julio de 1983, de la que se recuperó en parte muy lentamente.

Las atenciones continuas que requería su enfermedad hicieron que las

Superioras pensaran en trasladarla a la Residencia de Santa Teresa, Casa de Enfermas.

El mal fue menguando sus facultades. Varias veces fue hospitalizada, hasta que entró en estado de coma. Murió el 29 de mayo de 1985.

Ha sido una religiosa ejemplar, sencilla, humilde, sincera, fraterna, sacrificada, entregada a su labor docente con gran generosidad y espíritu salesiano, apreciando al máximo el valor de la asistencia en la práctica del Sistema Preventivo.

Tanto las Hermanas como las alumnas que han vivido con ella la recuerdan con inmenso cariño y gratitud, reconociendo las virtudes que poseía y sobre todo su espíritu de trabajo y sacrificio, así como su entrega a las chicas, por las que trabajaba sin descanso y con el mayor interés.

SOR AMBROSIA MARTÍNEZ

Nació: el 7 de diciembre de 1904 en Moreda (Álava)
Profesó: el 5 de agosto de 1930 en Barcelona (Sarria)
Murió: el 31 de julio de 1985 en Madrid

Sor Ambrosia Martínez San Millán nació en Moreda (Álava) el día 7 de diciembre de 1904.

Sus padres se llamaban Odón y Victoria y eran excelentes cristianos.

Dios la dotó de bienes y educación sólida, preparándola para ser más tarde madre y maestra acogedora con una rica personalidad.

Profesó en Barcelona-Sarriá el día 5 de agosto de 1930 y encontró en la Casa Salesiana el ideal de toda su vida.

Amaba a Don Bosco con aquella intuición femenina que caracterizó a Madre Mazzarello y a las primeras Hermanas, buscando el modo de que el espíritu salesiano se encarnase hoy con aquella fuerza salvadora llamada: Congregación Salesiana.

Eran los años difíciles de la República y de la Guerra Civil española. Ella en sus primeros años de vida religiosa y guiada por su impulso salvador, se dio de lleno a niñas huérfanas, jóvenes y familias necesitadas que siempre llevó en el corazón.

Desplegó su apostolado en las Casas de Villaamil, Torrente, La Ventilla, San Vicente (Sevilla).

Desde 1941 hasta 1965 trabajó incansablemente en la Inspectoría de Nuestra Señora del Pilar, siendo Consejera y Directora durante catorce años en las Casas de Alicante, Sepúlveda (Barcelona) y Valencia.

Atestigua Sor María del Carmen Martín-Moreno: «Mi primer contacto con Sor Ambrosia fue en Madrid, en la Casa de Villaamil en 1940, cuando yo comenzaba a frecuentar esa Casa para conocer a las Hermanas y estudiar de cerca mi vocación. Había manifestado desde el primer momento mi deseo de ser Misionera.

En la jornada del Domund de aquel año, hábilmente se me dio la oportunidad de trabajar en el teatro como misionera y fue sor Ambrosia, que tenía más o menos mi estatura, la que me prestó el hábito, circunstancia que aprovechó muchas veces para hablarme de vocación.

Cuando estaba en el Aspirantado perdí totalmente la pista de Sor

Ambrosia, pero después supe que en la división de Inspectorías ella había quedado en Barcelona.

Estuvo en Valencia como Consejera y dio un gran impulso al Colegio. Las Hermanas y Antiguas Alumnas guardaron siempre un recuerdo muy grato de ella.

De Valencia pasó a Alicante (Benalúa) donde estuvo algún tiempo de Consejera y en el año 1948 fue nombrada Directora de dicha Casa. En 1954, el último año de su directorado en Benalúa, hubo de hacerse cargo también de la fundación del Colegio de Huérfanas de Ferroviarios, construido en el monte Tosal y que desde siempre se denominó familiarmente «El Castillo». Fue mucha la fatiga que tuvo que sostener para atender las dos Casas aquel año. Al siguiente pasó como Directora Fundadora. Le tocó la parte dura de la fundación, pues al no ser propiedad nuestra había que ir equilibrando palabras y acciones para poder actuar nuestro Sistema Preventivo en la educación de aquellas quinientas internas, niñas y jóvenes, que nos habían confiado. Su gran salesianidad supo imponerse y ganó la partida. El Consejo de Administración de los Colegios de Huérfanos de Ferroviarios quedó prendado de nuestro estilo y del espíritu de familia en que las internas se movían.

Estuvo allí hasta 1960 ó 1961 en que la destinaron nuevamente a Valencia en calidad de Directora.

Su temperamento fogoso, su inagotable trabajo y sobre todo el clima, minaron su físico convirtiéndola en una persona enfermiza. Tenía que pasar muchos días en cama y a pesar de sus esfuerzos y óptima voluntad, no le fue posible continuar como Directora de aquella numerosa Comunidad y de aquel gran Colegio que estaba en fase de aumento progresivo en obras y en alumnado. En esta situación la encontré cuando asumí la Inspectoría de Barcelona.

En aquellos tiempos no era común exonerar a una persona de su cargo antes del tiempo establecido. En un fraterno diálogo con ella, Sor Ambrosia supo comprender que se trataba solamente de buscar su bien, su mejora en la salud y al mismo tiempo el de la Comunidad y el de las obras. Y aceptó con sencillez su nuevo campo como Ecónoma en la Casa de Barcelona-Sepúlveda. Comenzó con entusiasmo su nuevo servicio en una hermosa actitud de entrega, desarrollando todas sus capacidades que eran muchas, con las que sabía servir a Dios y a sus Hermanas.

Pero el clima de Barcelona no la favoreció tampoco. El especialista le diagnosticó «enfisema pulmonar» y aconsejó, que a ser posible, trasladasen a la Hermana a la meseta castellana, que era el clima y la altura que su enfermedad precisaba para mejorar. Este fue el motivo de su traslado a

la Inspectoría de «Santa Teresa» de Madrid. Le acompañé en este viaje y expresé infinitas veces su inmensa gratitud, que después me demostraría siempre en los diversos encuentros que tuve con ella».

Hemos sido testigos de su llegada a la Inspectoría por motivos de salud, de su amor entrañable al Instituto en las personas queridas con las que ha trabajado, de su incondicional servicio al Señor en su acatamiento y disponibilidad.

Sus veinte años de trabajo, primero como Ecónoma en Salamanca, Villaamil, El Plantío-Noviciado y luego como Secretaria en Aravaca son toda una lección de salesianidad y entrega.

No perdió ocasión de ejercitar el apostolado de la buena palabra. Tenía una pasión por los libros, eran aquéllos que el Instituto ha ido publicando para ahondar y actualizar hoy el espíritu de Don Bosco y de Madre Mazzarello. Por eso en sus últimos años se ofreció para traducir al castellano el Maccono, las circulares de Madre Angela Vespa y Madre Ersilia Canta, que providencialmente ponen una firma a su vida dedicada a los pobres en el amor a Don Bosco al que seguía con la misma ilusión en sus 55 años de profesión como el primer día que dio a nuestra Familia su generoso sí.

Transcribimos el testimonio de algunas Hermanas que han convivido con ella.

«La conocí en Salamanca cuando llegó de su Colegio de Benalúa (Alicante). La edad y las circunstancias del cambio: Inspectoría, Casa, cargo, no deberían hacer muy fáciles estas nuevas relaciones, sin embargo, parecía rebosar de felicidad, haciendo memoria de su pasado y proyectando su presente.

Creo que toda la Comunidad de Salamanca repetíamos Benalúa como el lugar de la mayor fraternidad y del mayor dinamismo pastoral. «Eramos una piña, decía, refiriéndose a aquella Comunidad que en Alicante había conseguido tantos éxitos. Y de verdad que ponía los medios para lograr esa unidad en su nueva Comunidad, porque esa «piña» era la base de la íntima comunión con Dios que impulsaba al ardor del «Da mihi animas».

«Por su temperamento comunicativo, jocosos y familiares se integró en seguida en la Comunidad de Salamanca. Parecía que siempre había estado con nosotras. Tenía ya 60 años, pero su temperamento era juvenil y conectaba muy bien con las Hermanas jóvenes.

«Lo que siempre admiré y me quedó muy grabado de Sor Ambrosia fue la delicadeza con que trataba a las niñas, a las Antiguas Alumnas y a las personas con quienes hablaba, preocupándose por sus problemas y alegrándose con sus alegrías.

En la vida de comunidad con las Hermanas jóvenes disfrutaba mucho, hablando con entusiasmo y cariño de la Congregación a la que amaba tiernamente.

Era un pozo de sabiduría y memoria prodigiosa. Nos contaba hechos acaecidos en los tiempos heroicos de nuestra Inspectoría y en los difíciles de la guerra, entusiasmando a quienes la escuchábamos.

Tenía un arte especial para propagar la devoción a María Auxiliadora a la que atribuía el bien realizado en las Casas, en la Inspectoría y en todo el Instituto. Era grande su amor a toda la Familia Salesiana y se sentía orgullosa de pertenecer a ella como Hija de María Auxiliadora».

«Fue mi primera Directora, estuve con ella seis años. Durante este período de tiempo aprendí lecciones de vida que me quedaron grabadas para siempre.

Era Sor Ambrosia una gran mujer. Poseía cualidades humanas extraordinarias que sabía comunicar. Sí era una gran pedagoga que muchas veces actuaba a golpes de intuición, otras a impulsos del Espíritu, pero cincelaba.

Su profunda intuición y su fe, la confianza absoluta en la divina Providencia, su sencillez a veces casi de niña, su generosidad, su magnanimidad eran notas características destacadísimas en ella.

Era también abierta, clara, sincera, noble, nada timorata. En aquellos tiempos (1948-54) leía el periódico, lo comentaba, lo dejaba en nuestras manos con naturalidad. Cuando alguien al leer la Sagrada Escritura cambiaba alguna palabra por parecerle más delicada, le exigía que leyera al pie de la letra tal y como estaba escrito.

Era muy alegre y simpática. Algunas veces después de haber dado algún aviso de los fuertes a la Comunidad, al acabar se ponía a reír y decía: «Ahora ya lo he dicho y tan amigas como antes, a disfrutar y reírnos que es espíritu salesiano».

Se preocupó siempre de la preparación profesional de las hermanas y tuvo gran interés en la dirección técnica de la Escuela (ella era una gran maestra) de modo que cuanto tocaba florecía.

Tenía una grandísima confianza en las personas y como Don Bosco las echaba al agua para que aprendieran a nadar... y vaya si aprendían...

Te exigía mucho en todos los campos, religioso, humano, escolar, etc. no te dejaba pasar nada, pero siempre con afecto maternal.

En el año 1974 fue destinada a la Casa de Aravaca (Madrid) como

Secretaria del Colegio. Cumplía sus obligaciones como era su costumbre. Pero poco a poco se fue resquebrajando su salud, ya bastante deficiente desde hacía años.

Nos cuenta de nuevo Sor Carmina: «Quiero hacer constar que a través de los años realizó un precioso trabajo espiritual en sí misma. Suavizó su fuerte temperamento y su unión con Dios era cada vez más profunda y sentida. Esto le ayudó a vivir con alegría sus últimos años en que quedó completamente ciega.

En una de mis visitas a la Casa de Aravaca, no mucho antes de su muerte, me llevó a su cuarto, me abrió la ventana y me dijo: «¿Oye cómo hablan, ríen, juegan y alborotan las niñas en el recreo? Me encanta. Sus voces dan vista a mis ojos y me parece verlas». Era una salesiana cien por cien.

A través de toda su vida demostró siempre un gran amor al Instituto, a María Auxiliadora, a Don Bosco, a Madre Mazzarello y a las Superioras. Y me consta que en el ocaso de su vida fue un magnífico testimonio para las Hermanas jóvenes y Júnioras que formaban parte de la Comunidad de Aravaca».

En el año 1985 su salud se deterioraba por momentos, teniendo síntomas de agotamiento general.

Las palabras iban apagándose en su garganta y la falta de riego sanguíneo fue la causa principal de que le sobreviniera una trombosis.

En este estado fue hospitalizada en la Clínica de Puerta de Hierro de Madrid y ante la imposibilidad de recuperación, fue trasladada a la Casa Inspeccional en donde plácidamente se durmió en la paz del Señor el día 31 de julio de 1985.

Que su recuerdo nos estimule a vivir más intensamente nuestra entrega.

SOR SOFÍA CORONADO

Nació: el 19 de octubre de 1927 en Linares (Jaén)

Profesó: el 5 de agosto de 1948 en Madrid

Murió: el 26 de diciembre de 1985 en Madrid

Sor Sofía Coronado nació en Linares (Jaén) el día 19 de octubre de 1927. Sus padres eran manchegos y después de algunos años de ausencia volvieron de nuevo a Valdepeñas (Ciudad Real) pueblo que ella consideró siempre como suyo.

Era una niña muy vivaracha, amante del cine, del baile, de la pintura. En fin tenía un alma de artista. Era muy sociable, tenía muchos amigos y amigas. En cuanto a los estudios no destacaba demasiado.

Le sorprendió la guerra civil de España cuando tenía 8 años y en ese tiempo frecuentó mucho el cine, cosa que influyó mucho en su vida.

Había pertenecido a las Aspirantes de Acción Católica y en esta época frecuentaba de vez en cuando los Sacramentos y asistía a la Eucaristía de los domingos y días festivos.

En la Cuaresma de 1945 fue invitada por una de la Asociación a participar en una tanda de Ejercicios Espirituales. Ella rehusó la invitación porque tenía la intención de ir a la boda de un amigo por esos mismos días. Al final cambió de idea y decidió hacerlos. En una de las primeras meditaciones fue llamada por el Señor a cambiar de vida y darse del todo a El. Ella era radical en todo y también lo fue en el seguimiento de Cristo.

Cambió de amigas y se dio a la piedad y al apostolado.

Empezó por hacer una hora de oración diaria, rezo del Oficio Parvo de María Santísima y visita a Jesús Sacramentado con Comunión.

En su casa también notaron el cambio. Su ayuda en las tareas se hizo notar. No quería tomar parte en las distracciones inocentes de la feria del pueblo y prefería quedarse ante el Sagrario de la Parroquia largas horas al final de la tarde.

Vendió su colección de artistas cinematográficos y con el importe se compró un cilicio que usó con el permiso de su director espiritual y que dejó al empezar el Aspirantado por no ser una práctica salesiana.

Pronto afloró en ella el deseo de consagrarse para siempre al Señor en nuestro Instituto. En el Aspirantado y Postulado estuvo ávida de captar y asimilar al máximo el espíritu salesiano que desconocía por completo. Le

costó adaptarse a una vida de trabajo y de tan escasas prácticas de piedad. Comprendió que así agradaba a Dios y a su Virgen Auxiliadora a la que tanto amaba.

Durante el Noviciado se distinguió por su vida de piedad y sus visitas constantes a Jesús Sacramentado en el primer banco de la capilla, olvidada del paso del tiempo y de todo lo que pudiera distraerla de El.

Depone una Hermana: «Comenzamos juntas el Noviciado. Desde el primer día me dí cuenta de que era muy comunicativa. No sólo tenía facilidad para comunicarse con los demás, creo que también la tenía para comunicarse con Dios. Su compostura en los momentos de oración era la de un alma fervorosa.

Se fue perfeccionando en la pintura. Pintaba y pintaba con sencillez y espíritu de servicio».

Después de una vida intensa de piedad y de formación en el Noviciado, profesó en Madrid el 5 de Agosto de 1948.

Ejerció como Maestra de Primera Enseñanza y extraordinaria Profesora de Dibujo en la Casas De Burgos-Yagüe donde fue fundadora, Madrid-Noviciado, Villaamil, Salamanca, Plaza de Castilla (como Directora) Malabo y finalmente Valdepeñas y La Roda.

Fue siempre fiel, sincera, respetuosa con las Superiores y amó ardientemente al Instituto.

Vivió dos años en Turín en la Casa de Madre Mazzarello y se empapó bien del espíritu salesiano. Fue por el año 1950 en el que asistió en Roma a la canonización de Domingo Savio.

A mí me dio clase de cultura general. Lo que más me atraía era su jovialidad, dulzura, nunca la vi enfadada, tenía madera de mística.

En el año 1955 fue cambiada a la Dehesa de la Villa para dar clases de elementales y pintura.

Comenta la Consejera: «Tenía poca disciplina, pero quería mucho a las niñas y jóvenes y sentía gran inquietud por las más pobres y las más difíciles».

En el Colegio de la Dehesa de la Villa las niñas eran muy pobres y el Colegio tenía muchas necesidades. Un día se cayó la tapia de la huerta y no había medios para levantarla. Sor Sofía salió con otra Hermana por los barrios de la gente más rica y fue pidiendo casa por casa y luego decía: «les hacemos un favor pidiéndoles de lo que les sobra». Regresaba a casa loca de contenta viendo la Providencia de Dios.

Con su constancia consiguió que las niñas del Colegio de «Nuestra Señora del Camino» visitaran el Colegio nuestro varios años por Navidad y llevaran muchos regalos para las niñas del Oratorio y buenas limosnas para las necesidades del Colegio y Noviciado. Aquello sí que fue la Providencia.

Fue un alma sencilla que se dejaba atraer fuertemente por Dios. Por eso era constante su oración y en sus conversaciones frecuentemente tenía gracia para irradiar esta vivencia del Señor Jesús.

Su espíritu artístico se dejaba impresionar por la belleza y en todo admiraba y veía la obra de Dios.

Su amor a María la llevó a pintar muchos cuadros de Ella, porque decía quería sembrar su amor por doquier. Se le oyó decir que tenía prisa de pintar para dejar la imagen de la Virgen extendida por todas partes.

Cuenta una Hermana: «Dos años viví con Sor Sofía en la Comunidad de la Plaza de Castilla, del año 1970 al 72. Para mí fue una mujer de temperamento fuerte ilusionada en la extensión del Reino de Dios.

«Ella fue para mí, comenta una Hermana, Directora y Hermana, la que me infundió un gran amor a María Auxiliadora y a nuestros Fundadores y a leer y conocer a nuestros grandes Santos contemplativos: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz».

No sólo fueron palabras las que tuvieron ese arraigo en mí, sino su ejemplo y testimonio. Siempre encontré en ella palabras de aliento y consuelo y yo la recordaré con cariño inolvidable».

Sé que muchas Hermanas le deben la profundidad en su vida de oración. Otro aspecto es que era muy generosa, repartía todo cuanto tenía, sus cosas, su persona, siempre estaba a disposición de los demás. Como era muy sensible, la vida comunitaria la proporcionó mucho sufrimiento, si bien lo envolvía todo con el manto de la caridad.

El testimonio de Sor Laura Iglesias: «Después del famoso asunto de María Henar en el que estuvo implicada llevada sólo por el deseo de mayor unión con Dios, siguió su relación normal con las que habíamos tenido que actuar en sentido contrario... y nunca la vi resentida sino siempre atenta, sencilla y amable en su actitud y en su expresión.

Sobre este tema comentaba Sor Sofía con una Hermana: «He obrado con rectitud, lo sabe Dios, también las Superiores lo sabían. Quiero perdonar y empezar otra etapa de mi vida. Más le pasó a Jesús, yo no podía ser menos. ¡Madre mía, ayúdame!»

Cuando en 1980 se abre la Casa de Malabo en Guinea Ecuatorial es

elegida entre las primeras Hermanas para ir a aquella Casa, pudiendo así realizar su deseo de ser Misionera. Entresaco de sus escritos: «Cada día ofrezco mi vida al Señor y de El espero las fuerzas necesarias. me siento muy feliz. Una cosa es decirle a Dios: «soy tuya, haz de mí lo que quieras y otra cumplir su voluntad».

La juventud guineana recibió amor, cariño, testimonio de salesianidad, como tantas Hermanas y niñas de todas las Casas por donde ha pasado.

Este amor ardiente a Dios y a María Auxiliadora ha quedado plasmado en sus cuadros con profusión. Pintó siempre para agradecer algo y como acto de obediencia.

Escribe: «Mi vida sin María Auxiliadora no tiene sentido, es y será el atajo que me lleva a Cristo. Un día se me ocurrió consagrarle mis pinceles y pedirle ser su pequeña pintora». Quería pintar a María a fin de que tanto Hermanas como niñas al ver sus imágenes tuviéramos más y más confianza en Ella.

Depone una Hermana: «Sólo tuve la suerte de vivir tres cursos en Malabo con ella (1980–82). Fue una gran artista, tenía muy buenas dotes y una gran sensibilidad religiosa. La recuerdo en nuestra capilla pequeñita inmersa en Dios, parecía que su semblante se transformaba, fijos los ojos en el Sagrario o en el bello cuadro de María Auxiliadora que ella había pintado con tanto cariño, pulcritud y esmero.

No perdía un minuto de tiempo aunque no se encontraba bien. Para ella era un relax el pintar y así los pocos minutos que tenía libres los dedicaba a este arte: sus Vírgenes negras. Disfrutaba con ellas.

En el año 1982 regresó a España por haber contraído la enfermedad del Paludismo. Fue destinada a la Casa de Valdepeñas en donde estuvo de 1982 a 1985, ocupándose de algunas clases y de Pastoral, haciendo mucho bien a los pequeños y mayores. Como tenía pasión por la pintura hizo una exposición y vendió todos los cuadros en beneficio de las Misiones.

De su vida mística mucho sabe su Director Espiritual de estos años. se puede atestiguar que sobre esta lucha de su pobre naturaleza que se sentía fracasada humanamente, sabía elevarse a una alta contemplación. Sus penas sabía superarlas ante Jesús Sacramentado al que visitaba largamente, después del examen de la noche, si es que no había tenido tiempo de hacerlo antes; muchas noches se quedaba sola en el coro de la capilla haciendo oración.

El cambio de Casa que le costó mucho, fue permitido por el Señor que quería desprenderla de todo lo terreno y prepararla así al gran paso.

El 13 de agosto de 1985 fue destinada a la Comunidad de La Roda (Albacete). Hizo el descanso comunitario con las Hermanas y pudieron oír sus conversaciones profundas, la necesidad de alimentar su vida interior con lecturas espirituales a las que era muy fiel e intentar dar una respuesta cada día más generosa al Señor. Se sintió muy a gusto en la Comunidad, siendo aceptada por todas.

Después de dos meses de curso, sobre el 11 de noviembre, empezó a sentir fuertes dolores en la espalda, fue al médico y éste le dio poca importancia, un poco de reuma, diagnosticó. Sin embargo y a pesar de seguir trabajando, los dolores persisten y el 5 de diciembre fue ingresada en Albacete, pero antes quería confesarse como si fuera a morir y así se lo manifestó al confesor. El día 6 nos dicen que es un cáncer galopante y durará muy poco. Sin decirle el mal que tenía, se le hizo comprender que todo iba mal y asumió con dolor y paz la realidad. Se sentía morir, día a día iba perdiendo fuerzas y ella misma se daba cuenta y decía en los últimos momentos: «Tengo ganas de vivir con tanto como hay que hacer, ya no tengo ansias ni para rezar. Quiero hacer la voluntad de Dios y repetía: «Te ofrezco estos dolores por las vocaciones, el Instituto y la santidad del mismo».

En vista de la gravedad de su estado fue trasladada a Madrid e ingresada en un sanatorio donde fue operada.

La última semana de estancia en el sanatorio recibió el Sacramento de los Enfermos estando presentes las Superiores, sus hermanos y varios Padres Salesianos. Fue una fiesta dentro del dolor.

Los días después de la operación, como le pusieron una sonda no podía comulgar y lo sentía, pero sabía ofrecerlo. Después siguió recibiendo al Señor hasta el día de Navidad, pues tenía plena lucidez y el 26 de diciembre de 1985, a la 1 de la madrugada entregó su alma al Señor.

Gracias, Sor Sofía, sabemos que tu pincelada, tu enseñanza a niñas y jóvenes han sido entrelazadas de Ave Marías y jaculatorias y que como decía Don Bosco, hoy la Congregación ha tenido un gran triunfo pues estabas en el surco del trabajo, Dios te llamó y dijiste Sí. Que tu siembra de amor sea fecunda en vocaciones.

SOR EUGENIA SÁNCHEZ

Nació: el 12 de noviembre de 1901 en Barruecopardo (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1928 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 11 de abril de 1986 en Madrid

Sor Eugenia nació en Barruecopardo, en la provincia de Salamanca el día 12 de noviembre de 1901.

Toribio y María fueron sus padres, personas muy cristianas que educaron con su testimonio a sus hijos. Dios se dignó elegir a tres de sus hijos para la Congregación Salesiana: dos Salesianos y ella.

Estudió en nuestro Colegio de Salamanca, donde conoció a muchas Hermanas que vivían con autenticidad el espíritu de Don Bosco y animada por ese ejemplo, fue surgiendo en ella la vocación religiosa.

En esta misma Casa tuvo ocasión de conocer a Sor Eusebia Palomino que estaba empleada para ayudar a las Hermanas en los distintos trabajos de la Casa. Ya entonces se destacaba Eusebia por su profunda piedad y las niñas la apreciaban, trataban con ella y la tenían como a santa.

Muchos años más tarde sor Eugenia fue testigo en el Proceso Diocesano para su declaración de Sierva de Dios que se celebró en Huelva.

Sor Eugenia en 1926 ingresó como Postulante en Sarria (Barcelona) y después de los dos años de Noviciado hizo su Profesión Religiosa el 5 de agosto de 1928 en Sarria.

Estuvo en las Casas de Alicante, Salamanca, Delicias, La Ventilla, Santander, María de Molina, Emilio Ferrari, El Plantío y la Dehesa de la Villa.

Sus auténticos títulos de identidad son los de Maestra y Asistente.

Cercanía, entrega, espíritu de sacrificio, hicieron de ella una Hermana siempre querida en la Comunidad y por las niñas de las Casas donde trabajó.

Su gran amor al Instituto en un trabajo callado y constante, nos hacen recordarla como una auténtica Salesiana.

La Guerra de España la sorprende en el Colegio de Villaamil (Madrid) y el día 4 de mayo de 1936 sufre con el resto de la comunidad el asalto del Colegio por las turbas y los malos tratos que les infieren de palabra y de obra, teniendo que ser atendidas en la Casa de socorro por las heridas que recibieron. Ella misma nos cuenta repetidas veces los recuerdos de estas jornadas imborrables.

Casi toda su vida fue Maestra de labor, inculcando en las niñas sentimientos de amor a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora. Aquellas clases quiso hacerlas semejantes a las de Mornés, donde cada puntada era un acto de amor a Dios.

Desde 1951 hasta 1959 fue destinada a la Casa de Santander El Alta de los Salesianos, donde las Hermanas se dedicaban a atender a las necesidades materiales de la Comunidad. Lavaba la ropa, ayudaba en la cocina, etc.

Desde el año 1960 al 1968 estuvo destinada en Emilio Ferrari, Madrid. Tenía la clase de párvulos y disfrutaba muchísimo con ellos.

Nos cuentan las Hermanas: «He vivido dos veces con ella y lo que más me llamaba la atención era que a sus 72 años su actitud era incansable. Tenía el oficio del comedor y lo hacía con una puntualidad y esmero exquisitos. Estaba pendiente de todos los detalles. Ayudaba en el taller de punto sin perder un minuto, siempre callada, pero con la sonrisa en los labios. Asistía a las confesiones de las niñas y disfrutaba enormemente ayudándoles con su sencillez y espiritualidad a recibir el Sacramento.

Le gustaba hacerse la encontradiza con las niñas, se preocupaba de sus problemas y les daba el consejo oportuno.

Más tarde, en el año 1985, volví a vivir con ella en la Casa de la Dehesa de la Villa. Le quedaban sólo siete meses de vida que los vivió en plenitud, con sencillez y serenidad.

Continuaba en el taller de punto con la misma puntualidad, dedicación e interés. Seguía también con su cercanía a las niñas. Su lugar de encuentro era la puerta del patio a la hora de los recreos. Apenas la veían, acudían todas sus amigas. Las niñas le decían si habían sido buenas o regulares, ella las animaba a ser santas como Laura Vicuña y las encaminaba para que fueran a ver a Jesús Sacramentado y a rezar a la Virgen.»

Nos dice otra Hermana: «Viví con ella en dos situaciones distintas, una como Hermana de la Comunidad y otra tres años después como Directora.

Una nota peculiar de ella era la serenidad, era una mujer de paz, bondadosa. Tenía un gran amor a las Superiores y a las niñas. Otra era la presencia comunitaria. Gozaba plenamente estando en Comunidad y aportaba todo lo mejor que tenía.

También amaba intensamente a su familia. Con los sobrinos tenía largas conversaciones.

Las Hermanas más jóvenes la querían mucho y le hacían muestras de

cariño repitiéndole frases así: «Geni, bonita». Ella respondía con una sonrisa agradecida».

Su vida espiritual era intensa. Entresacamos algunos de sus pensamientos más íntimos:

- Mi vida religiosa es un tejido de gracias.
- Dios es amor y lo derrama en las criaturas sin merecerlo.
- Un cristiano sin cruz no existe.
- Cuando se ama mucho no hace falta mandar.
- Lo primero que tenemos que hacer es tratar a todos bien.
- Ninguna en su Comunidad debería sentirse extraña.
- Hacer el bien, pero escondido...

Sor Eugenia era una persona muy sufrida. Hace varios años, hacia el año 1977 tuvo un herpes que le causó grandes dolores y fiebre. Todo lo sufrió en silencio, hasta que viendo que no mejoraba tuvo que manifestarlo, con gran pena por su parte.

En noviembre de 1985 empezó a sentirse mal. Todos se pensaron que se trataba de una simple gripe y se le puso un tratamiento sin experimentar mejoría. Se quejaba del vientre. El sobrino médico recomendó su ingreso y en seguida se vio que era urgente la operación. La intervinieron el día 10 de diciembre y cuando abrieron vieron que estaba invadida por el cáncer. Se le dieron pocos días de vida. Pasados unos días mejoró un poco y en las vísperas de Navidad volvió a casa. Se le puso una habitación aislada con dos camas para que la pudiera acompañar siempre una Hermana y para que pudiera recibir con facilidad la visita de sus sobrinos que tanto la querían e incluso de las niñas que seguían entreteniéndose con ella y disfrutando de sus conversaciones. Hacía ganchillo se entretenía con lo que podía, sin pronunciar nunca una queja.

Comía muy poco y en marzo comenzaron los grandes vómitos de sangre.

Hablaba con frecuencia de lo feliz que era en la Vida Religiosa y la suerte que había tenido de convivir con Superiores santas.

El día de la Milagrosa tuvo la Santa Misa en su habitación y recibió el Sacramento de los Enfermos.

Estaba Madre Inspectora haciendo la visita en la comunidad cuando se puso mal y ella misma avisó a la enfermera, a la Madre y con ella vinieron

todas las Hermanas. Al verlas entrar empezó a despedirse de cada una, dándoles las gracias en medio de fuertes dolores. Al marcharse las Hermanas pidió el Crucifijo de su Profesión y lo apretaba contra su pecho al tiempo que señalando con el dedo el cuadro de María Auxiliadora, decía: «María Auxiliadora, llévame contigo».

Sus hermanos, Salesianos de la Inspectoría de Sevilla, Don José y Don Claudio vinieron a verla. Decía: «No se lo querrán creer, pero siento que me estoy deshaciendo por dentro».

Nos dice una Hermana:

«Pocos días antes de su muerte fui a visitarla y le pedí un encargo: que le dijese al Señor que ayudase a mi hermano paralítico a llevar su enfermedad con paz y sin desesperación. Desde que ella murió no le he visto nunca desesperarse y cuando los dolores son más fuertes, repite: «Señor, enséñame a hacer tu voluntad porque Tú eres mi Dios y me ayudas a recuperar la calma».

El día 11 de abril de 1986 Sor Eugenia dejaba de existir y entraba a formar parte del coro de Hermanas que nos esperaban en el Cielo.

Que nos ayude a vivir desde la celeste morada nuestra entrega al Señor y nos aliente con su ejemplo a ser generosas con El.

Se ha ido dejándonos en el alma lo que ha sido el lema de su vida: paz.

SOR MARÍA DEL CARMEN JULIÁN

Nació: el 30 de julio de 1946 en Madrid

Profesó: el 5 de agosto de 1967 en Madrid

Murió: el 12 de abril de 1986 en Madrid

Sor Carmen Julián nació en Madrid el día 30 de julio de 1946. Sus padres, Manuel e Irene, se preocuparon de educar a sus dos hijas en el amor de Dios y para ayudarse a ello las enviaron desde muy pequeñas al colegio que las Hermanas tenían en el Paseo de las Delicias donde ellos vivían. Allí cursó todos sus estudios y participó con gran entusiasmo en toda la vida del Colegio, animada por una fervorosa Comunidad que era estímulo y ejemplo para todas las niñas, prueba de ello fueron las numerosas vocaciones que en esos años recibió el Instituto.

Era muy decidida e inteligente. Sabía muy bien lo que quería y la vocación religiosa despuntó muy pronto en su alma. Fue siempre muy alegre y tenía una gran voluntad que demostraba en sus estudios, destacando en todas las materias por su trabajo e inteligencia.

La capacidad de escuchar a los demás, de darse a las compañeras que veían en ella un modelo, fue una de sus características. Siempre estaba rodeada de amigas. Consideraba obligación escucharlas para ayudarlas. Sus palabras siempre eran bien acogidas. Procuraba que todas se sintieran bien a su lado y esto lo hacía de una forma natural y sencilla.

Vivía intensamente todo lo que pasaba en el Colegio. Participaba plenamente de sus fiestas al igual que otras muchas compañeras. En el colegio por aquellos años reinaba un sano ambiente y para el barrio era una gracia contar con el Colegio como centro de Educación femenina.

Nos dice una Hermana: «Fui compañera de Carmen desde párvulas. Siempre tenía la sonrisa en los labios y las manos dispuestas a ayudar a todas las niñas y más tarde a las Hermanas, incluso en las tareas de limpieza del Colegio que era uno de los signos externos del amor que teníamos a nuestras educadoras.

Todas las tardes hacía fervorosamente la visita a Jesús Sacramentado y a la Virgen. Sintió pronto la llamada del Señor y le siguió con sencillez y madurez impropias de su edad.

A los 16 años dijo a sus padres que quería ser Hija de María Auxiliadora y nos lo comunicó a un grupo de amigas que como ella nos planteábamos la comunicación de esta decisión en casa.

Fueron días tensos, ellos querían que esperara un poco para conocer mejor la vida. Lo planteó con mucha decisión y les dijo que si no la dejaban en ese año esperaría la mayoría de edad para tomar la decisión. Sus padres, con pena, al verla tan convencida le otorgaron el permiso. Luego han vivido siempre contentos de verla tan feliz aun en medio de su enfermedad.

Comenzó el Aspirantado en El Plantío el día 7 de enero de 1964 y después de seis meses de Postulantado fue a la Dehesa de la villa donde estaba el Noviciado y por fin el 5 de agosto de 1967 dio su sí definitivo al Señor haciendo su Profesión Religiosa, muy feliz de alcanzar lo que tanto había deseado y a lo que se había preparado con tanto entusiasmo.

Dio pruebas evidentes durante todo el tiempo de formación de su capacidad e inteligencia, por lo que las Superiores decidieron enviarla a Italia, al Instituto Pedagógico de Turín para que estudiara más de cerca el carisma salesiano y profundizara más en el conocimiento de Dios.

Fue una gracia que aprovechó en extremo y de la que pudimos beneficiarnos en toda la Inspección. A su regreso ejerció como Maestra y Asistente en las Casas de Madrid (Dehesa de la Villa). Ayudó durante un año como Asistente a la Maestra de Novicias, dos años en su querido Colegio de Delicias y por fin fue destinada a Burgos, donde tuvo que dejar el curso sin terminar, pues un fuerte ataque de asma la llevó a poner en peligro serio su salud y tuvo que ser trasladada en una ambulancia a Madrid.

Cuando se repuso un poco, fue destinada a la Casa de Emilio Ferrari donde estuvo varios años como Hermana y después como Directora. Dio todo el amor que tenía y como Directora supo crear un clima de familia propicio para el cultivo de vocaciones que constituían para ella siempre un compromiso eclesial.

Cuando humanamente y a nivel apostólico parecía esperarse de ella un servicio de fecundidad apostólica en los campos en que era experta, Dios la llevó a vivir en el silencio de la oración, las vicisitudes de su enfermedad que ya no la dejaría más. Las sucesivas y graves crisis de asma la obligaron a pasar grandes períodos de tiempo hospitalizada e incluso pusieron en evidente peligro su vida. La Comunidad la acompañaba y seguía el curso de su enfermedad con todo cariño, pues era admirada por todas y sabían apreciar el mundo interior que tenía para poder superar tanta fatiga y limitación con tan temprana edad y con tantas cualidades naturales con las que Dios la había favorecido. Desde esa nueva cátedra siguió siempre con sencillez y alegría, olvidada de sí y con un amor entrañable al trabajo escondido. Estaba siempre disponible a cuanto se le encomendaba.

Oigamos el testimonio de las Hermanas: «Sor Carmen era una Herma-

na buena, entusiasta, con grandes valores que siempre puso al servicio de la misión y con gran espíritu de entrega.

El principio conocido de su enfermedad fue un fuerte resfriado que cogió en la Casa de Delicias. Recuerdo su tos profunda y persistente en aquel catarro por el cual guardó cama largos días. Después apareció el asma...

Fue muy querida como Directora, dinámica y grandemente acogedora. Las jóvenes se sentían atraídas y ella aprovechaba el don para orientarlas cristiana y vocacionalmente.

Cuando tuvo que retirarse de la actividad lo hizo con sencillez, sin hacerlo sentir, con delicada elegancia, porque vivía el amor al que se había entregado».

Sor Carmen era toda humanidad, por eso comunicaba también la experiencia divina. Era un alma de Dios totalmente enamorada del Señor.

Una de las primeras frases que recuerdo de ella cuando yo estaba en Delicias y que me cambió, fue al preguntarle yo cuál era su meta en la vida, su fin, a qué aspiraba... se resistía a contestar, pero con la impaciencia y pesadez propia de la adolescencia, yo no paré hasta conseguir la respuesta: «Hacerme santa ayudando». Yo no entendía y quería que me explicase... «ayudando a los demás a que se hagan santos» me respondió.

En todo este tiempo la he sentido crecer en su vocación día a día, pero especialmente en estos últimos años en que su enfermedad se agravó. Ha sido un ascenso vertiginoso hacia Dios. Parecía que cuando más se complicaban las cosas y más oscuridad sentía mayor era la iluminación interior: «No entiendo nada, no veo nada, pero... me fío».

De ninguna manera quería presentarse ante mí. De un modo idealizado por ello, compartía también conmigo sus momentos de incertidumbre, de soledad, de no ver: «Mis lágrimas son la expresión de mi dolor físico y mi sonrisa de mi gozo interior». Sé que el beso de Dios implica esto. Estoy haciendo una honda experiencia de Misterio Pascual, misterio de muerte, misterio de Resurrección, de vida, de amor».

De vez en cuando en nuestras conversaciones salía el tema de la muerte. Ambas sabíamos que podía llamar a su puerta en cualquier momento y quería estar preparada para cuando el Señor la llamase.

Cuando alguna vez me enfadaba con ella porque trabajaba demasiado, me decía con dulzura: «¿No comprendes que tengo que dar todo lo que pueda hoy porque no sé si mañana podré hacerlo?»

Tenía miedo de dejarse llevar por la comodidad, de que su enfermedad le pudiera servir de pretexto para no entregarse totalmente. Todo lo ofrecía por la Iglesia, por la perseverancia gozosa de las Hermanas, por los jóvenes, por la gente en formación...

Uno de sus sufrimientos fuertes era el no poder trabajar directamente con los jóvenes, esos jóvenes que tenía siempre presentes en un pequeño frasco lleno de pastillas de muchas formas y colores: sus medicinas. Sin embargo se sentía activa en su inacción, aunque el sentimiento de inutilidad de cara a la comunidad, a los jóvenes, al Instituto... la embargaba a veces profundamente. Estos eran momentos tan duros que debía hacer acopio de todas sus fuerzas para seguir adelante en su camino... «mi camino que cada vez se hace más empinado, más costoso...»

Había momentos en que ansiaba la muerte, por un lado, porque le asustaba su futuro de tantos sufrimientos y dolores como tenía, aunque lo sabía disimular bien, no quería ser carga para nadie; pero también para llegar al encuentro definitivo con su Dios, con su Jesús, del que se había enamorado locamente. Hasta que llegara ese momento ella sabía que tenía que ir muriendo un poco cada día.

Creo que sus estancias en el Hospital han sido de una importancia vital en su historia. Sus muchos momentos de soledad, de interrogantes... supusieron para ella experiencias fuertes de Dios. Sentía su presencia y eso bastaba. No protestaba ni hacía preguntas a Dios porque todo estaba aceptado. Y qué duro le resultaba a veces su Fiat. «Hace tiempo que entregué a Dios toda mi vida y El lo sabe».

Ha habido momentos críticos en que por distintas circunstancias, ninguna de las personas que más podían entender su enfermedad y sus consecuencias se encontraban a su lado y en esos momentos de profunda soledad y hasta oscuridad, se dejaba caer en las manos amorosas del Padre. «Señor, quieres que pase esto sola para que me purifique que es lo que necesito. Sé que me quieres pobre y desprendida también de las personas a las que más quiero».

Yo sé que era profundamente feliz porque la verdadera felicidad es la que nace de dentro y en su interior todo era de Dios. Tenía la certeza de que su Señor estaba con ella. «Ayúdame a buscar la voluntad de Dios y a cumplirla» me decía. El estaba presente en su vida, en el centro, era el motor y eso lo sabía transmitir a los demás. «¡Cuánto daría por poder transmitirme lo feliz que soy, aunque fuese un poco!» Y lo consiguió.

«Dios va haciendo su camino en mí y digo su camino porque yo nunca lo hubiese elegido así y porque me está ayudando a meterme de lleno en ese Dios al que no entiendo, al que no veo, que me trae loca, pero al que

amo porque El me ama. Yo querría responderle con todas mis fuerzas... pero son tan pocas...»

Solía decirme: «Este Señor mío me estrecha por delante y por detrás como en el Salmo. A veces parece que se duerme, pero debe ser por exceso de confianza».

Nos cuenta su enfermera: «En sus dolencias trató siempre de abandonarse a la voluntad de Dios. De una profundidad de espíritu poco común, sus conversaciones siempre se orientaban a la confianza.

Muchas noches las pasaba sentada en una silla y con la mascarilla de oxígeno en la boca. No podía vivir sin oxígeno.

Fue limitando sus actividades, todo lo hacía sentada: ganchillo, que hacía con gran perfección y como era muy buena mecanógrafa, hacía de Secretaria del Equipo Inspectorial. Escribiendo a máquina les prestaba una valiosa ayuda, mientras muchos ratos tenía la pipeta de los aerosoles en la boca para mitigar el asma que la ahogaba.

Cuando se le insistía que no trabajase tanto, respondía invariablemente: «Tengo que terminar, no quiero dejar los trabajos empezados». Temía que la muerte la sorprendiera, tenía prisa, sabía que sus días estaban contados.

Leía mucho y comunicaba. Siempre estaba dispuesta para ayudar en cualquier momento: murales, preces, adornos... en todo se recurría a ella en la Casa de Enfermas y siempre respondía con un sí sonriente a cada petición. Era una gran ayuda para la Comunidad.

Por su físico, su gracejo y expresión bondadosa era una persona que impactaba, sobre todo en los jóvenes. Su forma de apostolado directo era el teléfono y el locutorio.

El día 12 de abril, en contra de la voluntad de todas, salió de casa. Hacía mucho frío. Se celebraba en la Inspectoría el Centenario de la venida de las Hijas de María Auxiliadora a España. En el salón de Actos del Colegio de Villaamil–Madrid tuvo lugar uno de los actos conmemorativos: una conferencia sobre el tema del Centenario impartida por un Salesiano.

Sor Carmen manifestaba al terminar la conferencia lo que había gozado en la evocación de las proezas de las primeras Hermanas de la naciente Inspectoría Española.

El teatro está en un sótano y tuvo que subir bastantes escaleras. Se encontraba con mucha fatiga, se le presentaba un ataque de asma. No se disponía allí de oxígeno. La enfermera del colegio le puso una inyección con la esperanza de que mejorase. como no fue así inmediatamente salie-

ron con ella en un coche para llevarla al Hospital. Al pasar por la Clínica de San Francisco de Asís la vieron tan mal, que la ingresaron allí casi moribunda y falleció en el acto. Era el 12 de abril de 1986.

Uno de los pasajes que con más frecuencia le salían en la Biblia últimamente era el del Apocalipsis que dice así: «Mira que estoy a la puerta y llamo y al que me abra entraré y cenaré con él y él conmigo». Su traducción era «y compartiremos la vida». Y Sor Carmen abrió la puerta y compartió el camino de la vida, camino de muerte y de resurrección.

SOR MERCEDES BORRAS

Nació: el 11 de julio de 1892

Profesó: el 5 de agosto de 1915 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 14 de julio de 1986 en Madrid

Sor Mercedes Borrás nació en Barcelona el 11 de julio de 1892.

Era hija única de padres muy cristianos y recibió una esmerada educación religiosa.

Desde muy pequeña asistió al Colegio de Sarria en Barcelona, ya que los padres tenían su domicilio muy próximo a esta Casa Salesiana.

El contacto con las Hermanas y su inclinación a la piedad hicieron que poco a poco se despertara en ella la vocación religiosa.

A los 18 años ingresó en el Noviciado, después de pasar por el Postulantado, dejando un recuerdo de vida ejemplar. Hizo su primera Profesión el 5 de agosto de 1915 en el mismo Colegio de Sarria.

Ejerció su apostolado en las Casas de Barcelona, Salamanca y Madrid (Delicias) siempre como Maestra de párvulos. Inició a centenares de niñas en la lectura y escritura y en sus primeros años de vida dejó una huella de bondad y cariño que, en muchos casos, suplía el cariño materno.

Sus grandes devociones fueron siempre a María Auxiliadora y al Sagrado Corazón de Jesús, devociones que transmitía por osmosis a cuantos se relacionaban con ella.

En Barcelona durante la Guerra Civil de España de 1936 y para salvar la vida de Monseñor Pintado tuvo que casarse con éste civilmente, pues para salir de la zona roja necesitaba un pasaporte y no se lo concedían si no estaba casado.

Sor Mercedes era un elemento de paz en la Comunidad. Sabía seguir con gracejo las bromas que las Hermanas le hacían. Supo contagiar a todas su gran devoción al Sagrado Corazón de Jesús hasta el extremo de hablar de Sor Mercedes siempre evocando la confianza en el Sagrado Corazón de Jesús.

Su obediencia era pronta y alegre. Tenía un don especial para tratar a los pequeños y una paciencia sin medida para adaptarse a sus travesuras. Era puntualísima a las clases. Siempre estaba la primera y nunca daba a conocer su cansancio. Las niñas aprendían mucho con ella a pesar de que en muchas ocasiones el grupo de una clase era superior a las sesenta.

En el Colegio de Delicias celebraba con gran esplendor la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y en las fiestas participaban todas las alumnas en una devota procesión que solían hacer por el patio del Colegio después de celebrar la Eucaristía.

Igualmente celebraban con solemnidad la Fiesta de Cristo Rey. Indudablemente era Sor Mercedes la «promotora» y en estas fechas se ponía el hábito nuevo porque hasta en ese detalle quería que todo fuese especial y festivo.

También colaboraba con la Hermana encargada del teatro. Ella se prestaba para ir ensayando a los diferentes grupos de «artistas» con anterioridad para que la Hermana encargada las tuviese ya preparadas cada domingo para su «debut». A Sor Mercedes le encantaba permanecer en la sombra.

Otra ocupación que caracterizaba a Sor Mercedes era pasarse las horas en la portería rezando rosarios y rodeada de sus capillitas domiciliarias de María Auxiliadora, que pasaban de 150, a las que cuidaba y arreglaba con esmero.

Ya era de edad avanzada y se levantaba a primera hora para tocar la campana que despertaría a la Comunidad. En seguida abría las puertas de la calle y de la Capilla para que pudieran hacer la visita un gran número de jóvenes obreras de El Corte Inglés que tenían los talleres muy cerca del Colegio. Era muy emocionante a esas primeras horas de la mañana ver a tantas jóvenes comenzar la jornada con la visita al Santísimo Sacramento. En la puerta estaba siempre Sor Mercedes animando esta práctica y dirigiendo a cada una la palabra oportuna.

Tuvo siempre la alegría de recibir la visita de sus alumnos parvulitos: unos ya sacerdotes, médicos, Salesianos y otros buenos padres de familia.

Seguía a sus alumnos siempre con la oración, interés y cariño, poniendo un empeño especial en las vocaciones sacerdotales. Un grupo de alumnos que llegaron al sacerdocio se consideraban siempre ligados a ella con un afecto especial porque estaban seguros de que la oración de su antigua Maestra les acompañaba.

Cuando se cerró la Casa de Delicias ella lo sintió mucho porque era consciente del bien que se realizaba en aquel barrio madrileño de clase media.

Se distinguió también Sor Mercedes por su respeto y fidelidad a las Superiores a las que profesaba afecto y confianza.

En sus largos años de achaques físicos y sufrimientos se destacó por su deseo del cielo, su oración constante y su agradecimiento a tantas Hermanas enfermeras que le prodigaban sus fraternos cuidados. Repetía con frecuencia: «La Vida Religiosa es un Paraíso porque se vive con Hermanas muy buenas».

A partir de 1976 Sor Mercedes ya anciana y enferma pasó a la Residencia de Santa Teresa. Era de admirar su espíritu religioso. Sin ver ni oír a penas se pasaba el día en continua oración, siempre con el Rosario en la mano, moviendo sus labios para rezar y besar el Crucifijo.

Murió el 14 de julio de 1986 después de unos días muy dolorosos, pues una caída agravó su estado y los dolores fueron muy agudos. Murió en la paz del Señor como había vivido.

SOR ROMANA OTERO

Nació: el 10 de marzo de 1898 en San Adrián del Valle (León)

Profesó: el 5 de agosto de 1923 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 30 de septiembre de 1986 en Salamanca

Sor Romana nació en San Adrián del Valle, provincia de León, el 10 de marzo de 1898.

Fueron sus padres personas bondadosas y honradas que educaron a sus hijos en el temor y amor de Dios. Esto constituyó para ella una regla de oro para toda su vida.

Buscando siempre lo más recto y agradable al Señor fue haciéndose realidad el deseo de consagrarse para siempre a El y así lo hizo, profesando en el Instituto el 5 de agosto de 1923 en Sarria (Barcelona).

Sus principales actividades dentro de la Inspectoría fueron: asistente, profesora, ecónoma y directora. Toda la vida la llenó de trabajo y sencillez, de testimonio, de obediencia, de delicadeza de trato, por eso es difícil hacer un resumen de su vida.

Como Profesora destacó por su tesón en el trabajo y exactitud en el cumplimiento de sus deberes, siendo entre sus alumnas modelo de piedad sencilla y de amor a Don Bosco y a María Auxiliadora.

Como Directora en momentos nada fáciles, como fueron la Fundación de Béjar, dio claro testimonio de amor a la juventud más necesitada, afrontando con valentía las situaciones, a la vez que atendía con verdadera delicadeza fraternas las necesidades de cada una de las Hermanas y de las niñas.

Aunque no les faltaba nada de lo necesario, las Hermanas tuvieron que vivir seis años en una casa prestada hasta que se fueron adquiriendo las primeras construcciones del Colegio que ahora tenemos. Y todo eso podemos decir que fue obra suya pues fue visitando fábricas, pidiendo en un sitio y en otro a aquellas personas que sabía le podían ayudar un poco. Supo afrontar toda clase de dificultades hasta que dejó la Casa consolidada, precisamente unos meses antes de salir, pues dejó Béjar el 30 de octubre de 1955.

Por temperamento era seria, reflexiva, delicada, perseverante, trabajadora, sencilla... Era madura y equilibrada.

También tenía una gran fe y esperanza. Su amor a María Auxiliadora

era extraordinario, procurando inculcarlo a todas las personas que se acercaban a ella. Igualmente quería a las Superiores, Fundadoras y Santos Salesianos.

De modo especial hablaba de Sor Eusebia Palomino cuando nadie hablaba de ella en la Inspectoría.

Vivió en Sevilla y en Valverde del Camino. Allí convivió con Sor Carmen Moreno, mártir de la Guerra Civil Española y con Sor Eusebia Palomino de la que ha sido ferviente admiradora. Tenía en su poder reliquias directas de ella y propagó su devoción por todos los ambientes en que vivió.

También en Salamanca durante los años difíciles de España, supo superar y salir al paso de las dificultades económicas, buscando alimentos para las Hermanas e internas impidiendo así que experimentaran la necesidad que existía.

Comenta una Hermana: «Era muy observante de la pobreza: cosía, zurcía y remendaba la ropa con una pulcritud y esmero extraordinarios. Siendo yo niña en el Colegio ella era la Vicaria y me llamaba la atención su gran espíritu religioso junto a su rectitud y trabajo incansable».

En Cambados, pueblo marinero, estuvo también de Directora y siguió la misma línea de caridad, mitigando el hambre de aquellas niñas huérfanas de pescadores.

Los últimos años los vivió en la Comunidad de León, en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de los Salesianos, siendo para ellos mujer de esperanza y de fe. Estuvo desde 1970 hasta 1984. Llegó con 72 años. Fue sacristana. Disfrutaba en el jardín contemplando las flores y cortando los capullos más bonitos para el Sagrario. Muy observante de las Constituciones no consentía en retirarse a descansar sin haber escuchado las «Buenas noches».

Su carácter era fuerte y seco, como los montes que la vieron nacer.

Al cerrarse la Casa de León fue destinada a Salamanca, a la Comunidad de Sancti Spiritus y fue acogida muy bien por las Hermanas porque siempre fue modelo de entrega. Era una Hermana que unía en la Comunidad, siempre se la encontraba con serenidad y capacidad de acogida, especialmente con las más jóvenes.

Sin preavisos, sin anuncios, silenciosamente y hasta casi apresuradamente... No, no era de las que se hacen esperar. Diríase que su reloj siempre señalaba la hora con cierto adelanto y no para coger el primer sitio, sino para estar disponible, recogida y receptiva. Y así sin duda la encontró el Señor aquella tarde de septiembre de 1986, aquel martes día 30 en que

vino a liberarla de tanto dolor y opresión como había experimentado en aquella larga semana de hospital. Entre la sorpresa y la pena Sor Romana se fue. Para ella fue un salto preparado desde muy atrás. Se la oía con frecuencia hablar de desprendimiento, de liberación, de premura por concluir las tareas, especialmente la última que la ocupaba: una hermosa colcha de ganchillo. Y la rapidez con que leía páginas y páginas de las Memorias Biográficas como queriendo llegar al final. En efecto, pocas páginas le faltaban para terminar el volumen X último traducido al castellano.

Su mente siempre ocupada, sus manos no conocían el descanso: hacer ganchillo, ordenar sus cosas, rezar, generalmente en la capilla. Conocía bien el valor del tiempo.

Su presencia era deseada por las Hermanas y su ventana que felizmente daba al patio, con frecuencia era el centro de atracción de las niñas que a ella se acercaban para recibir, junto con algún caramelo, una estampa o reliquia de Sor Eusebia Palomino o un buen consejo práctico, fruto de su larga experiencia.

Como San Pablo pudo decir: «Su Gracia no ha sido estéril en mí».

Estamos convencidas de que María Auxiliadora después de acompañarla en su último sí al Padre, la habrá escogido amorosamente para introducirla en aquella Casa que tenemos arriba, como le gustaba decir a Madre Mazzarello.

Desde allí nos recuerda y espera.

SOR JUANA ALONSO

Nació: el 24 de septiembre de 1931 en Santander

Profesó: el 5 de agosto de 1951 en Madrid

Murió: el 2 de enero de 1987 en Bata (Guinea Ecuatorial) en accidente aéreo

Sor Juana Alonso nació en Santander el 24 de septiembre de 1931 siendo bautizada el 30 de septiembre y confirmada dos años más tarde.

Dios le regaló desde su nacimiento un hogar donde el trabajo, la vida sencilla y la ayuda al necesitado eran la nota predominante de la jornada.

Su hermano Francisco, bastante mayor que ella marchó al Aspirantado de los salesianos cuando ella sólo tenía dos años. Crecía alegre y juguetona. Sus padres la educaban con su ejemplo cristiano más que con palabras. La vida para el matrimonio no era demasiado fácil, pues para sacar a sus hijos adelante tenían que trabajar intensamente. Eran muy generosos y lo demostraban sirviendo a todo vecino de su pueblo natal que fuera a vivir a Santander, sobre todo por motivo de enfermedad.

Hacían cada día la comida para el comedor infantil de las Religiosas Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.

En esta escuela familiar de fe, trabajo y donación, Juanita -como cariñosamente la llamaban sus padres- iba poniendo los grandes cimientos de su vida.

Poco después sus padres se trasladaron a Madrid por motivos de trabajo y ella estudió interna en el Colegio de Villaamil. Aquí la siembra que tan gozosamente habían hecho sus padres, empezó a germinar. Pronto destacó por su alegría y simpatía sumándose a cualquier iniciativa. El estilo salesiano tan de acuerdo con su carácter la sedujo y manifestó pronto su deseo de ser Hija de María Auxiliadora. Sus padres que rezaban para que sus hijos fueran buenos religiosos gozaron con esta decisión.

Comenzó su Aspirantado con el curso 1948-49. El 31 de enero de 1949 tomó la esclavina en Salamanca. El 5 de agosto del mismo año tomó hábito en Madrid-Dehesa de la Villa y allí inició el Noviciado.

Profesó el 5 de agosto de 1951 y fue destinada al Colegio de Madrid-Delicias. Allí entregó los primeros diez años de su vida religiosa. Su testimonio de alegría y sencillez no se borrará nunca del recuerdo de numerosas Antiguas Alumnas. Era el alma del Oratorio y de esas tardes de patio en las que los juegos y las bromas hacían felices a niñas y jóvenes. A la hora del Catecismo también sabía transmitir ese fondo de fe aprendido

desde su más tierna infancia y lo hacía con tanta amenidad que sus enseñanzas y ejemplos calaban hondo en sus jóvenes.

Preparó durante muchos años el Ingreso de Bachiller. Era tan competente que sus alumnas empezaban con soltura los estudios superiores y reconocían la base firme aprendida con Sor Juana.

Según el testimonio de alguna Hermana sabemos que ella era el alma de los recreos comunitarios. Siempre fácil a contar chistes o cualquier cosa que hiciese feliz a las Hermanas. Por su juventud y forma de ser en ocasiones era reprendida por la Superiora, pero jamás se veía en ella falta de humildad en la aceptación de la represión. Siempre estaba alegre. Estaba dotada de un buen carácter y era difícil encontrar en ella muestras de una gota de amargura.

Antes de sus Votos Perpetuos vivió junto con sus padres un fuerte sufrimiento: el hermano mayor, Salesiano, les comunicó la decisión de secularizarse. Era una vocación tan cultivada por todos que les costó hacerse la idea de que se pudiera desvanecer, pero pronto tuvieron que aceptar la nueva forma de vida que él voluntariamente elegía.

Después de esos diez años de gozo en la Casa de Delicias, estuvo por poco tiempo en los Colegios de La Roda y Palencia como Profesora de clases elementales y por fin volvió a estar otros diez años en Burgos, alternándose en los Colegios de la Barriada Yagüe y en el de la Virgen de La Rosa. En el primero daba clase de primera Enseñanza y fue un tiempo Vicaria y Consejera. En el segundo atendía a su clase y era la Vicaria y la animadora de la Asociación de Padres de Alumnas.

Una Hermana Directora de Burgos la recuerda así: «Mujer de gran capacidad de sufrimiento, especialmente en el aspecto moral. Acogedora, sencilla en todas sus manifestaciones. Niñas, jóvenes y Hermanas eran muy amadas por ella. Preparaba sus clases con responsabilidad poniendo en ellas creatividad, entusiasmo. Generosa en el sacrificio, dinámica en la jornada de cada día. Tanto en la Asociación de Padres como en la Comunidad las convivencias recreativas estaban selladas por el aire jovial y bromista que la caracterizaba. Tenía mucha iniciativa.

No obstante su actitud de fraternidad, su temperamento primario la llevaba a veces a reacciones rápidas que producían algún choque, pero ella lo disipaba en seguida con su humilde disculpa. No amontonaba en su interior sinsabores. No traducía en silencios negativos el pequeño choque temperamental. Era fácil siempre para ella perdonar y «volver a empezar».

En 1979 encontramos a Sor Juana en Granada, en la Inspectoría de María Auxiliadora del Sur de España. El motivo era que su madre se había

trasladado a esa ciudad. Sor Juana comprendió que la ancianidad de su mamá, la falta de salud y lo mucho sufrido en la vida necesitaban de su cercanía y solicitó de las Superiores este cambio temporal. Después volvería contenta a nuestra Inspección.

El Colegio de Granada es un internado para niñas de familias necesitadas. Les daba clase y era asistente de un grupo. Eran criaturas carentes de todo, pero sobre todo de afecto. Pronto se ganó la simpatía y el cariño de las niñas y de las Hermanas. Siempre estaba mezclada con las niñas.

Dice una Hermana asistente como ella de un grupo:

«Fue mucho más que su propia madre, muchas de las cuales ni siquiera las visitaban. Siempre entre sus asistidas fue una auténtica Hija de Don Bosco que se dio por entero a los pobres y marginados.»

La salud de su madre fue en rápido declive y ella supo compaginar su entrega incondicional a las niñas con el cuidado exquisito y cariñoso de su entrañable mamá. La atendía de noche, mientras su hermano y cuñada lo hacían de día. La enferma no dejaba de dar gracias a Dios diciendo: «Yo la quise toda para Ti y ahora me la prestas porque necesito su ayuda».

Después de este bienio tan pleno en donación a estas niñas, y a su familia, partió su madre para el Cielo.

Entonces le llegó la obediencia a Sor Juana para ir al nuevo Colegio del Barrio del Pilar de Madrid. El dolor de esta pérdida tan irreparable como es la de una madre lo guardará en su corazón y a las niñas y a las Hermanas volverá a darles su simpatía y alegre sencillez. En esta nueva misión volverá a dar clases y será la Encargada de Estudios y de los Padres de Familia.

Sin embargo dentro de ella albergaba un gran deseo que puso de manifiesto después de perder a su madre: quería ser Misionera. Qué feliz se sintió cuando ante su disponibilidad y generoso ofrecimiento Las Superiores pensaron en ella y la mandaron a Malabo (Guinea Ecuatorial).

Partió a finales de Agosto de 1983. No tuvo miedo a su salud un poco quebrantada. Estaban a punto de empezar las clases en Guinea y no pudo contar con un período de adaptación previo.

En la Comunidad se encontró con una Hermana de su misma profesión la cual nos dice: «He vivido con ella en Malabo y he constatado que las virtudes de la joven novicia se habían acrecentado con los años y afianzado esa madurez y equilibrio sereno aun en los momentos más difíciles de su vida. Su jornada era una continua oración vivida en sencillez.

Tenía un hermoso campo de apostolado entre los niños y jóvenes guineanos. Era plenamente feliz y su gozo lo irradiaba a su alrededor».

La que fue su primera Directora en Malabo atestigua: «Estuvo en Malabo tres años y cuatro meses. De carácter fuerte y humilde. Siempre dispuesta a ayudar. En la comunidad era muy querida, tenía el corazón más grande que su persona... Sabía reconocer sus fallos y rápidamente volvía a la serenidad, perdonando o pidiendo perdón. Tenía unas dotes pedagógicas especiales: hacía trabajar a todos sus alumnos en todos los niveles en donde dio clase: Magisterio, Bachiller, Primaria. En la preparación daba ejemplo de trabajo organizado y constante.

Las internas la querían mucho, les enseñaba cantos, juegos, adivinanzas y las mantenía alegres durante horas enteras.

Las tardes de los sábados las dedicaba al poblado de Baney que es uno de los más grandes de la isla. Allí se preocupaba de la preparación a la Confirmación. Los domingos animaba con otras Hermanas el «Grupo Juvenil Don Bosco». Destacó por su jovialidad, alegría, optimismo e iniciativa».

Ciertamente la salud de roble de Sor Juana tuvo alguna quiebra. Las fuertes y prolongadas molestias en las rodillas decidieron a las Superiores a enviarla a Madrid el 7 de enero de 1986 para someterse a una revisión médica. Los médicos decidieron operarla y se realizó la intervención a finales del mismo mes.

Siguió un largo período de recuperación y convalecencia, pero no fue tiempo perdido. Su espíritu misionero fue allí donde podía obtener algo útil para su Guinea: material escolar, ropa, cintas de cassette, discos, donativos. Todo lo que recibía le hacía feliz. También fue ocasión de encuentros con Hermanas, charlas a las niñas sobre las Misiones. Todo lo hacía con un entusiasmo que contagiaba.

Muchas de sus Antiguas Alumnas de su Colegio de Delicias, al enterarse de que estaba en Madrid, fueron a verla y a recordar con ella aquellos inolvidables tiempos de infancia y juventud. También de ellas recibió el regalo de su amistad sincera y además algún que otro objeto para sus misiones.

A primeros de julio le dio el médico el alta. Se daba la feliz coincidencia de que las Hermanas de las tres Inspectorías de España se reunían en Burlada para un Curso de Renovación. Ella desde su silla de ruedas había colaborado en la preparación, porque eran las Hermanas de su profesión a las que correspondía este curso de verano. Y fue grande su alegría porque así pudo participar con ellas a tan entrañable encuentro.

«No había vuelto a convivir con ella desde el Noviciado, manifiesta una Hermana y en Burlada he comprobado que no ha cambiado esa forma de

ser particular suya: Con su habitual gracejo nos hizo reír con los recuerdos, anécdotas, cantos y todo lo que nos hablaba de nuestros primeros tiempos».

Contaba sus experiencias misioneras y sus deseos de volver con su querida gente de Guinea.

El mes de agosto después de visitar a sus familiares regresó a Malabo. Se cumplían los tres años de su primera llegada.

El primer trimestre transcurrió normalmente, rico en trabajos escolares y actividades pastorales. A pesar de su pierna operada muchas veces cansada y dolorida, subía, bajaba y enseñaba, evangelizaba y acogía.

Llegaron las Navidades y con ellas el día elegido por Dios. Había salido de España entonando el Magnificat sin sospechar que su Señor prendado de su pequeñez la deseaba en su Reino.

Las fiebres palúdicas habían azotado a la Comunidad en los últimos meses, lo que unido a la dureza del clima y al intenso trabajo les hacía sentirse muy débiles. El gobierno Español ofrecía a los cooperadores un viaje en Aviocar y alojamiento gratis en el Continente y decidieron ir algunas Hermanas para recuperarse.

El día 26 de diciembre de 1986: Sor María Nieves Domínguez, Sor Juana Alonso, Sor Araceli Moreno y Sor Úrsula Bosara hicieron el viaje de una hora de duración. Pasaron unos días tranquilos, de mucho descanso; agradecían al Señor la oportunidad de recuperarse para volver a su trabajo pastoral con nuevas energías.

El dos de enero era su día de regreso a Malabo. A primeras horas de la tarde subían al pequeño avión con otras quince personas -cuatro de ellas niños guineanos y su madre- más tres miembros de la tripulación. Todos ellos satisfechos de los días pasados... ¿Cómo se iban a imaginar lo que dentro de breves minutos les esperaba?

Se eleva el aparato. No responde un motor. Piden aterrizaje forzoso. No se lo concede el controlador y a los pocos instantes se precipitan en el mar a unos ciento cincuenta metros de la playa. Todos mueren en el acto, ninguno ahogado. El tremendo golpe ha sido suficiente para segar sus vidas.

Tu paso por este mundo ha sido un regalo de Dios.

Sigue tendiéndonos una mano desde el Cielo.

Gracias por la estela de alegría que dejaste en nuestra Inspectoría.

SOR MARÍA NIEVES DOMÍNGUEZ

Nació: el 28 de septiembre de 1936 en Pozuelo de la Orden (Valladolid)

Profesó: el 5 de agosto de 1963 en Madrid

Murió: el 2 de enero de 1987 en Bata (Guinea Ecuatorial) en accidente aéreo

Sor María Nieves Domínguez Ordóñez nació en Pozuelo de la Orden (Valladolid) el 28 de septiembre de 1936, siendo bautizada el 11 de octubre del mismo año y confirmada en Pozuelo de la Orden el 4 de julio de 1946.

Nieves era la cuarta de siete hermanos. Sus padres, Francisco y Florentina trabajaban sin descanso para sacar a la familia adelante en aquellos años de guerra.

Nieves era una niña alegre, amiga de todas las niñas, jugaba con todas. Si alguna le pedía una explicación de las lecciones lo hacía con gusto. «En casa -comentan sus hermanas- hacía los deberes y por la noche le gustaba que nuestro padre le preguntara las lecciones para comprobar si las había aprendido».

La maestra del pueblo la recuerda con cariño: «En la Escuela nunca perdía el tiempo, daba gusto verla trabajar con entusiasmo, como quien disfruta aprendiendo. Cuánto la recuerdo leyendo con los pequeños y recitando el Catecismo que entonces se les enseñaba de viva voz. En el mes de mayo nunca faltó a ofrecer flores a la Virgen y recitar versos...

Laboriosa en extremo, atenta, cariñosa y llevando siempre alegría al grupo en que se encontraba».

Tenía muchas amigas. Una de ellas conocía a una Salesiana que era de su pueblo y estaba entonces de Directora en la Dehesa de la Villa. Una tarde, al salir del centro, María invitó a Nieves a visitar a su paisana. ¡Designios inescrutables de Dios! ¿Quién podría pensar que ese paseo sería el comienzo de su vocación salesiana?

A Nieves le gustó el ambiente y comenzó a frecuentar el Colegio. A través de las lecturas de las vidas de nuestros Santos y el diálogo con las Hermanas, fue conociendo el Instituto y su vocación se fue cristalizando fuerte y vigorosa. Incluso trabajó una temporada en el taller de punto para conocer más de cerca las obras y el estilo salesiano. Aquella Casa con el Colegio, los talleres y el Noviciado le ofrecían un hermoso panorama.

El año 1960 entró en el Aspirantado. Tenía 23 años. Su primera actividad fue ayudar en la ropería y servir las comidas al Padrecito, anciano

capellán y veterano misionero de Argentina. Era un Salesiano muy amante de nuestro Instituto, de nuestros Santos. Conocía a las Aspirantes y se interesaba por su formación. Era perspicaz en el discernimiento de las vocaciones.

Un día preguntó a la Directora del Aspirantado: ¿A qué Aspirantes ponen ustedes a estudiar? «A las más jovencitas» le respondió. «Hay Aspirantes mayores con capacidad para estudiar, insistió el Padrecito. Fíjese en sor Nieves, es prudente, inteligente y piadosa.» Pronto la mandaron a las clases de Bachillerato. En este tiempo hizo primero y segundo de Bachiller.

En 1961 tomó el hábito y pasó al Noviciado de la Dehesa de la Villa. Fue Novicia trabajadora y piadosa, humilde y sencilla, callada y alegre, que edificaba con su vida.

Profesa el 5 de agosto de 1963. La destinan como estudiante al Colegio de Madrid-Villaamil. Allí acabó el Bachillerato.

Era una Hermana de muchas esperanzas, muy espiritual y a la Madre Inspectora le pareció bien que estudiara Teología en Roma. Fue alumna de Ciencias Religiosas en el Instituto «Regina Mundi» filial de la Universidad Gregoriana. De 1967 a 1971 hizo su Licenciatura.

Hizo sus Votos Perpetuos en Roma con gran fervor el 5 de agosto de 1969. Dos grandes deseos manifestó al Señor ese día: el vivir con radicalidad su vida religiosa y la llegada de su hermano Fernando al Sacerdocio. El es consciente de que siempre su hermana trató de alentar su vocación; lo animaba, le escribía, rezaba por él. El lo resume así: «En la carta que me escribió Nieves en su profesión perpetua me decía que iba a ser el apoyo de mi sacerdocio... Ciertamente me cuidó con cariño de hermana y de madre».

El curso 1971-72 fue cuando Sor Nieves inició su actividad docente en el Colegio de Huérfanas de Ferroviarios de Palencia. Es Asistente de internas, tutora y Profesora de Religión en Bachillerato Elemental. Era difícil mantener la disciplina y admirable su paciencia y respeto, ni en los momentos de desorden levantaba la voz.

La Madre Inspectora en su visita a la Casa recogió esta impresión: «La conocí más de cerca en Palencia. Todas las Hermanas y niñas se hacían eco de su bondad y de su espíritu religioso.»

Manifestaba un gran celo apostólico. Como Asistente no se medía ni ahorrraba sacrificios por el bien de las niñas.

Estuvo sólo dos años en Palencia y en sólo ese tiempo dejó en la

Comunidad que era muy numerosa, una sensación de serenidad y paz muy grande. Hablaba poco, pero con su sonrisa, su trabajo silencioso lo decía todo.

En el curso 1973-74 la encontramos en Madrid-Plaza de Castilla. «Era mi tutora y Profesora de Religión -nos dice una júniora- era también la Vicaria. Todas las alumnas de esa clase supimos descubrir en ella algo especial que nos hacía sentirnos felices a su lado. Era su sencillez, su capacidad de adaptación y sobre todo su facilidad para seguir nuestras bromas y meterse en nuestro «mundo». Todas la recordamos con cariño.

«Se entregaba a Dios sin escatimar nada. Si no hacemos esto, ¿qué hacemos? daba a entender. El punto de mira lo tenía siempre puesto en Dios, en su Reino. Era capaz de cualquier sacrificio, si alguien debía sacrificarse, ella podía ser. Sacrificio y cariño se juntaron en la enfermedad de su hermano Mario maltratado por el cáncer durante cuatro años. Tantas veces hizo el viaje del Colegio a Leganés donde él vivía».

1974. Recibe el nombramiento de Directora del Colegio San Juan Bosco de Salamanca. Un Colegio grande con todos los ciclos de Enseñanza, internado, Oratorio y Centro Juvenil. Obra complicada para iniciarse en el gobierno. Su natural sencillez, su sufrimiento callado fueron las bases de una presencia fecunda. Consciente de su misión de animadora de la Comunidad infundió en ella el sentido de la responsabilidad, aconsejando y ayudando siempre certeramente. Dos años que fueron plataforma de lanzamiento a la delicada misión de formar a las futuras Hermanas.

En 1976 se traslada el Noviciado al Colegio de Madrid-Emilio Ferrari. Fue elegido por su obra en favor de la juventud pobre, clima adecuado para la formación Pastoral de las Novicias. Sor Nieves era Maestra de Novicias y Vicaria de la comunidad. Algunas Hermanas nos expresan cómo la sintieron aquellos años: «Como miembro de la Comunidad se manifestó sencilla y humana, no tenía muchas palabras, pero te sentías acogida por ella».

«Era muy comprensiva con todas. Muy piadosa y austera consigo misma, muy observante de la Vida Religiosa. Como Vicaria era muy firme en sus decisiones y recta en defender cuanto ella veía.

Sabía comprender a las Novicias. Si alguna Hermana en los momentos de expansión se quejaba del bullicio y algarabía que formaban, ella insistía en que eran jóvenes y tenían que manifestar ruidosamente su alegría. A quienes le llamaban la atención por algún fallo les decía que todas habíamos sido Novicias y tuvimos que aprender».

«Tenía un gran empeño en que toda la Comunidad se sensibilizara en

su papel de formadora y no dejara esta responsabilidad sólo en sus manos».

Damos ahora la palabra a sus primeras Novicias: «Hice el Noviciado de 1976 a 1978. Eran los dos primeros años de Sor Nieves como Maestra y con ella empecé una nueva andadura de mi formación en la Vida Religiosa. Son muchas las vivencias de este tiempo. La recuerdo como una Hija de María Auxiliadora que trataba de vivir cada día en plenitud su vocación.

Trabajaba sin descanso, se daba sin medida. Si me acercaba a ella me acogía cordialmente y dejaba todo por escucharme. A estos momentos de encuentro les daba mucho valor. Era una enseñanza «personalizada» en que te ayudaba a crecer, a buscar lo esencial, a valorar la vida de Comunidad... Me exigía mucho, pero se exigía mucho más a sí misma. En el trabajo cogía la parte más dura, en participar en la vida común era la primera. Su ejemplo era el mejor método de formación. Era humilde, al menor fallo pedía disculpa.

«Conocí a Sor Nieves en Emilio Ferrari cuando comencé el Noviciado. Pronto me di cuenta de que era una Hermana con gran espíritu religioso y salesiano. Admiraba mucho a nuestros Fundadores y amaba de todo corazón al Instituto.

Siempre me ha impresionado su rectitud de intención. Bien podría decirse que vivió el lema de Don Bosco así: «Dadme buenas Hijas de María Auxiliadora y llevaos todo lo demás». Esta era su gran satisfacción: ver a la Novicia que crecía en espíritu religioso y salesiano. Cuando tenía que corregirnos lo hacía con mucho afecto y con tanta eficacia que repercutía positivamente en nuestro crecimiento vocacional.

Sor Nieves siempre ha sido misionera. Disfrutaba mucho hablando a las Novicias de las primeras misioneras, incluso nos propuso estudiar en profundidad a una Misionera cada Novicia y luego poner en común el resultado de nuestro estudio para enriquecernos mutuamente. Siempre nos decía que cuando acabara su cometido como Maestra de Novicias iría a las Misiones.

Destacaba también su equilibrio en la oración, porque todo su quehacer era pura contemplación. Como trabajadora incansable que era, oraba mucho en sentido de abandono en las manos del Padre y de discernimiento: ¿qué es lo mejor, Señor?

1980. Se traslada el Noviciado a El Plantío-Colegio donde se imparte la Educación Preescolar y la Enseñanza General Básica. Sor Nieves es la Directora de la Casa y la Maestra de las Novicias. Se ensancha su radio de acción: es responsable del Colegio, animadora de la Comunidad y Forma-

dora de las jóvenes Novicias, tarea en la que lleva cuatro años y ha adquirido una rica experiencia. Su misión le exigía hacerse toda para todas.

Se la sentía desprendida de todas las cosas. Si tenía algún detalle lo regalaba en seguida. Si su familia quería hacerle un regalo, nunca lo aceptaba, no tenía necesidad de nada, era «la pobreza andante» cuantas vivieron con ella lo pueden decir.

«Sus sentimientos -nos dice una Novicia de El Plantío- se identificaban con Jn 10,10. «Para que tengan vida y la tengan en abundancia». Deseaba ir dando su vida sin medirse por los jóvenes. Nos dio a todas lecciones de austeridad, de no poner la fuerza en aquello que no proporciona verdadera felicidad; ella necesitaba muy pocas cosas y con ellas era feliz. Decía que sus años de Maestra habían sido de los más felices. Disfrutaba de nuestra espontaneidad e ideas y nosotras poco a poco nos íbamos empapando de su espiritualidad sencilla y enraizada en el Señor.

Nunca nos mandó un trabajo que no fuera ella por delante: limpiezas, pinturas, arreglos, reuniones... Nos ha enseñado a no tener miedo a ningún trabajo que pudiera ser positivo para el bien de las jóvenes».

Otra Novicia suya la define así: «Sor Nieves era ante todo una persona profundamente humana, abierta a las distintas mentalidades y con gran bondad de corazón. Fue exigente con nosotras las Novicias y en algunos momentos nos costó admitirlo, pero siempre venció la rectitud de intención y el gran amor que nos tenía. Todas supimos reconocerlo en uno o en otro momento. Realmente fue para nosotras una auténtica Maestra a quien sentíamos cerca en nuestro proceso de formación, enteramente disponible a cuanto pudiéramos necesitar de ella y preocupada al máximo por ayudarnos a crecer como personas humanas y religiosas. Y además de Maestra en el mismo grado era Hermana, así se hizo querer como una Hermana más en la Comunidad, de las que lo son de verdad».

Personalmente siento que me ha quedado mucho bueno de ella. Sí es mucho lo que me enseñó con su vida sencilla, austera, disponible y entregada a tope. Auténtica, trabajadora, buscadora incansable de Dios y con grandes deseos de vivir compenetrada con su voluntad.»

Hasta aquí nos han hablado las que fueron sus Novicias en El Plantío. Es hermoso ver la coincidencia de todas en resaltar los valores de su querida Maestra. Aquí queda bien subrayado el perfil humano y espiritual de nuestra fervorosa hermana.

En 1983 es nombrada Consejera Inspectorial. Su conocimiento a fondo de las Hermanas jóvenes era una buena aportación a la animación inspectoral. En septiembre de este año la nueva Inspectora muere en accidente

de coche y la Vicaria Inspectorial la sucede. Es entonces cuando Sor Nieves pasa a ser Vicaria Inspectorial.

Desde ahora todo va a ser breve, cambiante y rápido en su vida. El Señor acelera el momento del encuentro definitivo. Será también su último año de Maestra de Novicias. El curso 1984-85 será Directora de la Casa Inspectorial y Vicaria Inspectorial.

En el verano de 1985 nos sorprende la noticia: Sor Nieves Domínguez va a Guinea Ecuatorial. Será la Directora de la Comunidad de Malabo. A finales de agosto con su hábito blanco de Misionera se dirige al aeropuerto con una sonrisa grande y mucha luz en los ojos.

Por fin su ideal tanto tiempo acariciado va a ser realidad. A una Júniora que lamenta su marcha la anima: «En el sacrificio y en la donación es donde crecemos. Seguimos unidas con la antorcha encendida. Te espero en Malabo.

Estuvo en África 16 meses. Un tiempo apretado, denso, vivido con intensidad.

¿Cómo la recuerdan las Hermanas de la Comunidad?

Es Sor Pilar Alvarez, sumida en el dolor de la reciente tragedia, hace un rato de oración para poder escribir serena estas letras: «Sor Nieves destacó por la prudencia y sencillez; en su trato era afable, tenía una sonrisa a flor de labios que le abría el corazón a todos, especialmente a los niños, sus grandes amigos.

En el primer año de su estancia aquí dio clase de Lengua a Nivel Primario en el Colegio nacional «Enrique Nvo» del barrio «Elá Nguema». Allí los niños, incluso los que no asistían al Colegio y no sabían español, para saludarla le cantaban las canciones que ella enseñaba a sus alumnos: «Te damos las gracias, Señor, por las manos...» Todos los demás maestros del Colegio apreciaban su trabajo hecho con profundidad, esmero y diligencia.

En el internado las niñas la querían mucho, la llamaban para cualquier cosilla y ella pacientemente atendía a todas sus llamadas.

Este curso daba clase en nuestro Colegio. En octubre a segundo y después en noviembre a cuarto. Siguió con su esfuerzo de preparación, trabajo concienzudo y dedicación plena.

En la Pastoral se multiplicaba: los viernes ya de noche un grupo de Confirmación, los sábados las vocacionales, los domingos por la tarde las AMS y también la Archicofradía de María Auxiliadora todos los 24 y en las fiestas del Instituto... No había huecos en su tarea diaria.

En la Comunidad creó un clima sereno, dirigió especialmente a las Jónioras nativas, Sor Úrsula y Sor Loreto, a quienes reunía semanalmente, siempre estaba dispuesta al diálogo, serena y en algunas ocasiones firme. Muy Salesiana.

Las Hermanas la admirábamos por todo esto que hacía de ella una Hija de María Auxiliadora generosa, humilde, llena de buena voluntad, con criterio equilibrado y recto... siempre ocupada, siempre con algo entre las manos, pero nunca cerrada, la encontrabas conscientemente atenta a ti aunque tuviera muchas cosas que la urgían.

Su recuerdo entre nosotras es entrañable, lleno de afecto y delicadeza, como era ella.»

Tenemos también el testimonio de las internas de Malabo: «Sor Nieves era una Hermana muy amable, sencilla, con un corazón lleno de humildad, servicial, atenta siempre a todas, con los ojos abiertos para ver lo que necesitábamos las que estábamos a su alrededor. Sabía tener buenos detalles con la gente sin distinción entre pequeños y mayores.

Se preocupaba mucho de las chicas del grupo AMA y más de las que somos del grupo vocacional. Nos daba charlas hablando de la vida de Don Bosco y de Madre Mazzarello, nos ponía diapositivas, preparaba algún día de retiro. Sor Nieves era muy buena, sembradora de paz».

No hemos hablado de la devoción de Sor Nieves a la Santísima Virgen. Si como nos decía su Maestra fue viva en su infancia, la confianza en su auxilio fue creciendo gradualmente a lo largo de su vida. Así lo expresa su hermano Fernando: «La celebración de sus fiestas era una ocasión para manifestarla. Me escribió desde Malabo: «Sentimos mucho la presencia de la Virgen y procuramos celebrar sus fiestas y difundir su devoción y esperamos abra camino».

En el verano de 1986 tuvo que regresar a España con un fuerte paludismo y estuvo ingresada en el Hospital del Rey. Al final del verano, ya repuesta, regresó a África. Desde allí escribió a una Hermana: «En el viaje de regreso le dije al Señor que tomara mi vida y que me concediera la gracia de confiar en El plenamente, porque ¿sabes? pasé miedo en el avión en algún momento, se movía mucho y eso creo que no es confiar del todo... ¿Sería un presagio de lo que le sucedió después?

Llegaron las vacaciones de Navidad. Las fiebres palúdicas habían azotado a la Comunidad en los últimos meses, lo que unido a la dureza del clima y al intenso trabajo, les hacía sentirse muy débiles. El Gobierno Español ofrecía a los Cooperadores viaje en el Aviocar y alojamiento gratis en el Continente y decidieron ir unos días a recuperarse. El día 26 de

diciembre de 1986, Sor Nieves Domínguez, Sor Juana Alonso, Sor Araceli Moreno y Sor Úrsula Bosara hicieron el viaje de una hora de duración. Pasaron unos días tranquilos, de mucho descanso, agradecían al Señor la posibilidad de recuperar fuerzas para insertarse a su regreso con nuevos bríos en su trabajo educativo pastoral.

El día 2 de enero era el día de regreso a Malabo. A primeras horas de la tarde subían al pequeño avión con otras dieciséis personas -cuatro de ellos niños ecuatorianos y su madre- más tres miembros de la tripulación. Todos satisfechos de los días pasados...

Se eleva el avión, no responde un motor, piden aterrizaje forzoso, no se le concede el controlador y a los pocos instantes se precipitan en el mar a unos 150 metros de la playa. Todos mueren en el acto, ninguno ahogado, el tremendo golpe ha sido suficiente para segar sus vidas.

Nieves, hermana, el Señor escuchó tu palabra y ha tomado tu vida en sus manos. Y con infinita confianza se la has entregado.

Tu paso por este mundo regalo ha sido de Dios.

Sigue tendiéndonos tu mano desde el Cielo.

SOR ARACELI MORENO

Nació: el 13 de enero de 1946 en Villamediana (Palencia)

Profesó: el 5 de agosto de 1969 en Madrid

Murió: el 2 de enero de 1987 en Bata (Guinea Ecuatorial) en accidente aéreo

Sor Araceli Moreno Salas nació en Villamediana (Palencia) el 13 de enero de 1946, siendo bautizada el 3 de febrero del mismo año y confirmada el 7 de octubre de 1955.

Sus padres, Teófilo y Lucía, sencillos y piadosos campesinos eran felices con sus tres hijos. Araceli era la mayor. La enfermedad de la madre y su muerte sumió a la familia en un gran dolor.

Teófilo, el padre era un hombre trabajador, honrado y muy amante de sus hijas. Deseando lo mejor para ellas pensó en su hermana Rosario que vivía también en su pueblo natal y le propuso que abriera las puertas de su casa a él y a sus tres hijas que necesitaban una madre. Pudo así paliar un poco el desamparo que le había quedado tras la muerte de su esposa.

La tía Rosario, como la llamaban las niñas, tenía un corazón grande, sentía un gran cariño por su hermano y por las niñas y no lo pensó dos veces. Se los llevó a todos a su casa. Tenía Araceli 7 años, Emilia 5 y sólo contaba cuatro la más pequeña, Lucía.

Araceli desde pequeñita era muy alegre, atrevida, desenvuelta...

Así fue transcurriendo su infancia y adolescencia en Villamediana su pueblo natal. A los catorce años terminó su período escolar. Como hacían otras jovencitas marchó a Valladolid para trabajar como empleada de hogar en casa de unos señores que eran del pueblo.

Posteriormente su familia se trasladó a San Sebastián, porque su padre encontró allí trabajo y ella también consiguió en esa ciudad una buena casa para trabajar, donde se hizo querer y era considerada como una más de la familia. Tenían una hija Maestra con muchas inquietudes apostólicas que compartía con Araceli; las dos decidieron hacer una experiencia de promoción cultural y evangelización en una zona rural muy pobre de Andalucía. Araceli colaboraba con las clases de labor y Catequesis a mujeres y niñas. Había algunos de catorce años que no sabían ni el Padrenuestro. Tenía un grato recuerdo de esta misión que fue un paso importante en el descubrimiento de la llamada de Dios. Entonces Araceli tenía 18 años. Sintió fuerte el amor por los jóvenes pobres y abandonados.

Cuando llegó a San Sebastián una amiga la llevó al Oratorio Festivo de nuestro Colegio de la «Cuesta de Aldaconea» y fue muy sensible al atractivo de la vocación Salesiana. Al regresar de Andalucía su vocación estaba más definida y comenzó a dialogar con la Directora para que le ayudara a discernir y decidir.

Nos escribe una Hermana de su profesión:

«Conocí a Araceli al entrar en el Aspirantado. Vivimos juntas esta etapa importante de la vida que es tiempo de formación. Juntas dimos los primeros pasos y juntas aprendimos lo que significa ser Hijas de María Auxiliadora. Fuimos ahondando en nuestra vocación y compromiso y de aquellos años recuerdo que lo que más la caracterizaba era sin duda el afán de superación, el dominio de una timidez no propia de su carácter sino de la novedad de vida tan distinta de la vivida hasta entonces. De hecho en este ejercicio fue creciendo a pasos agigantados hasta lograr ser esa Araceli intrépida que hemos conocido todos los que hemos tenido la dicha de convivir con ella».

Profesó el 5 de agosto de 1969. Pasó su primer año de Profesa en el Juniorado interinspectorial de Huesca. La que fue su Directora nos manifiesta su recuerdo: «Conocí a Sor Araceli en el Juniorado. Era una Hermana sencilla y buena, humilde y dócil, con grandes deseos de santidad. Se trabajaba en la virtud y se superaba continuamente. Siempre estaba disponible y alegre, era muy responsable».

Al terminar su Juniorado fue su primer destino el Colegio de Burgos «Virgen de la Rosa». Le dieron el oficio de cocinera, que por cierto lo desarrolló con mucha soltura, por su modo de ser y por la práctica de sus años de trabajo. Aun tenía tiempo para otras actividades: era también la enfermera y sentía inclinación por ese trabajo. Comenzó a asistir a clases para prepararse bien, con la ilusión de poder ayudar a todos los que pudieran necesitar sus servicios que serían siempre generosos, alegres y desinteresados hasta los últimos momentos de su vida. En los cuatro años que estuvo en Burgos se hizo «Dama de la Cruz Roja» y «Auxiliar de Clínica».

En agosto de 1975 recibe el cambio a la Residencia de santa Teresa de Madrid, como enfermera. La Directora nos comenta: «Encajó perfectamente desde el primer momento; colaboraba muy bien con las otras enfermeras, era muy entregada y cariñosa con las enfermas; su habilidad en el «volante» nos facilitaba mucho el traslado de las enfermas a las consultas de los médicos. Posteriormente fue también Ecónoma.

Conforme avanzada el tiempo se compenetraba más y más con la Comunidad y con su misión en ella. Fue un miembro muy activo en toda

circunstancia: trabajo, oración, recreos y distensión. Tenía una gran capacidad de animación.

En la enfermería fue brazo fuerte. Eran momentos de gran trabajo y preocupación, en los cuatro años que estuvo allí murieron tres Hermanas tras dolorosa enfermedad.

Otra prueba de su valor fue el accidente sufrido por las Hermanas y Antiguas Alumnas de la Plaza de Castilla cuando regresaban de Lourdes. Aprovechó para ir con ellas hasta San Sebastián y visitar a la enferma.

En el viaje de regreso al caer el autocar por un precipicio, sufrió fractura de coxis, piernas y cuerpo magullado... sin poder moverse varios días de la cama y sin ninguna queja, ni una exigencia. Con gran fuerza de voluntad superó todo, hasta coger el volante en cuanto pudo para superar prejuicios.

Tan joven, vigorosa y activa, alguna vez chocaba con los más débiles, pero era tan momentáneo que rápidamente rectificaba y con sus risas y bromas borraba lo que había podido hacer sufrir.

Viví con Sor Araceli -manifiesta una Hermana joven- un mes y medio en la Residencia de Enfermas. Fue poco tiempo, pero la vivencia fue intensa, ya que por las circunstancias vivimos muy unidas. Descubrí en ella una entrega total y gozosa de modo que en mí que comenzaba mi vida religiosa, dejó una gran huella.

Trataba a las Hermanas mayores y enfermas con un cariño y delicadeza grandes. Siempre sonriente. Trabajaba sin desmayo en todo, tanto en la enfermería como en las demás labores de la casa. Su vida de oración era profunda. Todas las semanas hacíamos la meditación comentada y por la tarde un rato de oración.

Su alegría era contagiosa y sabía hacer reír a aquellas Hermanas que sufrían en su enfermedad.

Los domingos era asistente del Oratorio del Colegio. Allí podía desplegar su capacidad de entrega a los niños y jóvenes, olvidando el cansancio que durante la semana acumulaba en su trabajo de enfermera. Esa tarde se la suplía como respuesta a la fuerte llamada de la juventud en su corazón oratoriano.

En el verano de 1979 recibe una nueva obediencia: en el Colegio de Madrid-Plaza de Castilla será portera y enfermera.

También aquí se le ofreció ocasión de colaborar en la pastoral juvenil. Funcionaba en el Colegio un grupo de «Boy Scouts» mixto muy riguroso, la Hermana responsable necesitaba ayuda. Sor Araceli se ofreció y se

entregó de lleno a esta tarea. En la portería tenía ocasión de hablar con los niños y jóvenes de grupo cuando iban a dar una vuelta por el Centro, se interesaba por su vida y les daba buenos consejos.

Siempre que podía salía con ellos de marcha, participaba en acampadas y en los campamentos de verano.

Para estar al frente de un campamento se requería una titulación. Animoso como era se inscribió en un curso de Directores de Campamentos y consiguió el diploma. Todo en función del «Da mihi animas» que resonaba con fuerza en su interior.

Septiembre de 1983. La obediencia la lleva esta vez a casa de Salesianos: el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León. La Comunidad de Hermanas atiende la cocina y ropería del Colegio y además lleva un Oratorio y un grupo de Cooperadores Salesianos; reforzar esa Pastoral era la misión de Sor Araceli. Además iría a clases de Contabilidad para prepararse mejor en la tarea de Economía que ya había desempeñado con habilidad en la Residencia de Santa Teresa.

Al curso siguiente fue ella la Directora de la Comunidad. Las Hermanas la sintieron muy cercana y los Salesianos la sintieron hermana que salía al paso, con mucha competencia, a todas las necesidades del Colegio.

En el verano de 1984 se cerró el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León y Sor Araceli y las Hermanas quedaron disponibles. Ella no había pedido nunca ir a Misiones, pero conociendo la Madre Inspectora su disponibilidad le pidió que fuera a Malabo. La necesitaba para llevar la Economía y la enfermería. Ella aceptó sin ninguna reserva.

La despedida de León fue costosa por la separación de aquellos jóvenes, incluyendo los Novicios Salesianos. Se había entregado sin medida.

Así la recuerda una joven cooperadora: «Desde que llegó de Madrid la veías siempre con su sonrisa, yo nunca la vi enfadada. Era de esas personas que siempre están alegres, nunca dejan traslucir sus problemas y siempre están dispuestas a ayudar. Cuando se marchó de León se iba con lágrimas en los ojos porque se había ganado el cariño de toda la gente del barrio.

Araceli en Malabo. Septiembre de 1984. Otro continente, otro «mundo». Por los oficios que desempeñaba entró rápidamente en contacto con la situación alimenticia y sanitaria de la ciudad.

En el mercado comprobó que apenas había qué comer y lo que había una gran parte de la población no lo podía comprar. Niños desnutridos, hambre en muchas familias. Como enfermera, con su temperamento tan

activo y disponible, se entregó totalmente a los enfermos en el dispensario y si era necesario, en las propias casas. Le dolía la falta de medios sanitarios, se desvivía por proporcionar las medicinas que le llegaban de Europa a sus pacientes. A pesar de su fortaleza física y espiritual pasó unos meses abrumada, impotente ante el «panorama» que tenía delante.

Una Hermana de la Comunidad de Malabo nos escribe sobre Sor Araceli: «Dos años y medio estuvo con nosotras en Malabo. Era la mujer fuerte de la Biblia que ocupaba su tiempo siempre provechosamente.

Como enfermera tenía una destreza y seguridad en sí misma que hacía mucho bien a quien la necesitaba: Salesianos, niñas, gentes del país... fluían sin cesar en el pequeño dispensario del Colegio y ella junto a la medicina y a la cura, sabía decir la palabra oportuna que llegaba al corazón.

En la Pastoral llevaba la Catequesis de la Comunión de la Parroquia Claret los sábados por la mañana; se iba al poblado de Baney por la tarde, donde se encargaba de la formación de los Catequistas; pero donde su labor pastoral subía de puntos por su ilusión, entrega generosa y responsabilidad fue en el grupo de Cooperadores jóvenes Salesianos en formación.

Era profunda, piadosa, sensible a la crítica, pero muy capaz de superarse en todas las dificultades...

El verano de 1986 Sor Araceli vino a Madrid para descansar. Se sentía muy agotada y trataba de recuperarse. Fue también ocasión de encuentro con tantas Hermanas de la Inspectoría, con su querida Hermana Lucía y demás familiares. Fue un tiempo de gozo. Ya de nuevo en Malabo escribía: «he disfrutado en España como no te puedes imaginar. Cuántas gracias tengo que dar a Dios por ello. Pero me siento muy feliz de mi regreso a Malabo.

Precisamente unas horas antes de tomar el avión recibió la visita de una buena amiga, a la que le comentó los gozos y sombras de la vida Misionera en África Ecuatorial. La dureza del clima, la falta de medios, los estragos del paludismo. También comentó la impaciencia de la Misionera cuando llega a aquellos ambientes, quisiera cambiar la realidad inmediatamente. El paso del tiempo le hace comprender que la evolución cultural y la evangelización son procesos largos y se van realizando a lo largo de varias generaciones. Sus palabras estaban impregnadas de amor por el pueblo guineano, de modo especial por los niños y jóvenes.

¿Por qué vuelves a África? respondió sin dudar un momento: «Porque los amo y porque me necesitan».

Llegaron las vacaciones de Navidad. Las fiebres palúdicas habían azotado a la Comunidad en los últimos meses, lo que unido a la dureza del clima y al intenso trabajo, les hacía sentirse muy débiles. El Gobierno Español ofrecía a los cooperadores viaje en Aviocar y alojamiento gratis en el continente y decidieron ir unos días para recuperarse. El día 26 de diciembre de 1986 Sor Nieves Domínguez, Sor Juana Alonso, Sor Araceli Moreno y Sor Úrsula Bosara hicieron el viaje de una hora de duración. Pasaron unos días tranquilos, de mucho descanso; agradecían al Señor la posibilidad de recuperarse para insertarse a su regreso con nuevos bríos en su trabajo educativo y pastoral.

El día dos de enero de 1987 era el regreso a Malabo. A primeras horas de la tarde subían al pequeño avión con otras dieciséis personas -cuatro de ellas niños guineanos con su madre- más tres miembros de la tripulación. Todos satisfechos de los días pasados... ¿Cómo iban a imaginar lo que dentro de breves minutos les esperaba? Se elevó el aparato, no responde un motor, piden aterrizaje forzoso, no se lo concede el controlador y a los pocos instantes se precipitan al mar a unos ciento cincuenta metros de la playa. Todos mueren en el acto, ninguno ahogado, el tremendo golpe ha sido suficiente para segar sus vidas.

Tu paso por este mundo ha sido un regalo de Dios.

Sigue tendiéndonos tu mano desde el Cielo.

SOR ÚRSULA BOSARA

Nació: el 28 de mayo de 1962 en Malabo (Guinea Ecuatorial)

Profesó: el 8 de agosto de 1985 en Burgos

Murió: el 2 de enero de 1987 en Bata (Guinea Ecuatorial) en accidente aéreo

Sor María Úrsula Bosara Riosa nació en Malabo (Guinea Ecuatorial) el 28 de mayo de 1962, siendo bautizada el 8 de julio del mismo año y confirmada el 27 de junio de 1971 en Malabo.

Sus padres, Hermenegildo y Manuela, eran católicos desde la infancia y al unirse esponsalmente habían recibido el Sacramento del Matrimonio. Entre sus siete hijos, Úrsula ocupaba el segundo lugar, todos son católicos. Dos hermanas son Postulantes en el Instituto secular «Verbum Dei» y un hermano en los Claretianos.

Su padre es Secretario del Instituto de Enseñanza Media Rey Malabo. Siempre se ha preocupado de la formación cristiana de sus hijos. Úrsula asistió a la Catequesis de la Parroquia e hizo a los nueve años la Primera Comunión.

Era una niña inteligente y llevó con facilidad sus estudios básicos y comenzó el Bachillerato.

Conoció a nuestro Instituto en 1980 cuando llegaron a Malabo las primeras Hermanas. Fue una de las primeras jóvenes que se acercaron a nuestra Casa de Malabo. «Quiero conocerlos para ser como vosotras» fueron sus palabras de presentación. Tenía 18 años, era alegre y simpática. Fue ésta para ella la etapa de orientación vocacional. Todas las tardes, al salir de clase del Instituto iba a nuestra Casa acompañada de otras jóvenes a las que contagió su entusiasmo vocacional, una de ellas, Loreto, es también Hija de María Auxiliadora. Pasaban largos ratos en nuestra capillita. Algunas veces se quedaban a rezar con la Comunidad y había que mandarlas a casa, estaban a gusto y nunca veían el momento de irse.

El 7 de octubre Úrsula y Loreto se quedaron a vivir con las Hermanas: Iniciaban su Aspirantado. A la hora de manifestarse en la oración era Úrsula la más espontánea y expresaba su inquietud: «Las vocaciones religiosas guineanas».

Quería que sus jóvenes compatriotas gustasen la felicidad de ser todas del Señor.

Fue un año de experiencia positiva para todas. Ellas se fueron integran-

do en la vida Salesiana y nosotras vivíamos con ellas más profundamente la vida y costumbres guineanas.

El 29 de julio de 1982 salieron de su Patria, dejando todo lo que constituía su vida, para iniciar su formación de Hijas de María Auxiliadora.

Tras dos meses de ambientación, en octubre comenzaron el Postulado en Madrid, en el Barrio del Pilar. No les resultó fácil superar la nostalgia de su tierra, la inmersión en una cultura distinta, la incompatibilidad de la comida, clima, ambiente, de costumbres y modos de ser...

Tomó el hábito el 5 de agosto de 1983. Hizo el Noviciado en El Plantío. Hizo todo lo posible por aprovecharlo al máximo. Seguía con interés las clases, las actividades, las sugerencias de la Hermana Maestra. Seguía con la dificultad de adaptación a nuestras costumbres y mentalidad, pero todo lo superaba por su ansia de ser Salesiana.

Profesó en el Instituto el 8 de agosto de 1985 en Burgos, como testimonio misionero y juvenil en un acto organizado por la Iglesia Española, al que las Superiores accedieron para colaborar a la animación misionera de los jóvenes de toda España, congregados en Burgos con motivo del Año Internacional de la Juventud.

El lema de Úrsula era: «Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis» y como símbolo el pan que se da gratuita y diariamente en la Eucaristía.

El Juniorado lo debía realizar en Guinea bajo la dirección de Sor Nieves Domínguez que ya había sido su Maestra de Novicias. Hubo de demorar su viaje de regreso a su tierra por tener que someterse a una operación quirúrgica sin consecuencias.

Su llegada a Malabo fue apoteósica, con la cariñosa acogida de Hermanas, familiares y amigos. Los padres le prepararon una gran fiesta de bienvenida.

Pronto se instaló como miembro de la Comunidad en el Colegio Waiso Ipola. Debía continuar sus estudios de Bachillerato interrumpidos por su ciclo de formación Salesiana. Era inteligente, llevaba los estudios bien y con poco esfuerzo.

En el Colegio ensayaba los cantos de los diversos cursos y daba la Educación Física.

En la Pastoral tenía un grupo de Confirmación los viernes por la tarde. Los sábados por la mañana participaba con Sor Araceli en la Catequesis de Primera Comunión de la Parroquia del Padre Claret y por las tardes iba con ella y Sor Juana a Baney. Los domingos por la mañana a dos poblados más alejados y por la tarde ayudaba al grupo de las AMAS.

Tenía un carácter fuerte que la llevaba a reacciones inesperadas ante opiniones que adelantábamos de modo crítico las españolas sobre las costumbres o idiosincrasia de su pueblo y que ella sabía dominar al momento.

En el Colegio atendía a un grupo de jóvenes de 14 a 17 años. Dado su trato abierto y agradable conectaba rápidamente con ellos.

En toda actividad pastoral tenía una idea clave: suscitar vocaciones y lo conseguía con esa simpatía propia que irradiaba vida y alegría. Era toda ella un reclamo de juventud limpia y entregada.

Para su familia era un rayo de sol y esto era también para todos los que la rodeaban: compañeros de estudios, internas y externas y sobre todo en el grupo de AMAS a las que enseñaba cantos, juegos y bailes del país.

Las internas y Preaspirantes de Malabo también tienen una palabra que decir de Sor Úrsula: «Era muy alegre, le gustaba cantar, bailar, tocar la guitarra, hacer chistes, contar historias; pero sobre todo tenía un gran deseo de ayudar a los jóvenes guineanos. Iba a clase con afán de saber más y poder transmitirlo a los demás. Se la veía muy contenta en su vida religiosa, se sentía feliz con las Hermanas. Me parece a mí que tenía el espíritu de una verdadera Salesiana».

«Todavía tenía muy tierna edad y su vida e ideales de hacer el bien a la humanidad eran ardientes; toda su ilusión estaba en transformar y culturizar a sus hermanos. Le oí decir: «No tenemos que vivir sólo la Pasión del Señor, sino también su Resurrección».

«Una de las cosas que caracterizaban a Sor Úrsula fue su alegría Salesiana, pero yo me atrevería a decir que con un «algo» de lo propio guineano y quizá de lo africano en general, ya que somos muy dados a la música, al movimiento... Era una joven Hermana inquieta, con una sonrisa clara, propia de una guineana que se siente en las manos de Dios. Se notaba en ella un sentimiento patrio, es decir, amaba mucho a nuestra tierra y a los nuestros. Tanto es así que quería y luchaba porque fuéramos mejores, y se la veía sufrir cuando algo no marchaba bien; además procuraba defendernos todo lo que podía, aunque a veces sin conocer el fondo.

En el recreo entretenía a las internas, les enseñaba cantos, les contaba cuentos, jugaba con ellas divirtiéndolas como sólo ella sabía hacer.

Llegaron las vacaciones de Navidad. Las fiebres palúdicas habían azotado a la Comunidad en los últimos meses, lo que unido a la dureza del clima y al intenso trabajo, les hacía sentirse muy débiles. El Gobierno Español ofrecía a los Cooperadores viaje en Aviocar y alojamiento gratis

en el continente y decidieron ir unos días a recuperarse. El día 26 de diciembre de 1986 Sor Nieves Domínguez, Sor Juana Alonso, Sor Araceli Moreno y Sor Úrsula Bosara hicieron el viaje de una hora de duración. Pasaron unos días tranquilos, de mucho descanso, agradecían al Señor la posibilidad de recuperar fuerzas para insertarse a su regreso con nuevos bríos en su trabajo educativo y pastoral.

El 2 de enero de 1987 era el día de regreso a Malabo. A primeras horas de la tarde subían al pequeño avión con otras quince personas -cuatro de ellas niños guineanos y su madre- más tres miembros de la tripulación. Todos satisfechos de los días pasados... «¿Cómo iba a imaginar lo que dentro de breves minutos les esperaba? Se eleva el aparato, no responde un motor, piden aterrizaje forzoso, no se lo concede el controlador y a los pocos instantes se precipita en el mar a unos ciento cincuenta metros de la playa. Todos mueren en el acto, ninguno ahogado, el tremendo golpe ha sido suficiente para segar sus vidas.

A pesar de ser del país era el primer viaje que Sor Úrsula hacía al continente, lo preparaba con mucha ilusión y repetía convencida: «Voy a traer alguna vocación de Hija de María Auxiliadora del continente».

Hoy a los cinco meses de su muerte, comunican los Salesianos de Bata que tienen tres vocaciones de Hijas de María Auxiliadora.

El día de su profesión, 8 de agosto de 1985, se sentía tan plena de felicidad que exclamó: «Ya puedo morirme. Soy Hija de María Auxiliadora». El 2 de enero de 1987 se había cumplido su deseo.

Es la primera Hija de María Auxiliadora africana que se va al Cielo.

SOR MARÍA BELLIDO

Nació: el 19 de febrero de 1896 en Alicante

Profesó: el 29 de septiembre de 1923 en Sarriá (Barcelona)

Murió: el 2 de junio de 1987 en Madrid

Sor María Bellido Andreu nació en Alicante el día 19 de febrero de 1896.

Su infancia, adolescencia y parte de su juventud las pasó en esta capital levantina junto a sus buenos y religiosos padres y hermanos.

Dios la escogió en este ambiente cristiano y le hizo sentir su llamada para servirle más de cerca en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Hizo su Aspirantado, Postulantado y Noviciado, profesando en Barcelona-Sarriá el 29 de septiembre de 1923.

Su vida entregada a Dios en el Instituto desde su profesión religiosa, transcurrió por la senda de la sencillez y humildad del trabajo salesiano en las Casas de Salamanca, Baracaldo, Béjar, Madrid-Delicias, el Plantío y finalmente en la Residencia de «Santa Teresa» donde consumió sus últimos años privada de la conciencia que le permitiera vibrar con las atenciones y delicadezas que como Hermana enferma y muy querida recibía.

Fue Directora de las Casas de Salamanca y Baracaldo, distinguiéndose por su amabilidad, educación refinada y por su continua presencia entre las niñas que veían en ella la Directora amiga. Tenía un gran amor a las vocaciones y muchas de las Hermanas que ahora vivimos felices dentro de la Inspectoría, sabemos que algo de la semilla que en nosotras prendió el Señor fue regada y cultivada por Sor María.

Las Antiguas Alumnas recuerdan en ella su especial amor a la Virgen y a la Eucaristía. Siendo sacristana en el Colegio de Delicias y al tiempo Maestra de una de las clases elementales, con frecuencia enviaba a una de sus alumnas a comprobar si ardía la lámpara del Sagrario y aprovechaba esta ocasión para decir esa palabrita al oído que animaba a ser lámpara del Señor en nuestra clase, en el patio, en casa.

Hay una opinión unánime al recoger los testimonios de las Hermanas:

«Fue una Hermana buena con todos, alegre, simpática, delicada, fina, piadosa, sacrificada, de buen carácter, incapaz de hacer sufrir a nadie, prudente, servicial y muy buena enfermera».

Comenta Sor Carmen Martín-Moreno: «Al principio de mi llegada como

Directora a la Casa de Delicias me imponía mucho su presencia ya que ella había sido Directora antes que yo en dos Casas. Me sentía muy pequeña a su lado, pero su educación y finura de trato, su bondad, su sumisión, su espíritu religioso cambiaron muy pronto mis temores. Encontré en ella a la Hermana buena siempre dispuesta a ayudar a todos.

Había sufrido mucho, pero su piedad, su gran amor a Dios le ayudaban en el trabajo de perdonar y olvidar siempre.

Era un elemento de paz en la Comunidad y participaba alegre en las bromas que se le gastaban. Era habitual en ella la exclamación: «¡Virgen de la Soledad!» que todas repetíamos ya y la identificamos con la figura de Sor María».

Su cargo de Vicaria no la impedía realizar otros trabajos en la Comunidad y en el Colegio. Desempeñó el oficio de enfermera no sólo de las Hermanas, sino de un grupo de internas de un Patronato de Huérfanas de Madrid que acogía niñas de humilde condición.

En el año 1958 Sor María era enfermera y portera del Noviciado. Aquellos padres que visitaban a sus hijas Aspirantes en Delicias, son los mismos que llaman cada mes en el Noviciado y saludan con confianza a Sor María que desde entonces la conocen con el nombre de «la monja simpática».

Así van transcurriendo sus años de entrega, con sencillez y profundidad de Vida Religiosa que marca a cuantas tienen la suerte de convivir con ella.

Después de haber estado unos años en el Colegio de El Plantío donde fue muy querida como en todas partes por su amable bondad y gran simpatía, al irse desgastando su salud por el paso de los años, fue trasladada a la Residencia de Santa Teresa de Madrid, para estar con otras Hermanas que por enfermedad o edad avanzada necesitan cuidados más especiales.

Afectada por una fuerte arterio-esclerosis vivió totalmente ausente del afecto y atenciones que le prodigaban las Hermanas. No pudo agradecerles como había sido norma de su vida, de su bondad y de su esmerada educación. Es uno de los casos incomprensibles para nuestra pobre inteligencia humana, que se aceptan en la fe, pensando que los caminos del Señor no son los nuestros.

La noticia de la desaparición de Sor María el día 2 de junio de 1987 deja en todas las Hermanas una huella de dolor y bendicen a Dios que se acordó de su humilde hija para llevarla a gozar de su presencia para siempre.

Su ejemplo y el amor a la Eucaristía que siempre irradió, perdura ahora en el alma de sus Antiguas Alumnas y de las Hermanas de la Inspectoría de Santa Teresa que saben que tienen una nueva intercesora en el cielo.

SOR EMILIA ACEVEDO

Nació: el 17 de julio de 1930 en Madrid

Profesó: el 5 de agosto de 1957 en Madrid

Murió: el 11 de julio de 1987 en Madrid. Año Mariano

Fueron sus padres Antonio Felipe y María Purificación.

De los primeros años de su vida nos cuenta su hermana llamada Gloria: «Recuerdo nuestra infancia como un sueño. Nuestro padre acababa de morir. Formábamos la familia: mi madre, una hermana suya a la que queríamos mucho y nosotras dos.

Poco antes de empezar la Guerra Civil mi hermana cayó enferma. Una enfermedad grave que pocos niños lograban superar, pero ella, gracias a Dios y a los cuidados de mi madre se recuperó.

Recuerdo verla siempre, día y noche postrada, atada a un aparato que era de hierro y lona, del que no se podía mover para nada y en el que estuvo cuatro años.

A pesar de eso, de los problemas de la guerra, de la falta de mi padre, etc. en mi casa había alegría. Mi madre nos inculcaba: risas sanas y auténticas pueden con todo.

Viviendo Emi en aquel aparato, mi madre nos enseñó a leer y a escribir. Y por supuesto, también a rezar. Recuerdo todavía los largos rosarios en familia que fueron conformando nuestro amor a la Virgen.

Al acabar la guerra ella ya estaba buena y comenzó a aprender a andar. Tenía entonces ocho años. Nos inculcaron una bella lección: todo es natural: carecer de cosas, andar, estar quieta, todo.

Un hermano de mi madre con sus tres hijas que había perdido a su esposa en la guerra, solicitó dos becas para mis dos primas pequeñas. Una confusión hizo que le concedieran tres y así fue como mi hermana, aprovechando esta beca sobrante ingresó interna en el Colegio de Madrid-Villaamil. Ella repitió muchas veces que en esos años fue inmensamente feliz.

Cuando volvió a casa siguió estudiando, trabajó pero ya no era la misma. Se notaba que Dios la había llamado para una entrega total. Así se lo manifestó a todos una semana antes de ingresar en el Aspirantado.

Pese a su aparente poca fortaleza física y a las muchas lágrimas de mi madre, no cedió en su plan ni un día ni una hora. Todo lo hizo según tenía

ella planeado. Ingresó en el Instituto el 8 de enero de 1955. Estaba tan convencida que no tenía ninguna duda». Hasta aquí el testimonio de su hermana.

Nos dan otros testimonios algunas Hermanas:

«Sor Emilia, Sor Emilita, como la llamábamos siempre, era un ángel desde que la conocí en el Postulantado y en el Noviciado. Era sencilla, sin complicaciones, llena de Dios. No sabía decir no. Su vida fue un prolongado sí.

Muchas veces decíamos que no era flor de este mundo. Era demasiado buena. Demasiado pequeña de estatura para el corazón tan grande que tenía. Cuando hablaba de Dios parecía que se elevaba.

Nuestro lema del Noviciado: «Angeles de Dios siempre en adoración, prontas y solícitas a las órdenes y deseos divinos, fieles hasta en los mínimos detalles» lo vivía de verdad.

Era cercana, gozaba con quien gozaba y sufría con quien sufría. Siempre animaba».

«He vivido mis años de formación con ella. Tenía todas las virtudes: alegre, cariñosa, trabajadora, humilde, muy caritativa, piadosa, sacrificada... Sus grandes devociones eran: María Auxiliadora, Jesús Sacramentado y el Vía Crucis. Para mí fue una santa en vida».

Pasó por el Noviciado como lo hacen las almas sencillas y grandes, hizo su Profesión Religiosa en Madrid el 5 de agosto de 1957.

Ejerció su apostolado como Maestra de Preescolar y del Area Artística, con gran celo y entrega total en las Casas de El Plantío y Plaza de Castilla de Madrid. También en San Sebastián, Baracaldo, Valdepeñas, Vigo (Coya) y de nuevo regresó a Madrid trabajando en las Casas de Aravaca y Daoíz, donde fue llamada por el Padre. Educaba y hacía crecer a las niñas con su sonrisa y bondad sin límites. Fue muy querida por cuantos la conocieron, dejando abierta una senda de cariño y sencillez.

Desde la Casa de Vigo pasó a la Casa de Espiritualidad de El Plantío para hacer su curso de Formación Permanente, agradeciendo inmensamente a las Superiores esta gracia de disponer de tiempo para reflexión y asimilación de las Constituciones y riquezas de la Espiritualidad Salesiana que la afianzaban en su camino de pasar desapercibida, haciendo el bien y sembrando la paz.

Continúan los testimonios de las Hermanas:

«Fui Directora suya y puedo asegurar, pues la conocí profundamente,

que siempre vivió entregada a Dios y me daba la impresión que en esta vida gozaba ya del cielo.

Con las Hermanas era complaciente y jamás oí que chocara con ninguna.

Sus rendicontos eran para mí una gozada viendo la labor que Dios hacía con las almas. Hablaba realmente como quien posee y es poseída por Dios.

Estando en mi Comunidad tuvo que ser intervenida de un riñón. Asistí a la operación y cuando ya la iban a anestesiar y ver que nadie decía nada, se sentó en la mesa de operación y dijo al doctor: «¿No rezan primero? El médico le respondió bromeando: «Somos ateos». Entonces ella en alto rezó un Avemaria muy tranquila».

«Aunque pequeñita de estatura, fue gigante en virtud. Era de esas almas que intuyen la necesidad del otro y siempre estaba dispuesta para ayudar sin pensar si le costaba o no».

«La conocí en la Comunidad de Valdepeñas mi primer destino. Viví con ella varios años. En los momentos en los cuales apareció en mí la morriña, el decaimiento, la crisis, etc. siempre la sentí cercana, intentando ayudarme, tratando de darme ánimo, interesándose por qué sufría, ofreciéndome su ayuda con toda sencillez. Al final siempre terminaba diciéndome: «Vamos a rezar, a ser buenas, a confiar en Jesús y en María Auxiliadora» y me lo decía con tal impacto que se notaba brotaba muy sinceramente de su interior. Lo mismo hacía para decirte lo que le parecía que estaba mal hecho para corregirte.

Cuando oía alguna palabra de crítica, por pequeña que fuese, siempre dejaba caer con cierta gracia el manto de la caridad.

El trabajo era otro factor importante del carácter de Sor Emilia. Después de estar todo el día en la clase de Primero de E.G.B. era Asistente de internas, siempre con su delantal en la mano, dispuesta a echar una mano en cualquier trabajo extra, oficios que no eran de nadie.

Como buena artista que era, las vacaciones se las pasaba pintando, decorando paredes en los dormitorios de las internas, clases, murales, cuadros y todo lo que se le pidiera porque era incapaz de decir que no».

También transcribimos palabras de su hermana Gloria:

«En el año 1984 fue destinada a la Casa de Daoíz (Madrid) para poder asistir a nuestra madre anciana y muy enferma.

Mi madre solía decir que de ella en casa sólo tenía el cuerpo, porque

su alma estaba en el Colegio. Aprovechaba cualquier circunstancia para volver a la Comunidad. Esto hizo mucho más sacrificado el permanecer durante tres largos años fuera de su ambiente.

Cuidó a nuestra madre, imposibilitada totalmente, de manera perfecta. Tuvo que atender a toda la familia y la casa. Los amigos acudían a estar con ella. Su actuación fue ejemplar y ahora pasados los años valoro todo mucho más.

No se supo nunca de su cansancio físico, ni de contrariedades que también las hubo. No desfalleció. A nuestra madre que era una mujer corpulenta la manejaba ella sola. Y me pregunto: ¿Quién ponía la fuerza? ¿Ella o Dios? Casi era un auténtico milagro.»

Las Hermanas siguen dando su testimonio:

«Viví con Sor Emilia en la Casa de Daoíz. Eran los años que estaba cuidando a su madre (1984–1987).

Era edificante lo que gozaba en los ratos que podía venir a la Comunidad. Se interesaba por todo y por todas con gran responsabilidad. Hacía aquellos oficios que le habían asignado.

Rezaba mucho. Todas las noches se pasaba largos ratos en la Capilla e invitaba a las jóvenes a rezar con ella.

Después del fallecimiento de su madre retornó a la Comunidad e hizo una fervoroso tanda de Ejercicios Espirituales. En ellos dejó plasmados estos propósitos que ya poco tiempo pudo cumplir, pues la llamó el Padre, al que tanto amó, el día 11 de julio del Año Mariano 1987. Su muerte fue repentina. Estaba vigilante y con la lámpara encendida.

Así escribió sus últimos propósitos de Ejercicios:

- Saborear el gozo de ser amada por Dios.
- Vivir de alegría y esperanza.
- Pensar en el Paraíso.
- Recordar que todos seremos transformados.
- Vivir la oración de cada día.
- Luchar contra la tristeza con jaculatorias.
- Avivar la confianza: Sagrado Corazón de Jesús...
- Hacer vida en mí el gran Amor gozoso de Dios.
- Recordar la mirada acogedora y gozosa de María.

De todos cuanto vivieron con ella, de las Hermanas y de las Antiguas Alumnas que tanto lloraron su desaparición, podemos hacer resumen de su vida diciendo: Pasó haciendo el bien.

SOR DOLORES QUIJADA

Nació: el 7 de marzo de 1926 en Robledo de Chávela (Madrid)

Profesó: el 5 de agosto de 1947 en Madrid

Murió: el 18 de octubre de 1987 en Madrid

Sor Dolores Quijada nació en Robledo de Chávela, un pueblo de la sierra de Madrid. Sus padres fueron José y Maximina, de condición humilde, pero muy felices al lado de sus cinco hijos, pues en su hogar siempre reinaba el amor y se vivía la presencia de Dios. Muy pronto perdió a su madre y por este motivo a los 13 años ingresó en el Colegio de Sarria (Barcelona).

Dice su hermana Aurora: «Mi recuerdo de ella en los años de nuestra infancia no puede ser mejor. Era la más buena de los cinco. No se enfadaba nunca. Siempre cedía en todo, jamás se peleaba con ninguna amiga y todos queríamos jugar a su lado. Si alguien le daba algo lo compartía con todos e incluso si era poco, prefería quedarse sin nada y repartirlo.

Estuvo en Barcelona cuatro años interna. Cuando regresó en unas vacaciones comunicó a la familia el deseo de hacerse Religiosa. Así fue, ese mismo año 1945 se quedó en Madrid, en Villaamil y seguidamente entró en el Noviciado.

Su vida de Noviciado estuvo hondamente marcada por la piedad, alegría, sencillez y principalmente por su amor grande a nuestra Madre María Auxiliadora.

Con gran fervor y consciente del paso que iba a dar, profesó en Madrid el día 5 de agosto de 1947, tenía 21 años.

Vivió en las Casas de Emilio Ferrari, Béjar, Burgos, Aravaca, El Plantío, Vigo y Santander.

Muchas de las Hermanas con las que ha convivido en las Casas nos aportan su testimonio:

«Era un alma sencilla, alegre, portadora de paz. Parecía más ingenua de lo que era en realidad. Era humilde, aguantaba las bromas y las humillaciones. Su forma de ser un poco infantil, miedosa y a veces desconfiada, hacía que las Hermanas se metieran con ella, pero no se enfadaba, lo soportaba todo con su sonrisa habitual e incluso sacaba chispa.

Era muy piadosa, celosísima en cumplir las Prácticas de Piedad. Cuando tenía alguna incumbencia que no permitía hacerlas con la Comunidad,

se las arreglaba para hacerlas antes a cualquier costa. Me atrevería a asegurar que no dejó de hacerlas ni una sola vez en toda su Vida Religiosa.

Tenía un gran sentido de la responsabilidad y del deber, llegando a veces a la obsesión, por eso cuando le encomendaban algo que no podía hacer, pedía que le librasen de ello porque no podía sufrir el hacer algo con negligencia.

Impartía la Enseñanza en la clase de Párvulos mayores y era un verdadero espectáculo ver cómo trataba a los niños. Estaba consagrada en cuerpo y alma a su clase, siempre corrigiendo cuadernos y preparando trabajitos. Le escribían tan bien los niños que parecía mentira que aquellos cuadernos correspondieran a niñas de tan corta edad.

Quería muchísimo a la Virgen y esa era la causa de que todo intentara hacer bien.

También amaba mucho a la Iglesia y se interesaba por todos los problemas que de algún modo pudieran tocar su honor. Gozaba con el esplendor de los cultos y leía asiduamente la revista *Ecclesia* y hablaba con entusiasmo y conocimiento de todos los acontecimientos eclesiales.

Su fidelidad a la vocación era una idea constante y trataba de vivirla con una obediencia a las Constituciones muy exacta, siendo quizá legalista debido a la formación que había recibido. Su amor a las Superiores fue grande. El espíritu salesiano de familiaridad y corazón oratoriano era característico en ella. Se preocupaba por preparar bien las Catequesis de los domingos en el Oratorio, así como los juegos y entretenimientos para estas tardes de los domingos.

Era ocurrente con las Hermanas y contaba con el apoyo de la Comunidad.

Estaba también pendiente de los cumpleaños y fiestas de su familia y rezaba por todos ellos».

Otra Hermana nos comunica su recuerdo:

«Era sumamente ordenada y metódica. Tenía un sentido de responsabilidad especial. No creaba problemas en las relaciones con nadie. Amaba intensamente a la Virgen y esto lo demostraba sobre todo en la preparación y celebración de las fiestas marianas. Se sentía muy feliz de ser Hija de María Auxiliadora.

Conviví con ella en la Comunidad de la Dehesa de la Villa por los años 50. Eramos las dos jóvenes profesas, ella se manifestaba muy fervorosa. Ponía un gran esmero en la confesión y era muy dada a conversaciones espirituales. Después siempre la ví preocupada por su crecimiento espiri-

tual. Muy humilde, silenciosa, cumplidora de su deber, trabajando con las pequeñas sin ruido, sin sobresalir, santificándose en lo cotidiano».

En el último año de su vida, antes de conocer el estado grave de su enfermedad, manifestaba tener miedo a que le pudiera llegar el momento de la muerte.

En la clínica, mientras pudo leer ella se hacía la lectura y cuando ya muy debilitada no podía por sí sola, rogaba a una Hermana que hiciera la visita en voz alta y rezara el Rosario. Le decía: «Aunque no me oigas, sigue, que yo rezo para mí».

Aunque la enfermedad se presentó en seguida como mortal y con manifestaciones de durar poquísimo, ella no se dio cuenta nunca de que estaba grave, ni pensó que se moría. Se hacía ilusiones para cuando estuviera bien. Sin embargo cuando le dijeron que le quedaban pocos días de vida y que si quería recibir la Unción de los Enfermos, aceptó la muerte y dijo que sí, que quería ir al Cielo.

A partir de ese día ya estaba dispuesta para ir al Cielo y cuando cada mañana se despertaba, extrañada se preguntaba: «Pero, ¿todavía no? ¡Qué largo se me hace! ¿Cuándo voy a llegar al Cielo?»

Mandó llamar a todos los sobrinos y con una entereza admirable les fue diciendo que ella se iba al Cielo, que iba a estar allí muy bien con el Señor, con la Virgen y con nuestros Santos. Les repetía que fueran buenos para que cuando les llegase la hora estuvieran tranquilos como ella. Todos se emocionaban y ella decía: «Se emocionan más los hombres que las mujeres». Uno de ellos mayor y casado, se impresionó porque le dijo su tía que si quería algo para su padre, porque en seguida se iba a encontrar con él en el Cielo.

Una de las sobrinas mayores repetía que le parecía mentira que su tía tan miedosa, hubiese recibido tan bien la noticia de su muerte, a lo que una Hermana respondió que no era más que el fruto de una vida de fe.

Por fin llegó el día deseado por ella, era el 18 de octubre de 1987, día grande para su entrada en el Paraíso y con serenidad y recogimiento entregó su alma al Señor.

SOR ELENA RIESCO

Nació: el 14 de marzo de 1916 en Salamanca
Profesó: el 5 de agosto de 1953 en Madrid
Murió: el 26 de noviembre de 1987 en Salamanca

Sor Elena Riesco nació en Salamanca en una familia numerosa y profundamente cristiana. De los padres aprendió su exquisita educación y formación religiosa, ya que todos juntos hacían las Prácticas de piedad a diario.

Estuvo nueve años en el Colegio de las Jesuitinas como mediopensionista, junto con sus hermanas Paz y Piedad (Hijas de María Auxiliadora).

De pequeña era pacífica, tranquila y con su hermana Paz hacía muy buena pareja para los juegos.

Como era una de las mayores de tantos hermanos, los cuidaba con gran cariño y los entretenía haciéndoles teatro, los llevaba de paseo, etc.

Era bondadosa, no protestaba por nada y por ella nunca había disgustos pues sabía ceder fácilmente.

Hizo en las Jesuitinas los cursos de Instituto y de Magisterio acabando su carrera con muy buenas notas. Al poco tiempo de acabar le dieron Escuela en un pueblo en el cual ejerció poco tiempo.

Al tener la plaza en propiedad le tocó Baracaldo. Allí fue muy feliz con esas niñas a las que trató de educar e inculcar todas las virtudes que ella poseía, pero sobre todo les enseñó a amar a la Virgen de la cual era devotísima.

Después de algún tiempo pudo regresar a su casa de Salamanca y fue destinada a un Grupo Escolar que estaba muy cerca.

Estuvo allí varios años, pero el Señor la llamó en edad madura para seguirle de cerca en el Instituto. Entró en el Aspirantado de Madrid-Delicias a los 36 años de edad. Llevaba una buena experiencia educativa fruto de sus años de docencia como Maestra Nacional.

De naturaleza bondadosa, alegre y pacífica no se disgustaba por nada, estaba atenta a escribir a sus hermanos en los onomásticos o para comunicarles las buenas noticias que ellos tanto agradecían, pues la echaban mucho de menos.

La devoción a la Virgen la tenía grabada desde muy pequeña, pero al

entrar en el Aspirantado se acrecentó más bajo el título de María Auxiliadora.

Siempre tenía la sonrisa en los labios y se prestaba para ayudar en los trabajos que podía. Su vida de piedad y de fe fue firme porque la había adquirido en su casa desde que empezó a comprender al lado de sus padres.

Después de su Noviciado, en el que fue feliz, profesó en Madrid el día 5 de agosto de 1953.

Nos dice una Hermana: «Fui compañera de ella en el Noviciado. Fue patente su originalidad y a la par su sencillez y transparencia a la que unía una gran naturalidad. Era popular y querida por todas».

Hemos gozado de su presencia en la Plaza de Castilla de recién profesa y más tarde, en Salamanca, Aravaca, Cée, Santander y Dehesa de la Villa.

Otra Hermana nos comunica: «Viví con Sor Elena en la Casa de La Ventilla (hoy Plaza de Castilla). Lo más característico que puedo decir de ella es que era buena, sufrida y bondadosa. Por aquellos años ya empezaba a resentirse del riñón, pero los médicos no la entendían. Ella sufría, se valía de las niñas para hacerse ayudar en las limpiezas de la clase, soportando cualquier broma que le pudiese parecer pesada. Siempre la vi enferma, aunque no dejaba de dar su clase. Su bondad natural le hacía dejarse querer por las niñas. Era lenta para las cosas, pero muy campechana y muy agradable en su trato comunitario. Su última enfermedad nos ha podido dar luz sobre su lentitud y el posible holocausto de su vida.»

Estando en Aravaca cayó enferma, quedando muy delicada de salud, por lo cual ya su estancia en Santander fue sin dar clase y ayudó lo que pudo en los trabajos de la ropería.

Pasaba sus días sonriente, afable, fruto de su buen corazón.

Nos dice una Hermana: «He tenido ocasión de vivir dos veces con Sor Elena en Cée (La Coruña) allá por los años 60. Yo acababa de profesar. Su hermana Paz también estaba en la misma Comunidad. Me llamaba la atención el cariño y la amabilidad con que trataba a su hermana. En los recreos nos reíamos mucho cuando comentaban detalles de sus padres e innumerables hermanos».

A pesar de la edad y la escasa salud ha sido siempre joven y ha sabido adaptarse con jovialidad y entusiasmo a las formas e ideas que nuestra renovación le ha exigido.

No podía estar directamente con las jóvenes, pero ofrecía todo por ellas.

Muchas veces repetía que no podía rezar ni meditar porque su cabeza no estaba para nada, pero su semblante y sus pocas palabras casi deletreadas transparentaban la paz que Dios le regalaba y que ella traducía en serenidad y como quien nada hace daba y repartía sólo amor.

Amaba a María Auxiliadora y a Ella encomendaba las vocaciones para la Iglesia y para la Inspectoría.

Muchas Hermanas coinciden en testimoniar esta actitud de serenidad y sencillez, añadiendo que era muy raro pasar al lado de ella sin que te dijera algo agradable.

El verano antes de morir fue destinada a Salamanca (Sancti Spiritus). Recibió este cambio con agradecimiento porque volvía a su tierra salmantina y además así podía estar más cerca de su hermana Carmen. Hasta el final supo mantener una actitud tan salesiana como es la de captar lo positivo de cada acontecimiento.

Dios le ha dado el último y definitivo cambio: el gozo y la posesión plena de su amor. Estamos seguras de que Sor Elena lo ha acogido con inmenso agradecimiento y su sonrisa y su mirada de paz habrán dicho despacito: «Sí, Señor, te estaba esperando».

Y así tan sencilla como fue su vida se durmió en la paz del Señor en Salamanca, su ciudad que la vio nacer, el día 26 de noviembre de 1987.

SOR CARMEN MARTÍNEZ

Nació: el 16 de febrero de 1915 en Salamanca

Profesó: el 5 de agosto de 1940 en Italia

Murió: el 7 de febrero de 1988 en El Plantío (Madrid)

Sor Carmen Martínez Uribarri nació en Salamanca el 16 de febrero de 1915. Fueron sus padres Valeriano y Guadalupe que con su sencillez y buen ejemplo forjaron la personalidad de su hija, a la vez que la rodearon de un profundo ambiente religioso.

En el año 1937 entró en el Aspirantado de San José del Valle (Cádiz).

Con motivo de la guerra civil española fue enviada con otras cuatro Aspirantes a Italia, donde hizo su formación en Torre Bairo.

Después de su profesión regresó a España.

Es destinada a las Casas de Plaza de Castilla donde vive durante cinco años. Otros cuatro en la Casa de Emilio Ferrari y de allí vuelve a la Plaza de Castilla. En 1953 es destinada a la Casa de Santander y en 1957 a Béjar. A Valdepeñas en 1967, el curso 1968-69 trabaja en Salamanca y desde el año 1969 hasta 1970 la obediencia la destina a San Sebastián.

En todas estas Casas la encontramos entregada generosamente a la educación de las niñas en el servicio entusiasta, jovial y desinteresado como Maestra Elemental, ofreciendo a Dios los mejores años de su juventud.

Por motivos de salud es destinada a la Casa del Teólogo de Salamanca. Desempeña el oficio de ropera y es para los Salesianos madre y hermana solícita, sabiendo sacrificarse en todo momento. Su amor al Instituto se ve ampliado por un amor orante hacia sus hermanos Salesianos.

De Salamanca pasa a El Plantío y de allí a Burgos-Virgen de la Rosa, para regresar definitivamente a El Plantío, Casa de Espiritualidad. Mientras su «hombre interior» se va robusteciendo poco a poco con la gracia de Dios, su naturaleza física va perdiendo vigor y es en esta última Casa donde va a declinar notablemente hasta que el Padre la llame de una manera definitiva.

Contemplamos a Sor Carmen a la luz de Dios y la vemos sencilla, detallista, cercana a todos, corazón abierto y atenta a las necesidades de cuantos la rodean. Cariñosa y amable como característica de su virtud interior.

Admiramos su amor a Don Bosco madurado en la entrega concreta a los salesianos por cuyo sacerdocio rezaba, ofrecía y se sacrificaba.

Su actitud de fidelidad a la llamada del Señor es para nosotras aliento y empuje; valoró, oró y potenció su vocación, viviendo las Constituciones de un modo sencillo y concreto. Es notable también la sensibilidad que tuvo para captar la Voluntad de Dios a través de las Superiores.

Nos cuenta una Hermana: «Conocí a Sor Carmen en Béjar en el curso 1956–57 pues yo entré en el Colegio por esa fecha. Fue mi primera Maestra de EGB. Aprendí con ella cosas básicas en mis seis y siete años. Eramos un curso numeroso muy travieso. Recuerdo su calma, su capacidad para ir enseñándonos a cada una. Eran admirables su paciencia y bondad. Aunque éramos pequeñas no nos pasaban desapercibidas.

También recuerdo su forma de enseñarnos a rezar, a visitar a Jesús con frecuencia. Quería mucho a la Virgen.

Después la cambiaron y ya no la volví a ver hasta que no estuvo destinada en El Plantío.

En mi primer encuentro con ella, siendo yo ya Hija de María Auxiliadora, recuerdo su alegría y emoción contando y recordando juntas las travesuras de mis años de Colegio.

Siempre que venía a El Plantío me hacía bien encontrarme con ella. Me preguntaba con mucho interés por mi familia, por mi situación dentro de la Comunidad, si me encontraba bien, etc.

A medida que ha ido pasando el tiempo y avanzando la enfermedad la he visto cómo sufría y cómo iba aceptando sin limitación el dolor. Me ha hecho bien el encontrarme con ella de vez en cuando. Ha sido una de las personas buenas que Dios ha puesto en mi camino y su testimonio sin duda influirá en mi vocación para ayudarme a vivir en santidad».

Su organismo que había ido debilitándose lentamente, parece que le urge la llegada y el encuentro con Aquél que tanto ha amado e invocado en su vida.

Al inicio del año Centenario de la muerte de Don Bosco y dentro del año Mariano, el día 7 de febrero de 1988, en El Plantío, en la Casa de Espiritualidad deja de existir para el mundo y se va a vivir definitivamente con el Padre.

Su muerte nos lleva a alabar a Dios nuestro Salvador porque su amor se manifiesta en los sencillos y mansos de corazón.

Que la vida y la muerte de Sor Carmen, unidas a la Pascua del Señor,

se conviertan para nosotras en semilla de renovación, en gracia que empuje hacia una nueva hora, la hora de vivir con radicalidad nuestra Consagración, la hora de ser de verdad signos del amor de Dios para los jóvenes pobres y abandonados.

SOR PILAR LÓPEZ

Nació: el día 14 de mayo de 1926 en Belmonte (Cuenca)

Profesó: el 5 de agosto de 1953 en Madrid

Murió: el 27 de marzo de 1988 en Madrid

Sor Pilar López nació en Belmonte (Cuenca) el 14 de mayo de 1926.

Sus padres fueron Juan y Romana y fue la menor de los hijos con los que Dios bendijo el hogar que ellos formaron.

A los seis años se trasladó toda la familia a Madrid, ya que los hermanos mayores cursaban sus estudios en esta ciudad. Ella y su hermana un poco mayor iba al Colegio de los Sagrados Corazones de la calle Fuenca-rral. También asistía a la Catequesis en la Iglesia de Monserrat de los Padres Benedictinos.

Pasado algún tiempo dos de sus hermanos enfermaron y pensando que volverían a recobrar la salud perdida en su pueblo natal, la familia entera se trasladó de nuevo a Belmonte. No hubo solución para su mal y después de un poco de esperanza, los dos murieron.

En el pueblo siendo ya adolescente era una excelente Catequista con las niñas de la Parroquia y también visitaba la cárcel para decirles a aquellos pobres desdichados una buena palabra. Era muy bien acogida.

En las fiestas de Corpus cuando el Señor recorría las calles del pueblo, especialmente el día de los «imposibilitados», preparaba a todos los que querían recibir al Señor y ellos lo hacían con gran fervor.

A Madrid volvía casi siempre en Navidades y se quedaba una buena temporada en casa de sus hermanos. Pero su celo apostólico no podía parar y en compañía de una amiga que también pertenecía a la Acción Católica, visitaban los domingos algunos barrios muy necesitados de todo, también de Dios.

Un día le dijo a su cuñada que se sentía llamada por Dios a la Vida Religiosa, pero no a la contemplativa. Enterado también el Párroco de su pueblo le dio a leer la vida de san Juan Bosco y ellá quedó encantada del Apóstol de los jóvenes. Convencida de que Dios la llamaba por este camino, ingresó en el Postulantado de Madrid-Delicias el 31 de enero de 1951. En el mismo año pasó al Noviciado, siendo modelo por su compostura, fervor, espíritu de sacrificio, donación de sí, amor a las Superiores y sobre todo por su devoción inquebrantable a Jesús Eucaristía y a María Auxiliadora.

En 1953 hacía su profesión religiosa impaciente por entregar al Señor todo su ser en favor de las almas.

Así la conocimos: entregada a Dios y a su Reino en la Inspectoría de Madrid en las Casas de San Sebastián, Burgos y Emilio Ferrari, desde el año 1953 al 1961 y en Centro América desde el año 1961 hasta 1980, en las Casas de Guatemala, San Pedro Sula en Honduras y en la Casa de la Virgen de San José de Costa Rica, donde se destacó por su trabajo incansable, asumiendo riesgos y desafíos con tal de hacer el bien.

Su servicio de Directora le proporcionó el medio de ayudar a jóvenes y familias. Signo de esto es el cariño que le profesaron en todas las Casas donde animó a Hermanas y jóvenes.

Nos dice la Directora de Emilio Ferrari:

«Sor Pilar fue destinada a esta Casa el año 1959. Su misión era encargarse de la casa de Ejercicios que por aquel entonces dirigía D. Joaquín Jiménez, S.J. Dicho Padre era muy exigente y a pesar de todo estaba muy contento con Sor Pilar porque cumplía muy bien con su deber. Tenía todo muy ordenado pero la labor principal que hacía era ayudar a las chicas, especialmente a las obreras, que participaban en los Ejercicios. Las preparaba a la Confesión y Comunión con una gran delicadeza y cariño. Su porte distinguido y su espiritualidad hacía que las chicas se acercaran a ella con gran confianza. No perdía la paz con nada. Como buena Hija de María Auxiliadora era muy devota de nuestra Virgen, devoción que inculcaba a los demás.

Cumplidora del deber, obediente, respetuosa con todos, especialmente con las Superiores.

El día 1 de octubre de 1961 parte para Centro América deseosa de extender su apostolado hasta aquellas lejanas tierras. No sabemos con exactitud cómo transcurrieron los primeros años allí.

Recogemos un testimonio: «Era el año 1968. Estuve de paso en el Colegio de San Pedro de Sula en Honduras. Entre las Hermanas de esa Casa me llamó mucho la atención Sor Pilar, figura gentil, agraciada en lo físico, sumamente ordenada y silenciosa. A finales de este año tuvimos la noticia de que Sor Pilar había sido nombrada Directora de esa Casa, cosa que me alegró. Tuve ocasión de visitar de nuevo esa Comunidad y me sorprendió lo unidas que estaban las Hermanas a su nueva Directora. Los recreos eran animadísimos y en la Capilla había un gran fervor. La figura de la Directora se destacaba sonriente, atrayente, afectuosa y caritativa a todos los niveles. Tanto en los recreos como en los paseos estaba rodeada de Hermanas a las que amaba de verdad.

En el año 1969, por estar en guerra nuestra República con la de El Salvador, mi Directora me envió a San Pedro Sula con cuarenta internas. Mi permanencia en este Colegio fue de mes y medio. Entonces conocí mejor a Sor Pilar. La admiré considerándola una religiosa privilegiada, de gran altura espiritual. Pasado ese tiempo volví a mi Colegio con las internas. Una vez allí me encontré mal de salud y el médico recomendó cambio de clima. Volví otra vez a la Casa de Sor Pilar que, aún conociendo mi inútil situación, me recibió con todo cariño, pero a pesar de la buena voluntad de todos no lograba recuperarme. Siempre recordaré el derroche de comprensión y paciencia que Sor Pilar me regaló.

Un día que hacía el coloquio privado con ella, me dijo: «Quiero pedirte un favor: a las Directoras nadie nos dice la verdad directamente y cuántas veces nos equivocamos. Por eso deseo que tú me digas qué defectos has visto en mí. Dímelo y me harás un gran favor». Yo no me atreví entonces, pero al siguiente coloquio le dije: «Hermana Directora, Dios le ha regalado con muchas y bellas dotes que Vd. cultiva, pero es muy pronta e impulsiva, tiene arranques fuertes, aunque después se arrepiente. Eso no debe ser así». «Tienes razón, me dijo. Es mi defecto dominante. Desde muy pequeña lucho por corregirlo. Algo he logrado, pero no alcanzo a quitarlo todavía. Te agradezco y te pido de corazón que reces para que Dios me ayude. Gracias sinceramente, Dios te lo pague». Y seguimos contentas y comunicativas.

Era una Hermana completamente entregada a la Comunidad, a las almas, a las profesoras, a las empleadas de Casa, a todos en general. Su vida estaba sembrada de detalles para con todos y todos la amaban de corazón.

En junio de 1971, en forma inesperada para la Comunidad, se fue a España. Estuvo en la Casa de la Plaza de Castilla de Madrid como Vicaria y de la misma inesperada forma regresó a los seis meses a Centro América.

Después de este paréntesis fue nombrada Vicaria de la Casa de Panamá. Un año después yendo a Ejercicios Espirituales a Costa Rica, pude estar con ella una semana en una Casa de descanso. Tuve una impresión muy fuerte. Noté que ella había sufrido mucho aun cuando ella no me dijo nada. De nuevo la obediencia la destinaba a la Profesional de la República de Nicaragua.

Transcurrido un año de nuevo fue cambiada al Colegio de Guatemala para cursar tres años de Pedagogía. Carrera que culminó con éxito, no obstante haber sufrido una grave punción en la cabeza... había comenzado el decaimiento de su salud. Esa punción sufrida para poder encontrar

la causa de su dificultad en el hablar que por entonces no era demasiado notoria, la había desmejorado en muchos aspectos.

Desde aquí fue enviada como Directora a la Casa de la Virgen en San José de Costa Rica. Allí pudo apreciar el cariño que la tenían los médicos, las enfermeras y todo el personal en general. No obstante ella pidió un descanso en Panamá donde estuvo muy bien atendida.

De nuevo regresó a España y de nuevo a Panamá para regresar a España definitivamente».

Para atender mejor a su hermana María que necesitaba su ayuda fue destinada al Colegio de La Roda (Albacete) el más cercano a Belmonte. De una de sus cartas entresacamos: «Yo seré Salesiana hasta la muerte. Tengo falta de equilibrio y dificultad al hablar, pero Dios es maravilloso».

Después de estar algunos años cuidando a su hermana y sintiendo que su enfermedad se agravaba, fue destinada a la Casa de Aravaca (Madrid) para llevar una vida tranquila.

Como sus dolencias iban en aumento, en el año 1987 pasó a la Residencia de Enfermas «Santa Teresa» en Madrid. Por su enfermedad estaba afectado todo el sistema nervioso, siéndole muy difícil mantenerse en pie. Pronto se encontró muy contenta en la Comunidad. Decía que estaba acompañada y acogida y esto le daba motivos para vivir agradecida a Dios, a las Hermanas y especialmente a las enfermeras.

Su corta estancia fue tranquila y gozosa. Se pasaba el día en compañía de otras enfermas a las cuales las hacía siempre partícipes de su entusiasmo misionero. El Rosario era su rezo preferido. Ponía el cassette y así rezaban las tres partes con sus correspondientes cantos.

A todas contaba sus experiencias de veinte años de Misionera en Centro América. Su hermana María era para ella su máxima preocupación y al tiempo la máxima ilusión. Cuando venía a visitarla la recibía con mucho cariño. Ella a su vez la colmaba de detalles.

Por falta de estabilidad tuvo una caída y se fracturó la cadera derecha. Esto fue la muerte para ella. La operaron y todo resultó bien, pero la mala circulación le produjo una embolia y así vivió dos meses. Le repitió una segunda vez y a la tercera le tocó el cerebro. Sufrió mucho en esos últimos tiempos por la falta de movimiento y control. Había perdido la voluntad y no le era posible la recuperación.

De ella conservamos como recuerdo y empuje para vivir nuestra vocación con fidelidad, entrega, bondad y alegría. Persona sensible, detallista, llegaba a todos, aun en los últimos días de su enfermedad.

Dándose cuenta de su estado físico solía levantar los ojos al cielo deseando encontrarse definitivamente con Dios.

Este encuentro llegó el día 22 de marzo de 1988 las 8,45 de la mañana en la clínica de la Milagrosa de Madrid. Sus restos fueron traídos a la Residencia de santa Teresa donde estuvo instalada la capilla ardiente. Que el Señor de la vida la haya acogido con amor y a nosotras que todavía peregrinamos en la fe, nos consuele y nos anime con su gracia para corresponder siempre con fidelidad al compromiso de entrega de toda nuestra vida para la salvación de los jóvenes, en espera de vivir la Pascua plena con el Señor Jesús.

SOR INOCENCIA OSACAR

Nació: el 20 de junio de 1897 en Undiano (Navarra)

Profesó: el 5 de agosto de 1923 en Sarriá (Barcelona)

Murió: el 9 de junio de 1988 en Madrid

Sor Inocencia Osácar Ayerra nació en Undiano (Navarra) el 20 de junio de 1897.

Fue hija única del matrimonio formado por Joaquín e Isidora, personas sencillas y buenas que supieron educar a su hija en el amor y temor de Dios.

Desde los comienzos de su Vida Religiosa fue un alma entregada y feliz. Así lo demostró en su Postulantado y Noviciado.

El día 5 de agosto de 1923 profesó en Sarriá-Barcelona.

Dios le ha regalado una hermosa y espléndida vida, noventa y un años vividos para El y entregada a la salvación de las jóvenes, noventa y un años en los cuales ha sabido bendecir al Señor de la Vida con gozo, entusiasmo y amor.

Su vida profunda y de una fe robusta se transparentó en su rostro: sus ojos vivos y alegres estaban en todo, pendientes de todos. Parecía haber aprendido de María en las Bodas de Caná, porque donde ella estaba no faltaba el vino del detalle, del servicio, de la ayuda. Sabía prever, llegaba a las personas, atendía todo con primor y esmero, preparaba y cuidaba creando siempre clima de familia. Se estaba tan bien a su lado. Te hacía estar en casa con su mirada clara, acogedora, cálida y fraterna. Era como la mujer fuerte de los Proverbios: siempre solícita, premurosa, atenta a toda necesidad de las Hermanas y de las niñas.

Ha vivido con intensidad la vida porque la ha vivido con amor. Sí que podemos decir que ha hecho de su vida una celebración de acción de gracias a Dios, al que amaba con todas sus fuerzas y con todo su ser.

Su vida nos era necesaria por eso Dios se la ha regalado larga y llena de salud como signo de gozo, de entusiasmo y de entrega plena a su servicio.

Entró en el Instituto en 1921, profesó en 1923 y a los pocos años de hacer su Profesión Perpetua en 1933, se la envía a fundar con Sor Rosario Ferrete y Sor Concepción Olmos la Casa de Sueca (Valencia) ella va como responsable de las Hermanas.

De 1937 a 1948 está en Salamanca, de 1948 a 1953 en Baracaldo de Ecónoma, en 1953 en Palencia hasta 1982 y al cerrarse la Casa pasa a Villamuriel de Cerrato (Palencia) hasta este año 1988.

Las Hermanas nos dan su testimonio:

«Viví con Sor Inocencia cuatro años en Palencia. Jamás olvidaré su sonrisa. Era trabajadora, le tenía que reñir la Directora porque trabajaba demasiado. Siempre alegre, serena, muy humilde, nunca se quejaba ni se le oía hablar mal de nadie. Escuchaba con interés y preguntaba. Tenía sus ratos de oración además de los comunitarios. Participaba siempre en los teatros de Navidad. Salesiana cien por cien. Era muy limpia y ordenada. Cuando se presentaba en Comunidad nadie sabía que había estado en la huerta con los animales por lo ordenada que estaba y decía que no era respetuoso presentarse mal ante las Hermanas».

«He tenido la suerte de vivir con Sor Inocencia en Palencia en el Colegio de Huérfanas de Ferroviarios. Fue para mí que llegué recién profesa, una Hermana ejemplar en todo. Era buena, muy piadosa, sacrificada al máximo y siempre con la sonrisa en los labios que a la vez le salía por los ojos muy alegres.

Nunca escuché de su boca una palabra que pudiese molestar a nadie.

Desempeñaba el oficio de despensera, todo lo hacía con mucho cariño y en las fiestas demostraba sus dotes de buena repostera... y cuando le hacíamos fiesta por sus dulces o tartas tan adornadas, disfrutaba mucho y siempre le quitaba importancia. Fue muy humilde en todo y en toda su persona.

En los ratos libres que le quedaban se dedicaba a cuidar las gallinas y los cerdos. En los inviernos fríos de Palencia cruzaba aquellos patios envuelta en un chal, con sus manos rojas por el frío y nunca dejaba escapar una queja.

También era encargada de las plantas y éstas correspondían a sus cuidados. Las galerías parecían jardines pues las cuidaba con gran cariño, pienso que las flores también la llevaban a Dios.

Era muy amante de la Comunidad y tomaba parte activa en todo lo que le encomendaban cuando había fiestas».

«La conocí en el ocaso de su vida desde 1983 hasta 1988 en que pasó a la Casa del Padre. Ya estaba fuera de toda actividad, pero con sus muchos años mantenía la ornamentación de la Casa, las plantas, orden del comedor de las Hermanas, sacristía, etc. Siempre estaba todo a punto y en perfecto orden.

Gustaba de la vida de piedad, puntualmente estaba en la capilla para la oración en común. Su presencia era activa. Las novedades o cambios litúrgicos los asimilaba plenamente y en ellos participaba con creatividad en profundo espíritu de fe.

Se lamentaba de no poder hacer más, de no poder ayudar a la Comunidad en algunos quehaceres cotidianos o extras, pero el espíritu lo mantenía vivo y ante el Señor intercedía pues largos ratos los pasaba ante el Sagrario como lámpara que se va desgastando con vivacidad y dando luz.

En los primeros años salía para ver a las niñas que cariñosamente le hacían corro. Más tarde tuvo que conformarse con mirarlas desde la ventana. Ellas guardan grato recuerdo de «Sor Ino».

Era el alma de la Casa siempre en su sitio con diligencia, con elegancia, compartiendo los gozos y las deficiencias de la Comunidad. Se le podía aplicar a ello lo mismo que a nuestras primeras Hermanas.»

Después de algún tiempo se sintió mal, iba a comenzar su calvario. Fue trasladada a la Residencia de Santa Teresa de Madrid para ser atendida más especialmente.

En marzo comenzaron sus dolores. Al principio se creyó que sería cosa de artrosis, algo de huesos. El mal se fue desvelando y con él los grandes dolores.

En proporción a su vida la enfermedad ha sido breve. Dios le ha dado salud y una enfermedad corta aunque dolorosa.

Entre tanto su vida se iba apagando y su deseo se hizo realidad el día 9 de junio de 1988 en la Residencia de santa Teresa de Madrid cuando fue al encuentro definitivo y pleno con el Padre.

SOR PRESENTACIÓN PÉREZ

Nació: el 9 de enero de 1928 en Piña de Esgueva (Valladolid)

Profesó: el 5 de agosto de 1956 en Madrid

Murió: el 4 de julio de 1988 en Salamanca

Sor Presentación Pérez nació en Piña de Esgueva, en la provincia de Valladolid. Descendía de una familia cristiana, sencilla, acogedora, cuya madre mujer de temple supo educar a sus seis hijos en el amor de Dios, en la aceptación de todo cuanto les rodeaba como signo de su presencia. Ella fue un digno exponente de esta formación.

Con gran ilusión y convencimiento entró en el Noviciado en 1954.

Profesó en Madrid el día 5 de agosto de 1956 después de dos años de profunda formación y piedad.

Vivió en las Casas de Palencia y Santander desarrollando una hermosa tarea con las niñas.

En el año 1969 fue destinada a Villagarcía de Arosa como Directora y más tarde, en el año 1975 la encontramos en El Plantío, Santander, Plaza de Castilla y por fin en 1983 fue destinada a Salamanca que sería su último destino.

En estas últimas Casas llevó con diligencia y esmero el trabajo de la Economía.

Siempre la vimos entregada con un fuerte espíritu de sacrificio, viviendo el «voy yo» con ánimo alegre y firme.

Era una persona de voluntad recia, sabiendo vivir preferentemente el bien de los demás al suyo propio, tomando para sí la parte más costosa y saliendo al paso de todas las necesidades comunitarias.

Fue muy querida en todas las casas donde estuvo, como lo demuestran los testimonios de las Hermanas:

«He vivido con ella seis años. Durante estos años la observé como persona de piedad sencilla. Gustaba saborear las cosas de Dios y tenía una gran devoción a María Auxiliadora.

Destacaba en su amor por todo lo Salesiano y en los últimos años un cariño especial y confiado a Sor Eusebia Palomino. Deseaba con verdadero interés visitar su tumba en Valverde del Camino, pero no pudo llevarlo a cabo por su enfermedad.

Fiel a su vocación, a una entrega generosa en favor de la Comunidad en la que no ahorraba trabajo ni esfuerzo para dar gusto en todo lo que podía.

Tenía un carácter alegre, abierto. Amaba al Instituto y a las Superiores, se sentía gozosa de su identidad de Hija de María Auxiliadora. En ella se ha cumplido la herencia de Don Bosco: pan, trabajo, en el que fue constante siempre y el paraíso del que ya estará gozando».

«Tuve la suerte de vivir con Sor Presentación los años que pasó en el «Hogar Sotileza» de Auxilio Social de Santander.

Era Asistente del grupo de niñas mayores y también daba clase a las medianas de cultura general.

La vi siempre trabajadora y fiel al cumplimiento de su deber. Era sacrificada, con las niñas menos trabajadoras era exigente y constante en seguir las, comprensiva con las débiles y buena con todas.

Tanto las Hermanas como las niñas la queríamos sin fingimientos. Con ella podíamos contar para cualquier cosa.

De temperamento activo y carácter abierto, nos gustaba tenerla cercana en los paseos, asistencias, limpiezas, etc. propias de los internados.

Era muy ordenada en su persona y en sus cosas, sabiendo transmitir a todas el gusto por el orden.

Recuerdo en un paseo por la orilla del mar cerca de un lugar denominado «mata leñas» que algunas mayores quisieron jugársela con una estratagema peligrosa... Ella lo captó al vuelo y supo impedirlo sin que hubiera ningún incidente.

Siempre que nos encontrábamos, recordábamos con alegría aquellos años dedicados plenamente a unas niñas propias de nuestro carisma».

«Viví con ella en Salamanca. Era una hermana muy austera, sacrificada, piadosa, caritativa, sufrida. Por no hacer sufrir a su familia no les dijo nada de su enfermedad».

«Tuve ocasión de tratar a Sor Presentación durante su última enfermedad cuando venía a Madrid y la acompañaba para recibir las sesiones de Radioterapia y Quimioterapia.

Me llamó la atención la alegría y buen humor que tenía siempre. En los ratos en que hablábamos en el coche y en las salas de espera me manifestó el ansia que tenía de vivir, la esperanza en que se iba a curar, el miedo que tenía a la muerte y al sufrimiento.

Aun en los momentos en que su moral estaba más baja, nunca se quejó de por qué le había tocado esa cruz. A pesar de su ansia por curar y vivir, mostraba deseos de hacer la Voluntad de Dios, dando a sus sufrimientos un valor redentor, ofreciendo con su chispa y buen humor, por la Iglesia, el Instituto y por tantas necesidades que a ella se le ocurrían.

A las personas a las que trataba: médicos, enfermeras, etc. directa o indirectamente les decía una palabrita o íes hablaba de María Auxiliadora o de Sor Eusebia Palomino de la que esperaba conseguir la curación y les repartía algún llavero o medalla.

Todo esto ha dejado en mí un buen recuerdo de la Hermana atenta, alegre, disponible, fuerte, entregada, llena de fe y vida interior».

Después de uno de los viajes a Madrid para recibir la sesión de los ciclos y detener su grave enfermedad cancerosa, se sintió peor que de costumbre y así comenzó el Vía Crucis doloroso que fueron sus últimos días de vida.

El Señor la encontró preparada y vino a buscarla. Murió el lunes día 4 de julio de 1988 a las 11 de la noche en Salamanca.

No nos esperábamos que el Señor la llamase así tan rápidamente. Ha muerto como ha vivido, de pie firme, trabajando, abriéndose a la vida y buscando con toda su alma la curación. El Señor tiene sus caminos. Ahora descansa tranquila en El.

Su existencia y su muerte unida a la del Señor Jesús sea para nosotras llamada y signo de renovación en nuestras Comunidades, llamada a vivir con más fuerza la fraternidad, la unión, la bondad, la amabilidad; signo de una vida entregada plenamente al Reino de Dios y a la salvación de los jóvenes.

SOR AMELIA FERNÁNDEZ

Nació: el 12 de enero de 1901 en San Esteban Trabanca (Avila)

Profesó: el 6 de enero de 1925 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 24 de octubre de 1988 en Madrid

Sor Amelia Fernández del Campo nació en San Esteban de Trabanca (Avila) el día 12 de enero de 1901.

Francisco y Josefa fueron sus padres, honrados trabajadores del campo que supieron dar a sus hijos una esmerada educación y profunda vida de fe.

En esta escuela alimentó su temple fuerte y viril, su coherencia interna y su vida austera y entregada.

Muy pronto el Señor la llamó a una vida de total dedicación a los jóvenes y ella respondió con generosidad segura de que ese era su camino.

Después de pasar por el Postulantado y Noviciado dejando una estela de fervor y convencimiento pleno de su elección, profesó en nuestro Instituto el día 6 de enero de 1925 en Sarria (Barcelona).

Su larga vida ha sido desgastada en diversas Casas de España: Valverde del Camino, donde conoció a Sor Eusebia Palomino, Sevilla, Barcelona, San José del Valle, Salamanca. Fue Directora en Aravaca (1955–61). También fue Directora en La Roda (Albacete) los tres siguientes años y en 1964 fue destinada a Salamanca donde vivió 23 años, siendo trasladada al cabo de ese tiempo a la Residencia de Santa Teresa en Madrid, pues su salud física y mental estaba ya demasiado quebrantada.

La vimos siempre muy educada con todos. Se destacó por su finura de trato, delicadeza y afabilidad.

De gran sensibilidad artística y con gran ingenio para atraer a las jóvenes, a las que educaba a través del teatro, la música y los juegos.

Mujer de oración profunda, que a pesar de sus muchas ocupaciones que desempeñaba magníficamente, supo encontrar siempre esos minutos preciosos para dedicarlos a sus grandes devociones: la Eucaristía, el Sagrado Corazón de Jesús, María Auxiliadora, el Papa y nuestros Santos salesianos.

Ha sido hermoso escucharle ya inconsciente el: «Jesús mío, te amo, perdón». Es el reflejo de una existencia tan unida al Señor que hasta el final y a través del inconsciente sigue alabando a su Dios.

Fueron las Antiguas Alumnas su porción predilecta y ha dejado en todas un grato recuerdo, pues las siguió con entusiasmo y dedicación.

Tenía un arte especial para descubrir la belleza de las niñas y aquellos rasgos característicos que ella quería expresar en las representaciones teatrales, pues fue durante mucho tiempo encargada de esta actividad. Ponía mucho esfuerzo e interés en preparar todo, dando así realce a las fiestas.

Pese a su físico, tan reducido al final y a su estado mental tan precario, siempre recordamos su sonrisa agradecida hasta el final de su vida. Aun inconsciente agradecía todos los cuidados que se le prestaban. Las enfermeras son testigos de su gratitud. Su rostro en actitud de no exigir nada y de sonreír a todas las que le atendían y ayudaban, es para nosotras también un signo hermoso de una vida que ha transcurrido en una donación a todos y plenamente confiada en el Padre.

Ya en el ocaso de su vida y próxima a su muerte, en los momentos que tenía de lucidez ofrecía al Señor todas sus fatigas por el Instituto y la salvación de las almas.

Después de unos días de amargo sufrimiento, Dios la llamó para siempre y la cortó como fruto sazonado el día 24 de octubre de 1988 en la Residencia de Santa Teresa de Madrid.

Que su muerte en el centenario de la de Don Bosco nos urja a vivir con fraternidad y disponibilidad a los intereses del Reino.

Desde el Cielo Sor Amelia nos ayudará a seguir creciendo vocacionalmente para ser signos gozosos del amor del Padre.

SOR CARMEN BELLVER

Nació: el 10 de octubre de 1903 en Benicalap (Valencia)

Profesó: el 5 de agosto de 1930 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 27 de noviembre de 1988 en Madrid

Sor Carmen Bellver nació en Benicalap (Valencia) el 10 de octubre de 1903.

Sus padres, Leoncio y Mercedes, ejemplares cristianos, supieron dar a sus hijos un ejemplo de vida que les ayudaría a vivir su fe siempre.

Su padre murió siendo ella muy niña, por lo que su educación cristiana la continuó en el hogar de unos tíos que no tenían hijos. Su forma de ser hizo que allí se sintiera como hija predilecta y única en la familia.

Una tarde a la semana iba a casa para ver a su madre y hermano. Esto lo recordó siempre con mucha añoranza, pero comprendiendo que era para su bien, pues sus tíos tenían más posibilidades económicas y su madre renunciaba a ella por su bien, nunca lo hizo pesar.

Muy joven y providencialmente conoce a las Hijas de María Auxiliadora en Sueca (Valencia). Estando con ellas descubre que el Señor la llama para entrar en el Instituto y se lo comunica inmediatamente a la Hermana Directora que le recomienda que rece mucho a la Virgen. Ella lo hace siempre delante del Sagrario y es cuando empieza a gustar el valor de la Visita al Santísimo Sacramento que fue su gran devoción toda su vida, haciendo que cuantos vivieron con ella apreciaran también ese valor.

Además de las orientaciones de la Hermana Directora, Sor Carmen se dejó ayudar mucho por el Padre Viñas a quien recordaba con veneración y cariño.

Cuando llegó el momento oportuno decidió comunicarlo en casa esperando una buena acogida, pero no fue así. Su tía se opuso y le prohibió ir al Colegio. Esto le supuso un gran dolor pues además de no poder ver a las Hermanas con tranquilidad, no podía ir a la Capilla a rezar. A pesar de la prohibición más de un día cuando le tocaba ir a casa de su madre, se pasaba por el Colegio y sobre todo se iba a rezar a la Capilla. Esto hizo que la Hermana Directora le facilitara una llave de la misma para que entrara y se encerrara por dentro y así nadie podía decir a su tía que la había visto en el Colegio.

Estos años que le faltaban para alcanzar la mayoría de edad los pasó con entereza y esperanza, deseando que llegara el día en que pudiera

empezar su formación en Sarria. Mientras tanto su tía la llevaba con frecuencia a un Convento de Carmelitas. Allí comienza a invocar a la Virgen con el nombre de Nuestra Señora del Carmen, descubre la identidad de su nombre, la importancia de la vida de perfección simbolizada en el Monte Carmelo y con la Virgen, y llega incluso a preguntarse si el Señor la querría Carmelita y no Salesiana.

Con el tiempo todas las dudas quedan resueltas y la mayoría de edad le permite dejar a su familia y hacer un fervoroso Postulantado y Noviciado para profesar el 5 de agosto de 1930 en Sarria como Hija de María Auxiliadora.

La vida de Sor Carmen ha sido un gran regalo del Señor. Estuvo en las Casas de Villaamil, La Roda, La Ventilla, Emilio Ferrari, Dehesa de la Villa, María de Molina, Burgos, Palencia y de nuevo volvió a Emilio Ferrari donde sus últimos años fueron una escuela de vida interior intensa que ha dejado marca para siempre en Hermanas, niñas, Antiguas Alumnas y padres de familia. Acercarse a Sor Carmen era acercarse al Sagrario donde se encontraba siempre un consuelo espiritual y una referencia a lo trascendente.

En el año 1936 estalló la Guerra Civil de España y varias de nuestras Hermanas fueron martirizadas. Sor Carmen nos contaba sus experiencias:

«Me encontraba destinada en la Casa de Madrid-Villaamil. El día 4 de mayo cuando las niñas habían salido con toda normalidad de clase, nos avisaron de que un grupo de revoltosos se encaminan hacia nuestro Colegio. La Hermana Directora dio orden de que saliésemos. Yo me encontré en la escalera con un grupo de ocho o diez hombres que me dijeron que saliera pronto o me quemarían dentro. Salí con todas las Hermanas por la puerta del salón y en ese momento dispararon dos tiros y los que estaban en el Colegio salieron pensando que era yo quien había disparado. Me cogieron entre varios y me obligaron a enseñarles la bolsa que llevaba porque decían que yo tenía el revólver. Fue entonces cuando comprendí que la intención de esa chusma era ponerme en mi bolsa el arma, pero yo se lo pude impedir.

Por fin ellos me dejaron libre. Las mujeres empezaron a tirarme piedras y me hirieron en la cabeza hasta que providencialmente pude esconderme en un portal sin ser vista. Escondida así estuve hasta las nueve de la noche. Salí con un abrigo que me prestaron y en un coche, pasando desapercibida, me llevaron a la calle de Velázquez, donde la caridad de los señores García de Vinuesa habían recibido también a otras Hermanas».

Otro momento difícil de esta época nos lo narra una Hermana testigo de la confidencia escuchada a Sor Carmen: «Sucedió al comienzo de la guerra. Iba ella con otra Hermana y unos milicianos las descubrieron.

Poco a poco las fueron acorralando en medio de insultos hacia un paredón con intención de matarlas allí mismo. Ellas se pusieron a rezar invocando a María Auxiliadora. Ya nerviosas porque no disparaban y oyendo el alboroto de unos niños, se volvió Sor Carmen y les gritó: «¿A qué esperaréis? Los milicianos le respondieron: Que quiten de en medio a esos niños que no podemos disparar... Y era verdad. Aquella calle minutos antes estaba totalmente desierta y en ese momento un gran número de niños y niñas jugaban ajenos a lo que estaba pasando. Los milicianos ante la imposibilidad de disparar se fueron de allí».

Por supuesto, en este hecho vio Sor Carmen claramente la protección de María Auxiliadora.

Fueron tiempos difíciles para todas las Hermanas de España. Ante la imposibilidad de estar en los Colegios, se marcharon todas con la familia desde el año 1936 al 1939.

Ella se fue con la suya y en ese tiempo se ocupó de la casa que fue convertida por el Ejército Rojo en un Comité. Su hermano Blas huyó y ella quedó responsable absolutamente de todo. Con qué deseos esperaba la noche para retirarse a su habitación y allí hacer un tiempo indefinido de oración.

Una vez terminada la Guerra fue destinada nuevamente a la Casa de Villaamil y en el año 1943 fue como Fundadora y Directora a la Casa de La Roda (Albacete). Fueron tiempos de suma pobreza, pero la confianza en la Providencia no faltó y serían numerosas las ocasiones en que se vio prodigiosamente su acción en casos muy concretos. Las Hermanas de aquella época atribuyen a la confianza incondicional de Sor Carmen el poder salir airoso de muchos apuros.

Se dio tanto al apostolado que tuvo que ser destinada de nuevo a Villaamil al año siguiente, ya que tanto trabajo unido a la escasa alimentación había quebrantado su salud.

Después fue Directora en varias casas: La Ventilla, Emilio Ferrari, la Dehesa de la Villa, María de Molina y Burgos. Fue dejando en todas ellas una estela de paz y fervor que serían interminables los testimonios de las Hermanas que tuvieron la dicha de vivir con ella y ahora lo narran con inmensa emoción:

«Tuve la dicha de vivir con ella en tres Casas y la recuerdo con cariño porque me ayudó a ser feliz. La he querido como si fuera mi madre y siempre admiré en ella su amabilidad, simpatía, prudencia, comprensión, pero sobre todo porque adivinaba que todas esas virtudes provenían de una intensa vida interior».

«Fue un alma enamorada de Dios. Vivió llena de El, de su amor esponsal que irradió y contagió a todas las que pasamos por su lado. El pensamiento de la presencia de Dios era natural en ella. Su corazón era como una custodia en donde Dios reposaba. Decía que a las almas no hay que darles cosas, hay que darles a Dios. Oraba sin interrupción, siempre de rodillas en la Capilla. Ofrecía sus oraciones por las vocaciones sacerdotales y por el Instituto».

«Era muy espiritual. Cualquier conversación que se iniciara, por material y frívola que fuera, en seguida la llevaba al terreno de lo espiritual. Nunca terminaba una conversación, aunque fuese con personas que apenas conocía sin hacer al final una pequeña «Platiquita», dejando a todos contentos y con deseos de practicar aquello que recomendaba.

Siempre dispuesta a ayudar en todo lo que ella sabía, que era mucho en el arte de la aguja con la que hacía verdaderos primores.

Si en alguna ocasión le parecía que había faltado, era pronta a pedir disculpas ante la Comunidad. Era muy humilde y sencilla. Para todo pedía permiso».

Las devociones más importantes de Sor Carmen fueron a la Santísima Virgen y al Sagrado Corazón de Jesús. Además de su profundo amor a la Eucaristía.

Era muy amante de la pobreza y la practicaba constantemente.

Nos dice una Hermana: «Su deseo de desprendimiento era grande. En una ocasión perdió su aguja de hacer ganchillo que era su mejor herramienta de trabajo. Me comentó con toda sencillez: «Hace unos días el confesor me preguntó si tenía el corazón apegado a algo. De momento le dije que no, pero pronto me vino a la mente que quizá estaba apegada a esa aguja de ganchillo que me facilita el trabajo y mira cómo el Señor me quiere ahora, al perder esa aguja, para que mi corazón sea solamente de El. Bendito sea».

Nos cuenta otra Hermana: «Estos dos últimos años de su vida he tenido la suerte de vivir muy cerca de ella por mi oficio de enfermera. Delicadísima en todos sus actos, sacrificada en grado sumo, no quería molestarme en nada. En la noche del 25 de noviembre, día y medio antes de morir, a las cinco de la mañana me desperté súbitamente como si alguien me estuviera llamando. Me levanté y la encontré sentada en la cama retorciéndose de dolores, pero sin una queja... Como pude la metí en la cama, le di un calmante y me quedé con ella, llamando a la Directora para que avisara al médico. Yo la veía muy mal. Después de un rato vino el doctor y nos dijo que estaba muñéndose. No la oímos ni un lamento. Con una paz

inalterable pasó esas últimas horas, dando a cada una su consejo, esa palabra de vida y de amor de Dios. Lo único que merece la pena es amar a Dios. Expresión que la caracterizaba.

Sobre las ocho de la mañana del día 27 de noviembre de 1988 entró en coma y a las once, plácidamente como había vivido, entregaba su alma a este Dios que tanto amó y que sin duda le abrió los brazos de Padre para recibirla en su Casa.

Todavía escuchamos y seguiremos escuchando: «Amarte, Jesús, es mi ilusión, amarte es mi vivir y mi única ambición, amándote morir».

Agradezcamos a Dios el don de Sor Carmen. Su vida y su muerte han sido un continuo ejemplo de vida.

Desde el cielo nos ayuda con su mirada clara y su voz enamorada nos sigue hablando de Dios, el único amor de su vida. «No me tienes que dar porque te quiera, Señor, pues aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero, te quisiera». (Esta oración la hemos encontrado firmada por ella en las Constituciones de su uso).

Como una piña, decía, cuyo centro es Jesucristo, como una piña, así tenemos que vivir. Que así sea.

SOR MERCEDES FERRACES

Nació: el 28 de julio de 1913 en Cazallas-Mellid (La Coruña)

Profesó: el 5 de agosto de 1948 en Madrid

Murió: el 18 de junio de 1989 en Burgos

Sor Mercedes Ferraces Seijo nació en Cazallas-Mellid (La Coruña) el día 28 de julio de 1913.

Sus padres fueron Manuel y Benita, cristianos, bondadosos y honrados. Era la quinta de nueve hermanos, de los cuales uno murió a los cinco años y otra a los veinticuatro. Perteneían a una clase más bien humilde, que vivían del trabajo del campo.

En 1921 su padre ingresó en el Cuerpo de Seguridad y les destinaron a Barcelona, quedando la madre en el pueblo al cargo de los nueve hijos. Al año siguiente le trasladaron a El Ferrol y entonces toda la familia cambia de residencia para reunirse con él.

Al quedar establecida allí la familia, Mercedes, al igual que sus hermanos asisten a una Escuela Pública para aprender lo indispensable y también el Catecismo. Al mismo tiempo frecuenta una Escuela de Artes y Oficios donde aprende Dibujo. De ahí se desprenderán las cualidades que tanto admiramos en ella para todo tipo de trabajo manual.

Con los escasos estudios realizados y en unión con otra hermana mayor que ella, va a casa de una modista para aprender a confeccionar la ropa de la familia y ayudar en casa con lo poco que ganaban.

En 1935 decidió hacerse Religiosa una de sus hermanas mayores. La marcha de esta hermana influyó en la vida de Sor Mercedes que se veía en la necesidad de ayudar a sacar adelante a sus hermanos más pequeños.

Al iniciarse la Guerra Civil Sor Mercedes tuvo la suerte de poder encontrar un trabajo como dependiente en un establecimiento de Mercería, para ocupar la plaza del dependiente que tuvo que marcharse al frente: Al conseguir este trabajo de gran ayuda para su familia, hizo que Sor Mercedes se diera también de lleno a otro trabajo en sus horas libres: una Obra Social llamada «Mujeres al servicio de España», que se dedicaban a la confección de ropa para los soldados y aun le quedaba tiempo para asistir como enfermera voluntaria a un Hospital de sangre instalado en un Centro de la Marina, habilitado para recibir heridos mutilados cubiertos de heridas y de miseria.

No tenía descanso. Para ella no había domingos ni horas libres. Todo

el tiempo era poco para dedicárselo a aquellos pobres gentes. Para hacerles más llevaderos sus sufrimientos, pues incluso venían sin piernas y sin brazos. Los atendía con cariño y consiguió que alguna amiga más se uniera en este humanitario trabajo.

En cuanto a su vida espiritual, se unió a unas cuantas amigas que eran de sus mismas ideas religiosas. Se dedicaba a la Catequesis, se integró en Acción Católica, fue elegida Presidenta en el Centro de la Parroquia del Carmen, siendo el Consiliario un Padre Salesiano.

En esta época se dedicaban a confeccionar canastillas para recién nacidos de padres muy pobres. Para el bautizo les buscaban padrinos y les entregaban las canastillas.

También formó parte de la Coral Polifónica Ferrolana, fundada por don Manuel Pérez Fanego, que se dedicaba a dar conciertos sacros y benéficos.

Prestaba apoyo espiritual, moral y material hasta donde sus medios se lo permitían.

Pasados los años de la Güera, ella continúa trabajando en el comercio y con sus actividades de Acción Católica. Se dio por entero a hacer el bien, a propagar la fe con sus compañeras de grupo e hicieron que El Ferrol hablara de ellas como un ejemplo vivo de fe y de caridad en su ayuda al necesitado.

Un dato más para apuntar en la vida espiritual de Sor Mercedes lo da el hecho de que toda su familia era muy religiosa, de Comunión diaria. Su hermana fallecida a los 24 años, fue considerada como hija del dolor, pues había ofrecido su vida a Dios a cambio del éxito en su trabajo de apostolado. Todo esto dio razón de ser a Sor Mercedes para ofrecerse ella a la Vida Religiosa en recuerdo de la muerte de su hermana.

Al ver que su vocación le atraía y que su ilusión estaba en servir al Señor todavía mejor de lo que lo había hecho hasta entonces y comprobando que su familia podía prescindir de su sueldo, planteó la situación a sus padres, ya ancianos, aun teniendo en cuenta que sus dos hermanas mayores eran ya Religiosas. Los padres no pudieron negarse y le dieron el permiso.

Fue a Madrid y su Noviciado fue una escuela profunda de formación en todos los aspectos. Sus deseos de entrega al Señor se vieron cumplidos con su Profesión Religiosa en Madrid, el 5 de agosto de 1948.

Al profesar fue enviada a Portugal donde trabajó incansablemente en las Casas de Estoril, Lisboa y Cascáis.

Nos comunica una Hermana: «Fui destinada a Portugal, mi primer campo de trabajo, en el año 1951 y precisamente en la Casa «28 de mayo» donde ya se encontraba Sor Mercedes. Fue un regalo de Dios haberla puesto en mi camino. Me enseñó a educar a aquellas niñas con tantos problemas. La mayoría eran huérfanas de padres vivos. Sor Mercedes vivía en una entrega total. Educaba con amabilidad salesiana, siendo enérgica para evitar la ofensa de Dios.

En el patio siempre en medio de las niñas. Era alegre, juguetona, creativa, cercana a todas. Con la palabra oportuna evitaba los grupitos.

Era hábil para aprender y enseñar y tener ocupadas a sus educandas. Tenía un cierto orgullo de que sus niñas destacasen en la piedad, en el amor a María Auxiliadora, en el orden, en el trabajo, etc. Llegaba a tener en sus clases de labores hasta cien internas. Si alguna Asistente mandaba a las niñas castigadas a su clase, decían: «El mejor castigo que nos pueden dar es mandarnos a la clase de Sor Mercedes porque es como estar en el cielo».

Su mayor preocupación era pensar en el futuro de aquellas jóvenes al dejar el Colegio. Esto le impulsaba a darles una formación sólida, práctica.

Fue una Salesiana a lo Don Bosco. Amó y se entregó sin reservas a la salvación de las jóvenes. Fue una buena Catequista y un gran testimonio en la Comunidad. Disponible siempre y con gran espíritu de fe».

En 1977 vino a España y hemos gozado de su presencia en la Comunidad de El Plantío y en Burgos (Virgen de la Rosa) en los últimos nueve años.

Le recordamos con gran afecto: parlanchina, agradable, servicial, atenta a todo y a todos, acogedora, simpática, alegre, franca en el hablar. Sus ojos vivaces reflejaban sus sentimientos y a veces qué hermosa era su mirada, mezcla de intuición, humor y cercanía.

De carácter fuerte y dominante, pero Dios la condujo por el camino de la sencillez y de la humildad. La vimos siempre cercana a los suyos, ofreciéndoles apoyo, cariño y ayuda.

Trabajadora y activa, joven entre las jóvenes, mujer adulta entre los padres y las Antiguas Alumnas. Educadora siempre. Con gran amor al Instituto y de verdad entusiasmada por María Auxiliadora, su madre y compañera de camino.

Su palabra cercana llegaba a todos, pequeños y grandes. La palabra y su semblante amplio y acogedor, dos hermosos dones de Dios con los cuales nos ha transmitido su riqueza interior. A través de ella Dios se nos

ha manifestado. Lo hemos experimentado en su vida puesta al servicio de todos, en su existencia consagrada a Dios y enteramente dedicada a El en nuestro Instituto.

Su vida ha sido coronada con la enfermedad y el dolor. Tan sólo dos meses y sin embargo cuánta ofrenda y sacrificio. Un día le comunicó a Madre Inspectora: «Me faltaba esta etapa. He trabajado siempre con una salud muy buena. Dios me esperaba aquí».

Y ella ha esperado en Dios conscientemente, con lucidez, deseosa de seguir viviendo y también de morir si esa era la Voluntad de Dios. Entre sus últimas palabras el nombre amoroso de María nos ha llenado de gozo y aliento.

Dejaba este mundo serenamente como había vivido, en Burgos, el 18 de junio de 1989 al clarear el alba.

Que María Auxiliadora la conduzca de la mano a su Hijo, el Señor resucitado.

SOR ASUNCIÓN MORATALLA

Nació: el 31 de mayo de 1930 en La Roda (Albacete)

Profesó: el 5 de agosto de 1958 en Madrid

Murió: el 4 de noviembre de 1989 en Madrid

Sor Asunción Moratalla nació el 31 de mayo de 1930 en La Roda (Albacete). Ha sido la cuarta de ocho hermanos. Nació y creció en el seno de una familia sólidamente enraizada en la fe cristiana. Y en su familia se forjó un temple de mujer fuerte, de una piedad honda y de una fe inquebrantable, solícita en la entrega, sencilla, desprendida, abnegada y sacrificada.

Dios quiso bendecir su hogar llamando para vivir una consagración total a El y a los demás, a un hermano sacerdote y a su hermana mayor que también es Hija de María Auxiliadora. Es de ella de quien recogemos los recuerdos de la infancia y los rasgos de su personalidad que se van forjando poco a poco en las diversas circunstancias en que tiene que vivir la familia.

Era una niña juguetona, alegre, amiga de todas, sin llamar la atención, dócil a lo que los hermanos mayores disponíamos. Desde muy pequeña, sin embargo, destacó su gran personalidad, su criterio propio, su formalidad y su vida de piedad que llevaba sin ningún respeto humano. Se notaba que vivía una unión profunda con Dios y aunque las dos hermanas frecuentaban el Colegio de La Roda y recibían igual formación, su hermana mayor siempre admiraba en ella su gran espíritu de sacrificio y aun sabiendo que pensaba y sentía de una forma semejante a la suya, nunca le manifestaba sus sentimientos, sino que sentía por su hermana una envidiable admiración.

En esos años enfermó y murió la madre y las dos hermanas se hicieron cargo de la casa, atendiendo con gran esmero a los hermanos y al padre.

Al año siguiente de morir su madre, consiguió el permiso su hermana Emilia y entró en el Aspirantado, ante la inevitable envidia de Asunción que sentía fuerte la responsabilidad de ayudar a su padre y hermanos, y sabía que tardaría unos años en conseguir el permiso.

Pero cuando Dios llama a un alma y ésta corresponde con fidelidad, el paso del tiempo no es obstáculo para dar respuesta y así llegó el momento de que Asunción viera colmado también su gran deseo.

De sus tiempos de Noviciado la recordamos como un elemento de paz en cada circunstancia. Sabía dar motivos para que las demás novicias

dejaran pasar las cosas que no tenían grave importancia. Siempre era como una dulce calma en la tormenta. Sus compañeras la recuerdan así: silenciosa, serena, modelo para las que por natural eran fogosas e intranquias. La Hermana Maestra la ponía de modelo y todas descubrían en ella esas virtudes propias de quien quiere consagrarse por entero a Dios.

Era muy austera y servicial por lo que a lo largo de su vida todas las Hermanas que convivieron con ella pudieron gozar de sus servicios indistintamente, pues estaba siempre disponible para todas.

Hemos tenido la dicha de tenerla en muchas Comunidades de la Inspectoría. Cuando profesó el 5 de agosto de 1958 fue destinada a la Casa de la Dehesa de la Villa. Después hemos vivido con ella en Atocha. El Plantío, Palencia, Emilio Ferrari, Vigo, Baracaldo, Burgos, La Roda. Por último estuvo en Béjar de donde vino a Madrid para ser operada y donde Dios la encontró preparada para darle el premio de sus buenas obras.

Muchas de estas obediencias sabemos que fueron muy costosas para ella, pues incluso en alguna descubrió motivaciones que la hicieron sufrir. Sólo alguna Hermana confidente de ella supo de este sufrimiento, pues ella todo lo selló con el silencio y con el ofrecimiento al Señor convencida siempre de estar cumpliendo su divina Voluntad.

Su enfermedad ha dejado al descubierto todo lo bueno que en ella se encerraba. Amiga de pasar desapercibida al final de su vida reveló lo mucho que sabe amar el alma que es silenciosa.

Siempre la conocimos más bien tímida, pero tremendamente trabajadora, responsable y con un gran sentido del deber. Siempre en actitud de superación, pues su carácter tímido le exigía hacer verdaderos esfuerzos cuando tenía que hacer algo en público.

Se valoraba poco a sí misma y necesitaba el apoyo de las Superiores y la confianza que en ella depositaban para poder dar lo mejor de ella misma. Su gran fortaleza animaba a muchas Hermanas.

Sus dos últimas Casas han saboreado más la grandeza de esta Hermana que ante el dolor y ante la evidencia de una muerte cercana dio muestras de entereza.

Llegó a Béjar el 22 de agosto de 1988. El cambio le costó mucho pues venía de La Roda, su pueblo natal y se encontraba muy a gusto en su tierra y entre los suyos.

Dentro de la Comunidad, su espíritu de entrega, dedicación y humildad superaron las dificultades, incluso las que se originaban por su temperamento un poco fuerte. Su espíritu de oración, su sencillez y austeridad

pronto ganan a la Comunidad. Se la ve disfrutar en las tardes de los domingos junto a los niños del Oratorio.

Ya en el segundo semestre, en marzo, comienza a sentirse cansada, pero lo supera con su espíritu de sacrificio e incluso rechaza hacer una visita al médico, pero ya en el mes de mayo viendo que no se mejora, consiente en ir a hacerse una revisión y es tratada de sinusitis. Con el tratamiento mejora, pero un mes más adelante el mal se declara y aunque se mantiene fuerte ante la dificultad, se empieza un proceso que ya no tendrá curación. Los últimos días del mes de junio se visita a un especialista en Salamanca y ante las primeras pruebas no duda en diagnosticar el mal que la aqueja. Momento duro para ella y para todos. Pero siempre la encontramos abandonada en los brazos del Padre y sin manifestar su sufrimiento. Se reconoce la urgencia de una intervención quirúrgica y después de estar ingresada en un hospital de Salamanca, por indicación de los médicos es trasladada a Madrid, pues en el nuevo hospital se disponen de medios más adecuados para tan difícil operación. Una vez más ella muestra su resignación ante la nueva contrariedad, pues no desea alejarse más de su Comunidad de Béjar y a la que desea volver a pesar del sacrificio que le supuso la última obediencia.

Se dispone a todo y ante la gravedad del momento no se duda en hacerla pasar por el quirófano donde se le estirpa un tumor en la garganta. La operación logra calmar la gravedad, pero ya nunca se recuperará y vivirá meses de auténtico calvario aunque lo adivinamos más que lo hace sentir, pues su sonrisa y serenidad intentan no hacer sufrir ni preocupar a nadie.

La Hermana enfermera que sigue con más detalle los últimos tres meses de la vida de nuestra querida Hermana y que está más cerca de ella para hacerle las curas y seguir al dictado lo que el médico determina, nos dice:

«Doy gracias a Dios por haberme dado la oportunidad de vivir estos tres meses tan cerca de Sor Asunción. He podido apreciar en ella su figura de Hermana sencilla, humilde, sacrificada, serena, abandonada a la Voluntad del Padre. Puedo decir que en ningún momento he visto en ella una queja, una impaciencia, un rebelarse ante esta enfermedad. Sufría en silencio pues desde el primer momento fue consciente de su mal. Creo que sacaba fuerzas de los ratos de oración que pasaba delante del Sagrario, pues para comunicarse con El no necesitaba la voz de la que después de la operación se vio privada. La Capilla estaba muy cerca de su cuarto y siempre que su estado se lo permitía se sentaba allí y pasaba largos ratos.

En un principio tuvo mucha ilusión y esperanza de ponerse bien, de

poder hablar, de volver a Béjar y seguir trabajando. Esa esperanza también se la daban los médicos y todos confiábamos que podía ser así. Con esa ilusión se sometió a las curas y tratamientos, poco agradables y un tanto dolorosos.

El día 4 de noviembre se le manifestó una notoria gravedad. A media mañana notamos que se fatigaba mucho y que le costaba respirar. Urgentemente la trasladamos a la clínica para que la hicieran una aspiración y le aliviaran un poco ese estado de ansiedad y ahogo que tenía. De nuevo nos advierten que su estado es muy grave.

Avisamos a la familia que se puso en camino y ella se disgustó pues no quería molestar a nadie. No quería hacer sufrir a nadie.

Una hora antes de morir me encontraba sentada a su lado viendo la dificultad tan enorme que tenía para respirar y me dijo: «Tienes mucho que hacer vete, no quiero hacerte sufrir». Fueron las últimas palabras que dijo, estaba serena aun en medio de la angustia de sentir que se ahogaba.

Estaba preparada, esperando. Estaba en manos de Dios y sabía que venía a buscarla. Hacia las 7 de la tarde, rodeada de hermanas y de algunos familiares a los que ya no reconoció, entregó su alma al Señor, dejándonos a todas una sensación de paz, serenidad, de abandono en Dios, inolvidables».

La muerte no se improvisa. Creemos que el Padre le ha devuelto definitivamente la Palabra y estamos seguras de que respira plenamente la vida de Dios, que en sus pulmones ha entrado para siempre el aliento de la Vida.

Desde el cielo nos habla claramente y la oímos. Nos invita a entregar toda nuestra vida a la misión que la Iglesia nos ha confiado: la salvación de los jóvenes.

Que María Auxiliadora a la que ha amado tanto la acoja y la bendiga y haga florecer nuevas vocaciones en nuestra Inspectoría y en La Roda que la acoge como semilla de vida y de fecundidad apostólica.

SOR DOMITILA MARCOS

Nació: el 14 de septiembre de 1894 en Cantalapiedra (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1927 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 21 de septiembre de 1990 en Madrid

Sor Domitila Marcos nació en un pueblo de la provincia de Salamanca llamado Cantalapiedra el día 14 de septiembre de 1894. Todas hemos conocido su larga y fecunda vida, su empuje apostólico, su amor al Instituto, su actitud filial hacia las Superiores y su sagacidad y desenvoltura.

Fundadora de varias Casas, ha enriquecido a la Inspectoría con sus grandes dotes y sus rasgos de heroicidad en muchos casos, dejando en todas las Hermanas que vivieron con ella recuerdos imborrables.

Un recorrido rápido por las Comunidades que han gozado de su presencia nos ayuda a captar algo de la fecundidad de su vida.

Profesa el 5 de agosto de 1927 y es destinada a la Casa de Valencia donde vivirá hasta 1930 y de allí irá a Alicante.

La Guerra Civil le obliga a abandonar la Vida Religiosa comunitaria y a vivir en el anonimato. Dada la situación inestable y peligrosa que vive España en esos años marcha a Italia con otras Hermanas hasta que todo se normaliza y pueden volver en el año 1939.

A su regreso, con otras Hermanas funda la Casa de Campano y allí permanece hasta 1941 en que es destinada como Asistente de Aspirantes en San José del Valle (Cádiz).

De ahí va a Salamanca en el año 1942 donde tiene la responsabilidad de la Economía de la Comunidad.

En el año 1945 se funda la Casa de Emilio Ferrari (Madrid) y se le encomienda en ella la misión de Directora de esa nueva Comunidad y allí transcurren con un intervalo de cuatro años, dos sexenios fecundos para ella, para las Hermanas de la Comunidad y sobre todo para aquella barriada pobre en extremo, que gozará de la bondad y entrega desinteresada de Sor Domitila. Este período quedará grabado a fuego en su corazón. Todavía en los últimos meses de su vida sus recuerdos iban dirigidos con frecuencia a sus experiencias en esa Comunidad.

Las Hermanas que vivieron con ella esos años no dudan en rememorar sus recuerdos más íntimos con una coincidencia total en destacar los rasgos que caracterizaron a nuestra Hermana:

«Siento un deber de gratitud hacia la buena y querida Sor Domitila, ya que fue la primera Salesiana que conocí. Me preparó para ingreso en Sancti Spiritus de donde pasé a la Academia Labor en la ciudad de Salamanca. Allí hice el Bachillerato y el Señor me concedió el don de la vocación Salesiana. Profesé en el año 1948 y tuve la suerte de ser destinada a la Casa de Emilio Ferrari de donde era Directora Sor Domitila. En la vida diaria pude observar el espíritu de trabajo que tenía, la entrega generosa a aquellas familias tan pobres que vivían en chabolas, dedicadas en su mayoría a la busca del carbón que tiraban de las calefacciones. Era gente ignorante, despreocupada en el aspecto religioso cultural. Ella las visitaba y les hablaba de Dios como una Misionera, logrando en muchas ocasiones hasta legalizar matrimonios y enseñarles a vivir cristianamente lo que ya hacían sin ningún tipo de formación. La Institución de las Señoras Católicas, protectoras de la Casa, le ayudaban mucho económicamente y así unidas lográbamos llegar a dichas familias y conseguir que trajeran al Colegio a sus hijas para ir poniendo las bases de una evangelización.

Cuando las niñas iban cumpliendo los 14 años pasaban a un taller de bordados y se lograba encontrar trabajo para ellas bordando mantelerías, juegos de cama, etc. Se les pagaba cada semana un salario de acuerdo con su trabajo, circunstancia que las estimulaba y así se prolongaba más el tiempo de formación.

Sor Domitila era una mujer piadosa, incansable, de una sencillez admirable. Sabía estar en la cocina, en los trabajos más humildes y al mismo tiempo su preparación le hacía digna de alternar con las autoridades o con las Señoras Católicas, incluso con las marquesas de Oriol, insignes bienhechoras de nuestras Obras.

Se abrió el comedor de Auxilio Social para las niñas más necesitadas y la Comunidad también participaba de esa comida, ya que lo que destinaban las Señoras Católicas para el mantenimiento de las Hermanas era insuficiente.

También se creó un Dispensario para atender a las necesidades médicas de aquella pobre gente. Gracias al trabajo de Sor Domitila se consiguió que lo atendieran doctores cualificados que hacían esa labor con honorarios bajísimos, quizá movidos por el celo apostólico de nuestra Hermana. Enfermeras de la Cruz Roja, hijas incluso de las mismas señoras atendían y ayudaban a los médicos. Al frente del Dispensario siempre estaba una Hermana.

Todo contribuyó a que en pocos años el barrio cambiara de aspecto y esas familias se regeneraron cultural, espiritual y moralmente. Fueron tiempos difíciles, duros, sin luz ni agua y con alimentos escasos, muchas

veces. Pero alegres y contentas, siguiendo el ejemplo de esta singular Hija de María Auxiliadora».

Otra Hermana haciendo vivencia de esos años inolvidables añade:

«Sor Domitila entraba sin ningún reparo en esas chabolas para interesarse por los problemas de quienes las habitaban. En algunas ocasiones daba pruebas de una caridad heroica. Recuerdo que murió una señora de mala vida que habitaba cerca del Colegio. Murió sola sin que nadie lo supiera hasta pasados unos días. Ni los vecinos ni los empleados de la Funeraria se atrevían a entrar en la casa debido al fuerte olor que despedía su cuerpo. Sólo ella fue capaz de vencer la repugnancia y envolviéndola en una sábana la sacó a la calle para que le hicieran una digna sepultura.

Y así podría enumerar muchos detalles que hablan de su caridad refinada y su fuerte amor a los pobres».

Después de estos años inolvidables, en 1961 es destinada a la Casa de La Roda (Albacete) donde vive otra etapa especial y permanece allí hasta 1988. Su simpatía y su espíritu materno llegó al corazón de las jóvenes que la recuerdan con mucho cariño. La presencia de Sor Domitila en este pueblo manchego era familiar, todos la querían.

También en este atardecer de su vida se agolpan los testimonios unánimes para hablar de ella y para ensalzar el bien que ha hecho a todos los que convivieron con ella.

Su Directora en algunos años en esta Comunidad nos dice:

«Fui su Directora cuando Sor Domitila tenía ya 88 años y estaba retirada de todo trabajo comunitario, pues tenía gran dificultad para caminar. Su mente era lúcida y dejaba transparentar las grandes virtudes de que estaba adornada. La vida comunitaria era de gran valor para ella, jamás dejó un día de levantarse para ir a hacer las prácticas de piedad. No faltaba nunca al comedor ni al recreo. Cuando veía que faltaban Hermanas a estos actos comunes en seguida preguntaba por ellas y cuando se le daba una razón convincente descansaba, pero si no veía justificación sufría mucho. Me decía a veces: a Sor... hay que ayudarla porque debe tener algún problema ya que no está con la Comunidad».

El trabajo era otra cualidad suya. Siempre sentada en un sillón hacía verdaderas maravillas de labores de ganchillo, siempre en servicio de la Comunidad para alguna fiesta o para hacer regalos. Incluso se llegaba a poner tarea para no perder el tiempo. Era incansable.

Tenía un don de gentes especial. El pueblo de La Roda la conocía mucho y la visitaba con frecuencia. Ella hacía así su apostolado. Jamás se

alejó de las niñas pues elegía la hora del recreo para hacer su paseito y cuando ya sus piernas no le permitían salir, iban los grupos de niñas a verla a ella. Siempre recibían una buena palabra que ellas recordaban.

El sentido de la Providencia de Dios era muy fuerte en ella. Como había pasado situaciones de mucha necesidad después de la Guerra Civil, procuraba mantener buena relación con la gente pudiente del pueblo, pues ella opinaba que tenían obligación de ayudar a los más pobres.

Destacaba también en ella el sentido del humor. Hasta el último año tomaba parte en los juegos comunitarios y alegraba el lugar donde ella estaba. Tenerla en la Comunidad era un tesoro, pues todas gozaban metiéndose con ella y ella correspondía con su alegría y cariño. La consideramos como el regalo que Dios ha hecho a la Comunidad. Era una gran mujer completa».

Sus dos últimos años los ha vivido en la Residencia de Santa Teresa de Madrid, querida por las Hermanas y atendida con todo cariño y paciencia. Toda su persona estaba al servicio del Reino y hasta sus límites temperamentales los supo poner al servicio de la misión.

Nos hace mucho bien contemplarla en su amor a María Auxiliadora, en cuya escuela aprendió ella también a ser auxiliadora.

Nuestro recuerdo último se condensa en esa imagen silenciosa, grata y querida, sentada en su sillón y esperando siempre conversación. Su sonrisa nos habla de una larga experiencia acumulada en el tiempo y fecundada por la acción del Espíritu. Es la imagen de la Hija de María Auxiliadora que ha sabido darlo todo por la salvación de los jóvenes.

Le agradecemos a Dios que le haya concedido tan larga vida y una vejez serena y gozosa. Que el Señor nos ayude a contemplar y vivir la muerte de nuestra Hermana como una llamada a renovar en fidelidad nuestra vocación de Hijas de María Auxiliadora».

SOR CARMEN VALDEOLMILLOS

Nació: el 16 de julio de 1932 en Hornillos de Cerrato (Palencia)

Profesó: el 5 de agosto de 1956 en Madrid

Murió: el 1 de diciembre de 1990

Sor Carmen Valdeolmillos nació en Hornillos de Cerrato, en la provincia de Palencia el día de la Virgen del Carmen del año 1932. Creció bajo la protección de la Virgen y ella profesó un filial amor a la Reina de los Cielos durante toda su vida.

Los detalles de su infancia se pierden en el pasado. La recordamos siempre vinculada a su hermana y sobre todo a su querida madre a la que cuidó y amó con ternura envidiable. Sobre todo en sus últimos años supo compaginar sus deberes con las Hermanas y las niñas, atendiendo a su responsabilidad con esmero, sin olvidar a su anciana madre, a la que ofrecía todo el cariño y la ayuda de que era capaz, sobre todo en el declinar de su vida cuando más la necesitaba.

Con un dolor indescriptible esa anciana mujer tuvo que contemplar la ausencia de su hija que tanto consuelo le estaba dando en sus últimos años. Fue tan dura la separación que a los pocos meses voló para reunirse con ella para siempre.

Cuando el Señor llama para sí a una Hermana que está en la brecha, que vive plenamente su entrega a la Comunidad y a la misión, y que es sorprendida por una enfermedad que es incurable que la hace consciente de su próximo fin, es cuando los testimonios de las personas que han convivido con ella afloran espontáneos y revelan con sinceridad la grandeza de esa alma que ha vivido su ser de Hija de María Auxiliadora con intensidad y que ha sabido acoger la enfermedad con una entereza y confianza digna de las almas que están llenas del Autor de la Vida.

Así ha ocurrido con nuestra querida Sor Carmen.

Su muerte nos ha sorprendido. Hacía tiempo que la terrible enfermedad había hecho su aparición y aunque un tiempo estuvo silenciosa, no había abandonado a ese cuerpo vivaracho, activo, incansable, optimista, abierto a todos, alegre y entusiasta.

Se repiten las palabras que definen la vida y la actividad de esta Hermana. Se calcan los testimonios, porque fue una Hermana clara, transparente y poco ha podido quedar oculto dentro de quien fue toda para todos.

A modo de pinceladas, transcribimos lo que de ella dicen las Hermanas:

«Viví con ella en tres Comunidades, en distintas facetas de su vida. La última fue en Emilio Ferrari, donde sufrió la operación quirúrgica a consecuencia de la aparición de su grave enfermedad. Vi en ella una mujer valiente al enfrentarse con la operación y después de ella se superó con un optimismo y elegancia ejemplares, tanto que a las tres semanas ya estaba en medio de las niñas. Animaba a todas cuando nosotras tratábamos de acercarnos con esa intención a ella.

Durante el tiempo que conviví con ella en Plaza de Castilla, era la Encargada de la Primera Etapa de E.G.B. y Preescolar. Tenía grandes cualidades y todo lo llevaba adelante. Tenía valores para cualquier cosa que se propusiera. Fue muchos años encargada del deporte y lo llevó con gran éxito.

Estaba adornada de un gran sentido crítico para captar las cosas y pocas veces se equivocaba en lo que previamente intuía. El tiempo siempre le daba la razón. Era cercana, daba su confianza y ánimo también a las Hermanas.

Era muy comunicativa. Tenía una simpatía natural y eso hacía que su relación con alumnas, padres, profesoras, etc. fueran muy agradables. Era emprendedora. Con las niñas era alegre, cercana, cariñosa. Se las ingeniaba para que su clase participara en todo. Ayudaba a las que más lo necesitaban en clase y en el deporte.

La gente de fuera la seguía con interés a donde la obediencia la iba destinando y su ausencia la sentían mucho las familias. Prueba de este afecto fue la cantidad de personas que desfilaron ante ella cuando ya Dios había llevado su alma al Cielo. Fue una demostración de cariño y agradecimiento que a las Hermanas nos emocionó».

Otra Hermana testigo de los últimos días de Sor Carmen nos dice:

«La reemplacé en los deportes de Plaza de Castilla. Me puso al día en seguida, a pesar de lo que suponía de sufrimiento para ella dejar ese cargo. Su labor en este campo, donde trabajaba muy sola, fue dura pero no falta de empeño, entusiasmo, cariño y sacrificio.

Después de unos años, cuando volvía otra vez a esta Casa, ya con su enfermedad en la última etapa, estaba el campo de deportes en plena ebullición. Siempre que las jóvenes la veían le demostraban su afecto. El mismo día de su muerte se organizaron solas para encargar una hermosa corona de flores como prueba de su agradecimiento y cariño.

Yo pasé la última noche con ella. No podré olvidar nunca la experiencia. Estuvo casi todo el tiempo con pleno conocimiento. Le costaba hablar. No la oí ningún quejido. La paz reinaba en torno a ella. Sólo demostraba sufrimiento cuando veía que no podía controlar su cuerpo que se deshacía por minutos. Como los demás días subió el sacerdote a darle la Comunión, ella se dio perfecta cuenta pero tuvo que renunciar a recibir a Jesús Sacramentado porque no podía tragar ni casi respirar. En mí dejó una sensación tan grande de paz que yo quisiera tener cuando el Señor me llame definitivamente para Él».

La vida de Sor Carmen transcurre la mayor parte en las Casas de Madrid. Cuando profesó fue destinada a la Casa de Béjar y allí estuvo hasta el año 1963 en el que la encontramos estudiando su carrera de Magisterio en El Plantío y en Villaamil. Termina sus estudios en 1968 y hace un paréntesis para ir a dar su alegría y trabajo como Consejera de Primera Etapa de E.G.B. en la Casa de Valdepeñas. Aquellas sencillas familias, ese Colegio de puertas abiertas fue el campo adecuado para percibir el buen hacer de esta sencilla Hermana.

En 1972, cuando nos disponemos a celebrar el Centenario de nuestra Fundación la encontramos en la Casa de Emilio Ferrari. Después en la Dehesa de la Villa, más tarde en Plaza de Castilla, donde vive diez años como Encargada de la Primera Etapa de EGB y dando sus clases en esos cursos que fueron su especialidad y el campo que recibió más su cariño y desbordante iniciativa. Un curso en Villaamil, de nuevo a Emilio Ferrari para volver a la que ella consideraba su Casa: Plaza de Castilla.

Una Hermana temporal que la conoció en estos últimos meses nos dice con sencillez:

«Cuando hace unos meses vi morir a Sor Carmen salió de mí un grito: Señor, una vez más me enfrentas al misterio de la muerte, algo tendrás que decirme.

Comenzábamos el Adviento, tiempo de vivir en fe y en esperanza. Tiempo en que esperábamos con gozo la Encarnación de Dios. Me di cuenta de que esa encarnación la teníamos ya en casa: Dios hecho amor en Sor Carmen.

Fue poco el tiempo que Dios me regaló su presencia. Llegó en septiembre a esta Casa, a mi primera Comunidad y a los tres meses se marchó. Fue tiempo suficiente para quererla. Sus gestos, sus palabras, su mirada hicieron que en seguida la sintiera como una Hermana.

No la vi nunca quejarse a pesar de que cuando llegó la enfermedad ya la iba destruyendo sin piedad, poco a poco. Siempre encontraba justifica-

ciones, disculpas para sus dolores... siempre tenía la sonrisa en los labios (incluso cuando murió). He aprendido que para ir al Cielo tenemos que aprender a sonreír.

Estaba convencida de que no iba a poder celebrar con las niñas la fiesta de Don Bosco. Presentía que llegaba el momento definitivo. Corrió mucho más que nosotras y cuando nos dimos cuenta ya se nos había ido.

Murió con serenidad, con paz, con la sonrisa en su rostro. Su cuerpo destrozado, pero su espíritu gozando del Amor que llenó su vida».

Y así se suceden los escritos de las Hermanas que expresan repetidamente lo que significó esta Hermana en la vida de Comunidad y de relación con todos.

A modo de broche final transcribimos lo que una Hermana resume de la vida de Sor Carmen:

«Quiero que estas líneas sirvan para conocer mejor y más a nuestra querida Sor Carmen Valdeolmillos que pasó haciendo el bien a todos cuantos tuvimos la suerte de convivir con ella o de encontrarla simplemente en el camino.

Con su alegría contagiosa hacía en ocasiones cambiar el hilo de las conversaciones, cuando podían acabar en discusión o en interpretaciones contrarias a lo que se pretendía.

Amaba, mucho a la Virgen y ese amor lo supo transmitir a cuantos se le aproximaban, especialmente a sus alumnas. Decía que por amor a María Auxiliadora era capaz de cualquier sacrificio.

También pude apreciar el amor grande que sentía por su buena y querida mamá y era digna de admiración e imitación la candad y delicadeza con que la trataba, teniendo sumo cuidado en no exteriorizar su sufrimiento cuando fue presa de la gravísima enfermedad que llevó con gran elegancia y heroísmo, pues desde el principio se propuso no hacérsela pesar a nadie.

Esperamos que el Señor la encontrase madura y preparada para ir a gozar de su presencia, habiendo escuchado el alegre saludo de nuestro Señor: «Ven, Esposa, a recibir el premio, porque fuiste fiel en transmitir el mensaje de salvación a tantas almas».

Ahora que gozas de El para siempre, querida Sor Carmen, intercede para que vengan muchas y santas vocaciones a nuestro Instituto para que el Reino de Cristo se propague por la tierra. Agradezco haber vivido contigo y tu recuerdo siempre me ayudará a ser mejor».

Que lo que esta Hermana expresa sea el resumen del paso de Sor Carmen por nuestra querida Inspectoría.

SOR JULITA PRIETO

Nació: el 16 de junio de 1910 en Barruecopardo (Salamanca)

Profesó: el 5 de agosto de 1930 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 31 de marzo de 1991 en Madrid

Sor Julita Prieto nació en un pueblo de Salamanca el día 16 de junio de 1910. Su historia empieza para nosotras cuando empiezan a hablar los testimonios sencillos de las Hermanas que con ella convivieron.

Muchos años de vida, de los cuales más de sesenta se los dio por entero al Señor en su Consagración a la Vida Religiosa vivida con integridad y en la mayor plenitud de que fue capaz.

Su vida es para todos ejemplo de observancia religiosa, de puntualidad, de orden, de gusto por el trabajo y de disciplina. Educada y muy respetuosa reflejaba plenamente el carácter salmantino lo que hacía que, a veces, pareciera reservada y poco comunicativa. Bastaba un poco de convivencia y confianza con ella para que dejara ver su grandeza interior e incluso su sentido de humor escondido en una aparente seriedad.

La encontramos en la Inspectoría de Santa Teresa en el año 1951 donde es Directora hasta el año 1957 en la Casa de Santander. Vuelve a animar la Comunidad de la Plaza de Castilla durante un curso y hasta el año 1968 recorre las Casas de Delicias (Madrid), Dehesa de la Villa (Madrid), Burgos, María de Molina (Madrid), Palencia y finalmente Salamanca donde ejerce su oficio de Ecónoma con gran responsabilidad y competencia, siendo un vivo y eficaz ejemplo de pobreza para toda la Comunidad.

Donde más se llega a conocer la grandeza de esta Hermana es en la Casa de Salamanca donde vive casi hasta el final de su vida, en el silencio y testimonio de una vida entregada al Señor y siempre ofreciendo por sus queridas jóvenes.

Ella misma, viendo que su salud está quebrantada y no queriendo ser un peso para la Comunidad del Colegio de Salamanca que trabaja intensamente y siempre está falto de brazos, pide que la lleven a la Residencia de Santa Teresa de Madrid. Parece que presiente cercano su fin, pues a los pocos meses será llamada por el Señor para recibir el premio eterno.

Varios testimonios de Hermanas que la conocieron bien hablan por sí solos:

«Sor Julita Prieto fue mi Asistente estando yo interna en el Colegio de Salamanca, en lo que antes era la «Academia Labor».

Era una mujer, recta, observante, trabajadora. Por otra parte era serena y amable, y en todas estas facetas de la vida intentaba educarnos.

Quizá no era de las que más admiradoras arrastrase ya que su aspecto resultaba un poco serio, pero frecuentando su trato era incluso simpática y tenía ocurrencias muy graciosas, conversación muy amena y sabía muchos juegos, chistes y acertijos, con los que pasábamos con ella muchos ratos entretenidas.

Cuando nos acostábamos en aquel dormitorio corrido, ella seguía paseando un rato más con el Rosario en la mano. A mí me gustaba observarla hasta que convencida de que estábamos todas dormidas, se metía en su celda y corría las cortinas.

Yo que ya sentía los primeros deseos de hacerme Salesiana, siempre pensaba para mí: «Qué contento debe estar el Señor de Sor Julia». Todo el día trabajando por El y por las almas. Y en mi mente recorría las vidas de tantas personas que no se entregarían por ellas y al mismo tiempo le pedía al Señor que cuando fuese Salesiana me pareciera a ella.

Pasó el tiempo y tuve la suerte de tenerla como Directora en la Plaza de Castilla. De aquel tiempo quiero destacar su pobreza que hoy la calificaríamos de ridícula, pero que en aquel tiempo en que en los alrededores del Colegio había auténtica miseria, nos daba un gran ejemplo. Cuando las Hermanas desechaban un hábito, ella iba juntando los trozos que estaban mejor y cuando tenía suficientes se hacía uno para ella. En la comida siempre iba buscando las sobras y cuando la reñíamos por eso, nos decía que a ella le gustaban más las comidas del día anterior.

Se levantaba temprano y lavaba la ropa de toda la Comunidad. Entonces no había lavadoras y los tejidos eran fuertes por lo que se les llegaban a hacer grandes heridas en los dedos.

También ella se dedicaba a cuidar a los cerdos, haciendo la limpieza de todo por lo que en alguna ocasión tuvo que hacer esperar a alguna visita importante, pues no estaba presentable para nadie. Cuando podía evadirse en esas circunstancias de acudir a la portería nos mandaba a alguna de nosotras y ella seguía con esas tareas tan desagradables.

Por tercera vez viví con ella en Salamanca. Estaba en la ropería. Siempre activa y silenciosa. Silencio que cortaba para rezar el Rosario, para recitar alguna jaculatoria, alguna Comunión espiritual o la coronilla del Sagrado Corazón.

Para mí siempre ha sido de buen ejemplo. Es el ejemplo de persona madura, observante, trabajadora, serena, muy amante de María Auxiliadora y de todo lo que se refiera al Instituto».

Religiosa cien por cien, exigente con ella misma, con gran espíritu de sacrificio y disponibilidad.

Nunca se le oyó hablar mal de nadie, respetuosa al máximo con todas y muy obediente a cualquier indicación de las Superiores.

Testimonio muy elocuente es el que ofrece una Hermana JÚniora que estuvo al lado de Sor Julita los tres últimos años de su vida y han marcado sus primeros pasos en los que pueden ser decisivos los ejemplos de Hermanas con experiencia. Nos dice así:

«He vivido con ella desde 1987 al 1990, años en los que ha sufrido su enfermedad y ha ido «desgastándose» poco a poco.

A mí me ha dicho mucho en medio de su gran silencio. Me ha hablado siempre de paz, de serenidad, de cumplimiento del deber. Su modo de ser y de estar ha sido una lección de exigencia y de observancia, una vida en la presencia de Dios. Aun en su carácter recio y poco expresivo, conmigo ha tenido gestos de gratitud y fraternidad.

En el tiempo en que enfermó su hermana Antonia yo era estudiante y la que conducía el coche de la Comunidad. A pesar de que ella también estaba enferma y necesitaba mucho cuidado, iba cada día a estar un rato con su hermana en el hospital. Vivió ese tiempo con constante superación para mostrarse bien y sonriente ante su hermana. Yo la llevaba y me quedaba esperándola o bien si podía aprovechar para hacer otra cosa, iba después a buscarla. Coincidió que eran tiempos de exámenes para mí y ella más de una noche me decía: «El examen de mañana te saldrá bien porque el tiempo que has perdido conmigo lo suplirá mi oración. Sube a estudiar que yo mientras rezo por ti».

Al llegar de la Escuela en seguida me buscaba con la mirada para preguntarme cómo me había ido el examen. Si le decía que bien se alegraba y así lo hacía todos los días. Era la forma de darme las gracias.

Después de morir su hermana y de recoger sus cosas, me dio un pequeño recuerdo de ella y me dijo: «Como me has acompañado tanto en estos días, creo que a mi hermana le gustará que tengas este detalle que le pertenecía». Pequeñas cosas que a mí me han dejado un cariñoso y grato recuerdo. Si la tuviera que definir con una imagen del Evangelio diría que es la «Virgen prudente» que ha permanecido con la lámpara encendida, que tenía siempre aceite para mantener viva la llama de la fidelidad».

Por último nos queda el ejemplo de su entereza y sacrificio ante la enfermedad. A pesar de los dolores y del deterioro físico que su cuerpo sufría día a día, no la hemos oído ni una queja, sólo palabras de agradecimiento para quienes la han cuidado, tanto en Salamanca como en la Residencia Santa Teresa de Madrid.

Alegrémonos, Hermanas, cantemos aleluya. El aleluya de Cristo Resucitado que brilla en el nuevo rostro de Sor Julita, signo para nosotras de una vida en fidelidad, de un gran amor al Instituto y a las jóvenes, signo de vida y resurrección.

SOR MARÍA JIMÉNEZ

Nació: el 20 de octubre de 1914 en Madrid
Profesó: el 5 de agosto de 1943 en Madrid
Murió: el 16 de diciembre de 1991 en Madrid

Sor María Jiménez nació en Madrid y prácticamente pasó toda su vida en esta ciudad que la vio crecer en cristiano al lado de unos padres que inculcan en ella los verdaderos valores que dan sentido a toda una existencia.

Cuando realmente descubrimos la gran mujer que encierra el cuerpo frágil de Sor María, es precisamente en su larga y dolorosa enfermedad que la reduce poco a poco y le va privando de todas sus facultades físicas y al final de su postración incluso se deterioran sus facultades mentales.

Inició su vida Religiosa en Sarria (Barcelona) en 1941. A los pocos meses de su vestición vino a Madrid, siendo una de las fundadores del primer Noviciado de la Inspección.

Gozamos de su presencia en la comunidad de Villaamil de Madrid durante los años 1945 a 1955. Se caracteriza siempre por su alegría, su optimismo y buen humor que le hace ser querida por las Hermanas.

Cumplidora de su deber y con un fuerte sentido del orden, desempeña todos los trabajos que la obediencia le encomienda con la mayor perfección que le es posible.

Después de su primera década en Villaamil, es destinada a la Casa de Delicias también en Madrid, permaneciendo allí hasta el año 1971 en el que es trasladada a la Residencia de santa Teresa, cuando ya ha hecho aparición la enfermedad que la va a acompañar el resto de su vida.

Las Hermanas que convivieron con ella en esa querida Casa, las Antiguas Alumnas que la recuerdan con mucho cariño, coinciden en definirla como una Hermana alegre, piadosa, delicada, sencilla, cumplidora del deber y sabiendo quitar importancia a los pequeños problemas que se pueden plantear en la convivencia diaria.

Su aspecto exterior también era siempre perfecto. Cuidaba el orden en todo lo que dependía de ella y esta virtud la mantuvo hasta el final de su vida.

Su enfermera que acompañó a Sor María en su enfermedad durante muchos años, atestigua:

«No perdió el amor al orden y a la limpieza, llegando incluso a ser exagerada en algunos momentos. Le gustaba estar bien puesta en la cama y quería que quien se acercara a ella la viera como un altar. No nos dejaba marchar de la habitación hasta que todo quedaba a su gusto y en su sitio».

Recordamos a Sor María como una mujer fuerte, educada, respetuosa, con un claro amor a María Auxiliadora y entregada por completo a las Hermanas, niñas y Antiguas Alumnas. Abierta, acogedora, filial, con un fuerte sentido de pertenencia al Instituto.

En 1971, después de unos años de enfermedad en la Casa de Delicias, es trasladada a la Residencia de Santa Teresa, para que pueda ser atendida con más detalle como su enfermedad iba requiriendo.

Sufría artrosis poliarticular progresiva, por lo que necesitaba ayuda de las enfermeras para hacer muchas cosas, sobre todo aquéllas que requieren el más mínimo esfuerzo o movimiento un poco rápido.

Nos confiesa su enfermera:

«Al atenderla, me di cuenta de lo duro que era para ella depender de las demás, aunque no lo hacía notar y se dejaba ayudar con sencillez.

Tenía una fuerte personalidad, pero supo adaptarse siempre a su situación de enferma y no perdió nunca el optimismo y la ilusión de presentarse bien. Se movía con mucha dificultad, pero no por eso dejaba de esforzarse. Trabajaba en lo que podía hasta que su inmovilidad total se lo impidió».

La enfermedad la fue purificando. Escribe en el año 1967:

«Cuando más pesado y complejo se vuelve el cuerpo, más fuerte y dinámica ha de ser el alma». Años más tarde, con letra temblorosa escribe: «Esperanza ante el dolor en la esperanza de tu amor. Todavía más: Tu esperanza, Señor, disminuye el dolor».

Sufrió grandes dolores con paciencia y elegancia. Los huesos se le fracturaban y la inmovilidad llegó a ser total. Sólo podía mover las manos y se pasaba el día postrada en la cama y ayudada por dos enfermeras, descansaba algunas horas en la silla de ruedas.

Ofrecía por todas las intenciones de la Iglesia, de la Inspectoría, del Instituto, de cada persona que le encomendaba cualquier necesidad. Más de 20 años de enfermedad en los que habrá aportado sin duda mucho bien a la Inspectoría y a la Iglesia. Ella misma decía: «Tengo que sufrir con elegancia. Si me enfado no saco nada. Además soy la muñeca rota de Jesús. El sabrá por qué tiene que ser así». Y se preguntaba: «Si hubiese

estado bien, ¿le hubiera sido fiel? Cuando lo ha querido así por algo será».

Algo que llamaba la atención era la delicadeza que tenía con todas las que nos acercábamos a su lecho para saludarla, para entretenerla unos momentos. Contestaba rápidamente dando noticias de su estado de salud y de ánimo, pasando en seguida a interesarse por nuestros propios problemas, nuestros familiares, etc. Siempre la encontramos abandonada a la Voluntad de Dios y con un saber estar cumpliéndola que alentaba a todos.

Cuando perdió la vista fue otro momento duro para ella, pero eso le ayudó para ver más a Dios. Rezaba y escuchaba la radio y así pasaba los días, pero siempre con gran temple y sin perder la compostura.

Agradecía todo lo que se le hacía. Dejaba siempre un mensaje de paz y esperanza. Era lo que ella vivía.

Se fue silenciosamente el día 16 de diciembre de 1991, iniciando la novena de Navidad. Entre las hojas finales de su pequeño cuaderno, tiene dibujada una barquichuela que se desliza hacia otro mar, dejando tras de sí su reflejo en nuestro mar. Puede ser un signo de su paso entre nosotras.

Modelo de Salesiana oferente, pidamos al Señor que interceda por todas las personas asociadas a su Cruz para que comprendan como ella, que el dolor redime a las que saben descubrir que lo único esencial es cumplir siempre la Voluntad de Dios.

SOR JULIA FERNÁNDEZ SOTES

Nació: el 9 de enero de 1914 en Vigo (Pontevedra)

Profesó: el 30 de octubre de 1932 en Sarria (Barcelona)

Murió: el 7 de mayo de 1992 en Madrid

Sor Julia Martínez nació en Vigo (Pontevedra) el día 9 de enero de 1914. Su vida es tan rica y tan llena de Dios que deja profunda huella en las Hermanas que repiten sus testimonios gozosos para que consten siempre en las páginas de la historia de nuestra querida Inspectoría.

De su infancia nos quedan pocos recuerdos. Su única hermana, a la que vemos muy vinculada siempre y que comparte con ella los momentos más graves de enfermedad y sufrimiento de Sor Julia, es también llamada a la Casa del Padre días antes que ella. La noticia se le comunica con mucha precaución temiendo ya por su enfermo corazón, sin embargo acepta esta separación con la paz y la fe que la han caracterizado siempre.

Ella hablaba siempre de su infancia con verdadero sentimiento, habiendo sido educada en un ambiente profundamente cristiano, por lo que da su respuesta a la llamada del Señor en una edad temprana, profesando en Sarria el 30 de octubre de 1932, cuando sólo cuenta 19 años.

El Señor la llama para siempre cuando estamos celebrando las Fiestas del Cincuentenario de la Inspectoría. Fecha significativa para una Hermana que es considerada como uno de los grandes cimientos en los que se ha podido apoyar mucho del trabajo apostólico de estos cincuenta años.

A los dos meses de profesar es destinada a la Casa de Villaamil en Madrid. En estos años se dedica a dar clases Elementales, siendo siempre querida y admirada por sus alumnas.

En mayo de 1936, en los inicios de la Guerra Civil, es maltratada y arrastrada por las calles del barrio junto con otras Hermanas. Este hecho lo vivió asociada al sentir de los mártires de la Iglesia y así nos lo ha transmitido siempre con una profunda sencillez y sin dar importancia a tan espantosos momentos y al mismo tiempo vistos con una gran fe.

De 1936 a 1939 lo mismo que otras muchas Hermanas tienen que abandonar las Comunidades y regresar a las familias.

Ya en 1939 vuelve de nuevo a Villaamil y esta vez la obediencia le asigna el oficio de Ecónoma que compagina con sus clases de párvulas.

Los recuerdos que hay de esta ejemplar Salesiana coinciden e calificanla de mujer inteligente, sensible, de gran corazón y con una capacidad intuitiva capaz de llegar a cada una de las Hermanas en particular.

En el año 1944 y hasta 1949 es destinada a Salamanca, a la Academia Labor, siendo Directora de esta Casa en el año 1948.

Pasó después unos meses en la Casa de Delicias de Madrid, como Consejera y Encargada de Aspirantes. De los muchos testimonios que se han recogido, es notorio que un número considerable hace mención a aquellos años en los que tuvo contacto directo con las Aspirantes. Así nos lo recuerdan algunas jóvenes de entonces que ahora son Hermanas:

«Recuerdo que una Aspirante entró algo mayor y acostumbrada a hacer todo por su cuenta y poco sometida a disciplina, era objeto de muchas quejas por parte de las Hermanas Asistentes. Sor Julia cuando oía algún argumento que hacía referencia a esta actitud de la Aspirante, siempre decía: «Sí, es cierto lo que dices, pero también es cierto que las personas si se sienten acogidas y se tiene paciencia con ellas poco a poco cambian». Para mí era una actitud admirable que debería adornar a cualquier educadora.

Tenía una paciencia ilimitada. En todos los acontecimientos repetía esta frase: «Mira siempre de tejas para arriba».

Otra Hermana dice:

«Todo lo suyo estaba teñido de amor de Dios, traducido en amor concreto a las personas. Igual amasaba el pan para comer las Aspirantes, que cocinaba, que arreglaba o confeccionaba hábitos, etc. y todo sin ninguna preferencia. Esa actitud la he podido admirar hasta en sus últimos años».

No admitía excepciones. A una Hermana se le ocurrió en una ocasión sacarle el pan del cajón que ella había guardado para la próxima comida, con el fin de que no comiera el pan duro. Ese día Sor Julia no probó el pan y así aleccionó a la Hermana para que no volviera a tener excepciones con ella que las demás no se permitían.

Una etapa muy significativa de su vida se remonta a la Fundación de Cambados (Pontevedra). Como cualquier Fundación está salpicada de momento de prueba, de dura pobreza, de escasos recursos, pero de un gran amor que se traduce en semilla del Reino, que después de muchos años incluso de ausencia de las Hermanas ha quedado prendida en aquellas Antiguas Alumnas, hoy madres de familia que aman fervorosamente a María Auxiliadora y educan a sus hijos en ese espíritu Salesiano que un día le legaron sus educadoras, a las que consideran como sus «segundas madres».

Una Hermana nos refiere:

«Siendo Encargada de Antiguas Alumnas a nivel inspectorial, fui invitada por la una Antigua Alumna a presidir una celebración de imposición de insignias. Me acompañaron tres miembros del Consejo Regional y nunca podremos olvidar lo que vivimos allí los dos días que estuvimos. La acogida a una Salesiana, aunque fuera desconocida para ellas, significaba la representación de una vida cargada de recuerdos y gratitud. El nombre de Sor Julia resonaba en todas las bocas y corazones de aquellas señoras que formaban piña alrededor de sus hijas y en torno a la Virgen de Don Bosco que presidía sus hogares y cada uno de sus corazones. Todo fue fiesta y alegría y preguntaban con sincero interés por Sor Julia, de la que no dejaban de hablar recordando uno y mil gestos que habían marcado sus vidas. Muchas de ellas mantenían correspondencia con ella a pesar de los años transcurridos y al conocer últimamente la gravedad de su enfermedad no dejaban de interesarse por ella».

Basta como muestra el testimonio de esta Antigua Alumna:

«Ante todo, gracias por la carta que nos han enviado con motivo del fallecimiento de nuestra querida Sor Julia, con ello nos sentimos integradas en la gran familia de Don Bosco. Ya les escribí una carta dándoles el pésame y haciéndoles ver nuestro inmenso dolor. Este año hemos celebrado la fiesta de María Auxiliadora en Caldas de Reyes. Hemos disfrutado un día encantador de convivencia sobre todo nosotras, con lo que nos gusta recordar cosas de la infancia en el Colegio, cosas que han pasado hace casi 40 años. Qué paciencia tienen las monjas que tropiezan con nosotras. La verdad es que revivimos aquellos recuerdos de los años maravillosos del Colegio de Cambados como si fueran de hoy en día y del que ya no queda nada. Lo único grandioso que nos queda y que cada vez va a más, es nuestra devoción a María Auxiliadora, es algo tan vivo, tan real, que el mes de mayo lo vivimos como si estuviéramos asistidas por las mejores monjas que pueda haber en toda España. Debe ser la Virgen la que nos atrae hacia Ella.

En el funeral de Sor Julia todo fueron emoción y lágrimas, sobre todo de las más mayores que eran las que más la recordaban. «Ha sido una buena madre para nosotras» decían muchas. Tanto la Comunidad de Caldas como los Salesianos de Castrelo-Cambados nos ayudaron mucho y nos animaron con su presencia. Al salir del templo les repartí fotocopias ampliadas de las últimas fotos que el año pasado habíamos hecho con Sor Julia, ahí en Villaamil en mi última visita, todas la besaban y al final me quedé corta con las fotocopias».

Sor Julia vuelve a Villaamil en 1955 para preparar la Fundación de El

Plantío (Madrid) que se inicia en 1956. Será la Directora de esta Casa hasta 1962.

La bondad de su corazón cautivaba a todos. Con esa bondad abría horizontes y daba explicación a cualquier acontecimiento de la vida ordinaria. Su trato era exquisito y ecuánime. Siempre dispuesta a atender a cualquier Hermana que se acercara a ella y tomando la iniciativa cuando alguna por timidez no se atrevía a confiarle su corazón.

Era recta, prudente, pero sobre todo era profundamente piadosa. Respiraba a Dios y lo transmitía por todos sus poros. Trabajadora incansable, no conocía el descanso ni ahorrraba ningún sacrificio. Tenía clara la herencia de Don Bosco: «Trabajo, pan, Paraíso». Una vida coherente que predicaba con el ejemplo. Vivía de Dios y para Dios y en El encontraba la fuente de su entrega.

Su caridad exquisita con todos fue otra de las grandes virtudes que adornaron su vida. Incluso nos confiaba una Hermana:

«Cuando coincidíamos en reuniones de Directoras, comentábamos las dificultades que teníamos para atender a todas las Hermanas, pero jamás ella evidenciaba el nombre de ninguna, ni hacía referencias singulares que pudieran delatar cualquier intimidad.

Acabado su sexenio en El Plantío es nombrada Directora de San Sebastián durante cuatro años y tres después en la Casa de Cée (La Coruña). Mujer equilibrada de grandes y profundas convicciones, resuena en el recuerdo de todos con las mismas virtudes que la hacen invariable, profundamente querida, guía espiritual y hermana entre Hermanas, siempre dispuesta a ayudar y a transmitir esa Vida que vivía intensamente en su interior.

Desde 1969 hasta que el Señor la llama definitivamente para El, en plena celebración del Cincuentenario de la Inspectoría, la encontramos en Madrid-Villaamil como encargada de las Hermanas forasteras, de la costura y confección de hábitos, ayudante de la enfermera, suplente en cualquier sitio donde su presencia pudiera hacer fácil cualquier situación. Era la persona a quien se podía acudir siempre en busca de ayuda.

Otra faceta muy interesante de su vida fue su gran amor al Oratorio festivo. Toda la semana vibraba al son del Oratorio. Ensayaba a las niñas, se las ingeniaba para que perseveraran en la asistencia y todo esto incluso cuando ya sus fuerzas físicas estaban disminuidas con el paso de los años y las primeras señales de su corazón enfermo.

Su acción en la Comunidad era siempre valiosa. Con el entusiasmo de un alma joven animaba las fiestas y cualquier acontecimiento gozoso

comunitario. En el reparto de Hermanas para formar los grupos de animación en las fiestas de Navidad, se consideraba una suerte poder contar con ella. Siempre daba el máximo en iniciativas, en detalles, en tiempo dedicado a hacer felices a las demás. Siempre dispuesta a vestirse con cualquier disfraz con tal de ver sonreír a sus Hermanas. Su presencia siempre era motivo de paz y de serenidad.

En los últimos años se le descubrió un cáncer de estómago. Tenía muchos dolores. «Parece que me muerde un perro» decía, pero a pesar de ello estuvo mucho tiempo en el comedor de niñas, prestando su ayuda a las más pequeñas, con paciencia e interés para que estuvieran bien nutridas y comieran correctamente.

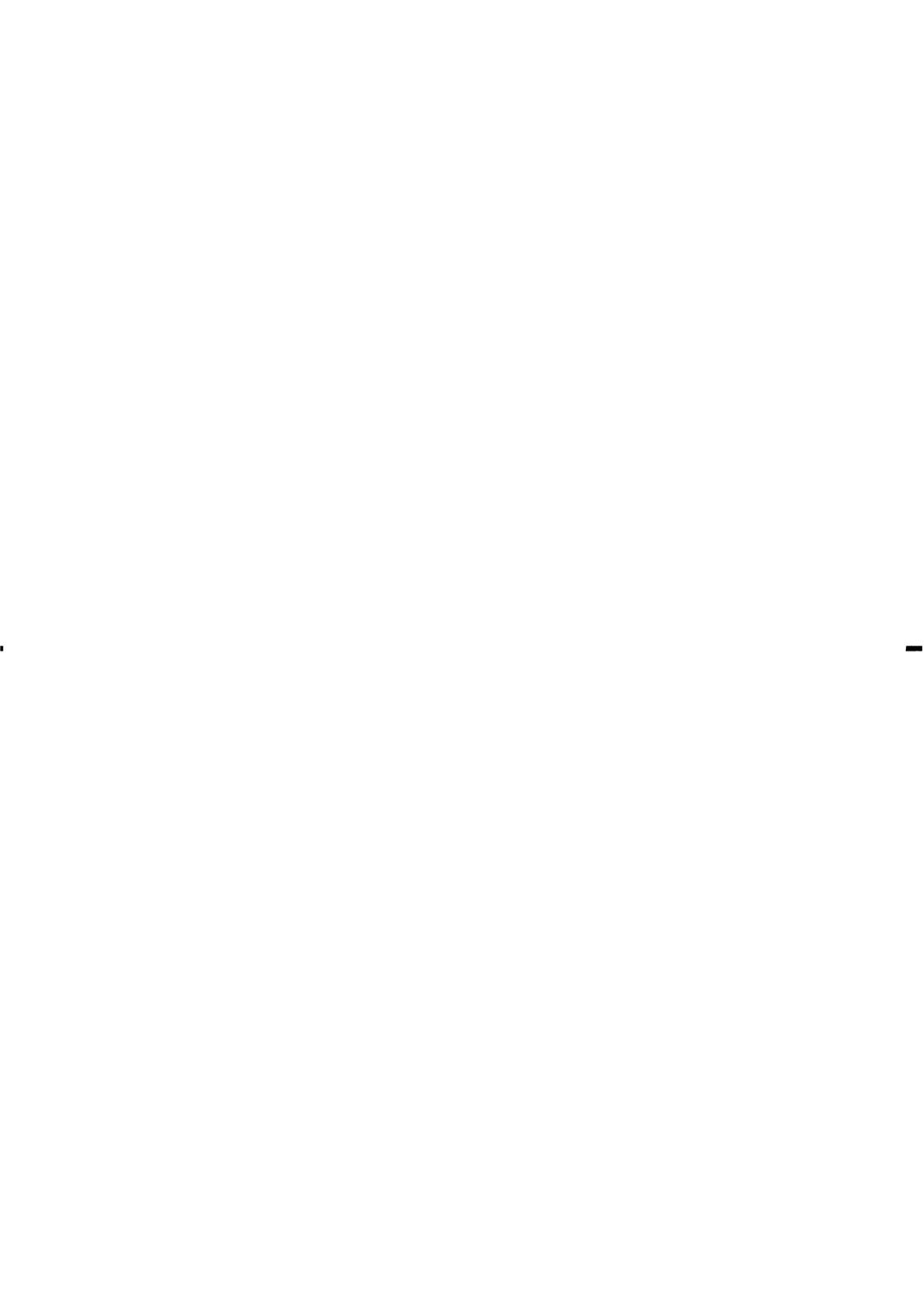
Tuvo que ser intervenida quirúrgicamente y también en esta ocasión dio muestras de acrisolada virtud. El personal de la Clínica advirtió en ella virtudes poco comunes, sobre todo al aceptar con toda sencillez la ayuda que tenía que recibir en los momentos de más intimidad.

Su frágil corazón le hacía estar alerta y en sus últimos años, en varias ocasiones se tuvo que retirar de la vida común y permanecer en su habitación sin poder realizar ningún trabajo ni esfuerzo. Su humildad y gran vida interior hacían de estos momentos una escuela de oración para el resto de las Hermanas. Cuando mejoraba y podía participar en algún acto comunitario era siempre motivo de fiesta y alegría. Varias caídas le hicieron también retroceder en su desgastada salud.

Un adiós prolongado a la vida la mantuvo en un estado de coma durante varios días. Asistida su respiración por oxígeno clínico, su cama estaba siempre rodeada de las Hermanas de la Comunidad y de muchas de fuera que venían a rendirle su homenaje y gratitud y a recordar con lágrimas en los ojos cuántos bellos ejemplos habían recibido de ella.

No nos podíamos creer que Sor Julia iba a privarnos de su presencia. El Señor quería ya darle la corona de los escogidos y se la llevó para siempre. Se nos iba una madre en la tierra, pero nos dejaba la presencia de la Virgen Auxiliadora a la que amó e hizo amar tiernamente.

Agradezcamos a Dios tan precioso regalo y que su vida sea un estímulo para vivir nuestra consagración con una radicalidad evangélica.



ÍNDICE CRONOLÓGICO

1942

NUÑEZ, Encarnación (15-5-42)

1944

ROIG MARTÍNEZ, Josefina (3-1-44)

SOTELO LÓPEZ, Ramona (4-3-44)

1945

SÁNCHEZ MATÍAS, María Teresa (26-2-45)

1955

SAGASTAGOITIA DE ISA, Irene (13-2-55)

AREVALO SANTOS, Josefa (14-3-55)

ANDREU ESPARZA, Encarnación (16-6-55)

RANZ GARCÍA, Clara (15-12-55)

1956

MONTES SASTRE, Aurora (31-5-56)

PALMEIRO GARCÍA, Encarnación (3-10-56)

1962

MÉNDEZ ESCUDERO, Carmen (30-12-62)

1963

ISCAR ALONSO, María Teresa (1-4-63)

1964

MACHÍN SANZ, María del Carmen (15-11-64)

1965

SANTOS SÁNCHEZ, Ana María (25-6-65)

MALDONADO CABRERA, María Jesús (9-7-65)

CENZUAL COCA, Gabriela (26-8-65)

1966

MINGUEZ HERRERO, Emilia (15-8-66)

1967

MATALLANA MACARRO, Eugenia (24-6-67)

MEDINA MEDINA, Antonia (2-9-67)

1968

LARA DIEZ, Constantina (18-5-68)

TORREQUEBRADA CANTALEJO, Felisa (10-12-68)

1970

MADRID GUALDA, Rufina (9-1-70)

CAVERO BLASCO, Admiración (28-1-70)

1971

PAZO COBELO, María (10-2-71)

PURAS BEATHIJATE, Carmen (3-12-71)

1972

GUINEA SANTU, Concepción (1-11-72)

1973

MARTIN MARTIN, Aurora (11-1-73)

1974

RUBIO BENITO, Susana (24-7-74)

1975

ALONSO ANDEREZ, Agustina (5-8-75)

RIESCO PEDRAZ, Paz (30-10-75)

1976

MÁRQUEZ GARCES, Consuelo (28-1-76)

GONZÁLEZ GARCÍA, Francisca (21-4-76)

1977

CONCEJERO SANZ, Elena (24-5-77)

1978

DOMENECH SALVADOR, Amparo (30-11-78)

1979

VICENTE ROMERO, Juana (27-7-79)

1980

SÁNCHEZ ROBLES, Zulima (29-1-80)

1981

MONTENEGRO LÓPEZ, Áurea (10-1-81)

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Juana (5-8-81)

1983

LOMA LOMA, Juana (26-4-83)
CALLES HERRERO, Angelina (24-9-83)
RAMOS VALLE, Piedad (23-10-83)

1984

RIVAS ESCRIBANO, Esmeralda (6-7-84)
ALONSO SANTOS, Amelia (25-12-84)

1985

MARTIN MATÍAS, Antonia (29-5-85)
MARTÍNEZ SAN MILLAN, Ambrosia (31-7-85)
CORONADO DEL REY, Sofía (26-12-85)

1986

SÁNCHEZ MARTIN, Eugenia (11-4-86)
JULIÁN SORIANO, María del Carmen (12-4-86)
BORRAS LLORET, Mercedes (14-7-86)
OTERO VALVERDE, Romana (30-9-86)

1987

ALONSO ALONSO, Juana (2-1-87)
DOMÍNGUEZ ORDONEZ, María Nieves (2-1-87)
MORENO SALAS, Araceli (2-1-87)
BOSARA RIOSA, Úrsula (2-1-87)
BELLIDO ANDREU, María (2-6-87)
ACEVEDO GÓMEZ, Emilia (11-7-87)
QUIJADA HERRERO, Dolores (18-10-87)
RIESCO PEDRAZ, Elena (26-11-87)

1988

MARTÍNEZ URIBARRI, Carmen (7-2-88)
LÓPEZ REDONDO, Pilar (27-3-88)
OSACAR AYERRA, Inocencia (9-6-88)
PÉREZ GONZÁLEZ, Presentación (4-7-88)
FERNANDEZ DEL CAMPO, Amelia (24-10-88)
BELLVER CASANI, Carmen (27-11-88)

1989

FERRACES SEIJO, Mercedes (18-6-89)
MORATALLA LÓPEZ, Asunción (4-11-89)

1990

MARCOS CHAMORRO, Domitila (21-9-90)

VALDEOLMILLOS SÁNCHEZ, Carmen (1-12-90)

1991

PRIETO RODRÍGUEZ, Julita (31-3-91)

JIMÉNEZ LÓPEZ, María (16-12-91)

1992

FERNANDEZ SOTES, Julia (7-5-92)

ÍNDICE ALFABÉTICO

ACEVEDO GOMEZ, Emilia (11-7-87)	242
ALONSO ALONSO, Juana (2-1-87)	216
ALONSO ANDEREZ, Agustina (5-8-75)	113
ALONSO SANTOS, Amelia (25-12-84)	182
ANDREU ESPARZA, Encarnación (16-6-55)	21
AREVALO SANTOS, Josefa (14-3-55)	19
BELLIDO ANDREU, María (2-6-87)	239
BELLVER CASANI, Carmen (27-11-88)	269
BORRAS LLORET, Mercedes (14-7-86)	210
BOSARA RIOSA, Úrsula (2-1-87)	235
CALLES HERRERO, Angelina (24-9-83)	165
CAVERO BLASCO, Admiración (28-1-70)	87
CENZUAL COCA, Gabriela (26-8-65)	55
CONCEJERO SANZ, Elena (24-5-77)	132
CORONADO DEL REY, Sofía (26-12-85)	195
DOMENECH SALVADOR, Amparo (30-11-78)	137
DOMÍNGUEZ ORDOÑEZ, María Nieves (2-1-87)	221
FERNANDEZ DEL CAMPO, Amelia (24-10-88)	267
FERNANDEZ SOTES, Julia (7-5-92)	297
FERRACES SEIJO, Mercedes (18-6-89)	274
GONZÁLEZ GARCÍA, Francisca (21-4-76)	128
GUINEA SANTU, Concepción (1-11-72)	99
ISCAR ALONSO, María Teresa (1-4-63)	37
JIMÉNEZ LÓPEZ, María (16-12-91)	294
JULIÁN SORIANO, María del Carmen (12-4-86)	204
LARA DIEZ, Constantina (18-5-68)	75
LOMA LOMA, Juana (26-4-83)	160
LÓPEZ REDONDO, Pilar (27-3-88)	256
MACHÍN SANZ, María del Carmen (15-11-64)	44
MADRID GUALDA, Rufina (9-1-70)	84
MALDONADO CABRERA, María Jesús (9-7-65)	52
MARCOS CHAMORRO, Domitila (21-9-90)	282
MÁRQUEZ GARCÉS, Consuelo (28-1-76)	124
MARTIN MARTIN, Aurora (11-1-73)	104
MARTIN MATÍAS, Antonia (29-5-85)	185
MARTÍNEZ SAN MILLAN, Ambrosia (31-7-85)	190

MARTÍNEZ URIBARRI, Carmen (7-2-88)	253
MATALLANA MACARRO, Eugenia (24-6-67)	64
MEDINA MEDINA, Antonia (2-9-67)	68
MÉNDEZ ESCUDERO, Carmen (20-12-62)	33
MINGUEZ HERRERO, Emilia (15-8-66)	59
MONTENEGRO LÓPEZ, Áurea (10-1-81)	154
MONTES SASTRE, Aurora (31-5-56)	27
MORATALLA LOPEZ, Asunción (4-11-89)	278
MORENO SALAS, Araceli (2-1-87)	229
NUÑEZ, Encarnación (15-5-42)	5
OSACAR AYERRA, Inocencia (9-6-88)	261
OTERO VALVERDE, Romana (30-9-86)	213
PALMEIRO GARCÍA, Encarnación (3-10-56)	30
PAZO COBELO, María (10-2-71)	90
PÉREZ GONZÁLEZ, Presentación (4-7-88)	264
PRIETO RODRÍGUEZ, Julita (31-3-91)	290
PURAS BEATHIJATE, Carmen (3-12-71)	95
QUIJADA HERRERO, Dolores (18-10-87)	247
RAMOS VALLE, Piedad (23-10-83)	173
RANZ GARCÍA, Clara (15-12-55)	25
RIESCO PEDRAZ, Elena (26-11-87)	250
RIESCO PEDRAZ, Paz (30-10-75)	118
RIVAS ESCRIBANO, Esmeralda (6-7-84)	177
RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Juana (5-8-81)	157
ROIG MARTÍNEZ, Josefina (3-1-44)	7
RUBIO BENITO, Susana (24-7-74)	108
SAGASTAGOITIA DE ISA, Irene (13-2-55)	15
SÁNCHEZ MARTIN, Eugenia (11-4-86)	200
SÁNCHEZ MATÍAS, María Teresa (26-2-45)	11
SÁNCHEZ ROBLES, Zulima (29-1-80)	151
SANTOS SÁNCHEZ, Ana María (25-6-65)	48
SOTELO LÓPEZ, Ramona (4-3-44)	9
TORREQUEBRADA CANTALEJO, Felisa (10-12-68)	80
VALDEOLMILLOS SÁNCHEZ, Carmen (1-12-90)	286
VICENTE ROMERO, Juana (27-7-79)	141